

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Año I - Nº 1 - Septiembre de 2012



Abraham Vigó, "Tribuna proletaria",
serie *Los Oradores*, 1937.

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Programa de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda (PROHMOI), y cuenta con el apoyo del Proyecto UBACYT "Movimiento obrero e izquierdas en la Argentina, 1890-1945. Elementos para un análisis global", Programación Científica 2012-2014.

Correo postal: Franklin 822, 2º, (1405) CABA - Argentina

En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires/Conicet)

Comité Editor

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de San Martín - Conicet

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Lucía Feijoo

Universidad de Buenos Aires

Daniel Gaido

Universidad Nacional de Córdoba - Conicet

Carlos Herrera

Université de Cergy-Pontoise, Francia

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Claudia Santa Cruz

Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

Bernhard H. Bayerlein (Alemania)

Centre for Contemporary History Potsdam –
Revista *The International Newsletter of
Communist Studies*, Mannheim-Berlin

Ricardo Melgar Bao (México)

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Claudio H.M. Batalha (Brasil)

Universidade Estadual de Campinas –
Arquivo Edgard Leuenroth

Richard B. Day (Canada)

University of Toronto

Nicolás Iñigo Carrera (Argentina)

Conicet – Inst. de Historia Arg. y
Amer. "Emilio Ravignani" (UBA) – PIMSA

Reiner Torstoffs (Alemania)

Johannes Gutenberg-Universität Mainz

Peter D. Thomas (Inglaterra)

Brunel University, London –
Revista *Historical Materialism*

Andréia Galvão (Brasil)

Universidade Estadual de Campinas –
Arquivo Edgard Leuenroth

Pablo Pozzi (Argentina)

Universidad de Buenos Aires

Stathis Kouvelakis (Inglaterra)

King's College, London

Massimo Modonesi (México)

Universidad Nacional Autónoma de México –
Univ. Autónoma de la Ciudad de México

Oswaldo Coggiola (Brasil)

Universidade de São Paulo

Omar Acha (Argentina)

Universidad de Buenos Aires/Conicet

Alejandro Schneider (Argentina)

Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de La Plata

Agustín Santella (Argentina)

Universidad de Buenos Aires/Conicet

Ian Birchall (Inglaterra)

Revista *Revolutionary History*

Sebastian Budgen (Inglaterra)

Revista *Historical Materialism*

ISSN: 2313-9749

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Índice

Presentación	5
--------------------	---

Dossier: “Movimiento obrero e izquierda en la Argentina (1880-1950)”

Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera en Argentina: problemas historiográficos y apuntes metodológicos, por <i>Lucas Poy</i>	13
---	----

Sindicalismo revolucionario, trabajadores marítimos e historiografía a comienzos del siglo XX: revisión crítica y perspectivas, por <i>Laura Caruso</i>	35
---	----

Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales, por <i>Hernán Camarero</i>	57
---	----

La izquierda y la organización sindical en el lugar de trabajo, 1920-1940, por <i>Diego Ceruso</i>	81
--	----

Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera, por <i>Alicia Rojo</i>	103
--	-----

Artículos

El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920), por <i>Constanza Bosch Alessio y Daniel Gaido</i>	129
---	-----

Flora Tristán: su papel en la constitución del socialismo y de la clase obrera francesa, por <i>Hernán Díaz</i>	153
---	-----

Perfiles

David Montgomery (1927-2011), por <i>Ludmila Scheinkman</i>	175
--	-----

Crítica de libros

<i>Workers of the World</i> (Marcel Van der Linden), por <i>Paula Varela</i>	193
---	-----

<i>Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España</i> (Dolors Marin), por <i>Martín Ariel Manuli</i>	199
---	-----

<i>La Ligue Communiste Révolutionnaire (1968-1981)</i> (Jean-Paul Salles), por <i>Hernán M. Díaz</i>	202
--	-----

<i>Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo</i> (José M. Aricó), por <i>Walter L. Koppmann</i>	205
---	-----

<i>Los combatientes. Historia del PRT-ERP</i> (Vera Carnovale), por <i>Débora D'Antonio y Ariel Eidelman</i>	208
---	-----

Documentos

Karl Marx sobre la dictadura del proletariado y la revolución en permanencia. Dos documentos de 1850, por <i>Manuel Quiroga y Daniel Gaido</i>	213
--	-----

Instrucciones para los autores	222
---	-----

Presentación

El movimiento obrero y la izquierda, en la Argentina y en el mundo, tienen una historia extensa y variada. El proceso de su conformación y desarrollo hunde sus raíces más de un siglo y medio atrás. El análisis de sus recorridos permite la comprensión de una expresión significativa de la sociedad contemporánea, en donde se entrelazan múltiples planos de la experiencia humana colectiva. Por la vastedad y complejidad que presentan como objeto de estudio, incluso en el nivel mismo de su definición, la tarea de investigarlos implica un reto. **Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda** se propone asumir este desafío. Lo hace desde la propuesta de una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, de carácter interdisciplinario, cuyo radio de interés posee límites conceptuales, temporales y espaciales amplios.

La categoría movimiento obrero posee una larga tradición en el campo historiográfico y, más en general, en las ciencias sociales. También en el de los discursos y las prácticas políticas. Presupone la conformación de los trabajadores como clase e introduce, deliberadamente, la existencia de un sujeto consciente, distinguible e históricamente determinado. Si un antiguo pero recurrente debate tiende aún a problematizar el peso que adquieren las determinaciones estructurales o las experiencias subjetivas en la constitución de la clase trabajadora, es obvio que la referencia al movimiento obrero implica la asunción de un nivel de análisis más maduro: da por sentada la existencia del proletariado (como sujeto de explotación del capital), la resistencia a la opresión por parte de “los que viven del trabajo” y el reconocimiento de los intereses propios que éstos asumen, en oposición a los apropiadores de la riqueza social. La lucha de clases, la conciencia de clase y la organización de clase, así como las formas políticas en que éstas se aceptan, definen y canalizan, son la materia prima básica que signan la conformación y el devenir del movimiento obrero en la historia, que nunca puede pensarse como una voluntad indeterminada de la acción del capital y el Estado. Nuestra revista se propone el examen privilegiado de estas dimensiones, sin desatender, lógicamente, todos los procesos que incidieron en los trabajadores en su condición de productores, explotados,

ciudadanos y consumidores, o atravesados por conflictos de género, étnicos y raciales. Por otra parte, quizás apenas haga falta precisar que el movimiento obrero, en términos historiográficos y teóricos, no puede ser confundido con los liderazgos o las representaciones que hablan en su nombre, o reducido a una exclusiva configuración sindical (como muchas veces se lo ha hecho), pues se trata de un movimiento social de amplias incumbencias y atributos políticos, culturales, intelectuales e ideológicos.

No existe una tradición política internacional más estrechamente vinculada a los avatares del movimiento obrero que la de la izquierda. Quizás, este último se trate de un concepto más lábil e impreciso que el de movimiento obrero. Puede entenderse bajo el significado de una cultura de oposición e intento de superación de la realidad social imperante, históricamente emergida en un proceso de delimitación y confrontación con la moderna sociedad burguesa, y por ello, inicialmente definida por un horizonte socialista. Que la interpretemos como una categoría singular (poseedora de ciertos rasgos distinguibles y relativamente homogéneos), no significa olvidar, por otra parte, la heterogeneidad que la recorrió desde sus comienzos. Capturar esa riqueza y variedad a lo largo de la historia, en la que se presentan una gran cantidad de objetos de análisis (ideologías, programas, estrategias y tácticas, discursos, polémicas, formas organizativas, modalidades de intervención, prácticas socio-culturales, influencias y liderazgos políticos e intelectuales), es otra de las aspiraciones de nuestra revista.

Ni el movimiento obrero ni la izquierda pueden ser cabalmente entendidos como fenómenos históricos disociados. Hacerlo, sería mutilar la comprensión de ambos sujetos. Acaso, ¿debe vislumbrarse al primero como una posición objetiva en la que no incide de manera decisiva el actor político-ideológico? Al mismo tiempo, ¿es posible dar cuenta de la izquierda como si se tratara de ideas, identidades o estructuras políticas que flotan desencarnadas de cualquier entramado social? Precisamente, dado que nos inclinamos a una respuesta negativa a estos dos interrogantes (lo cual implica un distanciamiento efectivo de los determinismos objetivistas en el análisis de la clase y de los subjetivismos culturalistas o politicistas en el de las izquierdas), uno de los asuntos que queremos indagar en esta publicación con especial interés es el de los lazos orgánicos establecidos entre el movimiento obrero y la izquierda. Esto no supone renunciar a la exploración de los aspectos específicos que distinguieron a cada uno, sino apostar al notable enriquecimiento del enfoque teórico, metodológico e historiográfico que se consigue al colocar el examen relacional y el doble objeto de estudio como marco de referencia. Más aún, la propuesta es aportar al conocimiento de los distintos modos en los que ambos coadyuvieron a su constitución. Y, también, a los modos

a través de los cuales el socialismo y el marxismo, como teoría y como praxis, se convirtieron en mediadores de ese vínculo.

Todo esto exige, necesariamente, dilatar el ángulo de indagación con una mirada histórica que discurra de manera combinada por las distintas dimensiones reconocibles en los procesos y fenómenos en cuestión. La apelación que hace **Archivos** a la necesidad de una exploración interdisciplinaria (en el que concurren los múltiples aportes de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, la filosofía, así como los estudios culturales, literarios, de género o étnicos, nacionales y raciales), no es una mera declamación de intenciones. La perspectiva del marxismo está concebida como eje articulador de esta publicación, a la que podrá sumarse todo aporte que pueda contribuir a un debate y una ampliación del saber acerca del movimiento obrero y la izquierda. No pretendemos estancarnos en una posición defensiva o conservadora. Nos delimitamos de quienes condenan a estas temáticas como agotadas o intrascendentes, la mayor parte de las veces sin superar las supuestas limitaciones que vendrían a combatirse y para exhumar categorías o argumentaciones carentes de originalidad, relevancia, capacidad explicativa o contenido crítico. En muchos casos, ello ocurre porque esas impugnaciones representan posiciones teórico-políticas que se asientan en la hostilidad a la izquierda; en otros, por la simple adopción oportunista y superficial de ciertas modas intelectuales. Desde luego, ello no nos hace renunciar, sino todo lo contrario, nos instiga, en tanto consideramos que estamos ante un campo de estudio aún pleno de potencialidad, a la búsqueda de renovación y actualización conceptual.

¿Sobre qué recorte espacial y temporal se orienta el análisis en nuestra revista? Las fronteras pretenden ser generosas, incluso deliberadamente ambiciosas. Por supuesto, la Argentina será priorizada en nuestras exploraciones y convocatorias. Entendemos que el país es un caso apropiado para encarar este tipo de estudios, pues ha conocido el desarrollo de una precoz y rica experiencia del movimiento obrero y la izquierda. Pero pretendemos desbordar estos límites, no sólo al inevitable contexto latinoamericano, sino también a los territorios más vastos de la arena mundial. Queremos estudiar la realidad de otros países y acercarnos a la producción de autores del exterior, traduciendo, discutiendo y reapropiándonos de los mejores aportes que estén a nuestro alcance. La presencia mayoritaria de investigadores extranjeros en nuestro Consejo Asesor, que irá ampliándose con la incorporación de referentes de otros países y continentes, es una evidencia de este empeño. Este enfoque universalista se motiva por varias razones. La más obvia es la necesidad de capturar la propia dinámica global (y muchas veces con explícitos propósitos “internacionalistas”) en la acción de los sujetos aquí explorados, así como apelar al cada vez más reclamado

análisis transnacional y comparativo de las distintas experiencias y casos. Pero también porque uno de los rasgos que tendió a afectar al estudio histórico del movimiento obrero en nuestro país ha sido el de un nacionalismo estrecho. Se trata de un provincialismo que muchas veces hizo un culto de la excepcionalidad lugareña, sirvió para ignorar los evidentes vínculos de los actores en juego con el exterior o fue el camino para desatender los avances teóricos y empíricos que la historiografía y las ciencias sociales en general hicieron sobre el tema en el exterior. Por otra parte, el lapso histórico que nos proponemos examinar no conoce exclusiones: desde los orígenes del movimiento obrero y las corrientes socialistas hasta el tiempo presente.

* * *

Archivos se propone como una publicación de carácter científico-académico. Sus textos están sometidos a un arbitraje externo y anónimo, a cargo de especialistas en las temáticas en cuestión. Se exige que en los mismos se cumplan los principios básicos de originalidad y relevancia en el tratamiento de los temas, así como especificidad en el abordaje, conocimiento historiográfico del tópico considerado, adecuado relevamiento empírico y proposición de hipótesis y conclusiones novedosas en torno al asunto estudiado. Al mismo tiempo, se pretende un lenguaje claro, libre de toda jerga pretenciosa y abstrusa, que permita una transmisión asequible de los resultados alcanzados.

En cada número **Archivos** ofrecerá uno o dos dossiers sobre cuestiones significativas de la historia del movimiento obrero y la izquierda del país y/o del exterior. El objetivo es lograr una reflexión plural y a la vez integrada, a partir de diversas contribuciones referidas a un mismo problema histórico o debate teórico-historiográfico. En este primer número, el dossier, titulado “Movimiento obrero e izquierda en la Argentina (1880-1950)”, está conformado por cinco textos que comparten una misma finalidad: proporcionar una visión específica y actualizada en torno al tema, sostenida en una crítica historiográfica y originales hipótesis, fruto de investigaciones propias. Lucas Poy explora la etapa formativa del movimiento obrero y la izquierda, a fines del siglo XIX, deteniéndose en un abordaje puntual de los ciclos huelguísticos, los avances de la organización sindical y el papel desempeñado por los socialistas y los anarquistas en dicho proceso durante la década de 1890. Laura Caruso revisa, de modo combinado, la experiencia de los trabajadores embarcados que actuaban en el ámbito portuario (agrupados en la Federación Obrera Marítima) y la del sindicalismo revolucionario, corriente hegemónica del movimiento obrero en las primeras décadas del siglo XX. Hernán Camarero reflexiona acerca del fenómeno

de ascenso y declive del comunismo entre los trabajadores (décadas de 1920-1940), analizando las condiciones sociales que lo hicieron posible y discutiendo el impacto que en él tuvieron tanto los cambios de orientación de la Comintern como la irrupción del peronismo. Diego Ceruso apunta hacia el mismo periodo para examinar el trabajo sindical de base, en el lugar de trabajo, y particularmente en el espacio industrial, de las diferentes expresiones de la izquierda (anarquismo, sindicalismo revolucionario, socialismo y comunismo), identificando sus estrategias y formas de militancia. Alicia Rojo se dedica a los tiempos originarios del trotskismo en el país, desde los años 1930 hasta el surgimiento del peronismo, en especial, indagando en los debates teórico-políticos que recorrieron a dicha corriente y en los modos como procuró insertarse en el mundo de los trabajadores. De este modo, quedan abarcadas en la consideración todas las tradiciones o culturas políticas de la izquierda, y sus vínculos con el movimiento obrero, a lo largo de sus primeras seis décadas de desarrollo en la Argentina. El tema será complementado en los futuros números de la revista.

Dos trabajos referidos a otras regiones del mundo, temática y temporalmente disímiles entre sí, componen la sección “Artículos”. Daniel Gaido y Constanza Bosch Alessio estudian la confrontación político-ideológica entre el ala revolucionaria de la socialdemocracia alemana y la burocracia sindical reformista relacionada a ese partido, en especial a propósito de la discusión sobre la huelga política de masas iniciada con la revolución rusa de 1905. Hernán Díaz nos conduce a los prolegómenos del socialismo y la clase obrera en Europa (décadas de 1820-1840), para explorar la obra y la trayectoria de la francesa Flora Tristán, sobre todo en el modo como bregó por la constitución de los trabajadores como clase consciente y por la emancipación de las mujeres.

Bajo el título de “Perfiles” buscamos realizar una recuperación crítica de autores/as que, en el exterior y/o en el país, constituyen un punto de referencia en el despliegue de una historia social, política, teórica y cultural orientada a la comprensión del pasado y el presente del movimiento obrero y la izquierda. Con esta apuesta pretendemos aportar al ejercicio de balance de nuestro campo y al mismo tiempo contribuir al conocimiento o la reflexión sobre vidas, ideas y obras útiles a las nuevas generaciones de estudiosos del tema. En esta primera entrega, es el historiador norteamericano David Montgomery (1927-2011) el elegido para un examen, a cargo de Ludmila Scheinkman. Por otra parte, dos textos de Karl Marx de 1850 (traducidos de los originales en alemán y francés), en donde éste inicia el uso de los conceptos “dictadura del proletariado” y “revolución en permanencia”, son los que inauguran la sección “Documentos”, en la que procuramos rescatar, contextualizar y reflexionar acerca de algunas fuentes o testimonios que nos parecen

relevantes de la historia del socialismo y los trabajadores. Finalmente, en “Crítica de libros” sometemos a un análisis, que va más allá de una mera y rutinaria reseña, volúmenes recientemente aparecidos que aluden a la materia, tanto en su esfera nacional como internacional. En esta ocasión, se trata de obras teóricas de Marcel van der Linden y de José Aricó, que colaboran a una reflexión general sobre la historia del trabajo y del marxismo, así como otros textos dedicados al trotskismo francés, el anarquismo español y el PRT-ERP de la Argentina.

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda no aparece en respuesta a necesidades coyunturales. Anuncia sus pretensiones de recorrer un camino largo, aunque no pueden desestimarse las características del clima que la circunda: la crisis capitalista mundial y la potencial reconstrucción de la clase obrera como sujeto y alternativa histórica. En parte, es lo que está contribuyendo a reactivar el interés por el estudio del movimiento obrero y torna, por ello, pertinente la edición de nuestra revista. Ella inicia su recorrido con el firme y ambicioso propósito de labrar un campo fértil de producción intelectual. Una elaboración que convoca al intercambio activo con sus futuros lectores y autores. Nos concebimos como un espacio con genuinas aspiraciones de construcción colectiva y de debate franco de ideas. Una empresa cuya pretensión no es sólo examinar el modo en que, en años pretéritos o más recientes, se desarrollaron experiencias prácticas y teóricas de carácter emancipatorio, contra la explotación, la opresión y por la liberación de los trabajadores, sino también contribuir a seguir pensándolas y proyectándolas en los tiempos presente y futuro.

DOSSIER:

**Movimiento obrero e izquierda
en la Argentina (1880-1950)**

Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera en Argentina: problemas historiográficos y apuntes metodológicos

Lucas Poy

UBA-CONICET

Cierto sentido común historiográfico ubica la aparición de la “cuestión social” en nuestro país en los primeros años del siglo XX, debido al indudable salto de la conflictividad representado por la primera huelga general y respondido con la sanción de la Ley de Residencia. Es importante no perder de vista, sin embargo, que el proceso de delimitación de una identidad obrera, de desarrollo de sociedades gremiales permanentes y de agitación huelguística sistemática se remonta por lo menos a finales de la década de 1880, cuando ya la ciudad de Buenos Aires era testigo de una profunda movilización de los trabajadores que sorprendía a los contemporáneos. Una mirada atenta a los acontecimientos de esos tres lustros finales del siglo pone de manifiesto que el proceso de desarrollo del movimiento obrero y la izquierda fue, particularmente en la ciudad de Buenos Aires, muy vertiginoso. Hacia mediados de la década de 1880, el país ya había sufrido un proceso de transformaciones profundas que habían dado lugar a una creciente población trabajadora, de origen mayoritariamente inmigrante. Sin embargo, eran prácticamente desconocidas todavía las organizaciones y las huelgas: no por casualidad la prensa insistía en la supuesta inexistencia de una “cuestión obrera” en el país. Una década más tarde, un observador que hubiera visitado el país en la primavera de 1896, cuando una enorme movilización huelguística recorrió a los principales sectores obreros, no solo en Buenos Aires sino también en otras ciudades del interior, no podría haber dejado de advertir que la situación había cambiado sustancialmente. Decenas de sociedades de resistencia y varios intentos de formar una federación, un partido socialista casi definitivamente constituido, numerosos nucleamientos anarquistas, varios periódicos obreros, decenas de huelgas e incluso una casi general, habían colocado a la clase trabajadora como un actor ya insoslayable en la vida del país. Se trató de una década, por otra parte, que estuvo marcada por la mayor crisis económica que hubiera conocido el país hasta entonces: al colapso de

1890 lo siguió todo un lustro de dificultades económicas con enorme impacto social. La aparición en escena de la clase trabajadora fue un producto de estos años convulsionados.

Dentro de la amplia producción historiográfica sobre la historia del movimiento obrero y la izquierda en la Argentina, aquellos trabajos que tomaron como objeto de estudio el problema de los orígenes y los primeros pasos de las organizaciones obreras y las fuerzas de la izquierda en nuestro país –nos referimos particularmente a aquellos que abordan las últimas décadas del siglo XIX– constituyen un núcleo temático propio y con una importante trayectoria. En la medida en que, como veremos a continuación, los primeros trabajos dedicados a la historia del movimiento obrero y la izquierda provinieron de autores pertenecientes a fuerzas políticas activas en ese mundo del trabajo, la inquietud sobre los orígenes estuvo presente en casi todas las miradas que se trazaban sobre un pasado en el cual se rastreaba el desarrollo de la propia corriente política a la cual pertenecía el autor. En años posteriores, cuando la historiografía sobre la izquierda y los trabajadores en el país se amplió y se enriqueció, la referencia a las etapas tempranas, si bien de manera desigual, continuó estando presente.

A lo largo de los años, de todas formas, la historiografía abordó de maneras muy diversas los diferentes aspectos que hacen a la historia de este periodo temprano. En particular resulta interesante advertir el modo en el que se planteó el vínculo entre la *historia de los trabajadores* –entendida ésta en un sentido amplio que incluye tanto los análisis políticos sobre las vicisitudes de la historia del movimiento obrero y sindical como los estudios sobre aspectos de la vida social, económica y cultural de los trabajadores– y la *historia de la izquierda*, tanto desde una perspectiva anclada en el desarrollo social y político de las principales fuerzas activas en el período como en la clave de una historia intelectual de las ideas y posicionamientos de dichos actores. En la mayor parte de los casos, como veremos, la historia de los orígenes de *la izquierda* y la del proceso de conformación de *la clase trabajadora* local se desarrollaron en niveles separados, en ocasiones incapaces de dialogar entre sí. En este trabajo planteamos una mirada de conjunto a la historiografía existente sobre los orígenes del movimiento obrero y una serie de planteamientos metodológicos sobre lo que creemos un modo enriquecedor de abordar el estudio del desarrollo de las primeras corrientes políticas de izquierda al calor del proceso de estructuración de la clase obrera en Argentina en las últimas décadas del siglo XIX.

La historiografía sobre los orígenes de la izquierda y la clase obrera en Argentina

Como es sabido, durante un extenso período los pocos trabajos sobre historia de los trabajadores fueron obra de autores vinculados de manera directa con las corrientes políticas de la izquierda. Si en una primera etapa estas lecturas aparecieron en forma de breves folletos o artículos en diferentes publicaciones partidarias, algunos años más tarde comenzaron a publicarse los primeros libros “clásicos” en la materia, conocidos en la historiografía como las obras de los “historiadores militantes”. Dentro del campo del anarquismo, más allá de algunos pioneros aportes de Max Nettlau (1927), fue Diego Abad de Santillán (1930, 1933) quien publicó un conjunto de trabajos centrados en recuperar la experiencia de la FORA, que incluían de todos modos una reflexión más amplia sobre el movimiento obrero del período y sobre otras fuerzas políticas que intervenían en el mismo. Sus obras nos acercan una interpretación que reivindicaba al anarquismo de vertiente organizadora y, en particular, al grupo de militantes que editaba el periódico *La Protesta*, núcleo al cual él mismo pertenecía. Algo similar ocurrió con diversos autores vinculados al Partido Socialista: si bien Jacinto Oddone (1934, 1949) fue el más destacado, con una historia del socialismo y otra del movimiento sindical argentino en la etapa previa al peronismo, hubo en esos años muchos otros dirigentes y militantes socialistas que publicaron memorias, trabajos históricos de relevamiento del pasado de su propia corriente política, y particularmente obras de reivindicación de Juan B. Justo. Algunas décadas más tarde aparecieron los volúmenes de Sebastián Marotta (1960, 1961, 1970), que conforman la historia “canónica” de la corriente sindicalista revolucionaria y posiblemente la mejor y más documentada de las “historias militantes” elaboradas a lo largo de esas décadas.¹

Fuertemente marcadas por una perspectiva apologética del pasado de la propia corriente política a la cual pertenecía el autor, estas interpretaciones tendían a omitir las complejidades del desarrollo de esas fuerzas políticas y sus fuertes polémicas internas, empobreciendo así el análisis de este período temprano. Más allá de estos límites, hay que señalar que la fuerte crítica que se ensañó, años más tarde, con estos

1. Para un análisis extenso de la historiografía del Partido Socialista, ver Camarero y Herrera (2005), Poy y Gaido (2011a). Desde las filas del Partido Comunista se elaboraron varios trabajos, aunque posiblemente el más destacado sea el de Rubens Iscaro (1958): su obra dedicó, no obstante, menos espacio que las de otros historiadores militantes a este período temprano de la historia del movimiento obrero.

historiadores militantes por no cumplir ciertas “reglas del oficio” de la historiografía profesional –a la cual, por otra parte, éstos no tenían pretensiones de pertenecer– suele hacer perder de vista que sus trabajos representaron obras pioneras en un terreno que hasta entonces permanecía absolutamente inexplorado. En no pocas ocasiones, además, se trató de trabajos de importante rigor, que contaban con acceso a material documental que luego se perdería, dejando de estar al alcance de los investigadores.

La riqueza de los aportes de estas clásicas “historias militantes” se destaca aún más cuando se las compara con los trabajos aparecidos desde otro ángulo del espectro político, a partir de la década de 1950, que buscaron analizar la historia del movimiento obrero y las corrientes políticas de izquierda desde la perspectiva del llamado revisionismo histórico. En los casos en que analizaron el período de formación del movimiento obrero, la mayoría de las obras revisionistas tendió a considerar a las corrientes socialistas y anarquistas como “flores exóticas” llegadas del extranjero, que se adaptaban mal a los intereses de una clase obrera argentina que sólo habría encontrado su representación más auténtica –e incluso surgido como tal– con el movimiento peronista. Los trabajos del revisionismo se planteaban como el reverso de la moneda de las obras clásicas de los historiadores de izquierda, en la medida en que también desarrollaban una abierta toma de posición política pero centrada no en reivindicar sino en reducir la importancia histórica de las fuerzas que habían tenido un papel hegemónico en el movimiento obrero antes de la aparición del peronismo. A diferencia de aquéllos, no obstante, los revisionistas elaboraron trabajos de escasa calidad en el campo de la historia de los trabajadores: el carácter polémico hacia las corrientes de izquierda ocultaba mal una falta de rigor historiográfico e incluso de manejo de las fuentes del período. En tanto consideraban que la clase obrera no se habría constituido como tal sino hasta la aparición del peronismo, estos abordajes eran incapaces de advertir el complejo proceso de estructuración de la misma como sujeto social y político independiente en un período mucho más temprano de la historia del país.

En la década de 1960 el interés por el estudio de los trabajadores comenzó a llegar al campo académico: si bien el interés de los nuevos investigadores se concentró sobre todo en un período posterior y particularmente en discusiones sobre los orígenes del peronismo, se realizaron algunos importantes aportes sobre el proceso migratorio y la estructuración de la clase trabajadora en las últimas décadas del siglo XIX. Entre fines de los 60 y comienzos de la década siguiente aparecieron algunos trabajos históricos dedicados específicamente a los orígenes del movimiento obrero (Panettieri, 1967; Godio 1972), mientras que la

historiografía “militante” siguió contribuyendo con algunas producciones dedicadas más específicamente a los orígenes del socialismo argentino, como consecuencia de la ruptura política en el interior del Partido Comunista.² Durante la década de 1970, en tanto, aparecieron algunos importantes aportes de investigadores extranjeros. Mientras el israelí Iaacov Oved (1976, 1978) y el español Gonzalo Zaragoza (1976, 1978, 1996) publicaron los primeros trabajos “profesionales” sobre el origen del anarquismo argentino, el norteamericano Richard Walter (1977) editó una historia general del Partido Socialista desde sus orígenes hasta la década de 1930.

Si estos autores extranjeros mostraban un interés por la historia política de los orígenes del movimiento obrero y de las corrientes de izquierda que intervenían en él, durante esos años aparecieron también trabajos como el de Guy Bourd  (1973), que se orientaban a estudiar las condiciones de vida y trabajo de la población inmigrante de fines del siglo XIX. Otro trabajo pionero en este sentido fue el de Leandro Gutiérrez (1981), quien planteó una agenda de trabajo que fue parcialmente tomada en los años posteriores a 1983, cuando tuvo lugar un importante desarrollo historiográfico del área a partir de una serie de nuevas formulaciones que colocaron en primer plano a la historia de los trabajadores como un tema de interés para la investigación profesional. Este renovado interés por la historia de los trabajadores se enmarcó en un intento de renovación historiográfica que combinaba una valorización de la historia social marxista británica y la experiencia francesa de la escuela de *Annales* con una reivindicación de la profesionalización del historiador que se suponía debía verse acompañada con una cierta “objetividad”, resultado del alejamiento respecto a fuertes adscripciones políticas. Se planteó así un escenario en el cual, al mismo tiempo que la historia de la clase trabajadora ocupaba por primera vez un lugar destacado en la agenda de la historiografía profesional, cobraba fuerza

2. El maoísta José Ratzler (1970), criticando lo que consideraba una “línea reformista” originada en Juan B. Justo y adoptada más tarde por el PCA, reivindicó al ingeniero alemán Germán Av -Lallemant como el principal teórico de un marxismo “ortodoxo” y revolucionario que habría cobrado fuerza durante los primeros años de la década de 1890 para perder terreno luego ante el avance del reformismo de los líderes del Partido Socialista. Cinco años más tarde, Leonardo Paso (1974) –vinculado al Partido Comunista– respondió a Ratzler con una compilación de artículos de Lallemant, que incluía una introducción de su autoría en la que también reivindicaba la pertenencia de Lallemant a una tradición “revolucionaria” opuesta al reformismo de Justo; señalaba, no obstante, que dicha tradición estaba encarnada por el Partido Comunista del cual formaba parte. Sobre Lallemant y el papel de los socialistas alemanes, ver Poy y Gaido (2011b).

una suerte de “sentido común” académico que miraba con recelo la toma de posición política del investigador, en particular si ésta se procesaba en las filas de la izquierda o de las organizaciones obreras.

Así, si bien la renovación historiográfica recuperaba explícitamente la experiencia de la historia social británica y de autores como Edward P. Thompson o Eric Hobsbawm, su lectura se realizaba desde un posicionamiento académico-político distinto: el alejamiento respecto a cualquier ámbito de militancia en las filas de los trabajadores, en los historiadores de la renovación historiográfica argentina de la década de 1980, era sustancialmente mayor que el de los autores británicos que pretendían tomar como referencia. En parte como consecuencia de ello, el cuestionamiento a la “historiografía militante” ocupó un lugar más destacado y el tópico de la crítica a las obras centradas en la historia política del movimiento obrero y la izquierda cobró fuerza para convertirse en uno de los ejes más comunes de los nuevos trabajos, al tiempo que se reivindicaba el valor de los llamados “estudios culturales” desarrollados por diversos autores también del ámbito anglosajón.

La renovación historiográfica se trazó entonces, como un objetivo general, promover un análisis que corría del centro del análisis tanto la historia de la izquierda como el estudio de los conflictos y huelgas y ponía el énfasis en diferentes aspectos vinculados a la estructuración histórica de la clase trabajadora como grupo social. Se trató, de todas formas, de una producción heterogénea entre sí: si bien compartían una serie de inquietudes generales, las investigaciones se orientaron en diversas direcciones y abordaron, con mayor o menor nivel de desarrollo, distintas problemáticas. Si los trabajos dedicados a analizar el proceso de industrialización y de transformación económica en un sentido global fueron escasos, resultaron en cambio más abundantes los estudios sobre el proceso específico de conformación del mercado de trabajo, el masivo flujo inmigratorio, las sociedades de socorro mutuo o las primeras respuestas que surgieron desde el Estado ante la novedosa existencia de una “cuestión social” en un país que se creía exento de ella. Se realizaron avances pioneros en la historia de las mujeres trabajadoras, que habían quedado casi siempre al margen de cualquier reflexión en las antiguas historias “militantes”, y sobre el trabajo de los menores, que ocupaban un lugar fundamental en la fuerza de trabajo del período. Siguiendo el camino en parte abierto por el trabajo ya mencionado de Leandro Gutiérrez, fueron particularmente importantes los aportes realizados en el terreno de un análisis de las condiciones de vida, trabajo y vivienda de los trabajadores en este período temprano.

Si uno de los rasgos característicos de esta renovación historiográfica era, como vimos, una menor preocupación por la historia política de la izquierda e incluso del movimiento obrero, uno de sus principales

referentes, Luis Alberto Romero (1987) avanzó incluso en un cuestionamiento a la propia utilización del concepto de “clase obrera”. Con una perspectiva que sostenía que la utilización de las herramientas de la historia social y los estudios culturales debía implicar un abordaje complejo que superase lo que se consideraba una restrictiva lectura en términos de clase propia del marxismo, Romero argumentó que el concepto de “sectores populares” era el que mejor se adecuaba para el análisis de los grupos sociales subalternos en nuestro país fundamentalmente a partir del período de entreguerras, caracterizado según esta interpretación por una importante posibilidad de ascenso social. Según esta lectura, el período previo a los gobiernos radicales habría estado marcado por un mayor peso de una identidad clasista que luego se habría diluido para dar lugar a una más ambigua agregación de “sectores populares”, concepto cuya utilización, por otra parte, solía defenderse como más “rico” que el de “clase obrera”. En la importante tesis de Juan Suriano (2001) sobre el anarquismo se ponían de manifiesto buena parte de estos puntos de vista: por un lado porque se promovía un análisis del movimiento libertario menos centrado en los debates políticos que en su despliegue como fenómeno social e incluso cultural; por el otro porque una conclusión fundamental del trabajo era la que interpretaba el declive del anarquismo en el período posterior a 1910 como una consecuencia de esas transformaciones sociales que estaban diluyendo la delimitación de una “clase obrera” excluida de mayores posibilidades de ascenso social y para la cual el anarquismo era una expresión política adecuada.

Sería un error, de todas maneras, dotar de una extrema homogeneidad a una producción historiográfica que conoció matices. Es interesante observar, en este sentido, que en algunos casos las diferencias de enfoque también estaban relacionadas con las trayectorias de los autores que las desarrollaron: fueron, en efecto, dos investigadores que provenían de filas “militantes” quienes elaboraron varios trabajos de características académicas y ancladas en el nuevo contexto de renovación pero que mantenían una preocupación mayor por elaborar una perspectiva de análisis global sobre los orígenes del “movimiento obrero” y no soslayaban la historia política de la izquierda. Es el caso de Ricardo Falcón, militante trotskista durante su juventud en los años sesenta y setenta, quien debió exiliarse durante la dictadura y completó sus estudios en Europa, desarrollando su investigación doctoral en los archivos del Instituto de Historia Social (IISG) en Holanda. Uno de sus primeros trabajos, publicado durante la dictadura (1979), mostraba un interés por la historia política del socialismo argentino en sus años iniciales. Su propia tesis doctoral pretendió desarrollar una historia de los orígenes del “movimiento obrero”: si bien compartía con

los autores de la renovación que caracterizó a los ochenta una inquietud por colocarse en el terreno de la historia social e incluso cultural, mantenía una preocupación por la historia política de las corrientes activas en el seno del movimiento obrero que lo coloca en cierta forma en la tradición de los historiadores militantes, carácter que él mismo compartía por lo menos hasta comienzos de la década de 1980. Algo similar ocurre con los trabajos de Edgardo Bilsky (1984, 1985, 1992), quien de hecho compartía militancia con Ricardo Falcón –en la corriente que antecedió al actual Partido Obrero– y también debió exiliarse y completar sus estudios en Europa. Sus trabajos sobre la FORA y sobre la Semana Trágica compartían la inquietud por una historia social de los orígenes del movimiento obrero argentino que utilizase el concepto de “clase obrera” y no perdiese de vista tampoco una discusión de las estrategias de las corrientes políticas de la izquierda, motivo por el cual fue criticado en alguna ocasión por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero (1991), en un trabajo que pretendía trazar el cuadro general de la historiografía sobre el tema y tomaba la obra de Bilsky como una expresión de la persistencia de cierto “molde historiográfico construido fuera del campo académico”, que era visto como una rémora del período dominado por la historiografía militante.³

La importante renovación historiográfica que tuvo lugar luego de 1983 comenzó a orientarse hacia otras áreas temáticas antes de consolidar un *corpus* sólido sobre los orígenes del movimiento obrero en nuestro país: con algunas excepciones, como Juan Suriano, Mirta Lobato o Ricardo Falcón, que siguieron investigando en el campo de la historia de los trabajadores, la mayor parte de los autores que habían enriquecido la renovación historiográfica de los ochenta se pasaron a otros temas, en lo que el propio Suriano (2006) caracterizó como “una fuga masiva de investigadores hacia el campo de la historia política”. Fue un trabajo anclado en la historia intelectual más que en la historia social –el de José Aricó (1999)– el que reorientó en cierta medida los trabajos sobre la historia de la izquierda: su ensayo dedicado al fundador y principal dirigente del Partido Socialista argentino planteaba una reivindicación de la figura de Juan B. Justo, en tanto lo consideraba capaz de haber articulado una “hipótesis” original para la traducción del socialismo a la

3. Sobre su investigación realizada en el IISG de Amsterdam decían que “si su sensibilidad de historiador profesional le permite vislumbrar, a principios de siglo, el carácter todavía amorfo de una sociedad en proceso de constitución, no solo en términos sociales sino de experiencias compartidas, actitudes, opiniones e ideologías, *sus convicciones lo llevan a postular la necesaria constitución de ese actor indefinido en clase* y a fundamentar su asunción en las premisas ideológicas de los militantes” (1991: 111, subrayado nuestro).

problemática de la Argentina de principios de siglo. Su trabajo tuvo un fuerte impacto no sólo en el campo de los estudios sobre el socialismo argentino sino en un plano más general en el terreno de los análisis sobre la “recepción” del marxismo en América Latina. En los últimos años aparecieron una serie de trabajos que, colocándose en cierta forma en el sendero abierto por Aricó, dan muestra de un interés por recuperar un análisis de las corrientes políticas que intervinieron en los orígenes del movimiento obrero y particularmente de las agrupaciones socialistas y vinculadas al marxismo. La aparición de un conjunto de artículos en la revista *Políticas de la Memoria* contribuyó en primer término a volver a poner a los primeros núcleos socialistas en el centro de atención de la investigación académica (Martínez Mazzola, 2004; Tarcus, 2004, 2007b; Zeller, 2007). Aunque más enfocada en el siglo XX, la compilación de artículos sobre la historia del Partido Socialista argentino editada por Carlos Herrera y Hernán Camarero (2005) marcó otro paso adelante en esta renovación del interés por la historia política de la izquierda. Otro aporte es la publicación de *Marx en la Argentina*, de Horacio Tarcus (2007a) que constituye una referencia insoslayable para el estudio de los orígenes del socialismo en nuestro país. Elaborado originalmente como parte de su tesis doctoral, presentada en la Universidad de La Plata, el libro de Tarcus desarrolla un análisis de los principales agrupamientos y dirigentes del socialismo argentino en el último tercio del siglo XIX y la primera década del siguiente. Con una perspectiva más anclada en la historia intelectual que en la historia social, Tarcus analiza el problema de la “recepción” del marxismo en las periferias –siguiendo en este punto las inquietudes de José Aricó– y en ese sentido el libro profundiza menos en la cuestión de la vinculación de los agrupamientos socialistas con las organizaciones obreras que en las particularidades de sus planteamientos políticos y teóricos.⁴

Un balance

El balance de la historiografía sobre los orígenes del movimiento obrero y la izquierda en nuestro país arroja un saldo contradictorio. Por una parte, el tema parece estar recobrando actualidad en los últimos años, con la aparición de nuevos trabajos dedicados a recuperar un análisis de las corrientes de izquierda. Por otra parte, no puede dejar de señalarse

4. Aportan en este mismo sentido la reciente aparición de un *Diccionario biográfico de la izquierda* (Tarcus, dir., 2007) y de una antología bilingüe del *Vorwärts*, periódico que fue editado entre 1896 y 1901 por socialistas alemanes residentes en Buenos Aires y constituye una fuente fundamental para el período, hasta ahora prácticamente inexplorada (Tarcus, Zeller, Carrera, 2008).

que la “historia de los trabajadores” ha perdido la centralidad que supo tener hace un par de décadas –aun con los matices y contradicciones ya apuntadas–, en un contexto en el cual las inquietudes de la mayoría de los historiadores parecen orientarse hacia los estudios del régimen político, la opinión pública, la construcción de la ciudadanía, etc.

Los aportes de la historiografía sobre el período de los *orígenes* son menos abundantes de lo que podría sugerir el amplio espectro de trabajos sobre el “mundo de los trabajadores” anterior al Centenario que acabamos de presentar. Ocurre que un rasgo común a la mayor parte de las investigaciones, de una u otra perspectiva historiográfica, fue colocar lo sucedido en ese período en el plano de un análisis de los “antecedentes” de la historia del movimiento obrero antes que como un objeto de estudio específico. Se trató de un rasgo compartido tanto por las viejas “historias militantes” como por la más reciente historiografía académica: si en las primeras lo ocurrido antes de mediados de la década de 1890 era analizado en clave de antecedentes del proceso de formación del Partido Socialista, de las primeras centrales obreras o de los agrupamientos anarquistas que se consolidarían en la década del 900, en la segunda se generalizó una interpretación que ubicaba la aparición definitiva de una “cuestión social” en los primeros años del siglo, particularmente con la sanción de la Ley de Residencia en el año 1902. El período previo, por lo tanto, ocupó un espacio sustancialmente menor en la mayor parte de las investigaciones, y no fueron pocas las que explícitamente señalaron que hasta comienzos del siglo XX la conflictividad obrera no supuso un factor de importancia en la escena política de la ciudad de Buenos Aires y del país. El hecho de que, por lo general, los trabajos que se planteaban trazar un análisis en clave de “orígenes del movimiento obrero” tomaran como punto de referencia inicial la fundación de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, en 1857, no implicaba un mayor desarrollo del análisis sobre esta etapa: en efecto, debido a la escasez de fuentes documentales y a las escasas investigaciones realizadas, los trabajos se limitaron a trazar algunos grandes hitos de esa “prehistoria” del movimiento obrero que permanecía en buena medida desconocida.

El trabajo de Ricardo Falcón es posiblemente el que llegó más lejos en el intento de trazar un cuadro de conjunto sobre el problema: su investigación buscó remontarse a la década de 1850 y realizó importantes aportes respecto al período de influencia de militantes vinculados a la Primera Internacional que han sido ampliados en el último libro de Horacio Tarcus. De todas formas, debido a su intención de abordar un período tan amplio –casi cuarenta años–, el libro de Falcón no llegó en muchos puntos más que a abrir importantes líneas de trabajo con aportes sugestivos, que posteriormente no han sido retomados en una

obra de esa escala. Si el análisis de la situación estructural del mercado de trabajo y las condiciones de vida y trabajo de la población trabajadora son objeto de un tratamiento cuidadoso, hay otros aspectos de gran importancia, como los ciclos de agitación huelguística de 1888-1889 y 1894-1896 o la estructuración de las principales sociedades de resistencia en esa década, que son apenas mencionados, sin un análisis en profundidad que resulta esencial para periodizar con precisión el proceso de delimitación de una conciencia de clase entre los trabajadores de la urbe.⁵ Juan Suriano publicó un importante artículo (2003) donde advertía la trascendencia del impacto que tuvo sobre la clase trabajadora la coyuntura decisiva de 1890, cuando el país enfrentó la peor crisis económica de su historia, pero la investigación sobre el tema no fue profundizada, y la mayor parte de las obras sobre esos años decisivos siguieron siendo las que analizaban, de manera más o menos aislada, la celebración del 1° de Mayo, la formación de los primeros grupos socialistas o la actividad de dirigentes como Germán Ave-Lallemant, sin avanzar en trazar un cuadro de conjunto sobre la vinculación existente entre esos importantes aspectos de la historia política de los trabajadores y la dinámica de conflictividad social y transformaciones económicas del período. El mayor avance en este último terreno fue un artículo de Ronaldo Munck (1987) que buscó trazar un cuadro general sobre la evolución de los principales ciclos de agitación obrera en esta etapa. El reciente trabajo de Tarcus, como señalamos más arriba, se concentra en un análisis de la “recepción de Marx” en el país, proponiendo un ensayo de historia intelectual que realiza aportes sobre los posicionamientos y debates del naciente socialismo local en el período objeto de nuestro estudio pero no profundiza en una discusión sobre los vínculos de los militantes socialistas con el movimiento obrero y su relación con los principales ciclos de agitación huelguística.

Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera argentina: apuntes metodológicos para una interpretación de conjunto

Consideramos que una perspectiva enriquecedora para reconstruir la historia de ese período de fundamental importancia para el desarrollo de la izquierda y el movimiento obrero requiere recuperar aspectos abordados en la historiografía previa e incluirlos en una interpretación de

5. Poco antes de su muerte, Falcón estaba trabajando en un libro sobre los orígenes del socialismo local, que quedó incluso. *Los Cuadernos del CIESAL* han publicado algunos fragmentos en su último número (Falcón, 2011).

conjunto. Se trata, desde nuestro punto de vista, de estudiar el problema de la *formación de la clase obrera* de Buenos Aires con una perspectiva que no lo entienda solamente como una cuestión de orden sociológico ni como un mero estudio político del movimiento sindical. En efecto, entendemos que es fundamental desarrollar un análisis que ponga en relación el proceso de luchas y enfrentamientos de la clase trabajadora con el desarrollo de las corrientes políticas que intervenían en ese movimiento, a fin de estudiar las vinculaciones mutuas entre ambos fenómenos. No se trata de buscar, como hizo cierta historiografía “oficial” del socialismo, de qué manera la actividad de algunos dirigentes exiliados contribuyó a “crear” al movimiento obrero argentino; pero tampoco de soslayar la relación existente entre la construcción de organizaciones obreras en el contexto del enfrentamiento social y la consolidación de agrupamientos políticos.

El estudio de la conformación de la clase obrera no puede prescindir de un análisis de las transformaciones estructurales que conoció la sociedad argentina en el último tercio del siglo XIX: fue un producto del desarrollo del capitalismo dependiente que tuvo lugar en Argentina a fines del siglo XIX, con el correlato de la conformación de un mercado de trabajo capitalista de características peculiares, el cierre de las perspectivas de “ascenso social” de los recién llegados y un cuadro general que mostraba un incremento en la explotación. A lo cual se agrega el cuadro de grave crisis capitalista de los años 1890-1893, con sus consecuencias: una grave carestía, primero; desocupación, miseria y emigración, más tarde; concentración y centralización de capitales, ruina de pequeños propietarios y artesanos, etc. En otros términos, es el desarrollo del capitalismo en Argentina, y en particular su primera gran crisis, lo que está en la base y condiciona el desarrollo de la clase obrera. Una de nuestras hipótesis principales es que la crisis económica que estalló en el país hacia 1889-1890 puso de manifiesto los límites que habían surgido a la integración económica y social de los inmigrantes y creó las condiciones para una creciente agitación social en la ciudad, que conoció un salto significativo en los años 1888-1896 y dio lugar a la consolidación de organizaciones permanentes de trabajadores, contribuyendo así a definir, a través de un proceso de movilización, la presencia de la *clase obrera* en la sociedad argentina.

Ocurre que el análisis de las transformaciones estructurales no basta para explicar el proceso de conformación de la clase obrera: es indispensable además estudiar el proceso de enfrentamientos sociales a partir del cual esos trabajadores comenzaron a forjar una experiencia colectiva como clase. Si en la década de 1870 y buena parte de la siguiente vemos que todavía la conflictividad obrera es esporádica y no logran consolidarse organizaciones permanentes, desde fines de la década de 1880

tuvo lugar un proceso muy acelerado de agitación obrera en la ciudad de Buenos Aires al calor del cual se consolidó la formación de la clase trabajadora. Durante esos años vemos cómo la clase obrera avanzó en diferentes “grados de unidad”: si en el ciclo huelguístico de 1888 y 1889 fueron fundamentalmente los trabajadores de una empresa o de un determinado oficio los que salían a la lucha en reclamo de un aumento salarial o en defensa de sus primeras organizaciones, en el marco del ascenso obrero de 1894-1896 observamos que ya eran dominantes los reclamos por la reducción de jornada y contra el trabajo a destajo, al tiempo que se producían mayores acciones conjuntas de distintos oficios hasta llegar a una virtual huelga general en 1896.

Durante todo el período se observa cómo la conflictividad de unos gremios actuó como un fermento para la movilización de trabajadores de otros oficios: si en muchos casos se trataba de un “contagio” que tenía que ver con los vínculos que existían entre trabajadores de diferentes ocupaciones debido a las características estructurales de un mercado de trabajo donde la estacionalidad y la inestabilidad laboral hacían que para muchos trabajadores el paso de un oficio a otro fuera habitual, en otras ocasiones se observa que ese “contagio” alcanzaba a trabajadores sin vínculos previos en la esfera de las actividades productivas, lo cual pone de manifiesto el papel que jugaba la experiencia de los enfrentamientos sociales a la hora de delimitar una identidad clasista entre los trabajadores de la ciudad.

Es aquí donde resulta fundamental vincular el estudio de la génesis *del movimiento obrero* con el análisis de los orígenes *de la izquierda* en nuestro país, en la medida en que los militantes de estas fuerzas políticas jugaron un papel muy activo en este proceso. En tanto la formación de la clase obrera argentina se produjo en un período posterior al de otros países, y al mismo tiempo en el marco de una masiva inmigración europea, las corrientes políticas activas en el seno del movimiento obrero a nivel internacional tuvieron su influencia en nuestro país desde una fecha muy temprana y deben ser consideradas un actor fundamental que contribuyó a ese proceso acelerado de delimitación de una identidad de clase. La primera generación de militantes políticos llegados al país, vinculados a la experiencia de la Primera Internacional, encontró dificultades para su desarrollo debido al cuadro aún embrionario de consolidación de la estructura capitalista y de un proletariado aún en formación. Hacia mediados de la década de 1880, como señalamos, ya las condiciones “estructurales” habían cambiado y los militantes de la izquierda encontraron un campo de acción mucho más amplio. Todo un grupo de anarquistas, vinculados con los italianos Errico Malatesta y Ettore Mattei, jugaron a partir de 1885-1886 un papel importante en el proceso de movilización obrera en la medida en que buscaron

ligar su acción al de las nacientes organizaciones gremiales, e incluso con los militantes socialistas, introduciendo en múltiples reuniones y asambleas obreras planteamientos de delimitación clasista. En algunos casos, como en la sociedad de panaderos, fueron ellos mismos los protagonistas del proceso de creación de sociedades. A pesar de que el planteo clasista ocupaba en su programa un lugar secundario y que se oponían a la construcción de sociedades gremiales por considerar que se trataba de un objetivo “reformista”, incluso los militantes anarquistas contrarios a la organización, nucleados en torno a *El Perseguido* y mayoritarios en la primera mitad de la década de 1890, jugaron un rol importante en el proceso de formación de la clase obrera local. Su actividad fue importante en el sentido de profundizar las tendencias existentes en todo un sector de la clase obrera para romper sus vínculos con sociedades policlasistas, de base nacional o étnica, y estimular una radicalización política que, en un contexto de grave crisis económica y social, trazó una fuerte separación entre los obreros y otros grupos sociales de la ciudad.

Los militantes socialistas tuvieron un protagonismo indiscutible en la delimitación de una identidad obrera: su agitación política insistía tenazmente en la necesidad de que los trabajadores se dieran una organización política propia e independiente, particularmente a partir del impulso dado por las resoluciones del congreso de París de 1889 que llevaron a la organización de un *meeting* el 1° de Mayo del año siguiente. Los socialistas desarrollaron en forma permanente, además, una propaganda en pro de la organización de sociedades de resistencia e incluso de federaciones de gremios. Los planteos de la primera Federación Obrera de 1890-1892, en sus reclamos a los poderes públicos, aun cuando no lograron obtener resultados provechosos, tuvieron el indudable mérito de plantear el programa de reivindicaciones que amplios sectores gremiales tomarían en los años inmediatamente posteriores: jornada de ocho horas, abolición del trabajo a destajo, legislación protectora del trabajo, etc.

El vínculo entre izquierda y clase obrera, por otro lado, debe ser analizado en ambas direcciones. Del mismo modo que señalamos que hay que tener en cuenta el papel de los militantes políticos en el proceso de conformación de la clase obrera, también hay que analizar el modo en que los enfrentamientos de clase que marcaron al periodo, con sus flujos y reflujos, marcaron el desarrollo de las corrientes de izquierda que intervenían en el movimiento obrero. El primer impacto en este sentido es el mencionado ascenso huelguístico de 1888-1889, que no solo fue impulsado por los militantes socialistas y anarquistas sino que reforzó su posición en el seno de la clase obrera: Ricardo Falcón (2011) ha señalado que es el momento en el cual los socialistas pudieron “confluir”

con los trabajadores, y lo mismo cabe decir de los anarquistas. Es un período en el cual, además, se producen numerosas acciones conjuntas entre ambas corrientes políticas. En este cuadro, el acto del 1° de Mayo representó un salto cualitativo que debe ponerse en relación no solo con el impulso del congreso de París sino con el contexto de ascenso de las luchas que tenía lugar en el país.

El reflujo iniciado en 1890 debilitó a la naciente Federación obrera impulsada por los socialistas: en este sentido se observa un cierto “desfasaje”, dado que el avance realizado por los socialistas, con la fundación de la nueva federación y la edición de un periódico, tenía lugar cuando el ciclo de ascenso huelguístico se había cerrado. Es por eso que la Federación atravesó serias dificultades y el movimiento socialista sufrió algunas rupturas en los años 1892 y 1893. En el marco de este reflujo –agravado además por la salida del país de Errico Malatesta– se produjo también un reacomodamiento en las filas del anarquismo, cobrando fuerza en este período la vertiente “anti-organizadora”. En efecto, si bien es indudable que el predominio de *El Perseguido* fue consecuencia de la tenaz actividad de un grupo de militantes de esa orientación, tampoco puede soslayarse que tuvo lugar en un cuadro marcado por el reflujo de las luchas obreras y un debilitamiento de la actividad huelguística.

Cuando se cerró el ciclo de reflujo y volvió a cobrar fuerza la agitación obrera, a partir de 1894, se puso en evidencia que la orientación anarquista “anti-organizadora” se encontraba con serias dificultades para confluir con el ascenso de lucha de los trabajadores. La principal reivindicación de las huelgas del período, la reducción de la jornada, era vista por los libertarios como un reclamo “reformista”, y por lo tanto rechazado. También se oponían a las huelgas mismas, considerando que eran una medida limitada a los marcos del régimen social vigente y que debía plantearse una alternativa revolucionaria –aunque la estrategia para llegar a ella nunca era explicitada en forma clara. Estos planteos fueron aislando al grupo editor de *El Perseguido*, que perdió fuerza y activismo en el período 1894-1896: una mirada a sus páginas en ese período muestra su relativo aislamiento respecto a los principales conflictos del período, que tienen un seguimiento muy limitado.

En este marco, los socialistas estuvieron en mejores condiciones para empalmar con el ascenso de la lucha obrera. Su fuerte énfasis en la delimitación de una identidad de clase, en la lucha por la jornada de ocho horas y en la consolidación de sociedades de resistencia les permitió confluir con el fuerte ascenso obrero. El proceso de fusión de diferentes grupos y de crecimiento organizativo que conoció el socialismo en estos años no puede separarse del contexto de agitación obrera que lo enmarcó, y al mismo tiempo sus planteos permitieron a los militantes socialistas intervenir, en muchos casos de manera dirigente,

en diferentes sociedades obreras. Una conclusión importante que se desprende de nuestra investigación apunta a señalar que durante este periodo temprano el socialismo argentino tuvo una fuerte composición obrera y una clara inserción en las sociedades gremiales.

Si la influencia de los anarquistas “anti-organizadores” se vio fuertemente debilitada, los socialistas debieron sin embargo enfrentar el creciente desafío de otro adversario político, que cobraba fuerza en las sociedades gremiales. Por un lado los agrupamientos anarquistas “organizadores”, que volvieron a tomar fuerza a mediados de la década de 1890 al calor de la reactivación de la actividad obrera: en torno a periódicos como *El Oprimido* o *L’Avenire* se empezó a perfilar una reorientación de la línea libertaria, que criticaba la actitud prescindente que adoptaba *El Perseguido* respecto a las huelgas y a los reclamos obreros. Tal como ha señalado Eduardo Gilimón en sus memorias y se pone de manifiesto en las fuentes de la época, todo un sector de anarquistas caracterizó que esa reorientación era indispensable para disputarle al socialismo su creciente influencia sobre las sociedades gremiales.

Por otro lado, es importante destacar el peso que adquirirían en el seno del movimiento gremial porteño diferentes sociedades de resistencia que no se alineaban decididamente ni con el socialismo ni con el anarquismo, y ponían en primer plano la necesidad de consolidar las organizaciones gremiales, defender las huelgas y reclamar la reducción de la jornada laboral. Si se diferenciaban de los socialistas porque criticaban su preocupación por la “participación política” y defendían la reivindicación de la huelga general, también se distinguían de las versiones más doctrinarias del anarquismo, al subrayar un componente clasista y defender la lucha reivindicativa.

Conclusiones

El año 1896 representa el punto culminante de ese nuevo ascenso obrero y al mismo tiempo corona un ciclo de casi diez años durante el cual se produjeron una serie de cambios decisivos en el proceso de formación de la clase obrera local. Durante los meses de invierno y primavera de ese año tuvo lugar una virtual huelga general en Buenos Aires y en Rosario: sin ser nunca declarada como tal, la huelga se extendió de unos gremios a otros a partir de la paralización del trabajo en los importantes talleres ferroviarios. Por un lado vemos cómo la influencia del “contagio” es central, en la medida en que las huelgas en ciertos gremios movilizaban a los trabajadores de otros oficios a salir a pelear por sus reivindicaciones y que el reclamo de reducción de la jornada laboral actuaba como un virtual denominador común en todos los conflictos. Por el otro, vemos que no se llegaron a plantear acciones

conjuntas de toda la clase, que unificasen el reclamo en un único pliego de reivindicaciones. Existieron en la práctica dos centros de unificación del reclamo obrero: uno en el Prado Español, donde predominaba el elemento anarquista y los gremios de zapateros y panaderos; otro en el local socialista de Barracas, que actuaba como cuartel general de la huelga de ferrocarrileros y mecánicos. Vemos así que la “huelga grande” representó la cristalización de una fuerte tendencia que se venía observando en el período previo, que llevaba a los diferentes gremios de la ciudad a una lucha conjunta por la reducción de la jornada de trabajo, pero que al mismo tiempo no llegó a dar lugar a una huelga general unitaria declarada de manera formal. Esto se debió sobre todo a la negativa de los socialistas, que dirigían en ese momento una Federación obrera, a declarar la huelga general: en todo momento su posición fue contraria a la generalización del conflicto a todos los gremios y primó una postura que sostenía la importancia de concentrar las fuerzas en ciertos oficios que están en conflicto. Entre los anarquistas de orientación organizadora y los sindicatos “autónomos”, por su parte, ya cobraba fuerza el planteo de la huelga general, pero no contaban todavía ni con la fuerza ni la organización suficientes para decretar una medida de esas características.

El desenlace de la huelga, por último, impactó sobre el desarrollo posterior de las corrientes. Por el lado del socialismo, creemos que jugó un papel decisivo en el proceso que llevará a Justo a dominar las divergencias internas que habían surgido en el congreso constituyente de 1896 y que le asegurarán el control interno del Partido hacia fines del siglo. La derrota de la “huelga grande”, en efecto, fortaleció en la línea del PS la argumentación que caracterizaba a las huelgas como una forma de lucha “primitiva” y de escasa utilidad y ponía en primer plano la necesidad de impulsar la lucha política. Es así como ya a fines del siglo XIX vemos que están cristalizando los elementos característicos del socialismo argentino: por un lado un fuerte énfasis en la necesidad de que los trabajadores tengan su propio partido y desarrollen una lucha política –lo cual implicaba una diferenciación respecto a la Unión Cívica Radical–, por el otro una interpretación de esa lucha política en clave fuertemente reformista y parlamentaria y una subordinación de la lucha huelguística y reivindicativa, en parte como reacción al peso de los anarquistas en las sociedades gremiales.

Los acontecimientos de 1894-1896 también marcaron en forma decisiva al anarquismo local. El ascenso obrero puso de manifiesto que el planteo de los “anti-organizadores” se revelaba como una traba para una confluencia con el movimiento obrero, y al calor de las luchas de esos años cobró fuerza una nueva generación de militantes de orientación “organizadora”, que caracterizó que era necesario intervenir en

forma activa en las nacientes sociedades de resistencia, en lugar de denunciarlas, e impulsar las luchas reivindicativas de los trabajadores. Los anarquistas de esta orientación confluyeron en muchos casos con militantes gremiales sin una definida pertenencia ácrata pero que se oponían a la política de los socialistas, y en esos años encontramos experiencias como la del periódico *La Unión Gremial* o la llamada “Convención obrera” de 1896 –un nucleamiento de diferentes gremios adversarios de la Federación obrera dominada por los socialistas, que no tuvo continuidad– en las cuales aparecía ya planteada una orientación clasista y partidaria de la huelga general, al tiempo que hostil a la lucha política que era entendida como sinónimo de participación electoral. En los años posteriores a la huelga de 1896 los militantes anarquistas organizadores cobrarán fuerza en torno a la publicación de *La Protesta Humana* y aumentarán su influencia sobre el movimiento obrero, al tiempo que, como vimos, el socialismo desarrollaba un movimiento de consolidación de sus posiciones políticas en torno a la línea justista al costo de debilitar su trabajo en el seno de la clase trabajadora.

* * *

Contra lo que podría suponer una primera mirada sobre la abundante producción historiográfica existente, hay mucho por hacer en el campo de la historia de los orígenes del movimiento obrero y la izquierda en nuestro país. La reactivación que se observa en el campo de la historia de los trabajadores podría reactualizar la importante discusión sobre las condiciones de vida que se desarrolló hace varias décadas para luego verse interrumpida. Reivindicamos, en este punto, la tradición de la interpretación “pesimista” y coincidimos con Suriano (2006) sobre la necesidad de que esa interpretación se fortalezca y enriquezca con nuevas investigaciones que le den a esta perspectiva nuevos elementos de juicio y fundamentaciones analíticas. Ello no quita que las nuevas inquietudes de los investigadores actuales le marquen nuevas orientaciones a estos ya antiguos debates: creemos que si la crisis en el campo de la historia de los trabajadores no puede separarse de un contexto histórico marcado por una serie de importantes retrocesos de la clase obrera a nivel mundial –que fueron incluso mayores en el campo político y teórico–, en la actual coyuntura de crisis del capitalismo a nivel global se ha puesto en evidencia una presencia indiscutible de los trabajadores, que pone en cuestión el predominio de una tradición analítica que hablaba del “fin de la clase obrera”. Creemos, en fin, que existe por lo tanto una oportunidad y un espacio para que nuevas investigaciones recuperen las herramientas de la historia social sin que eso implique negar la centralidad de la clase obrera.

Referencias

- Abad de Santillán, Diego (1930), *El movimiento anarquista en la Argentina. Desde sus comienzos hasta el año 1910*. Argonauta: Buenos Aires.
- (1933), *La FORA: ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*. Buenos Aires.
- Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo: escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bilsky, Edgardo (1984), *La Semana Trágica*. Buenos Aires: CEAL.
- (1985), *La FORA y el movimiento obrero*. Buenos Aires: CEAL.
- (1992), “Ethnicité et classe ouvrière: les travailleurs juifs à Buenos Aires (1900-1930)”, *Le Mouvement Social*, n° 159, pp. 39-56.
- Bourdé, Guy (1973), “La condition ouvrière à Buenos Aires à la fin du XIXe et au debut du XXe siècle”, *Le Mouvement Sociale*, núm. 84.
- Camarero, Hernán y Carlos Herrera (2005), “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas” en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.) *El Partido Socialista en Argentina: Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cortés Conde, Roberto (1976), “Tendencia de la evolución de los salarios reales en Argentina, 1880-1910. Resultados preliminares”, *Económica* núm. 2-3.
- Falcón, Ricardo (1979), “Luchas de tendencias en los primeros congresos del Partido Socialista Obrero Argentino. 1896-1900”, *Apuntes para la historia del movimiento obrero y antiimperialista latinoamericano*, año 1, número 1.
- (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. Buenos Aires: CEAL.
- (1986), *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*. Buenos Aires: CEAL.
- (2011), “Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II”. *Cuadernos del Ciesal*. Año 8, número 10, julio-diciembre 2011, pp 11-45.
- Gilimón, Eduardo (1911), *Hechos y comentarios*. Buenos Aires-Montevideo: Imprenta B. Puey.
- Godio, Julio (1972), *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases 1880-1910*. Buenos Aires: Erasmo.
- Gutiérrez, Leandro (1981), “Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914”, *Revista de Indias*, vol. X-LI, núm. 163-64.
- Gutiérrez, Leandro y Luis Alberto Romero (1991), “Los sectores populares y el movimiento obrero en Argentina: Un estado de la cuestión”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Tercera Serie, núm. 3.
- Iscaro, Rubens (1958), *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*. Buenos Aires: Anteo.

- Korzeniewicz, Roberto P. (1989), "Labor Unrest in Argentina, 1887-1907", *Latin American Research Review*, vol. 24, núm. 3.
- Marotta, Sebastián (1960, 1961, 1970), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*. Buenos Aires: 3 vols.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2004), "Campeones del proletariado. El Obrero y los comienzos del socialismo en la Argentina", *Políticas de la Memoria*, núm. 4.
- Munck, Ronaldo (1987), "Cycles of Class Struggle and the Making of the Working Class in Argentina, 1890-1920", *Journal of Latin American Studies*, vol. 19, núm. 1, pp. 19-39.
- Nettlau, Max (1927), "Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914", en *Certamen Internacional de La Protesta*. Buenos Aires: La Protesta.
- Oddone, Jacinto (1934), *Historia del Socialismo Argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1949), *Gremialismo proletario argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- Oved, Iacov (1976), "El trasfondo histórico de la ley 4.144, de Residencia", *Desarrollo Económico*, vol. 16, núm. 61, pp. 123-150.
- (1978), *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Panettieri, José (1967), *Los trabajadores*. Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez.
- Paso, Leonardo (ed.) (1974), *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*. Buenos Aires: Testimonios.
- Poy, Lucas y Daniel Gaido (2011a), "New Research on the History of Marxism in Argentina", *Historical Materialism. Research in Critical Marxist Theory*, London, vol. 19, n° 1.
- (2011b), "Under German Eyes: German Ave-Lallemant and the Origins of Marxism in Argentina". *Science & Society. A Journal of Marxist Thought and Analysis*. New York, vol. 75, núm. 4, pp. 480-505.
- Ratzer, José (1970), *Los marxistas argentinos del 90*. Córdoba: Pasado y Presente.
- Romero, Luis Alberto (1987), "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad", *Desarrollo Económico*, vol. 27, núm. 106.
- Suriano, Juan (1988), *Trabajadores, anarquismo y Estado represor: de la Ley de Residencia a la Ley de Defensa Social (1902-1910)*. Buenos Aires: CEAL.
- (2001), *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1880-1910*, Buenos Aires: Manantial.
- (2003), "La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo", *Entre-pasados*, núm. 24-25.
- (2006), "Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores", en Jorge Gelman (comp.) *La historia económica argentina*, cit.

- (2007), *Auge y caída del anarquismo. Argentina, 1880-1930*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Tarcus, Horacio (2004), "¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890", *Políticas de la Memoria*, núm. 4.
- (2007a), *Marx en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2007b), "Entre Lasalle y Marx. Los exiliados alemanes en la Argentina de 1890 y la recepción del socialismo europeo", *Políticas de la Memoria*, núm. 5.
- (dir.) (2007c), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Tarcus, Horacio, Jessica Zeller y Sandra Carrera (2008), *Die deutschen Sozialisten und die Anfänge der argentinischen Arbeiterbewegung: Antologie des Vorwärts, (Buenos Aires 1886 - 1901)*. Buenos Aires: Cedinci Editores-Buenos Libros.
- Walter, Richard J. (1977), *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*. Austin: Institute of Latin American Studies, University of Texas.
- Zaragoza Ruvira, Gonzalo (1976), "Anarquistas españoles en Argentina a fines del siglo XIX", *SAITABI*, Valencia, Universidad de Valencia.
- (1978), "Anarchisme et mouvement ouvrier en Argentine à la fin du XIXe siècle" *Le Mouvement social*, núm. 103.
- (1996), *Anarquismo argentino 1876-1902*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Zeller, Jessica (2007), "Entre la tradición y la innovación. La experiencia del *Vorwärts* en Buenos Aires", *Políticas de la memoria*, núm. 5.

* * *

Resumen: En este trabajo planteamos una mirada de conjunto a la historiografía existente sobre los orígenes del movimiento obrero y la izquierda en la Argentina. En particular se analiza el modo en el que se planteó el vínculo entre la historia de los trabajadores y la historia de la izquierda. A partir de estas consideraciones proponemos una serie de planteamientos metodológicos sobre lo que creemos un modo enriquecedor de abordar el estudio del desarrollo de las primeras corrientes políticas de izquierda al calor del proceso de estructuración de la clase obrera en Argentina en las últimas décadas del siglo XIX.

Palabras clave: socialismo – anarquismo – huelgas – crisis de 1890

Abstract: This paper offers an overall assessment of the existing historiography on the origins of the labor movement and the left in Argentina. We focus on the way the link between labor history and the history of the left organizations was traced in scholar research. Based on these considerations we suggest a number of methodological propositions for what we consider a new way of approaching

the study of the first leftist organizations and the making of the working class in Argentina in the last decades of the nineteenth century.

Keywords: socialism – anarchism – strikes – 1890 crisis

Recepción: 10 de mayo de 2012 – **Aprobación:** 9 de junio de 2012

Sindicalismo revolucionario, trabajadores marítimos e historiografía a comienzos del siglo XX: revisión crítica y perspectivas

Laura Caruso

UBA-CONICET / IDAES-UNSAM

La historiografía argentina en los últimos años ha visto prosperar los estudios sobre la clase obrera, desde diversas temáticas y perspectivas. Una novedad, dentro de esta amplia afirmación, es la existencia de trabajos e investigaciones dedicados a estudiar la historia del sindicalismo revolucionario. Esta corriente tuvo una importancia significativa en la historia del movimiento obrero de las primeras décadas del siglo XX, centralidad reconocida y expresada por algunos trabajos, sin que los investigadores hayan retomado la apuesta, hasta ahora. En el estudio del *sindicalismo* resulta imprescindible el conocimiento de la experiencia histórica de los trabajadores marítimos, grupo en el cual tuvieron una actuación destacada. Esta perspectiva presenta una doble ventaja, no siempre reconocida por sus autores: profundizar el estudio de sus ideas políticas y sus bases teóricas, y a la vez conocer sus prácticas sindicales en un caso particular, en uno de los gremios más importantes del período. El ámbito del puerto, específicamente el grupo de trabajadores embarcados, fue un campo prolífico para la acción político-gremial *sindicalista*, que tuvo una mayor cristalización con la creación de la Federación Obrera Marítima (FOM). Junto a ésta, otros gremios se desarrollaron con una importante participación de dicha corriente, como la Federación de Artes Gráficas desde la primera década del siglo, la Federación Obrera Ferrocarrilera (FOF), la Federación de Trabajadores de la Madera, particularmente en los sindicatos de ebanistas y escultores, y en menor medida, la Federación de Obreros de la Construcción Naval (FOCN), con mayor incidencia en las sociedades de caldereros y de pintores y rasqueteadores. Tales experiencias no cuentan hoy con estudios particulares sobre la acción *sindicalista* en cada uno de estos sectores. Tal vez una de las excepciones sea el trabajo en curso de Maricel Bertolo sobre el gremio gráfico, su dirección *sindicalista* y la conformación de un convenio tras la huelga de los últimos meses

de 1906 que dio inicio a las relaciones colectivas obrero-patronales de carácter perdurable (Bertolo, 2005).

Si bien fueron varias las corrientes obreras que participaron en la construcción del movimiento obrero en general, como el anarquismo, el socialismo, el comunismo y el *sindicalismo*, y las mismas constituyeron fuerzas activas, con diferentes formas y niveles de participación, en la organización gremial de los obreros marítimos, entre éstos fue destacada la presencia del *sindicalismo*. Por la relevancia del sector y la sostenida dirección *sindicalista*, los trabajadores marítimos y su sindicato constituyen una puerta de entrada ineludible para conocer en profundidad la militancia de esta corriente, sus lineamientos y prácticas, así como sus transformaciones. El presente trabajo revisa aquellos estudios existentes sobre esta corriente político-sindical junto a otras investigaciones acerca de la FOM y su vínculo con el primer gobierno radical. Durante este recorrido se delinea una propuesta de investigación que ya ha dado algunos pasos significativos, cuyos resultados y problematizaciones forman parte de la segunda parte de este trabajo.

Marítimos y sindicalistas revolucionarios

Los trabajadores marítimos han demostrado en la historia argentina un poder asociativo y una capacidad de acción sindical de gran alcance, relacionados en primer término con la ubicación estratégica del sector dentro de la economía agroexportadora y el consecuente poder de presión ante gobiernos y empresas. La misma centralidad y fortaleza tuvieron los armadores y compañías del sector exportador, en particular los armadores, lo que hizo del espacio portuario un lugar donde el conflicto obrero adquirió una particular visibilidad e intensidad.

En cuanto a los estudios sobre este grupo obrero en las primeras décadas del siglo XX, la historiografía argentina ha mostrado una gran preocupación sobre el gremio marítimo, en conjunto con el ferroviario, opuesta a la escasa o nula atención sobre la clase obrera industrial en el mismo período. Sin embargo, marítimos y ferroviarios fueron examinados desde una mirada que privilegiaba su relación con el Estado en momentos de la primera presidencia radical, en detrimento de su historia, lo cual restó especificidad y profundidad al conocimiento de estos grupos. La experiencia laboral, sindical y política de los obreros embarcados está hoy en construcción, con un saldo provisorio positivo, que ha permitido la revitalización de ciertos debates en torno a la experiencia política de la clase obrera y su vinculación con el Estado, en la cual los *sindicalistas* tuvieron un papel importante, al frente de los diversos sindicatos marítimos que se sucedieron en el tiempo, como la Sociedad de Marineros y Foguistas, la Liga Obrera Naval Argentina (LONA) y la FOM.

En nuestro país existe desde hace décadas un fuerte consenso historiográfico sobre la importancia del gremio marítimo en el conjunto del movimiento obrero en su etapa de formación y consolidación, como principal fuerza de la Federación Obrera Regional Argentina del IX congreso (FORA IX), central obrera dirigida por los *sindicalistas*. Segundo, es generalizada la afirmación sobre el lugar privilegiado de los obreros marítimos y su dirección, el sindicalismo revolucionario, en la relación establecida con los gobiernos radicales de las primeras décadas del siglo XX, en particular con Hipólito Yrigoyen durante su primera presidencia. En uno y en otro caso aún queda mucho por conocerse en cuanto a los casos específicos, el análisis de las prácticas del sindicato y la forma concreta de esta vinculación con el Estado, tema que retomaremos hacia el final de este trabajo.

Un conjunto de producciones provenientes de diversas y explícitas posiciones políticas, cuyos autores fueron militantes renombrados, han brindado valiosa información acerca de la estructura y organizaciones del movimiento obrero, historias en las que aparecen múltiples referencias sobre la acción gremial y política de las distintas corrientes político-ideológicas que disputaban la dirección del conjunto de los trabajadores. Entre estos cabe destacar la historia escrita por Sebastián Marotta (1961), uno de los dirigentes *sindicalistas* más importantes en los años de la primera posguerra, quién mejor ha reflejado la actividad gremial de esta corriente de conjunto, así como los debates, dinámica e historia del movimiento obrero que este autor ha desarrollado para aquellas primeras décadas del siglo. Trabajos posteriores permiten conocer algo más sobre la composición, acción y organización sindical en diferentes coyunturas, constituyendo historias generales del movimiento obrero que encarnaron un necesario esfuerzo de amplitud y síntesis (Bilsky, 1987; Godio, 1988).

En los últimos años se han desarrollado una serie de trabajos en torno a la corriente *sindicalista* y a los obreros marítimos, que plantean un nuevo cuadro de situación sobre cuáles problemas e interrogantes caracterizan hoy el abordaje histórico de estos temas. Parte vital de esta renovación se vincula con el análisis por un lado de la conformación y desarrollo político-ideológico del sindicalismo revolucionario, dirección de los marítimos hasta la década de 1930, y por otro con la relación de la FOM, emblemática de la acción de esta corriente, con el gobierno nacional durante las presidencias radicales, ambos ejes sobre los que se desarrollan los próximos apartados.

El sindicalismo revolucionario rioplatense

Originado en la Europa finisecular, el sindicalismo revolucionario

surgió en el seno del movimiento obrero francés organizado en torno a la Central General de Trabajadores, teniendo también un importante desarrollo en Italia.¹ A partir de allí, el desarrollo geográfico e histórico de dicha corriente resulta llamativo. Su importancia a nivel mundial ha sido analizada por Van der Linden y Thorpe (1992) quienes lo definieron como movimiento e ideología obrera que dio prioridad, a través de la acción directa, a la lucha por las mejoras inmediatas, combinada con la búsqueda de la construcción de una nueva sociedad superadora de la lucha de clases. Su programa suponía un rechazo a la utilización de medios políticos, no a la política, en la búsqueda de fines que eran evidentemente políticos, como la abolición del sistema capitalista y el establecimiento de una sociedad organizada por las asociaciones de los productores.

En Argentina, el sindicalismo revolucionario se originó primero como fracción partidaria dentro del Partido Socialista, y tras su expulsión en 1906, constituyó una corriente autónoma de fuerte corte antiparlamentarista, antipartidario y antiestatista, posicionamientos que se fueron modificando en la práctica al calor de las luchas y la experiencia posterior. El grupo de militantes entonces socialistas, lectores y difusores de la obra de Sorel y otros teóricos del *sindicalismo* europeo, comenzó a editar el periódico *La Acción Socialista* en 1905, aún dentro del PS, a la par que participaba activamente en la Unión General de Trabajadores (UGT). Ya por fuera de la estructura partidaria impulsó la Central Obrera Regional Argentina (CORA) en 1909, y en 1910 renovó su publicación periódica bajo el nombre de *La Acción Obrera*. El sindicalismo revolucionario, que dirigió las centrales obreras más importantes de la segunda y tercera década del siglo, fue así una corriente político gremial fundamental en todo este período (Bertolo, 1993; Del Campo, 1986).

Su separación del PS, una de las escisiones perdurables más significativas en la historia de este partido, se produjo luego de sendos debate y profundas críticas a su estrategia política, con las que cuestionaban su política parlamentarista y el descuido de la militancia, organización y propaganda gremial. Por sobre la acción político-parlamentaria, para la corriente *sindicalista* el ámbito privilegiado de toda militancia fue el sindicato. Con un fuerte énfasis en el impulso de la organización y la defensa de la herramienta gremial por medio de la acción directa, el *sindicalismo* fue desarrollándose, profundizando ciertas posturas y mo-

1. Algunos de sus principales exponentes fueron Victor Griffuelhes, secretario general de la CGT entre 1902 y 1908, Fernand Pelloutier, Edouard Berth, Hubert Lagardelle y Goerge Sorel en Francia. En Italia, los miembros de esta corriente más destacados, quienes tradujeron las obras de Sorel, como lo hiciera Julio Arraga en Argentina, fueron Arturo Labriola y Enrico Leone.

dificando otras. Al cambiar el régimen político a partir de la Ley Sáenz Peña y la llegada al gobierno del radicalismo, fue virando el énfasis de su prédica y su acción, produciéndose un proceso de redefinición política en el que la huelga general, que planteaba un desafío político al gobierno, perdió terreno frente al llamado a la unidad obrera y las reivindicaciones económico-corporativas. En la práctica este proceso devino en el abandono de la confrontación abierta y el despliegue de una actitud positiva hacia el poder político, construyendo una estrategia de fuerte pragmatismo, proclive a la negociación, cuya máxima expresión se evidenció durante la presidencia de Yrigoyen.

La influencia predominante del *sindicalismo* entre 1910 y 1930 en el movimiento obrero argentino, y su continuidad al frente del sindicato marítimo, fueron resaltados por un trabajo ya clásico sobre la experiencia sindical en Argentina y el surgimiento del peronismo. En éste se resalta la continuidad entre las modalidades y las prácticas *sindicalistas* –la organización centrada en el sindicato, la vinculación directa con el poder político y el reformismo pragmático– y las prácticas propias del peronismo, posteriores a 1943 (Del Campo, 2005). Sin embargo, tanto la obra de Del Campo como los primeros trabajos de Bertolo presentan como problema su construcción modélica, la forma en que se han abstraído de la práctica y el devenir concreto de esta corriente en gremios y centrales obreras particulares. En el caso de Del Campo, se ve además una preocupación por vincular la experiencia *sindicalista* con el peronismo, a través de una mirada que diluye el valor y la especificidad del *sindicalismo*.

Existen hoy diversas líneas de investigación que plantean problemas nuevos con relación al sindicalismo revolucionario, a la vez que retoman otros. A propósito del vacío historiográfico sobre los orígenes del *sindicalismo*, hace unos años Alejandro Belkin ha analizado, por un lado, el debate sobre la declaración de la huelga general en 1905 al producirse el levantamiento radical y el establecimiento del estado de sitio, en cuyo desarrollo se pusieron de relieve y se consolidaron muchas de las posiciones de la tendencia *sindicalista*, opuestas a la línea oficial partidaria. El debate finalizó entonces con la expulsión de la fracción *sindicalista* en el VII congreso del PS (Belkin, 2005). Por otro, el autor ha desarrollado una interesante hipótesis en torno a la relación con las otras fuerzas políticas obreras actuantes en el movimiento obrero. Afirmó allí que el surgimiento y la acción del *sindicalismo* vinieron a llenar un vacío existente surgido en torno a la prioridad y el impulso de la lucha gremial concreta y estrictamente económica. Esto dio lugar a una suerte de “división del trabajo” en la que cada corriente se especializó en un aspecto de la lucha obrera. Mientras los anarquistas encarnaban el programa máximo y la actividad de propaganda, los socialistas

dirigían su labor política hacia el programa mínimo, enfatizando la lucha político-electoral; por último, el *sindicalismo*, también enfocados al programa mínimo, privilegiando la lucha sindical y la acción directa (Belkin, 2007).

Hemos referido a la participación *sindicalista* en varios gremios, situación que devino en su posición dirigente en la FORA IX al avanzar la década del 10. Un trabajo reciente ha mostrado el desarrollo de una de las acciones gremiales más destacadas del *sindicalismo* en la segunda década del siglo XX en la construcción sindical: las giras de propaganda y organización que impulsó la FORA IX a fines de la década por el litoral entrerriano (Leyes, 2009). Este elemento central de la estrategia de sindicalización impulsada por la FORA, en cuyo desarrollo fueron vitales los militantes *sindicalistas* marítimos, trabajadores de a bordo, quienes en torno a los pueblos o ciudades puertos, como Colón, Concordia, o Concepción del Uruguay, constituyeron secciones sindicales, realizaron una intensa acción propagandística a partir del periódico forista *La Organización Obrera* y de diversas actividades, en lo que constituyó la versión fluvial del modelo de las giras. Éste se organizaba en torno a la elección de un delegado dentro de la FORA, el cual debía establecer contacto, realizar luego visitas para entablar un vínculo y una organización estable con la ciudad o pueblo elegidos. Si en la vía fluvial la FOM tuvo un rol protagónico, en la gira a través del camino de las líneas de ferrocarril también participaron militantes foristas de otros gremios.

Mientras el análisis de las giras, entre otros temas, pone de relieve la importancia de los militantes que constituían la organización gremial y su labor en el interior, carecemos de un conocimiento exhaustivo de las trayectorias políticas de aquellos activistas que construyeron las organizaciones del movimiento obrero, en particular los recorridos de los miembros dirigentes y activistas de la FOM. Sin olvidar el capítulo que Oscar Troncoso (1983) dedicó a Francisco García, secretario general de la FOM por 14 años ininterrumpidamente y luego por otro período más breve hasta su muerte, tal vez la única excepción sea la reconstrucción biográfica y política de Ramón Suárez Picallo, militante gremial marítimo, realizada por Hernán Díaz (2008). Más allá de la variante adscripción política de Suárez Picallo, que pasó por el socialismo, el comunismo y finalmente, el nacionalismo gallego, su mayor labor de construcción sindical se desarrolló principalmente dentro del sindicato de Mozos, Cocineros y Anexos, sindicato adherido a la FOM. A través de la historia individual de este militante es posible reconstruir la historia de ese gremio, la participación comunista en éste, las luchas encaradas por la Federación, y las tensiones en su interior.

Radicalismo y movimiento obrero

Mucho se ha discutido en los últimos años, sino décadas, sobre la relación entre el sindicato marítimo y el primer gobierno radical, dentro del más amplio debate sobre el rol del Estado y su política hacia los trabajadores en aquel período. La pregunta acerca de la actitud del gobierno y sus razones, así como sobre la forma y contenido del vínculo entre sindicato y gobierno, ha suscitado en el campo historiográfico un creciente interés sobre el período radical y sobre algunas de las huelgas marítimas más importantes.

Quizás uno de los primeros en poner de relieve tal problemática fue Samuel Baily (1984) al afirmar que el gobierno de Yrigoyen había implicado un profundo viraje en la relación Estado-trabajadores, expresado en la forma personal en que el mandatario se involucró en la mediación de varios conflictos y en el diálogo establecido con sus dirigentes gremiales, particularmente los marítimos. Tales acciones ad-hoc, de carácter coyuntural, no tenían detrás ninguna estrategia o programa que tendiera a desarrollar algún grado de institucionalización, por lo cual la atención de las demandas obreras continuó dependiendo de la voluntad de los presidentes.

Años después, un trabajo integral sobre el radicalismo realizado por David Rock volvía a plantear el problema desde una perspectiva no muy diferente, que integraba nuevos elementos. Según éste, el gobierno radical había elaborado una política de limitada integración hacia los trabajadores guiada predominantemente por la intención de frenar el avance del PS en la Capital, y de fijar un nuevo rol a los sindicatos, especialmente en aquellos dirigidos por *sindicalistas*, quienes no competían en el plano electoral por su política abstencionista, ni tampoco en el gremial, donde el radicalismo carecía de desarrollo propio. Este trabajo, considerado hoy un clásico de la historiografía del período, la relación entre el primer gobierno radical y algunos sindicatos se explica preferentemente por la búsqueda de votos, un objetivo electoralista que permitiría así comprender el nuevo rol asumido por el Estado frente al conflicto obrero en ciertos sectores (Rock, 1992).

Esta interpretación, conocida como la “tesis Rock”, presupone en primer término la ausencia de sectores obreros en la propia composición de la UCR; además, excluye en el tratamiento del problema la propia iniciativa de los sindicatos y corrientes políticas obreras. Quienes criticaron esta tesis han sostenido la existencia de una relación de complementariedad y enfrentamiento por parte del gobierno con algunos sectores obreros, expresada en una nueva actitud gubernamental frente al conflicto, en particular durante las huelgas marítimas de 1916-1917 y 1919. El radicalismo había establecido así una relación

tangencial con ciertos grupos de trabajadores organizados, buscando fundamentalmente expandir su base social (Falcón y Monserrat, 2000a y 2000b). El núcleo de la crítica a la interpretación electoralista radica en que ésta ha pasado por alto la necesidad histórica y generalizada de ampliación de las bases sociales del Estado. La explicación de Falcón y Monserrat también buscó despersonalizar la nueva política hacia los trabajadores, abandonando conceptos como *obrerismo* y *personalismo*, para mejor enfatizar el proceso social de construcción de una fuerza política heterogénea como la UCR y su acción inclusiva hacia sectores de la clase obrera. Tal interpretación constituye una mirada superadora de la tesis mencionada, sin por esto negar la importancia y la necesidad de la búsqueda de votos en un sistema político ampliado, pero descendiendo el eje de la explicación y sumando otros elementos.

Dentro de esta política preferencial de mediación y diálogo con ciertos sindicatos, la FOM aparece en todos los análisis anteriores como interlocutor principal del gobierno radical, pero durante el gobierno de Alvear tal relación cambió sus canales de expresión. Mientras la interpretación del vínculo FOM-gobierno de Yrigoyen que realiza Alejandra Monserrat sigue los lineamientos de su anterior trabajo con Ricardo Falcón, su análisis del segundo gobierno radical plantea el restablecimiento de dicho vínculo, debilitado tras el recambio presidencial, recomponiéndose así un espacio de acercamiento y negociación. Sin embargo, al igual que Horowitz, su trabajo enfatiza cómo, tras la huelga del año 1924, la FOM no logró recuperar el protagonismo de antaño, ocupado ahora por la Unión Ferroviaria (UF), punta de lanza de un modelo organizativo centralizado (Monserrat, 2011). La revisión de esta producción permite ver cómo, tanto en sus trabajos conjuntos como en sus producciones individuales, Falcón y Monserrat han desarrollado una visión particular que, si bien supera la tesis Rock, tiene un fuerte carácter integrista y consensualista por el cual se tiende a perder de vista el conflicto obrero y los problemas y consecuencias concretas que su relación con el Estado para los trabajadores y sus organizaciones. Tal mirada positiva de la acción estatal corre el riesgo de diluir el conflicto inherente incluso a la existencia misma de esas políticas.

Si nos remontamos en el tiempo, la pregunta sobre el vínculo Estado-sindicato vuelve a plantearse en torno a los gobiernos conservadores. Si la tesis Rock inhabilita a pensar alianzas con sectores obreros por parte de gobiernos sin sustentación en el voto extendido, otros trabajos han mostrado la política desarrollada durante el régimen conservador en este sentido, con la formación del DNT, la sanción de ciertas leyes laborales y la intervención del presidente Sáenz Peña en los conflictos obreros patronales (Falcón, 1986/7). De hecho, ya tiene varios años la interpretación del carácter dual de la política conservadora a comienzos

del siglo XX, fuertemente represiva hacia sectores obreros, sobre todo aquellos vinculados al anarquismo, y con iniciativas que tendieron a integrar a otros sectores más proclives a la negociación (Suriano, 1989-1990). Entre éstos últimos se ubicaron, ya desde fines de 1895, los trabajadores marítimos y sus organizaciones sucesivas: la Sociedad de Resistencia de Marineros, la Sociedad de Marineros y Foguistas, la LONA y, al iniciarse la segunda década del siglo XX, la FOM (Caruso, 2012).

Sin embargo, no son pocos los autores que han retomado plena y acriticamente la “tesis Rock” al analizar la relación sindicatos-gobiernos radicales, entre los cuales se encuentran los trabajos de Joel Horowitz y Jeremy Adelman. El primero, redoblando la apuesta, ha sostenido que el núcleo de la acción gubernamental del radicalismo fue la búsqueda de votantes, al ser una organización popular multisectorial. Carente de una estrategia propia de acercamiento al movimiento obrero, el gobierno radical, a través de la intervención directa y personal del presidente en aquellos sectores claves como el marítimo, reaccionó frente a las iniciativas de los gremios, elemento que Rock había desestimado. Esto convirtió a la FOM en uno de principales pilares de la política radical, con quien el gobierno estableció una unión coyuntural o alianza informal. En la huelga general de mediados de 1921, con especial participación de la FOM, el autor identificó un momento de crisis en esa relación (Horowitz, 1995). La alianza gobierno-sindicato se vió así debilitada y amenazada por la pérdida de apoyo de la clase media y la hostilidad de las elites, sectores claves en la coyuntura previa a las elecciones de 1922. Para Horowitz la proximidad de las elecciones fue un elemento clave, acompañado por la presión de los grandes capitales y de la Asociación del Trabajo, que junto a los problemas internos en los gremios portuario y marítimo, sus diferencias ideológico-políticas y sus disputas jurisdiccionales, resultaron en un alejamiento entre el gremio marítimo y el gobierno, el que con Alvear a la cabeza reeditó el carácter de esa alianza con un nuevo gremio, la UF (Horowitz, 2008 y 2004).

El segundo autor, Adelman, ha planteado el problema en términos similares, en su análisis de tres grandes conflictos marítimos: la fracasada huelga de 1911, el triunfo del año 1916, y la huelga general de mayo-junio de 1921, considerada como el “conflicto final entre el capital y el trabajo”. En su interpretación sumó como nuevo argumento el quiebre que supuso la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912 en la relación Estado-sindicatos, ya que a partir de allí ambos actores comenzaron a desarrollar tácticas más proclives al diálogo y al reconocimiento mutuo (Adelman, 1992 y 1993). Sin embargo, la inmadurez política de la clase obrera argentina para constituir un partido político representativo del conjunto de los trabajadores y que diera solución a los reclamos e intereses obreros a través del sistema político-electoral, ya que el PS no

cumplía con lo primero y el *sindicalismo* se sostenía como apartidario, impidió el avance del movimiento y el aprovechamiento de esta relación con el Estado, basada en una representación sindical atomizada y selectiva. El resultado fue la derrota obrera de la huelga general de 1921, que incluye la derrota de la huelga general marítima, y la transformación del vínculo sindicatos-gobierno. Este punto de quiebre fue también identificado por Andreas Doeswijk, para quien la recesión económica, el endurecimiento de la posición de los entes patronales, su presión ejercida sobre el Poder Ejecutivo, y el enfrentamiento de la FOM con el sindicato portuario anarquista fueron diferentes factores que contribuyeron al fracaso de la lucha obrera (Doeswijk, 1998).

Otros dos trabajos han analizado el vínculo Estado-sindicatos en estas primeras décadas del siglo XX y el lugar privilegiado ante el poder político de la FOM y su posición dirigente dentro del conjunto de la clase obrera. Si bien ya presente en el trabajo de Adelman, la mediación corporativa en el vínculo Estado-sindicato es el argumento central presentado por Enrique Garguin para caracterizar la relación entre el primer gobierno radical y el gremio marítimo. El predominio corporativo, frente a la mediación política, en la relación del gobierno y la FOM era consecuencia de una forma más general de la relación Estado-sociedad civil, donde el Poder Ejecutivo predominó sobre el Legislativo, lo cual explicaría la debilidad de la democracia argentina ya en sus inicios (Garguin, 2000). Sin embargo, la relevancia del corporativismo como elemento definitorio del vínculo establecido entre el Estado y sectores del movimiento obrero fue discutida por un artículo de reciente aparición, que afirmó la continuidad de la matriz liberal en la política laboral desarrollada tanto por gobiernos conservadores y radicales. Por sus elementos perdurables, Suriano ha entendido las políticas laborales de Yrigoyen como carentes de cambios sustanciales con respecto a estrategias previas (Suriano, 2011). Existieron sí elementos novedosos, como la intervención directa y personal del presidente en huelgas claves para la economía, pero tales novedades no lograron modificar la situación problemática de la política laboral del período: la ausencia de un corpus legislativo que diera un marco legal al desarrollo de las relaciones obrero-patronales y consolidara ciertos derechos a los trabajadores, a pesar de las iniciativas en torno a la creación de ese marco legal a través del impulso de ciertas leyes desde 1919, y de la ampliación del margen de acción al DNT.

Un último eje problemático lo constituye el problema de las demandas prioritarias sostenidas por el *sindicalismo* en el sector marítimo, como el control sindical sobre la contratación y otras cuestiones de abordaje, así como su transformación al calor de tales experiencias, y las consecuencias al interior de la organización sindical.

Ante todo, llama la atención la nula referencia en la mayoría de

los trabajos sobre una huelga que, por su duración, características y consecuencias, constituyó un momento clave en la historia de los trabajadores marítimos y de su dirección *sindicalista*. La huelga referida fue aquella que paralizó la flota Mihanovich durante todo el año 1920, dirigida por la FOM, la cual fue una de las acciones sectoriales más extensas ocurridas en el país, y en particular en el sector portuario, sólo comparable a la llamada “huelga de los locos”, sostenida entre octubre de 1956 y noviembre de 1957 por los obreros de la FOCN. La huelga parcial marítima ha sido analizada en dos trabajos recientes, los cuales han coincidido en resaltar su importancia, así como en los elementos que explicaron su éxito inmediato: la alianza entre tripulantes y capitanes, la solidaridad de obreros marítimos de otros puertos y países limítrofes, y fundamentalmente, la alianza establecida entre la FOM y el gobierno radical (Caruso, 2008; Villena, 2010). Sin embargo, el estudio encarado por César Villena presenta una interpretación particular acerca de las consecuencias al interior del sindicato en aquella coyuntura, al sostener que a partir de entonces se modificaron las relaciones dentro de la organización gremial, dando origen a la consolidación de una primera burocracia sindical, evidenciándose en los debates sobre el parasitismo de la dirigencia y su representatividad dados a través de la prensa sindical, *La Unión del Marino*. Esta burocracia sería el resultado de la relación encarada con el Estado y de la dinámica que esto conllevó al interior de la Federación.

Un tiempo antes, Germán Soprano había sostenido que en el transcurso de la huelga del año 1920 se evidenció la pérdida de apoyo de los trabajadores a la dirección *sindicalista* ante el inicio del proceso de burocratización y su reformismo explícito, y una oposición interna cada vez más visible. La derrota obrera generalizada de junio de 1921, la competencia de diversas tendencias políticas, y la pérdida de importancia relativa del transporte fluvial frente a otras actividades derivaron en el corrimiento del centro de la escena político-gremial de la FOM y su desgaste (Soprano, 2000). El proceso de consolidación de posiciones reformistas entre los sindicalistas revolucionarios y dentro del gremio marítimo es hoy objeto de análisis y de debate. Un trabajo reciente ha sostenido que la combatividad del sindicalismo de cara a la huelga general en momentos de la conmemoración del Centenario fue un factor central en la hegemonía posterior lograda por esta corriente en el movimiento obrero, mientras experimentaba un proceso de creciente burocratización (D’Uva y Scheinkman). Dentro del conjunto de estos planteos es necesario diferenciar el grado y el modo en que se conceptualizan los virajes y transformaciones del sindicalismo, sus posiciones reformistas y su rol protagónico en el proceso de burocratización. Mientras Villena planteó la existencia de una primera burocracia sindical, los otros dos trabajos

refieren a la presencia de un marcado reformismo y de tendencias a la burocratización, que no necesariamente devinieron en lo inmediato en la constitución de una burocracia. Si por un lado es posible constatar el creciente reformismo presente en la FOM y su dirección sindicalista incluso desde la primera década del siglo XX, esto no habilita necesariamente a pensar en la conformación de una burocracia como capa social plenamente coagulada. De hecho, la utilización de este concepto parece algo abusiva en ese contexto temprano, cuando aún, como hemos visto y argumentado desde diferentes perspectivas, no se había estabilizado un vínculo con el Estado, ni el sindicato se consolidó como verdadero factor de poder, dirigido por una capa de dirigentes estables y rentados, enquistados en la estructura sindical, por mencionar algunas de las características que definen a una burocracia, lo cual no quita que el germen de muchos de estos elementos estuviera presente en aquella coyuntura, y que han sido identificados y analizados en el proceso de burocratización que sufrieron los sindicatos en Argentina avanzada la década de 1930 (Del Campo, 2005). Esta aclaración no implica negar la vinculación existente entre la experiencia sindicalista previa y su impronta en el sindicalismo de las décadas siguientes, sino prevenir sobre lo poco provechoso que resulta extender y diluir un concepto como el de burocracia sindical para comprender el proceso ocurrido dentro del sindicato marítimo al iniciarse la década del 20.

El ejercicio de pensar la experiencia *sindicalista* como antecedente del peronismo fue retomado en la tesis de Geoffrey De Laforcade, con una perspectiva diametralmente diferente. Al problematizar la conformación de una identidad obrera entre los trabajadores portuarios y marítimos en la primera mitad del siglo XX, este autor ha destacado la ambigüedad entre la retórica *sindicalista* y sus prácticas gremiales en el puerto, a partir de analizar la construcción de un discurso de clase invocante de la revolución social a realizarse a través de los sindicatos. Este lenguaje liberador del *sindicalismo* articuló una identidad obrera que funcionó a su vez como figura de organización de la memoria social, mientras sus prácticas se encaminaban hacia la negociación con el Estado y las empresas. Para este autor la conciencia de clase de los trabajadores en el puerto fue el resultado de un proyecto articulado y formulado a partir de este lenguaje común, sobre el cual la clase misma fue inventada, producto de un intento de unificación simbólica, sedimentación y una particular jerarquización de eventos y organización de la experiencia, impulsado por el *sindicalismo*. Desde una perspectiva alejada del marxismo, este autor concibe a la clase obrera, en particular el sector portuario, como proyecto y construcción puramente subjetiva, en abierta oposición a quienes han pensado y analizado la clase y sus formas de conciencia con relación a cierta posición estructural. Su propio razo-

namiento lo lleva a concluir que la aparición de la clase como figura de organización de la memoria social en el ámbito del puerto fue resultado de la militancia *sindicalista*, la que predispuso a los trabajadores hacia el laborismo durante el primer peronismo (De Laforcade, 2001).

Una de las banderas de la acción *sindicalista* en el sector marítimo fue la lucha por el dominio del lugar de trabajo y el control del proceso de producción. Si para De Laforcade la fluidez y permeabilidad del proceso de trabajo, dificultando su racionalización y su control gerencial, dotaron de cierto poder de organización del trabajo a los obreros embarcados en la segunda década del siglo XX, para Andreas Doeswijk esta lucha fue emblemática de los gremios con presencia anarcoblchevique durante los años 1919-1921, bienio en el cual la búsqueda del dominio total o parcial del lugar de trabajo y el control de la producción se tornó en un elemento central de las tensiones sociales y políticas (Doeswijk, 1999). En otro trabajo hemos planteado una periodización diferente para la construcción del control de la contratación y las condiciones de trabajo a bordo, la cual comenzó ya en la huelga general de diciembre 1916, donde estaban presentes aquellas ideas y prácticas en torno a la “conquista del taller” pregonada por el *sindicalismo*, que se profundizarían con el correr de los meses (Caruso, 2011a).

Nuestra revisión interesada del conjunto de estos trabajos permite establecer algunas consideraciones de importancia. En principio, cabe señalar que la mayoría de los autores han abordado de manera fragmentaria, y muchas veces indirectamente, la historia del sindicato marítimo, el cual fue permanentemente ubicado en el centro de la experiencia *sindicalista* y del vínculo con el Estado, sin haber constituido un objeto de estudio en sí mismo. Segundo, existe un fuerte desbalance entre los crecientes estudios sobre la relación Estado-sindicatos y las escasas investigaciones sobre la historia de la FOM en particular, y el proceso más general de organización sindical marítima. Llama la atención la ausencia de trabajos sobre la constitución de la FOM, en abril de 1910, o lo escueto de las investigaciones realizadas para los años 20, problema extensible a los trabajos sobre el conjunto del movimiento obrero. Por último, el gran ausente en toda la literatura revisada son las empresas, la poderosa patronal marítima, sus actores y prácticas, y las características de la relación entre estas compañías y los obreros embarcados.

Río arriba: viejos problemas que se retoman y nuevos interrogantes

Tal estado de los estudios sobre el mundo obrero marítimo, el sindicalismo revolucionario y el vínculo de ambos con el Estado, plantea una

serie de problemas, a la vez que nuevas posibilidades y desafíos. Los aportes de la historiografía acerca de estos temas han dejado vacante, en principio, el conocimiento de los procesos materiales y organizativos básicos del trabajo marítimo, como un insumo esencial para el desarrollo de la historia de estos trabajadores. La reconstrucción del proceso de trabajo a bordo parece un aporte elemental para conocer la experiencia laboral primera marítima, muy vinculada a las formas de sus organizaciones sindicales y a su relación con la oficialidad y sus respectivos centros. En oposición a lo sostenido por De Laforcade, creemos que conocer la conformación estructural de los trabajadores marítimos, su trabajo cotidiano, las tensiones y conflictos que éste presenta, así como también su composición en términos étnico-nacionales y su magnitud con relación al conjunto de la clase obrera, es muy necesario, si bien no suficiente, para avanzar sobre otras cuestiones de su historia, tales como sus construcciones identitarias y las formas de su consciencia política.

En este sentido, nuestra investigación ha arrojado ya resultados en torno al conocimiento de la organización del trabajo marítimo en el Puerto de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX, sus secciones, su relación con la oficialidad, el rol del capitán, y los cambios e innovaciones en su base material incorporadas por las empresas en función del aumento de la productividad del trabajo. Se ha avanzado en identificar las implicancias de estos cambios para la mano de obra a bordo, cómo afectaron las distintas secciones, y qué tareas nuevas se desarrollaron en torno a éstos, mientras otras desaparecían (Caruso, 2010). Se ha reconstruido la organización diversa y jerárquica al interior de las secciones, estableciendo una particular división del trabajo, así como la estructuración piramidal existente entre la totalidad de la tripulación y la oficialidad, diferenciando así concepción y ejecución. Tal fragmentación se reprodujo en la organización gremial fragmentada, la cual sin embargo fue superada por la unidad de acción que lograron desarrollar en ciertos periodos los centros de oficiales, capitanes y maquinistas, junto a los sindicatos de marineros, foguistas y demás tripulantes, como ocurrió a partir del año 1916 y la huelga general marítima impulsada por la FOM y apoyada por la totalidad de los centros y gremios del sector.

En la perspectiva de conocer las formas históricas de explotación desarrolladas a bordo de las embarcaciones de cabotaje, se hace necesario integrar al análisis las estrategias patronales, aquellas prácticas que las empresas navieras tuvieron para con sus trabajadores, las organizaciones patronales que impulsaron, entre otros temas. En el caso de la poderosa patronal marítima, propietarios y armadores del sector del transporte de cabotaje, ésta fue particularmente activa dentro del

conjunto de la burguesía argentina, desarrollando una estrategia antisindical y antiobrera sobre la cual poco se ha reflexionado. En tal sentido, hemos analizado la historia, origen y acciones de la mayor empresa de navegación fluvial de América de Sur en aquel período, la compañía Mihanovich, la cual presenta interesantes particularidades no sólo por su magnitud, ya que en tiempos de la Primera Guerra concentraba el casi 80% del capital existente en el sector, sino por su intransigencia frente a las demandas obreras, y su ferviente labor de organización patronal entre los propietarios navieros nacionales, promoviendo la formación de centros ya desde fines de siglo XIX, como el Centro Marítimo, y en este siglo, el Centro de Cabotaje Nacional y el C.C. Argentino, que participaron activamente en organizaciones patronales de mayor alcance como la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica. Otra característica de esta empresa fue la importancia que tuvo la comunidad sueslava o croata entre sus empleados y tripulantes. El éxito inicial de la compañía estuvo sustentado en la contratación y formación de una mano de obra calificada y accesible, lo cual logró a partir de la formación de una Sociedad Austrohúngara de Socorros Mutuos sobre esta común base identitaria. Tal sociedad funcionó también como parte de la estrategia de combatir la organización obrera marítima y su control de ciertos aspectos del trabajo a bordo, entre ellos la contratación. En el conjunto de múltiples acciones de fuerte contenido antisindical que componían la estrategia patronal, la sociedad mutual croata jugó un papel en nada marginal. Aunque es claro que el sentido de la sociedad excedía tales cuestiones, es particularmente interesante el hecho de que ésta organización mutualista estuviera relacionada directamente con la empresa Mihanovich, y se convirtiera en un elemento más y por cierto significativo de las relaciones laborales marítimas. Por su composición, dirección e intereses, la Sociedad fue una institución que funcionó a la vez como espacio de sociabilidad y consolidación de los vínculos entre sus miembros burgueses, y como organismo de control del mercado laboral y la acción sindical. Esta doble finalidad, el mejoramiento de condiciones específicas de acumulación de capital y el control de los trabajadores, es una de las claves para comprender el papel de la Sociedad Austrohúngara y su relación con la empresa Mihanovich, la cual apelaba a una identidad común de base étnica-nacional buscando diluir las diferencias de clase en una organización que incluía tanto al armador como a sus tripulantes en una aparente condición común, no igualitaria, ya que las diferencias se reproducían al interior de la organización mutualista (Caruso, 2011b). Dentro de la estrategia patronal, la Sociedad Austrohúngara fue una opción temprana, primera de la empresa Mihanovich, opción que ante el crecimiento de la organización sindical y su poder, evidenció una pérdida de importancia como elemento de

influencia en la contratación y el trabajo a bordo. El fortalecimiento del control sindical a bordo por parte de la FOM durante los años 1916 y 1921 expuso el fracaso patronal, lo cual potenció otro tipo de acciones y prácticas de presión y confrontación, como la revitalización de sindicatos pro-patronales, la violencia directa, el cambio de bandera para evitar la injerencia del sindicato argentino, la simulación de la venta de su flota a una empresa con bandera de países limítrofes subsidiaria de la “M”, el lobby nacional e internacional a través de sus centros corporativos, campañas en la prensa comercial, entre muchas otras.

En la búsqueda de profundizar el conocimiento de las prácticas gremiales del sindicalismo revolucionario a partir de su acción en el gremio marítimo y la relación establecida con gobiernos conservadores y radicales, un camino interesante consiste en analizar la propia historia sindical de los obreros marítimos, lo cual abre una gama de problemas y posibilidades. Por un lado, nos interesa abordar el momento de creación de la FOM, que se dio con posterioridad a la huelga que marineros y foguistas sostuvieron de manera separada en los primeros meses de 1910. La creación de esta federación puede ser entendida como parte de la labor de construcción sindical y de la estrategia político-gremial del sindicalismo revolucionario, el cual se vió fortalecido dentro del gremio marítimo tras el conflicto inmediatamente anterior. Los *sindicalistas* impulsaron federaciones como una forma coherente de buscar extender la organización gremial de manera rápida y efectiva, sumando así nuevos nucleamientos del interior, al frente de los cuales muchas veces figuraron dirigentes de Buenos Aires. Tal estructura federativa impulsada por los *sindicalistas* difería en gran medida de aquellas federaciones de sociedades de resistencia impulsadas por los anarquistas en los primeros años del siglo, entre ellas la propia FORA, cuyo corte más principista y libertario no respondía tan enérgicamente a un pragmatismo organizador como sí parecen haberlo hecho las federaciones *sindicalistas*. De esta manera, la estructura federativa fue un instrumento de rápida organización de secciones y su incorporación “no traumática” a un todo más amplio y nacional. Esta figura, más allá de sus fundamentos teóricos, resultaba útil y pragmática para organizar efectivamente un colectivo disperso y en acelerado crecimiento. Otras Federaciones contemporáneas fueron la de los Trabajadores de la Madera, donde resalta el nombre del *sindicalista* Juan Cuomo, la Federación de Artes Gráficas de 1906, entre cuyos gráficos y linotipistas se destacaron Luis Lauzet y Luis Bernard, la FOF de 1912, con Francisco Rosanova al frente, o la FOCN de 1917. También la LONA, creada en 1907 y antecesora de la FOM, debe ser incluida en este grupo, si bien los conflictos al interior del gremio impidieron su estabilidad y perdurabilidad. Además, la propia estructura federativa permitía conservar cierto grado de autonomía,

defendida por los intelectuales y militantes *sindicalistas*, lo cual plantea un nuevo problema a futuro, que es poder establecer cuál es la relación entre los sindicatos asociados y el Consejo Federal de cada federación, y en particular, como se vincularon las secciones de abordaje y aquellas extendidas a lo largo de las rutas fluviales con el Consejo Federal de Buenos Aires.

A través del estudio de las huelgas a bordo previas a la creación de la FOM, y las que se dieron con posterioridad, es posible observar las prácticas del sindicalismo revolucionario en el terreno concreto, considerando su accionar una parte fundamental de la experiencia sindical y política del conjunto de los obreros embarcados. Este abordaje intenta así superar una práctica historiográfica muy extendida, por la cual se estudian por separado las corrientes políticas que actúan y dirigen el movimiento obrero por un lado, y las experiencias e historia de un sector o gremio en particular, o del conjunto de los trabajadores por otro, perdiendo de vista su mutua influencia e interrelación. El estudio de las huelgas sectoriales de marineros y foguistas desarrolladas a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX, permite la forma de construir, actuar e intervenir en ellas y en la organización gremial por parte de los militantes *sindicalistas*, y poder dimensionar las transformaciones de sus posiciones y prácticas en el transcurso de esos años y esas luchas. Por ejemplo, en el pasaje de un rechazo originario y teórico a la mediación arbitral del Estado en los conflictos, a la progresiva búsqueda interesada en dicho arbitrio que caracterizó al *sindicalismo* y al gremio marítimo, media una experiencia sostenida de aceptación de la mediación policial y la búsqueda de diversas formas para acudir al Estado, a través del nombramiento como delegados obreros a funcionarios públicos, de reuniones con diversos Ministros y entidades, como la Prefectura o el DNT. Estos ejemplos forman parte de las experiencias de lucha ocurridas durante las huelgas marítimas de 1895, de 1904, 1907 y 1910, por mencionar las más significativas. De hecho, la última huelga mencionada, sostenida durante los primeros meses de aquel año, más precisamente fueron dos huelgas del sector. Entre enero y marzo de 1910 se desarrollaron, por momentos en forma paralela, la huelga impulsada por la Sociedad de Marineros –y con predominio *sindicalista*– y la otra acción sostenida por la Sociedad de Foguistas, alineada con el anarquismo. Este caso permite comparar en aquella coyuntura las estrategias sindicales de ambas corrientes, la actitud del Estado y sus diversas instituciones, pudiendo así dimensionar la experiencia de la lucha sindical marítima y la consolidación de ciertas tendencias reformistas en el gremio, consolidándose a la par su dirección *sindicalista*, sustentadas en experiencias previas exitosas de acercamiento al Estado. El resultado de las huelgas de enero a marzo de 1910 explicita y resume

una experiencia repetida durante toda la década: los marineros lograron sus demandas tras 5 días de huelga, iniciadas las negociaciones apenas comenzado el paro, mientras los foguistas sostuvieron por más de dos meses la medida, negados a cualquier intervención del Estado y más aún a una mediación presidida por el Jefe de Policía. A diferencia de la combatividad supuestamente expresada por los *sindicalistas* en el Centenario, su práctica gremial en el sector de a bordo muestra lo contrario: el reforzamiento de posiciones reformistas, experiencia basal en la constitución de la FOM, que se dio al mes siguiente (Caruso, 2012). Las diferencias de grado, forma y contenido de la política hacia los trabajadores y el conflicto obrero que sostuvieron los diferentes gobiernos permitirá o no desarrollar y potenciar esa actitud, promoviendo prácticas de una oposición obrera más moderada y favoreciendo la aceptación e intervención estatal.

Como hemos analizado, el vínculo entre Estado y sindicatos y la relación del radicalismo en el gobierno con la FOM *sindicalista* constituyen tópicos centrales de un debate no saldado en la historiografía argentina. Sus versiones más extendidas han centrado el foco en la voluntad de captación de votos por parte del gobierno de Yrigoyen. Algunos trabajos posteriores y críticos hacia esta explicación sostuvieron como elemento central la búsqueda por parte del yrigoyenismo de ampliar las bases sociales de su gobierno. Ahora bien, lo que ninguno de estos trabajos ha puesto en cuestión es la novedad de la actitud estatal frente a los trabajadores que pareciera surgir con el gobierno radical. ¿Cuáles fueron las formas de esa nueva política, las instituciones que la vehiculizaron, su contenido último? ¿Cómo se concretó esa relación con el gremio marítimo?

La transformación del Estado y su política de integración hacia sectores obreros se torna así un complejo problema plausible de revisión en cuanto a su periodización, sus formas y sus agentes. Una vía posible para avanzar en ese sentido es la reconstrucción histórica de la intervención estatal en las reiteradas coyunturas de conflicto marítimo durante las primeras décadas del siglo XX, para identificar modalidades, instituciones, cambios y continuidades entre las diversas presidencias y regímenes, analizando a la vez las prácticas del sindicato y la forma concreta de su vinculación con el Estado en cada coyuntura. Al observar la intervención sistemática del DNT, la mediación ejercida por la Policía durante todo el período, y la participación de diversos Ministerios (Interior y Marina particularmente) y la Prefectura, debemos señalar que la intervención estatal en el conflicto obrero, en un sector particularmente sensible como el transporte marítimo, se dio en forma temprana y múltiple, cuyas formas de ejercer dicha acción fueron similares durante los distintos gobiernos nacionales. El avance de nuestra investigación

resultará en identificar aquella originalidad de la política radical hacia el gremio marítimo, a la par que mantiene formas de intervención muy anteriores.

Antes de finalizar, es necesario señalar la importancia y la necesidad de una perspectiva regional y comparativa que incluya tanto a Uruguay, Brasil y Paraguay como a Chile, en torno al estudio de la organización gremial marítima y sus luchas, por varios motivos. En principio, porque la propia experiencia laboral ha traspasado regiones, fronteras y países. Pero además, esas fronteras no aislaron los procesos de organización sindical, como lo demuestra la FOM uruguaya, de febrero de 1918 y la Liga de Obreros Marítimos de Paraguay de comienzos de la década del 20, ni tampoco evitaron la acción e influencia multinacional de los capitales navieros. La fuerte vinculación obrera se expresaba en la solidaridad obrera ante la declaración de una huelga en Asunción, Montevideo o Buenos Aires, y en la relación mutua de los gremios de los diversos países sudamericanos involucrados en el tráfico fluvial. La activa y persistente militancia y participación de las organizaciones obreras, sindicatos y partidos, llegaron incluso a plasmarse en una identidad internacionalista de las tripulaciones que viajaban entre el Matto Grosso y Buenos Aires, tal como lo ha desarrollado un trabajo reciente realizado en Brasil (De Oliveira, 2009).

Si bien una primera mirada sobre la producción historiográfica de estos últimos años acerca de los problemas relacionados con la experiencia *sindicalista*, su militancia en el gremio marítimo y el vínculo desarrollado con el Estado nos permite tener una mirada esperanzadora por la revitalización del interés en estas cuestiones, siguen en pie muchos interrogantes que plantean una tarea ardua por delante, tal como demuestran en otros temas vinculados al estudio del movimiento obrero y la izquierda en nuestro país los trabajos de Lucas Poy y Diego Ceruso, presentes en este volumen. El debate en torno a la relación Estado-Sindicatos ha sido encarado predominantemente hasta ahora desde perspectivas limitadas en torno a la concepción de Estado y de su política. Sus críticos han realizado una labor importante, abriendo un camino de problematización, del cual queda aún mucho por recorrer.

Bibliografía

- Adelman, Jeremy (1993), "State and labour in Argentina. The port workers of Buenos Aires", *Journal of Latin America Studies*, Cambridge University Press, vol. 25.
- Adelman, Jeremy (ed.) (1992), *Essays in Argentine labor history 1870-1930*, Londres, Macmillan.

- Baily, Samuel (1984), *Movimiento Obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Belkin, Alejandro (2007), *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en Argentina*, Departamento de Historia, Cuadernos de Trabajo, Ediciones CCC, Buenos Aires.
- (2005), “El debate sobre la huelga general y el surgimiento del sindicalismo revolucionario”, ponencia presentada en X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Bertolo, Maricel (1993), *Una propuesta gremial alternativa: el Sindicalismo revolucionario (1904-1916)*, CEAL, Buenos Aires.
- (2005), “Relaciones colectivas de trabajo en Argentina: algunas reflexiones en torno a la huelga de obreros gráficos de 1906”, ponencia X Jornadas Interescuelas de Historia, Rosario.
- Bilsky, Edgardo (1987), *La FORA y el movimiento obrero*, tomo 1 y 2, Buenos Aires, CEAL.
- Caruso, Laura (2008), “La huelga parcial marítima en el Puerto de Buenos Aires, febrero 1920-marzo 1921. El respeto al derecho sindical contra la defensa del trabajo libre”, VII Jornadas de Investigadores del Departamento de Historia, UNMdP, Mar del Plata.
- (2010), “¿”Donde manda capitán no gobierna mariner”?” El trabajo marítimo en el Río de la Plata, 1890-1920”, en *Revista Mundos do Trabalho*, ANPUH, volumen 3, Campiñas.
 - (2011a), “Control a bordo: La Federación Obrera Marítima, 1916-1921”, en Dicósimo, Daniel y Simonasi, Silvia, *Trabajadores y empresarios en la Argentina del Siglo XX: indagaciones desde la historia social*, Rosario, Prohistoria.
 - (2011b), “La Mihanovich: trabajo marítimo, condiciones laborales y estrategia patronal en las primeras décadas del siglo XX” en *Trabajadores, ideologías y experiencia en el movimiento obrero, revista de historia*, Año 2, N° 2, 2do. Semestre.
 - (2012), “Las huelgas marítimas y el Departamento Nacional del Trabajo: conflicto obrero e intervención estatal (1890-1920)”, en Suriano, Juan (comp.) *La construcción de las instituciones laborales en la Argentina: el Departamento Nacional del Trabajo, 1907-1943*, Buenos Aires, Edhasa, en prensa.
- De Laforcade, Geoffrey (2001), *A laboratory of Argentina labor movements: dockworkers, mariners and the contours of class identity in the Port of Buenos Aires, 1900-1950*, tesis doctoral, Yale University.
- Del Campo, Hugo (1983), *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.
- (1986), *El sindicalismo revolucionario (1905-1940)*, Buenos Aires, CEAL.
- De Oliveira, Vitor Wagner Neto (2009), *Nas águas do Prata, os trabalhadores da rota fluvial entre Buenos Aires e Corumbá (1910-1930)*, Sao Paulo, UNICAMP.

- Díaz, Hernán (2008), *Ramón Suárez Picallo. Años de formación política. Antología de textos (1916-1931)*, Buenos Aires, Alborada.
- Doeswijk, Andreas (1998), *Entre camaleones y cristalizados: los anarcobolcheviques rioplatenses 1917-1930*, tesis doctoral, Campinas, UNICAM.
- (1999), “La lucha por el espacio laboral y su dimensión utópica”, ponencia VII Jornadas Interescuelas, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- D’Uva, Florencia y Scheinkman, Ludmila (2011), “La clase obrera en el Centenario: un aporte a la comprensión del Sindicalismo revolucionario”, *Trabajadores, ideologías y experiencia en el movimiento obrero, revista de historia*, Año 1, N° 1, 1er. semestre.
- Falcón, Ricardo (1986-1987), “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)” en *Anuario*, 12, segunda época, Escuela de Historia de la Universidad de Rosario.
- Falcón, Ricardo, y Monserrat, Alejandra (2000a), “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos” en Falcón Ricardo (dir.) *Nueva Historia Argentina*, Tomo VI, *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2000b), “Políticas laborales y relación Estado-sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)”, en Suriano Juan (comp.) *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.
- Garguin, Enrique (2000), “Relaciones entre Estado y sindicatos durante los gobiernos radicales, 1916-1930” en Panettieri José (comp.) *Argentina: trabajadores entre dos guerras*, Buenos Aires, Eudeba.
- Godio, Julio (1988), *El movimiento obrero argentino (1910-1930)*, *Socialismo, sindicalismo y comunismo*, Buenos Aires, Legasa.
- Horowitz, Joel (1995), “Argentina’s failed general strike of 1921: a critical moment in the radical’s relations with unions”, en *Hispanic American Historical Review* N° 75.
- (2004), *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires, EDUNTRF.
- (2008), *Argentina’s Radical Party and popular mobilization 1916–1930*, The Pennsylvania State University.
- Leyes, Rodolfo (2009), “La estrategia de sindicalización de la FORA IX en el oriente entrerriano (1917-1921)”, *Revista Conflicto Social* N° 2, diciembre.
- Marotta, Sebastián (1961), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, tomo II, 1907-1920, Buenos Aires, Lacio.
- Monserrat, M. Alejandra (2011), “La conflictividad obrera y el partido radical. Los trabajadores marítimos entre 1916 y 1930” en Cañete Victoria, Rispoli Florencia, Ruocco Laura y Yurkievich Gonzalo (comps.) *Los puertos y su gente, pasado presente y porvenir. La problemática portuaria desde las ciencias sociales*, Mar del Plata, Ediciones Gesmar-UNMDP-Conicet.
- Rock, David (1992), *El Radicalismo argentino (1890-1930)*, Buenos Aires, Amorrortu.

- Soprano, Germán (2000), “El Departamento Nacional del Trabajo y su Proyecto de Regulación Estatal de las Relaciones Capital-Trabajo en Argentina, 1907-1943”, en Panettieri José (comp.) *Argentina: trabajadores entre dos guerras*, Buenos Aires, Eudeba.
- Suriano, Juan (1989-1990), “El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916” en *Anuario*, 14, 2da. Época, Rosario.
- (2011), “La política laboral durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen: entre continuidades y rupturas, el rol del Departamento Nacional de Trabajo”, en Plotkin, Mariano y Zimmermann, Eduardo (comps.) *Los saberes del Estado*, Buenos Aires, Edhasa.
- Troncoso, Oscar (1983), *Fundadores del gremialismo obrero*, tomos 1, Buenos Aires, CEAL.
- Van der Linden, Marcel, y Wayne, Thorpe (1992), “Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario”, en *Revista Historia Social*, N° 12, pp. 3-29, invierno.
- Villena, César (2010), “La lucha de clases en el puerto de Buenos Aires: la Federación Obrera Marítima, 1920-1921”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 20 de octubre.

Resumen: Nuevos trabajos e investigaciones dedicados a la historia del sindicalismo revolucionario, una tendencia del movimiento obrero cuya centralidad no ha tenido la repercusión esperada en el campo historiográfico, comienzan a plantear la superación de tal estado de situación. El ámbito de puerto, más específicamente el grupo de trabajadores embarcados, fue clave en la militancia *sindicalista*. Se presenta aquí una revisión de los trabajos sobre esta tendencia gremial y otros que se relacionan con la historia del sindicato donde tuvieron un protagonismo sostenido, la Federación Obrera Marítima, presentando a la vez avances y problemas de la propia investigación en desarrollo.

Palabras clave: Sindicalismo revolucionario – Federación Obrera Marítima – vínculo con el Estado

Abstract: New jobs and research dedicated to the history of revolutionary syndicalism, a trend of the labor movement whose centrality has not had the impact expected in the historiographic field, begins to raise the overcoming of that situation. The port area, more specifically the group of workers on board, was a core of trade union militancy. The article presents a review of the works on the history of this political tendency in Argentina and of the researchs that focus on the history of the union where they had a substantial role, the FOM, together with the advances of our own investigation as well as the problems found so far.

Keywords: Revolutionary Sindicalism – Maritime Workers’ Federation / Federación Obrera Marítima (FOM) – State-labor relations

Recepción: 24 de junio de 2012 – **Aprobación:** 7 de julio de 2012

Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales

Hernán Camarero

UBA-CONICET

Durante el cuarto de siglo que concluyó hacia mediados de la década de 1940, el Partido Comunista (PC) protagonizó una experiencia decisiva en la historia del movimiento obrero argentino. Con la implantación molecular de sus células de empresa y sus agrupaciones gremiales y, más tarde, con la constitución y dirección de los principales sindicatos industriales y de las huelgas fabriles, el PC se convirtió en un impulsor clave de la movilización de los trabajadores. En el transcurso de esos años, el partido logró agrupar a miles de militantes. Asimismo, constituyó múltiples instituciones socioculturales en el seno de la clase obrera: bibliotecas, escuelas, clubes deportivos, agrupaciones femeninas, infantiles y juveniles, asociaciones de inmigrantes, ligas antiimperialistas y antifascistas, entre otras. Esta ascendente presencia política, social y cultural fue la más alta que el PC consiguió en su historia.

El movimiento que dio vida al comunismo pasó por diversos estadios. Primero, actuó como ala izquierda del Partido Socialista (1912-1917); luego, operó como una organización socialista disidente y revolucionaria de carácter probolchevique (el Partido Socialista Internacional, existente entre 1918 y 1920); finalmente, desde ese último año, ya adoptó el nombre de Partido Comunista, adherente a la Comintern o Internacional Comunista (IC). Todo ese trayecto fue recorrido bajo el liderazgo del tipógrafo José F. Penelón y, más tarde, de la dupla conformada por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi. El PSI-PC se presentó como expresión de los nuevos tiempos abiertos por la Revolución de Octubre en Rusia y el ascenso revolucionario europeo de postguerra. No obstante, en su primera etapa, esta corriente fue una expresión marginal en el movimiento obrero. Fue desde mediados de los años 20 cuando su gravitación se fue haciendo cada vez más marcada en el mundo de los trabajadores, al tiempo que intentó diseñar una base programática local para su accionar. Sin poder escapar de las tendencias generales del proceso mundial, el partido fue consustanciándose con los intereses

de la naciente burocracia soviética y asumiendo todos los presupuestos teóricos, políticos y organizativos del estalinismo.

Treinta años después de su aparición más embrionaria, cuando el PC estaba alcanzando su máxima incidencia, dirigiendo la mayoría de los gremios industriales y adquiriendo una fuerza indiscutible en la conducción de la Confederación General del Trabajo (CGT), se produjo una serie de acontecimientos que trastocaron esta evolución histórica e introdujeron un giro inesperado. A partir del golpe militar de junio de 1943 y el sólido vínculo que empezó a unir al coronel Juan D. Perón con los asalariados, esta empresa política de izquierda acabó naufragando con bastante rapidez. Sobrevino el eclipse y la progresiva evaporación de la influencia comunista entre los trabajadores. En definitiva, la llegada del peronismo operó como un punto de inflexión inevitable en la historia de las izquierdas en la Argentina.

En este artículo ensayamos algunas reflexiones analíticas que permitan explicar este proceso de ascenso y ocaso del comunismo en el movimiento obrero, sintetizando, complementando y redefiniendo algunas de nuestras anteriores incursiones (Camarero, 2007 y 2008). Ellas están basadas en un exhaustivo relevamiento de las fuentes primarias disponibles, sobre todo a partir de nuevos archivos (como los provenientes de la ex URSS), que incluyen miles de materiales públicos e internos, antes inhallables o inexplorados. En particular, buscamos indagar aquí: las condiciones sociales que hicieron posible aquel proceso; los rasgos específicos del comunismo como corriente del movimiento obrero; la manera en que incidieron las distintas formas de organización e intervención militante, las tácticas políticas y las estrategias globales adoptadas por el partido; y, por último, el modo como afectó la irrupción del peronismo en 1943-1945. Apostamos al criterio que nos parece más adecuado para abordar la historia de la izquierda y el movimiento obrero: determinar cómo ambos coadyuvaron en sus propias constituciones sociales, políticas, ideológicas y culturales. Este enfoque, que introduce el análisis clasista en el estudio de las estructuras políticas y la dimensión subjetiva y política en el examen de la clase, por otra parte, es el más fértil para estudiar las características y evolución de un partido.¹

El procedimiento más apropiado para exponer nuestras argumentaciones y distinguir su originalidad requiere de una pregunta inicial: ¿De qué modo fue estudiada la experiencia comunista en el mundo de

1. Al fin y al cabo, como sostenía Gramsci, la historia de un partido “no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social” y, por ello, “escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico” (1984: 30-31).

los trabajadores entre las décadas de 1910 y 1940? La respuesta no sólo permite identificar los ejes esenciales que se dirimen en torno al tema, sino que también puede operar como un camino para problematizar algunos de los avatares en el desarrollo de la historiografía sobre el movimiento obrero y la izquierda en la Argentina. Para encarar esta labor, en el siguiente apartado organizamos un recorrido de la producción bibliográfica, que encaró el tema, en la mayoría de los casos de manera indirecta o parcial.²

Comunismo y movimiento obrero: una revisión historiográfica

La primera estación de nuestro itinerario nos conduce a la “historia oficial” partidaria. Sus límites son bien evidentes: ella estuvo definida por una tónica propagandística, arribando a ciertos niveles de malversación de la verdad histórica, comunes en el estalinismo. Están los relatos esencialmente internos e “institucionales”, centrados en la descripción de las posiciones del PC y en sus vicisitudes como aparato político, cuya expresión paradigmática es *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina* (1947).³ Por otra parte, tenemos a *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino* (1958), de Rubens Iscaro, primera obra en considerar en forma sistemática la presencia del PC en el ámbito gremial, que pertenece a la tradición de las grandes “historias militantes” del movimiento obrero. Por último, las biografías y autobiografías de los principales cuadros obreros comunistas, que recrean experiencias individuales y colectivas en conflictos y gremios clave, como el metalúrgico, el de la carne, el de la construcción, el del calzado, el del vestido y el ferroviario. *Crónicas proletarias*, de José Peter (1968), fue el texto arquetípico de esta literatura, continuada por Jesús Manzanelli, Pedro Chiarante y Miguel Contreras, entre muchos otros. En conjunto, todos estos textos proveyeron de información básica, pero con un criterio de selección/manipulación de las fuentes y en varios casos de tergiversación de los hechos, que sólo buscaron la justificación de las políticas sustentadas por la dirección partidaria.⁴ Ahora bien, estas obras brindaron

2. Para un análisis integral sobre la historiografía del comunismo argentino: Campione (1996); Cernadas, Pittaluga y Tarcus (1998); Camarero (2001 y 2005).

3. En las décadas siguientes, este texto fue continuado por varios otros que casi repitieron los mismos argumentos y aportaron sólo algunos datos nuevos: Paso (1983); Arévalo (1983); Fava (1983).

4. Georges Haupt señalaba, respecto de esta narrativa de los partidos comunistas, que se trataba de “una historia utilitaria, proyectiva, que acaba convirtiéndose en

elementos para intentar demostrar una idea central: hasta 1945 el PC constituía una fuerza política que había alcanzado cierta influencia de masas en la clase trabajadora. Este diagnóstico no carecía de elementos de aproximación a la realidad histórica. Sin embargo, la tosquedad de la mayor parte de esta narrativa, su carácter falsario y autoproclamatario y las propias vicisitudes del partido (y de la izquierda toda) tras la irrupción del peronismo fueron desacreditando aquella convicción y alienándola del sentido común historiográfico-político.

Esto fue favorecido con la difusión adquirida, desde los años 50 y 60, por las historias de cuño nacional-populista de izquierda y de izquierda nacional. Las obras de Rodolfo Puiggrós (1956) y Jorge Abelardo Ramos (1962), fueron las paradigmáticas. A partir de una pobrísima infraestructura documental, estos ensayos argumentaron que la presencia comunista (y en buena medida de toda la izquierda) en el proletariado de entreguerras fue insignificante o políticamente improductiva, debido a la impronta “antinacional” y “extranjerizante” de ese partido, que habría comprendido y representado mejor al inmigrante y al pequeño burgués que a los trabajadores nativos. Al “vicio de origen” del comunismo se habrían agregado los errores de sus orientaciones estratégicas: primero, la línea ultraizquierdista y sectaria de “clase contra clase”, y luego la del “frente popular”, que lo habrían colocado en posiciones contrapuestas a las del campo nacional-popular. Para Ramos, los yerros del PC local se debían a su rol de mera encarnación de los intereses de la burocracia soviética, lo cual hizo que las equivocadas directivas estalinistas fueran reproducidas sin contradicciones; para Puiggrós, en cambio, estos fracasos provenían de la incomprensión que el PC tenía con respecto a las posiciones de la IC. La “traición a los trabajadores” habría provocado el repudio de éstos al comunismo, dejándolos en un vacío de representación que, luego, con toda legitimidad, llenaría el peronismo. Si bien Ramos-Puiggrós advirtieron la línea de capitulación del estalinismo a uno de los bandos en los que la burguesía argentina dirimió sus disputas en los años 40, lo hicieron para justificar su propia capitulación histórico-política al otro bando patronal, el liderado por Perón (así como antes, cuando denunciaban el sectarismo comunista, embellecían al rygoyenismo). También resulta un desafío al orden mismo de la lógica la visión sobre un partido que desertaba de su papel de dirección certera de la clase obrera, cuando al mismo tiempo se le negaba (y a cualquier tipo de izquierda socialista o anticapitalista) una presencia sustancial en el seno de dicha clase. En definitiva, las explicaciones del

una historia manipuladora”. (Haupt, 1986: 17). Sobre el carácter de la historia oficial comunista en el mundo: Anderson (1984); Groppo y Pudal (2000: 19-25).

nacional-populismo de izquierda cayeron en la impotencia argumentativa. Durante medio siglo más, esta corriente tendió a exhumar el mismo repertorio interpretativo (ver: Galasso, 2007).

Si el vínculo entre movimiento obrero y comunismo quedaba mal comprendido en las visiones ensayísticas antes expuestas, el despliegue de ciertos estudios de la sociología de la modernización en el ámbito académico, como los impulsados por Gino Germani (1962), contribuyó a reafirmar este diagnóstico. Aunque los planteos de éste carecían de toda empatía con el fenómeno peronista y se hallaban muy distantes del nacional-populismo de izquierda, en un aspecto, involuntariamente, ambos acabaron empalmando. Germani presentó a la Argentina industrial emergente en los años 20 y 30 desde el prisma de un corte abrupto entre una “vieja” y una “nueva” clase obrera, en donde la primera, en su mayoría descendiente de la inmigración europea, aparecía naturalmente inclinada a ideologías de clase, portaba un carácter autónomo y poseía una extensa experiencia industrial, urbana, política y sindical, mientras la segunda, reclutada en la migración interna desde las provincias rurales, se mostraba heterónoma y privada de aquella experiencia de clase. Por estas razones, encontraba que estos nuevos contingentes laborales habrían sido esquivos a los partidos de clase, como el PC y el PS, y se habrían convertido en masa en disponibilidad para el ejercicio del proyecto autoritario encarnado por Perón desde 1943. De este modo, también se arribaba a la misma conclusión, a saber, que partidos como el PC se habrían mostrado incapaces para organizar a los componentes crecientemente mayoritarios en el mundo del trabajo. En suma, sea porque el liderazgo de Perón surgía sobre un vacío de representación o porque desplegabá sus artes demagógicas sobre una masa en disponibilidad, el avance comunista en los nuevos y viejos integrantes del movimiento obrero desde los años treinta era expulsado de la historia.

Una destacada y creciente elaboración hecha en el espacio académico, en un cruce disciplinario entre historia y sociología histórica, aún en clave marxista, produjo, ya desde fines de la década del 60 y a lo largo de los años 70, una serie de aportes sobre el movimiento obrero del período de entreguerras y, en especial, del preperonismo. Ellos sirvieron para comenzar a echar luz sobre la experiencia laboral del comunismo, sorteando algunas de las incapacidades e incomprensiones arriba apuntadas. Pueden referenciarse, en un primer ciclo, las obras de Celia Durruty (1969) y Miguel Murmis-Juan Carlos Portantiero (1971), luego, las de Hugo del Campo (1983) y Juan Carlos Torre (1990). Pudieron erosionar los contornos de la supuesta antinomia entre vieja y nueva clase obrera, al destacar la existencia de fuertes interrelaciones entre esos dos sectores, que Germani oponía con tanto énfasis, mostrando

que ni el peronismo fue extraño al universo de la vieja guardia sindical ni la izquierda fue antitética a los nuevos componentes del proletariado fabril. Fue en este último sentido que aportaron a un redescubrimiento/constatación de la fuerte implantación obrera del PC en los años 30 y 40, aunque sin examinar en profundidad sus causas ni las razones que explicarían el ocaso de ésta. Especial relevancia tuvo el breve pero pionero trabajo de Durruty consagrado al auge de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), en donde ya se sugería la contribución comunista al desarrollo de un “sindicalismo moderno” desde aquella época.

Generacional, ideológica y políticamente vinculado a varios de estos autores, a partir de la experiencia de la revista-grupo *Pasado y Presente*, José Aricó (1979) incursionó de manera específica en la temática, con un breve ensayo proyectivo, diseñando algunas hipótesis que permitiesen entender tanto la creciente inserción comunista en el movimiento obrero que él ubicaba desde los años treinta como su posterior erosión. Fue el primero en jerarquizar en el análisis, de una manera menos mecánica que en otros abordajes, el impacto que tuvieron las diferentes estrategias políticas del PC. Para explicar la expansión comunista en la clase obrera, Aricó llamó la atención sobre la adopción de la línea de “clase contra clase”, una concepción sectaria que tuvo la paradójica utilidad de fomentar la proletarización del partido, pues lo dirigió hacia una conquista acelerada de las masas obreras. Según Aricó, la siguiente orientación general del PC, la del “frente popular”, lo llevó a tomar distancia de las reivindicaciones obreras mínimas en aras de un deseable acuerdo con sectores de la burguesía dispuestos a formar un bloque aliado antifascista; allí se habrían demostrado los límites de la penetración comunista, pues resultó evidente que el PC no logró convencer a la mayoría de los trabajadores de las ventajas de tal política. Su influencia sindical no pudo traducirla a un nivel político-ideológico y alcanzar así una auténtica posición *hegemónica* entre los trabajadores (aunque hasta 1943 parecía la corriente en mejores condiciones de lograr tal objetivo). El defecto del análisis de Aricó es que ponía todo el peso explicativo del eclipse comunista en las causas endógenas (las apuestas estratégicas del estalinismo), sin sopesar el contexto general y el papel de las otras estrategias puestas en juego, en particular la del emergente sector “nacional-populista” de la burguesía, con sus políticas de represión, cooptación e integración del movimiento obrero.

Durante las últimas décadas se agregaron otros estudios que consideraron globalmente al movimiento obrero en el preperonismo, en los cuales se hizo frecuente el señalamiento de la presencia comunista, aunque sin identificar el proceso de su implantación originaria (entre otros: Matsushita, 1983; Tamarin, 1985; Godio, 1989). Si bien logra-

ron ampliar el conocimiento sobre el vínculo entre la izquierda y los trabajadores, sólo tendieron a iluminar esta relación en las instancias directivas del sindicalismo, sobre todo, en la CGT, concentrándose en la descripción de las tácticas generales de las distintas corrientes y en las disputas entre ellas. No analizaron al PC en cada gremio (una excepción en este sentido fue la obra de Torcuato S. Di Tella, 2003) ni en el tipo de lazo que se estableció entre el partido y los sindicatos, las concepciones que animaron a esa ligazón y los recursos organizacionales puestos en juego. Roberto Korzeniewicz (1993) y Joel Horowitz (2004), asimismo, examinaron cómo la reactivación de la conflictividad industrial desde mediados de los años 30 brindó una oportunidad al PC para constituir sindicatos únicos por rama. La actuación comunista en el movimiento obrero quedó registrada en otros documentados trabajos sobre las luchas obreras de los años 30, en especial, las huelgas de la construcción y general de 1935-1936 (Iñigo Carrera, 2000, entre otros). Allí la relación entre el PC y la clase obrera queda calibrada parcialmente, pues el papel del primero aparece subordinado y no explorado en su especificidad, al pretender comprenderlo exclusivamente a partir de las estrategias objetivas que poseería la propia clase obrera.

Hubo otros aspectos del tema, antes desatendidos, sobre los cuales se ha avanzado en los años más recientes. Uno de ellos es el del examen de las intervenciones del PC en el sitio de trabajo, que habilita una indagación acerca de las prácticas concretas de la militancia obrera. En esta dimensión, pueden ubicarse desde algunos estudios de caso que hicieron alusión específica al comunismo (como el de Mirta Lobato, 2001, referido a los trabajadores de los frigoríficos de Berisso) o las investigaciones sobre la actividad obrera de base (Ceruso, 2010). El otro campo es el de los análisis de casos regionales, que extendieron la constatación de la influencia comunista en el mundo del trabajo fuera de Buenos Aires, en ciudades y provincias como Rosario, Mar del Plata, Tucumán y Córdoba (Águila, 1991-1992; Pastoriza, 2005; Fernández de Ullivarri, 2010; Mastrángelo, 2011). Finalmente, señalemos que la gran mayoría de los textos académicos, ensayísticos o periodísticos en los últimos tiempos dedicados específicamente al comunismo como partido (una producción muy heterogénea en cuanto a su valor y nivel de profundidad), repasaron las distintas estrategias y tácticas adoptadas en esos años y su impacto en la política nacional, las relaciones con la IC, y los debates internos, las rupturas y las crisis de la organización, aunque prestaron escasa atención a sus lazos con el mundo del trabajo.

El balance que arroja este recorrido historiográfico indica que, al menos, hasta hace poco más de una década, la experiencia de los comunistas entre los trabajadores hasta la aparición del peronismo continuaba inexplorada o con un tratamiento superficial, en base a una reducida

consulta de fuentes primarias. No existía una reconstrucción general y precisa, ni argumentaciones consistentes, para explicar el proceso de inserción y posterior desplazamiento del PC en el movimiento obrero, ni el genuino impacto que tuvo la aplicación de las diferentes estrategias cominternistas, ni los escenarios sociales y las disposiciones que posibilitaron aquella experiencia de auge y declive en comparación con las otras corrientes actuantes (anarquistas, socialistas y *sindicalistas*). En nuestras investigaciones hemos intentado responder a estos desafíos planteados (entre otras, Camarero, 2007 y 2008), con una serie de hipótesis y resultados, a los cuales deben sumarse los aportes más recientes de otros autores arriba mencionados.

A continuación, encaramos un ejercicio de problematización sólo de algunas de las conclusiones alcanzadas, en pos de contribuir a un ensayo interpretativo global sobre esta materia, cuya ausencia constituía una de las tantas falencias presentes en la historiografía sobre el movimiento obrero y la izquierda en la Argentina. Nos limitaremos a señalar de manera necesariamente concisa algunos grandes núcleos temáticos, complementando y/o contraponiendo con nuestros enunciados lo que entendemos que significan los vacíos, equívocos o ambigüedades más comunes del sentido común historiográfico. La pretensión es abrir ciertas discusiones y situar campos de polémica con certezas establecidas.

Condiciones sociales y modalidades de intervención del PC en el proletariado industrial

¿Cuál fue el contexto histórico-sociológico que hizo crecientemente eficaz la empresa comunista entre los trabajadores durante el período de entreguerras? En aquella época, como producto de la industrialización sustitutiva, se verificó una presencia cada vez más gravitante de obreros en los centros urbanos (especialmente, la Capital Federal y el conurbano bonaerense), con un gran monto de reivindicaciones insatisfechas, pues las tendencias al aumento del poder adquisitivo del salario y al descenso de los índices de desocupación de la segunda mitad de los años veinte, se revirtieron tras la crisis de 1930, y los índices sólo volvieron a mejorar, desde mediados de esa década, exclusivamente en lo que hace a la baja del desempleo. Fueron años de intensa acumulación del capital, con incremento de la explotación laboral y escasas iniciativas redistributivas. Esta industrialización impuso cambios en las orientaciones del movimiento obrero, con inserción débil en estos nuevos sectores laborales.

Hubo una situación objetiva sobre la cual la historiografía no ha prestado debida atención. El crecimiento de un proletariado industrial nuevo, numeroso y concentrado (por ejemplo, en el rubro de la

construcción, de la carne, de la metalurgia, de la madera, del vestido y textil), mayoritariamente semicalificado o sin calificación, en donde la situación laboral era ostensiblemente más precaria, dejaba un vacío de representación. En particular, las tareas de organización de los obreros en estos espacios se presentaban plagadas de dificultades, originadas en la hostilidad de los empresarios y del Estado. Esos trabajadores se enfrentaban a formidables escollos para agremiarse y hacer avanzar sus demandas en territorios poco explorados por la militancia. Para abrirse paso a través de esos obstáculos, se requerían cualidades políticas que no todas las corrientes del movimiento obrero estaban en posibilidad de exhibir. Allí había disponibilidad y oportunidad para el despliegue de una específica acción sindical y política. En este escenario, estaba casi todo por hacer y los comunistas demostraron mayor iniciativa, habilidad y capacidad para acometer los desafíos, sobre todo si realizamos una comparación con los anarquistas, socialistas y *sindicalistas*. Usando una imagen metafórica: el PC se concebía a sí mismo capaz de abrir senderos o “picadas” en una selva, es decir, apto para habilitar caminos no pavimentados y alternativos a los reconocidos.

Independientemente de las estrategias generales que el PC impulsó en el marco de su progresiva conversión al estalinismo (desde la ultraizquierdista línea de “clase contra clase” hasta la conciliadora y reformista política del “frente popular”), y que, en definitiva, lo incapacitaron para convertirse en una alternativa de dirección revolucionaria de la clase obrera argentina, lo cierto es que, en los hechos, dicho partido no dejó de ser la principal corriente en promover prácticas combativas y clasistas en el ámbito industrial. Los comunistas recrearon parcialmente una experiencia confrontacionista como la que anteriormente había sostenido un anarquismo que ahora se mostraba cada vez más exangüe. Las corrientes ácratas habían logrado un fuerte ascendiente en el período embrionario del movimiento obrero, en el que muchos de sus integrantes todavía resistían a la lógica del trabajo industrial y pugnaban por encontrar márgenes de libertad. A partir de los años 20, esa situación varió: el disciplinamiento se hizo inapelable en una sociedad urbana en creciente industrialización, en la que comenzaban a imponerse nuevas formas de explotación que, merced a cambios tecnológicos y un mercado de trabajo cada vez más competitivo, cercenaban la autonomía a los obreros y liquidaban los oficios artesanales. Estaba surgiendo una clase obrera moderna, carente aún de una legislación laboral sistemática. Los incentivos estaban dados para la generalización de un más maduro sindicalismo industrial por rama. La negativa de la FORA V Congreso a aceptar esta realidad y a reconvertirse en esa dirección, para preferir, en cambio, seguir como entidad federativa de sociedades de resistencia y gremios por oficio anarquistas, fue condenando a esa corriente a la

irrelevancia. Cuando, desde el espacio libertario, surgieron proyectos que intentaron remediar ese déficit, por ejemplo, los de la Federación Anarco Comunista Argentina y el grupo Spartacus, ya era tarde: el PC había ganado las posiciones centrales en el sindicalismo industrial, desde una posición claramente obrerista.

En otra importante sección del universo laboral, en cambio, la penetración comunista fue mucho más limitada. Entre los asalariados del transporte, los servicios y algunos pocos manufactureros tradicionalmente organizados, con muchos trabajadores calificados (marítimos, ferroviarios, tranviarios, municipales, empleados de comercio y del Estado, telefónicos y gráficos, entre otros), la hegemonía era disputada por socialistas y *sindicalistas*, tendencias que desde mucho tiempo atrás venían negociando con los poderes públicos y ya habían obtenido (o estaban en vísperas de hacerlo) conquistas efectivas para los trabajadores. Los *sindicalistas* confiaban en sus acercamientos directos con el Estado; los socialistas apostaban a potenciar su fuerza con su bancada parlamentaria, desde la cual apoyaron los reclamos laborales, en especial los provenientes de sus gremios afines. En ambos casos, se privilegiaba la administración de organizaciones existentes, que gozaban de poder de presión y estaban en proceso de complejización e institucionalización, más aún, en varios casos, de burocratización. En el caso de los ferroviarios, incluso, ya habían dado lugar al surgimiento de una suerte de elite obrera. En suma, aquellos eran territorios ocupados y relativamente adversos, en donde los comunistas no encontraron oportunidades para incidir de modo preponderante.

Si las condiciones parecían propicias para el despliegue de una experiencia clasista de organización y movilización en el ámbito obrero fabril, cabe examinar cuáles fueron las técnicas de implantación, las formas de trabajo y las modalidades de intervención de los comunistas en dicho espacio, que les otorgaron ventajas decisivas para afrontar esta labor hasta comienzos de la década de 1940. Esto exige recordar una precisión respecto a la temporalidad histórica que antes habíamos señalado. En el período formativo de esta corriente, entre 1912 y 1925 (como fracción de izquierda del socialismo, como partido socialista revolucionario, y, por último, como partido comunista durante su primer lustro), la posición ocupada por ella en el mundo del trabajo fue marginal. Se trataba de un partido que había logrado establecer ciertos vínculos con el mundo proletario, pero de un modo asistemático y poco profundo, sin presencia orgánica en los sitios de trabajo, con escasa incidencia en las estructuras sindicales y sin mucha experiencia en la dirección de los conflictos y organismos nacionales del movimiento obrero.

¿Cuándo fue que la inserción obrera de los comunistas conoció un salto cuantitativo y cualitativo? La pregunta es clave y no había sido

abordada en ningún estudio histórico. Nuestra hipótesis es que ello ocurrió desde 1925, cuando el PC adoptó la orientación de la “proletarización” y la “bolchevización”. Esto significó un cambio en su estructura: la reubicación de todos los militantes en clandestinas células obreras (sobre todo, las de “empresa o taller”), que significaron una novedosa forma de organización de base antipatronal. Ellas pasaron a ser la entidad fundamental de un partido que viró hacia una actividad combativa y eminentemente ilegal. Al mismo tiempo, esta última se fue haciendo más jerárquica, centralizada y monolítica, en sintonía con los postulados de una Comintern que iniciaba su proceso de burocratización. Lo cierto es que, a diferencia de la década anterior, desde ese entonces y hasta 1943, el PC mutó en una formación política integrada mayoritariamente por obreros industriales, que buscó poseer y conservar ese carácter. Si el comunismo devino en una corriente especialmente apta para insertarse en este proletariado, fue porque se mostró como un actor muy bien dotado en decisión, escala de valores y repertorios organizacionales. Los comunistas contaron con recursos infrecuentes: un firme compromiso y un temple único para la intervención en la lucha social y una ideología redentora y finalista (una peculiar manera de concebir al “marxismo-leninismo”), que podía pertrecharlos con sólidas certezas doctrinales. Al mismo tiempo, las células y otros organismos de base, así como los grandes sindicatos únicos por rama, resultaron muy aptos para la penetración en los ámbitos fabriles y para el agrupamiento de los obreros de dicho sector. En no pocos territorios industriales, los comunistas actuaron sobre tierra casi yerma y se convirtieron en la única voz que convocaba a los trabajadores a la lucha por sus reivindicaciones; en otros, debieron dirimir fuerzas con distintas tendencias. En ambos casos, la implantación fue posible gracias a esa estructura partidaria celular y blindada, verdadera máquina de reclutamiento, acción y organización, que el PC pudo instalar en una parte del universo laboral.

Las organizaciones sindicales dirigidas o influenciadas por el PC desplegaron una línea combativa y confrontacionista, la cual se expresó en violentos conflictos durante el segundo gobierno de Yrigoyen, la dictadura uriburista y las presidencias de Justo, Ortiz y Castillo. Sólo para ejemplificar esto, apuntemos la seguidilla de duras y estridentes huelgas: la de la localidad cordobesa de San Francisco, de 1929; las del ramo de la madera, en 1929, 1930, 1934 y 1935; las de los frigoríficos, desde 1932 en adelante; la de los petroleros de Comodoro Rivadavia, ese mismo año; la masiva y extraordinaria de los trabajadores de la construcción de 1935-1936 (combinada con huelga general); y la innumerable cantidad de paros entre los metalúrgicos, textiles y del vestido, entre otros, que el PC impulsó en los años siguientes. El costo de esa resistencia no fue menor: el PC sufrió una sistemática persecución por

parte de la Sección Especial de Represión del Comunismo y cientos de sus adeptos fueron encarcelados, deportados (merced a la aplicación de la Ley de Residencia) y/o sufrieron sistemáticas torturas, entre ellos, buena parte de los miembros del Comité Central. El partido no sólo fue declarado ilegal sino que hubo un proyecto en el Senado de la Nación para convertir esa persecución en ley.

Aportes y legados del comunismo al desarrollo de un nuevo sindicalismo de masas

Existe una cuestión que fue apenas encarada por la historiografía referida al movimiento sindical de entreguerras y es la del legado y el aporte específico que el PC dejó a este último. Ello debe indagarse, sobre todo, a partir del período que se abre desde mediados de la década de 1930, cuando el partido completó su implantación, logró el control de importantes organizaciones gremiales y encontró un lugar en la conducción de la CGT (consiguiendo una destacada cantidad de cargos en el Comité Central Confederal de dicha entidad y, en 1942, su vicepresidencia, en manos del albañil Pedro Chiarante). El PC impuso a sus cuadros como secretarios generales de los seis sindicatos clave del sector industrial: la poderosa Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), la Federación Obrera de la Industria de la Carne (y su extensión, la Federación Obrera de la Alimentación), el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica, la Unión Obrera Textil, la Federación Obrera del Vestido y, posteriormente, el Sindicato Único de Obreros de la Madera. La gran mayoría de ellos eran miembros del propio Comité Central del PC en 1943, una situación que históricamente no se había dado ni se volvería a repetir en otro partido de la izquierda argentina. Esas y otras organizaciones sindicales dirigidas por el PC superaban los cien mil afiliados/cotizantes hacia principios de los años 40.

Los militantes del PC generalizaron (y en algunos casos, introdujeron) una serie de características novedosas en el sindicalismo único por rama industrial. Una de ellas fue la creación y expansión de los Comités de Empresa y las Comisiones Internas de fábrica, que irradiaron los tentáculos del gremio hasta los sitios de trabajo y canalizaron las demandas a través de una instancia de movilización y organización de base (Ceruso, 2010, ha profundizando muy bien en este aspecto). Otra fue el creciente pragmatismo y flexibilidad táctica que comenzó a postular el partido con respecto a la negociación con el Estado, en particular, con un Departamento Nacional del Trabajo (DNT) que expandía su voluntad intervencionista. Al mismo tiempo, los comunistas se orientaron hacia un tipo de sindicato que situaba su horizonte en la conformación de una “organización de masas” y en su fortalecimiento sobre “sólidas

bases orgánicas”. Se pretendía un sindicato más “moderno”, en el que se combinaran diversas funciones, tanto las referidas a las de la lucha reivindicativa (mejores salarios y condiciones laborales, indemnizaciones por despido, vacaciones pagas, entre otras), como las del mutualismo, la salud, la educación y la recreación. Como parte de estas nuevas misiones, estuvo la negociación de cada vez más ambiciosos convenios colectivos con las entidades patronales, a partir de comisiones paritarias reguladas bajo el marco del DNT.

Este proceso descrito implicó la mayor institucionalización y centralización de las estructuras gremiales, un fenómeno que condujo al intento de crear los sindicatos únicos por rama a nivel regional, los cuales debían aparecer subordinados a la federación nacional de industria. Se trataba de un esquema con estructuras de primero y segundo grado, que alcanzó a plasmarse con claridad en la FONC, arquetipo del nuevo modelo de organización propuesto por los comunistas. Esta armazón más compleja, polifuncional y pragmática se trazó, por otra parte, objetivos alejados de los tradicionales tópicos de la acción directa, que prefiguraban principios ideológicos afines a cierto colaboracionismo de clases: buscaban “liquidar la anarquía existente en la industria”, “disminuir la posibilidad de conflictos”, “fomentar la industria nacional” y “garantizar y expandir la legislación obrera”. Asimismo, si bien en este período sería dificultoso sostener la existencia de un genuina burocracia sindical dentro de esta estructura montada por los comunistas, como así tampoco en la vinculada a socialistas y *sindicalistas* (entre otras cuestiones, porque entendemos que el fenómeno de plena coagulación de la burocracia como capa se verificó con la irrupción del estatismo burgués peronista), es indudable que ciertos fenómenos de burocratización estaban despuntado en estos espacios.

Sería equívoco ubicar a este naciente y “sofisticado” sindicalismo de masas como algo inédito. En buena medida, este modelo, articulador de nuevos objetivos, prácticas e instituciones, estaba germinando en el movimiento obrero desde antes que los comunistas se hicieran fuertes en la dirección sindical. Pero estaba casi limitado al sector transporte y servicios. Los militantes del PC se sirvieron del mismo, lo adoptaron y lo extendieron en el área de la producción manufacturera y de la construcción. Así, generalizando experiencias y concepciones que luego fueron desarrolladas a un mayor nivel y potenciadas por el Estado peronista, que a su vez introdujo elementos novedosos, se fue completando el definitivo pasaje de un sindicalismo de minorías a otro de masas.⁵ Las conclusiones en este punto son evidentes: todo análisis del surgi-

5. Un estudio clásico que analizó en el movimiento obrero francés el pasaje del “sindicalismo de minorías” (impulsado por obreros calificados, orgullosos de su artesanía,

miento del sindicalismo industrial maduro en la Argentina, esbozado en sus trazos gruesos en la década anterior al triunfo peronista, debe contemplar prioritariamente la intervención del comunismo, el actor político que orientó esta etapa inicial en el ámbito fabril. A los factores de ruptura que aportó el peronismo, hay que agregar estos elementos de continuidad con experiencias previas.

El impacto de las variaciones de la estrategia cominternista: de “clase contra clase” al “frente popular”

Un asunto a esclarecer es el de la influencia que tuvo la cambiante estrategia de la Comintern en cuanto a la eficacia de la inserción del PC en el movimiento obrero, más allá del debate acerca de si las líneas eran “correctas” o no desde un punto de vista político. Debe partirse de una constatación, que no ha sido claramente advertida en la historiografía: la presencia del comunismo entre los trabajadores progresó mientras la organización actuó bajo diversos lineamientos, sucesivamente: los del “frente único” (1921-1928), los de “clase contra clase” (1928-1935) y los del “frente popular” (1935 en adelante). Es decir, ella siguió una curva de ascenso más o menos constante, que parece independizarse de estos virajes y, en parte, de las variaciones del contexto socioeconómico y político del país. No puede hacerse abstracción de estos elementos, pero tampoco resultaría acertado negar que para comprender la implantación laboral del PC debe prestarse suma atención a las relativas autonomía y continuidad de sus prácticas de intervención militante y a los rasgos antes analizados de su cultura política obrerista. Las estrategias se modificaron e impusieron nuevas caracterizaciones políticas, pero sus militantes continuaron desarrollando una serie de rutinas de movilización y organización de la clase trabajadora que permanecieron más o menos inalterables. Aunque, en última instancia, el peso de aquellas estrategias operó como factor decisivo, y sus alteraciones no fueron inocuas para explicar los avances y retrocesos de la influencia obrera del comunismo. Por lo tanto, ellas deben ser examinadas con cuidado.

Es inexacto el señalamiento de Aricó (1979), del cual se abastecieron ciertas periodizaciones sobre el nivel de presencia de la izquierda en el movimiento obrero, cuando sostiene que el inicio de cierta conquista de las masas por el PC se produjo hacia principios de los años 30,

y basado en organizaciones descentralizadas y apolíticas) al “sindicalismo de masas”, es el de Collinet (1955). Lo que en la Argentina se identificó como propio del período peronista, aquél ya lo veía como característico de la era de dominio comunista sobre el movimiento obrero.

momento a partir del cual habrían comenzado a cosecharse los frutos de la política sectaria pero al mismo tiempo muy combativa de “clase contra clase” (propia del llamado “tercer periodo” de la IC). Creemos haber demostrado que esta penetración fue previa al establecimiento de dicha estrategia, pues se inició hacia 1925, y, al mismo tiempo, que los resultados de aquella no fueron unívocamente beneficiosos para la eficaz labor de inserción en el movimiento obrero (Camarero, 2011). Si bien el incremento de la orientación confrontacionista ayudó en cierto sentido a esta última, tuvo contrapartidas notables: colocó a los comunistas en posiciones aventureras que llevaron a varias derrotas en huelgas lanzadas por cuenta y orden del partido, sin medir si la oportunidad era adecuada y si la correlación de fuerzas era favorable para tomar estas decisiones; además, los ubicó por fuera de la principal organización gremial del país (la CGT), al constituir una agrupación sectaria y aislada, el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC).

Por otra parte, el gran viraje de 1935, que condujo a la aplicación de la estrategia del “frente popular” antifascista, produjo otros efectos contraproducentes en el papel de los comunistas en el movimiento obrero, pero de un orden distinto: se fueron supeditando, desde la retórica y desde la práctica, las reivindicaciones de los trabajadores a una política de acuerdo con la burguesía “aliada” y “democrática”. Los comunistas, mientras se hacían fuertes en los sindicatos industriales y canalizaban las demandas laborales, en el terreno político, en cambio, propiciaban todo tipo de convenios con expresiones pretendidamente “progresistas” del campo patronal. Hicieron lo imposible para establecer una gran alianza opositora al gobierno conservador junto a la UCR, el PDP y el PS, levantando con ahínco la candidatura de Marcelo T. de Alvear a la presidencia en 1937. Esta línea fue anestesiada en el bienio 1939-1941, cuando perduró el tratado de no agresión nazi-soviético Ribbentrop-Mólotov y por ende se estableció la táctica del “neutralismo”. Pero desde junio de ese último año, con la invasión alemana a la URSS, el frentepopulismo volvió con vigor y encontró al PC como el más entusiasta impulsor de lo que años después derivó en la Unión Democrática.

Todas estas cuestiones han sido tradicionalmente señaladas en la bibliografía. Pero no se buscó identificar las razones profundas que explicaban estas derivas estratégicas del PC. Ellas remitían a un desvarío programático del partido, originado en la hipoteca teórica, ideológica y política que éste tenía con el estalinismo. En este sentido, no ayudó en mucho identificar la existencia de supuestas “estrategias” propias y objetivas de la clase obrera, en buena medida, intangibles e incomprobables en un plano de análisis histórico-concreto e inciertas desde el punto de vista teórico. Las estrategias que sí pueden evaluarse son las que explícita y materialmente aparecen formuladas en el escenario de

la lucha de clases, provenientes de las direcciones sindicales y políticas que aparecen en juego. ¿Sobre qué bases programáticas se sostenían las del PC? ¿Cuáles eran los fundamentos del frentepopulismo que cada vez más incómodamente mezclaba clasismo y combatividad en la lucha sindical con tendencias a la conciliación de clases en el terreno político?

Desde fines de la década de 1920 (más exactamente a partir del VIII Congreso, realizado en 1928), el PC radiografió la estructura socioeconómica del país en términos de un capitalismo deformado por el imperialismo, el latifundio y los resabios semif feudales. De allí derivó su caracterización de que el país requería de una revolución “democrático-burguesa, agraria y antiimperialista”; en el futuro indeterminado, sobrevendría el horizonte socialista. Paradójicamente (o no) esta definición se postuló como parte de la política sectaria y ultraizquierdista de “clase contra clase”; aún se concebía que la burguesía nacional cumpliría un papel contrarrevolucionario, por lo cual estaría en manos de la clase obrera y de sus aliados campesinos el destino de aquella revolución. Este planteo etapista se afianzó e incorporó nuevos rasgos con la adopción del llamado al “frente popular” (1935), fundamentado plenamente en el IX Congreso de 1938 y profundizado en el X Congreso de 1941. La paradoja es que el autodenominado “partido de la clase obrera” terminaba definiendo como problema principal del país no al capitalismo, sino al insuficiente desarrollo del mismo. Según su análisis, la industria vernácula había quedado constreñida en límites estrechos y el sector rural estaba sometido a un régimen de explotación ineficiente y caduco, todo distorsionado por la perniciosa influencia del capital monopolista y los terratenientes. En esos marcos, la burguesía nacional aparecía frágil e imposibilitada de asegurar un camino de independencia y progreso, pero dado que presentaba contradicciones con el imperialismo, ocupaba un lugar clave en la interpelación comunista. La contradicción entre la clase obrera y los capitalistas quedaba relegada a un segundo plano y subalternizada en toda la orientación estratégica del partido. Ahora se sostendría que el proletariado poseía aliados naturales en el campo de una fantasmal burguesía nacional desvinculada del capital extranjero y la oligarquía agraria.

A todo ello, el PC agregó una lucha contra el fascismo y por la democracia, sin ningún tipo de especificación del carácter de clase de esos fenómenos, lo cual terminó reforzando un programa reformista y de conciliación con fracciones de la burguesía. En ello, empalmó con el PS. De este modo, hacia comienzos de los años 40, la mayor parte de la izquierda no expresaba una hegemonía política genuinamente socialista en las masas populares; incluso, convertía en precario su predominio sindical entre los trabajadores. El socialismo alcanzaba sus mayores

bancadas parlamentarias y confiaba en mantener la lealtad (lo que finalmente no se verificó) entre sus muchos dirigentes en gremios como el de los municipales, empleados de comercio o ferroviarios, mientras el comunismo consolidaba su poderío en el sindicalismo industrial y ganaba espacios dentro de la CGT. Sin embargo, ambos partidos se unificaban en torno a un proyecto aliancista con fuerzas sociales y políticas tradicionales, detrás de un programa republicanista y antifascista de difícil conjugación con las demandas efectivas de una clase obrera en ascenso numérico y movilizacional.⁶

El amplio y difuminado espacio del *sindicalismo*, que volvía a hacerse del control de la CGT, de la mano de José Domenech y sus ferroviarios, tenía problemas de otra índole. Muchos de sus principales cuadros, con carnet de afiliados al PS, en la práctica estaban emancipados de todo disciplinamiento partidario, lo cual revelaba muy bien las dificultades que siempre acarreó el socialismo de Juan B. Justo para articular la lucha sindical con la política. Así, el tradicional pragmatismo economicista, corporativismo y apoliticismo de estos dirigentes gremiales, los distanció definitivamente de las izquierdas partidarias, pero no para superar las limitaciones de aquellas, sino para montar un proyecto también regresivo, el de consolidarlos como corriente en disponibilidad para aportar base al otro proyecto burgués emergente en 1943-1944, el del peronismo. Es respecto a este asunto donde obras como las de Murmis-Portantiero o Del Campo no pudieron capturar completamente el dilema planteado: estos autores pusieron el énfasis en el proyecto de autonomía sindical que aquellos cuadros gremiales estaban representando en la escena histórica, pero sin sopesar adecuadamente la experiencia de heteronomía política a la que los conducía, es decir, su posterior disolución-derrota en un nuevo movimiento político policlasista burgués.

¿Derrota autoinfligida o bloqueo populista?

Diagramemos el proceso que tuvo como resultado la derrota del comunismo y la izquierda partidaria frente a la emergencia del peronismo. Desde los inicios mismos del golpe del 4 de junio de 1943, y especial-

6. Hay que examinar hasta qué límites el PC se alejó de las necesidades de los trabajadores, y si, en especial, en la coyuntura 1941-1943, le dio explícitamente la espalda a las luchas de éstos. Se ha aludido la práctica de “tregua laboral” de los comunistas, con la entrada de la URSS a la guerra y con el acuerdo con los aliados y la “burguesía progresista”. No obstante, es necesario abordar con cuidado el tema: fuera del conocido caso del gremio de la carne, donde el PC impulsó esa línea en 1943, escasean las evidencias de “tregua laboral”. En verdad, en esos años, los gremios comunistas encabezaron las mayores huelgas en el sector industrial.

mente desde que Perón impulsó la Secretaría de Trabajo y Previsión, se alertó el peligro que representaba la gravitante presencia del PC en los ámbitos laborales y la necesidad de erradicarlo. Esta propaganda anticomunista tuvo un rédito escaso: es probable que el empresariado encontrara una preocupación mayor en las concesiones laborales que estaba otorgando el propio Perón, un proceso permitido por la favorable coyuntura económica de la época. Lo cierto es que este último se lanzó a una política propia, de aplastamiento de los sectores sindicales ligados al PC. Perón fue enhebrando relaciones con diversas conducciones gremiales, con el fin de articular una nueva estructura afin a sus posiciones. Varios dirigentes laborales, sobre todo provenientes del *sindicalismo* y/o tráfugas del PS, fueron tentados por esa convocatoria. Allí donde el PC controlaba la organización gremial, Perón no dudó en alentar la fundación de “sindicatos paralelos”, con el objetivo de incrementar su base de apoyo en el movimiento obrero y provocar una competencia a la presencia de ese partido.

Perón y su grupo fueron señalados por el PC como el enemigo principal, en una lectura de la realidad que resultó muy necia, esquemática e incapaz de advertir la compleja trama de realidades y expectativas que comenzaban a tejerse en torno al vínculo entre ese militar y los trabajadores. En buena medida, ello se debía a la estrategia de compromiso con las expresiones de la “burguesía democrática” que el estalinismo venía impulsando con su línea frentepopulista. Se denunció al coronel como el continuador más pérfido del régimen implantado en 1943 y de las dictaduras totalitarias del Eje nazi-fascista. La multiplicación de los sindicatos paralelos, la orientación de otros ya constituidos hacia un acuerdo con el Secretario de Trabajo, la irrupción popular inesperada del 17 de octubre que lo rescató de su detención y ostracismo, la creación del Partido Laborista por parte de la *vieja guardia sindical* dispuesta a realizar un acuerdo con el restituido líder militar y el triunfo de la candidatura presidencial de este último en febrero de 1946 como expresión de una amplia coalición socio-política sostenida en el apoyo sindical, son algunos de los hitos de un proceso que nos señala el éxito del peronismo en ganar la adhesión de los trabajadores y la derrota del PC por impedir este intento.

En este punto deben explorarse de manera global y comprensiva las razones que permiten explicar el eclipse comunista en el movimiento obrero y la conversión mayoritaria de este último al peronismo. A nuestro entender, la mirada exige atender a dos elementos cruciales e interrelacionados. Uno, el ya analizado de la estrategia frentepopulista del PC, que dilapidó una tradición sindical combativa y clasista, detrás de un proyecto y un programa de colaboración de clases, lo cual acabó desarmando ideológicamente al movimiento obrero y lesionando seria-

mente su autonomía política. El otro no puede ser sino el que conduzca a apreciar adecuadamente el carácter extraordinario con que irrumpió en la Argentina el fenómeno populista y nacionalista burgués (bajo una cultura “obrerista” y a la vez “antiizquierdista”). La clave para resolver lo que aparece como una anomalía histórica es el desacople entre dos fenómenos contrapuestos: por un lado, el crecimiento rápido y exponencial de la alianza entre un sector mayoritario del gremialismo (celoso en defender la autonomía sindical pero impotente para resistir una tendencia a la heteronomía política) y la elite militar-estatal encabezada por Perón; por el otro, el importante desarrollo que venían experimentando los comunistas en el mundo del trabajo, que era más lento, gradual, incompleto y cada vez más dilapidado por una estrategia política que potencialmente lo distraía de las reivindicaciones de los trabajadores. Además de comenzar a agotarse parcialmente en su propia dinámica por limitaciones de estrategia política e ir feneciendo de “muerte natural”, la influencia del comunismo en el movimiento obrero fue obturada y reprimida por la decisiva acción de un movimiento populista emergente. Hubo una perfecta articulación entre causas endógenas (las características de la orientación partidaria antes descrita) y exógenas (la notable vitalidad de la interpelación y acción del nacional-populismo, con su estatismo redistribucionista). Un modo de comprobar la necesidad de conjugar ambas dimensiones es apelar al estudio comparativo con otros casos latinoamericanos próximos, como los de Chile, Uruguay y Brasil. Estos países en los años 20 y los 30 tuvieron partidos comunistas con un nivel de arraigo en la clase obrera no mayor que en la Argentina, pero que pudieron incrementar o mantener en las décadas siguientes, a pesar de que estuvieron embarcados bajo la misma línea del frente popular que distinguió al PC de Ghioldi y Codovilla. ¿No es acaso sugerente el hecho que en estos países no existió un fenómeno populista y nacionalista burgués de la magnitud, la complejidad y la consistencia que tuvo en la Argentina?

Conducir el análisis en esta dirección implica cuestionar las interpretaciones que tendieron a abordar este proceso histórico de manera unilateral. Los señalamientos sobre el peso que la orientación del frente popular tuvo en el sentido de impedir la hegemonía obrera comunista hacia comienzos de los años 40, convirtiéndose en una suerte de “derrota autoinfligida”, han frecuentemente desatendido el significado del “bloqueo populista” antes mencionado. Por otra parte, es bastante obvio que si el PC fue perdiendo sus posiciones en el movimiento obrero desde 1943-1944 no fue por algún tipo de esencialismo “antinacional” o “antipopular”, característico de esa organización (y de toda la izquierda socialista y marxista), tal como se sostuvo desde cierto ensayismo (Puiggrós, Ramos y sus continuadores). Tampoco, por un cambio en la

composición social de los trabajadores, que habría ido erosionando la influencia de los viejos partidos de clase y los habría tornado incapaces de organizar a la “nueva clase obrera”, como se desprende de los estudios sociológicos de Germani y otros autores; de hecho, el comunismo fue la corriente que mejor logró expandirse entre el joven proletariado formado como producto del crecimiento industrial de los años treinta.

A manera de epílogo, si ponderamos en su real dimensión el desarrollo que venía experimentando el PC, es posible establecer que la irrupción del peronismo desde 1943-1944 y la adhesión mayoritaria que concitó entre los trabajadores no se presentó ni como la única e inevitable alternativa histórica ni como la consecuencia “lógica” y “natural” de las transformaciones económicas, sociales y políticas acaecidas desde la década de 1930. En todo caso, el peronismo fue la opción que se tornó triunfante en aquellas circunstancias, y la que logró recoger los frutos de un sindicalismo industrial y “moderno” al que tanto había contribuido a erigir precisamente el PC y otras corrientes de izquierda. En un ejercicio contrafáctico, sobre una Argentina con un 17 de octubre frustrado, es decir, sin un triunfo del peronismo ¿es posible conjeturar que se hubiera asistido a una continuidad o incluso profundización de la presencia comunista en los medios obreros, entre otras razones, por el inevitable aumento cuantitativo de las clases trabajadoras, el acrecentamiento de los problemas provenientes del mundo del trabajo y el peso que tenían las ideologías y tradiciones de izquierda? (Torre, 1999). La pregunta es pertinente si le añadimos como otro factor inevitable de análisis el de la estrategia política que guiaba al PC, un partido ya completamente ganado por la rigidez monolítica, matizado por la indignancia teórica-política del estalinismo y sometido a los dictados de la burocracia soviética.

De un modo u otro, fue en la coyuntura 1943-1945 cuando periclitó la que hasta el día de hoy fue la más importante experiencia de inserción de un partido de izquierda en la clase trabajadora argentina. El examen de las razones que explican este proceso de auge y declive siguen siendo uno de los puntos nodales para un programa de estudio sobre la historia del movimiento obrero y la izquierda en la Argentina, en la que en este texto pretendimos brindar algunas hipótesis y conclusiones teóricas y analíticas.

Referencias

- Aguila, Gabriela B. (1991-1992), “Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario, 1943-1946”, *Anuario Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR*, segunda época, 14, Rosario.
- Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en R.

- Samuel (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.
- Arévalo, Oscar (1983), *El Partido Comunista*, Buenos Aires: CEAL.
- Aricó, José (1979), "Los comunistas en los años treinta", *Controversia*, 2-3 (suplemento n° 1), México, diciembre, pp. v-vii.
- Camarero, Hernán (2001), "El Partido Comunista argentino en el mundo del trabajo, 1925-1943. Reflexiones historiográficas e hipótesis exploratorias", *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, XI, 22, 2° semestre, pp. 137-155.
- (2005), "La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina", *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, I, 1, septiembre-octubre, pp. 77-99.
- (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana.
- (2008), *Comunismo y movimiento obrero en la Argentina, 1914-1943*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (2011), "El tercer período de la Comintern en versión criolla. Avatares de una orientación combativa y sectaria del Partido Comunista hacia el movimiento obrero argentino", en *A Contracorriente. A Journal on Social History and Literature in Latin America*, North Carolina State University, Vol. VIII, N° 3, primavera, pp. 203-232.
- Campione, Daniel (1996), "Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia", *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, I, 1, segundo semestre, pp. 103-115.
- Cernadas, Jorge, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus (1998), "La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión", *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, IV, 8, otoño-invierno, pp. 30-39.
- Ceruso, Diego (2010), *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción de 1935 hasta el golpe de estado de 1943*, Vicente López: PIMSA/Dialektik.
- Collinet, Michel (1955), *El espíritu del sindicalismo*, Buenos Aires: Ediciones Populares Argentina.
- Del Campo, Hugo (1983), *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires: CLACSO.
- Di Tella, Torcuato S. (2003), *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires: Ariel.
- Durruty, Celia (1969), *Clase obrera y peronismo*, Buenos Aires: Pasado y Presente.
- Fava, Athos (1983), *Qué es el Partido Comunista*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Fernández de Ullivarri, María (2010), *Trabajadores, sindicatos y política en Tucumán, 1930-1943*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

- Galasso, Norberto (2007), *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*, T. I, Buenos Aires: Nuevos Tiempos.
- Germani, Gino (1962), *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires: Paidós.
- Godio, Julio (1989), *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires: Legasa.
- Gramsci, Antonio (1984), *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Grosso, Bruno y Bernard Pudal (2000), "Une réalité multiple et controversée", en M. Dreyfus, B. Grosso, C. Ingerflom y otros (dirs.), *Le siècle des communismes*, Paris: Les Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières.
- Haupt, Georges (1986), *El historiador y el movimiento social*, Madrid: Siglo XXI.
- Horowitz, Joel (2004), *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires: Eduntref.
- Íñigo Carrera, Nicolás (2000), *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires: La Rosa Blindada-PIMSA.
- Iscaro, Rubens (1958), *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*. Buenos Aires: Anteo (luego: *Historia del movimiento sindical*, Buenos Aires: Fundamentos, 1973).
- Korzeniewicz, Roberto P. (1993), "Las vísperas del peronismo. Los conflictos laborales entre 1930 y 1943", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, XXXIII, 131, octubre-diciembre, pp. 323-354.
- Lobato, Mirta Zaida (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires: Prometeo Libros/Entrepasados.
- Mastrángelo, Mariana (2011), *Rojos en la Córdoba obrera, 1930-1943*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Matsushita, Hiroshi (1983), *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo veinte.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1971), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Partido Comunista, Comisión del Comité Central (1947), *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires: Anteo.
- Paso, Leonardo (1983), *Historia de los partidos políticos en la Argentina (1900-1930)*, Buenos Aires: Directa.
- Pastoriza, Elisa (2005), "Ciudad y memoria social: los que construyeron Mar del Plata: militancia obrera y proyectos gremiales comunistas en vísperas del peronismo", en N. Álvarez, C. Rustoyburu y G. Zuppa (comps.), *Pasado y presente de la Mar del Plata social*, Mar del Plata: FUEDEM, pp. 101-122.
- Peter, José (1968), *Crónicas proletarias*, Buenos Aires: Esfera.

- Puiggrós, Rodolfo (1956), *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires: Argumentos.
- Ramos, Jorge Abelardo (1962), *El partido comunista en la política argentina*, Buenos Aires: Coyoacán.
- Tamarin, David (1985), *The Argentine Labor Movement, 1930-1945. A Study in the Origins of Peronism*, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Torre, Juan Carlos (1990), *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (1999), “La Argentina sin el peronismo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre?”, en Niall Ferguson (dir.): *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*. Madrid: Taurus.

* * *

Resumen: Este artículo aborda el ascenso y el declive del Partido Comunista argentino en el movimiento obrero durante el período de entreguerras. Comienza con un balance historiográfico en torno al tema. Luego, examina cuándo, cómo y por qué el PC echó raíces de manera orgánica en la clase obrera hasta 1943-1945, explorando, en particular, las condiciones y circunstancias que hicieron posible tanto el proceso de inserción comunista entre los trabajadores como el posterior fenómeno de pérdida de esta influencia, ocurrido con el advenimiento del peronismo al poder. Asimismo, se analiza el aporte del PC al surgimiento de un sindicalismo industrial y de masas, que luego fue extendido y potenciado por el peronismo. Por último, se evalúa el impacto de las diversas estrategias impulsadas por el partido: desde la de “clase contra clase” a la del “frente popular”.

Palabras clave: Argentina – Partido Comunista – Movimiento obrero – Frente popular – Peronismo

Abstract: This article discusses the rise and fall of the Communist Party of Argentina in the labor movement during the interwar period. It begins with a historiographical balance on that issue. Then, it examines when, how and why the PC took root in the working class until 1943-1945, exploring in particular the conditions and circumstances that made possible both the Communists' insertion among workers and the subsequent loss of that influence, which took place with the advent of Peronism to power. It also analyzes the Communists' contribution to the emergence of industrial and mass unionism, which was later extended and enhanced by Peronism. Finally, we evaluate the impact of various strategies adopted by the party: class against class and the popular front.

Keywords: Argentina – Communist party – labor movement – Popular front – Peronism

Recepción: 28 de junio de 2012 – **Aprobación:** 14 de julio de 2012

La izquierda y la organización sindical en el lugar de trabajo, 1920-1940

Diego Ceruso

UBA

Desde los inicios de la década del 20, la Argentina inició una paulatina diversificación de su matriz productiva dentro del marco general de un capitalismo agroexportador. El aumento de la participación de la industria en la economía se potenció en la década siguiente con la sustitución de importaciones. Esto implicó un crecimiento cuantitativo de los trabajadores en ese sector y un impacto en un movimiento obrero que venía ganando posiciones e influencia en la vida política. A la incidencia inicial del anarquismo y el socialismo en el mundo sindical, se sumó a principios de siglo XX la del sindicalismo revolucionario y más adelante el comunismo. Con sus especificidades, estas corrientes de izquierda advirtieron la necesidad de intervenir en el plano gremial y establecieron vínculos con los trabajadores. En este lapso de veinte años, el heterogéneo espacio de la izquierda ejerció la hegemonía en la clase obrera y sus organizaciones construyendo, con vaivenes, una fuerza política relevante. La trama organizativa construida en este periodo fue compleja y el terreno que permite dilucidarla aún es vasto.

En particular, dirigimos nuestra atención sobre un aspecto del mundo del trabajo en este periodo. El sindicalismo argentino ha sido destacado por numerosas variables a lo largo del tiempo. Una de ellas fue la capacidad que obtuvo de ramificarse hasta las fábricas y empresas generando estructuras en los sitios de producción que fomentaron la afiliación, posibilitaron un control de las condiciones de trabajo, vincularon a las dirigencias con las bases, entre otras características. Este rasgo atípico resulta central para explicar su solidez a lo largo del siglo XX y, generalmente, fue abordado exclusivamente a través del desempeño de las comisiones internas. La idea que estas instancias fueron consecuencia de la imposición del modelo sindical peronista (Doyon, 1984 y 2006) ha sido matizada por estudios recientes que mostraron su funcionamiento durante la segunda mitad de la década infame (Ceruso, 2010). Nuestra intención en este artículo es comenzar a recorrer el camino que permita

reconstruir la experiencia sindical en los lugares de trabajo entre 1920 y 1930 y, de este modo, enriquecer la mirada del proceso histórico. Para ello, en primer lugar, elaboramos un balance historiográfico sobre la actualidad del campo de estudio propuesto. Luego, reflexionamos sobre algunas líneas de interpretación que se encuentran en desarrollo y que guían nuestro proceso de investigación. A partir de ello, buscamos observar y analizar, entre otras cuestiones, las modalidades de la actividad de base en las fábricas, las estructuras impulsadas y la influencia de las corrientes políticas.

Nuestro interés radica en dar cuenta de instancias colectivas de organización de los trabajadores. Esto es, estructuras prioritariamente ligadas a los sindicatos, compuestas por un conjunto de obreros y ancladas en el establecimiento laboral. El trabajo de base al cual nos referimos implica rastrear no sólo la acción obrera en el sitio de producción sino investigar la creación, el desarrollo y el funcionamiento efectivo, y extendido en el tiempo, de organismos de representación sindical del proletariado.

Nos circunscribimos al estudio del desempeño del movimiento obrero en las décadas del 20 y del 30 en la Capital Federal y sus alrededores. La prioridad recae en los gremios industriales aunque, tangencialmente, referimos a los sectores de transportes y servicios. La perspectiva seleccionada supone reducir la escala de análisis y allí radica su fortaleza y debilidad simultáneamente. Por un lado, enriquece la mirada ahondando en una dinámica de organización escasamente trabajada para la época. Por el otro, este enfoque inhibe las generalizaciones ya que limita la mirada sobre un aspecto específico y particular del campo sindical. Entendemos que en este período se produjo una irrupción del trabajo de base en la industria. Esto no quiere decir que haya sido el comienzo de este tipo de prácticas. Pero las diversas corrientes políticas con presencia entre los trabajadores de la época advirtieron (más tarde o más temprano) que obtener o solidificar la presencia en los lugares de trabajo sería un elemento de importancia para ganar o conservar cierta influencia. Iniciamos nuestro estudio en los años 20 ya que a partir de allí se evidenció la tendencia de la industria a preponderar en la estructura económica y finalizamos con el gobierno militar que en su desarrollo posterior daría lugar a la aparición del modelo sindical peronista. El golpe de Estado de 1943 constituyó un jalón que redefinió el mundo del trabajo y, más allá de las continuidades existentes con la experiencia previa, una de sus consecuencias fue el hecho que las corrientes de izquierda perdieron influencia.

El trabajo de base en la historiografía argentina

Encaramos prioritariamente los estudios que, aunque exceden nuestro marco temporal, estudiaron el desarrollo del movimiento obrero en el sitio laboral y comparten nuestra perspectiva analítica. Las investigaciones del período, en su gran mayoría, no abordaron la organización en el lugar de trabajo pero constituyen aportes indirectos.

Inicialmente, la historia de los trabajadores fue narrada por sus protagonistas. Estas producciones, denominadas “militantes”, fueron escritas por referentes de cada una de las corrientes políticas. Concebidas como una suerte de “historias oficiales”, caen en omisiones y se caracterizan por su ausencia de reflexión y autocrítica. Pero este sesgo no debe impedir reconocer el esfuerzo por recopilar documentos y enumerar huelgas, luchas y conflictos que otros textos obvian deliberadamente. En esta misma línea inscribimos a las memorias, autobiografías y biografías obreras. Se caracterizan por el tono autocomplaciente pero ingresan en ámbitos, como el lugar de trabajo o la percepción de los trabajadores, en los cuales resulta difícil acceder. Injustamente criticados por estar subordinados al plano político, estos escritos son de consulta inevitable.

Nicolás Inígo Carrera (2000) estudió la huelga general de enero de 1936. Su investigación enfocó la lucha de los trabajadores ya que, a partir del ordenamiento de los enfrentamientos, se podría determinar la “estrategia de la clase obrera”. A través de una investigación minuciosa y documentada, observa la influencia de la izquierda superando la mera reproducción de las posiciones institucionales (sindicales o políticas) y reconstruye la dinámica obrera en los barrios de la Capital Federal aunque sin reparar en el sitio laboral puntualmente. En la misma línea de interpretación se encuentra la tesis doctoral de Roberto Tarditti (2009) sobre los obreros de los frigoríficos. Si bien no tiene como eje la observación de estructuras sindicales en los lugares de trabajo, su escala de análisis permite acceder al desempeño del proletariado de la carne en la planta industrial frigorífica de Avellaneda en la coyuntura huelguística iniciada en 1917. La importancia de su investigación radica en el estudio estructural de la rama y el de los trabajadores aunque subestima la influencia que tuvieron las corrientes político-ideológicas del movimiento obrero sobre el proceso. Juzgamos indispensable mensurar el peso y la particularidad de cada una de las corrientes en el campo gremial y el impacto de ello en las características, formas de organización, estrategias, tácticas, etc.

Hernán Camarero (2007) investigó el desenvolvimiento del Partido Comunista (PC) en el mundo del trabajo durante las décadas del veinte y treinta. En su intención de dar cuenta de la estrategia partidaria,

abordó las políticas gremiales de base y, en particular, la estructura celular impulsada. La descripción pormenorizada del trabajo cotidiano de las células fabriles, sumado a los comités de fábrica y lucha, convierten a este estudio en uno de los pocos en el que confluyen la perspectiva de análisis y el período encarado en este artículo. En la misma dirección, nuestra investigación sobre la segunda mitad de la década infame colaboró en identificar la presencia de comisiones internas en los sindicatos industriales más importantes (Ceruso, 2010). Allí destacamos que en los gremios conducidos o codirigidos por los comunistas (textiles, construcción y metalúrgicos) existió un entramado organizativo en donde las comités sindicales en los lugares de trabajo ocuparon un lugar trascendente. Esto nos permitió desacoplar el surgimiento de las comisiones internas de fábrica de la instauración del modelo sindical peronista (Doyon, 1984: 210-212 y 2006: 289-290). Algunos autores ayudaron a cimentar este enfoque fechando la aparición de la representación sindical en los establecimientos laborales con posterioridad a 1946 (James, 1981: 333 y Basualdo, 2008: 5). Esta extendida visión adjudicó al sindicalismo peronista una originalidad que, al menos en este aspecto, no tuvo.

El estudio de Mirta Lobato (2001) permitió dar cuenta de la labor de los obreros de frigorífico en Berisso. A través de fuentes empresariales y orales, prioritariamente, logró narrar la experiencia al nivel de las fábricas y mostrar los cambios estructurales y políticos internos en un período de tiempo extendido. Su investigación registró las tensiones de género y étnicas en los sitios de producción aunque tiende a mostrar estas dimensiones como aspectos escindidos del carácter de clase. De este modo, la clase obrera parece constituirse en una categoría subsidiaria de otras identidades: “la condición de trabajador estaba en la base de la conformación del ciudadano” (Lobato, 2002: 215).

Victoria Basualdo (2010) estudió las fábricas Acindar y Alpargatas entre 1943 y 1983 mostrando la complejidad de la representación obrera al nivel de planta. La investigación recorre diferentes niveles de análisis a través del funcionamiento de las comisiones internas: las repercusiones de las transformaciones estructurales, las relaciones entre capital y trabajo, las tensiones políticas al interior de la base obrera, la vinculación con el sindicato nacional, el modo en que los procesos políticos nacionales se plasmaban, entre otros. Con un peso mayor en lo descriptivo que en lo analítico, la investigación avanza con un eje articulador en la relación entre las corrientes “conciliadora” y “combativa” (así decide denominarlas Basualdo en referencia a su estrategia frente al capital) a la luz de los estudios de caso. La reciente tesis doctoral de Marcos Schiavi (2012) posibilitó un conocimiento más profundo de las comisiones internas durante los dos primeros gobiernos peronistas. Allí,

entre otros valores, logra matizar otra idea largamente afincada acerca de las funciones y la reglamentación. Nuevamente, fueron Doyon (1984 y 2006: 289-290) y James quienes impulsaron esta idea ligada a la ausencia de regulaciones: “no existía en los contratos ninguna especificación detallada concerniente a la índole de la representación sindical, sus formas o sus poderes” (James, 1981: 334). Schiavi expuso los intentos sistemáticos entre los metalúrgicos y los textiles por definir los alcances, los roles y la especificidad de las comisiones internas. Además, enlazó el desempeño de estas instancias de base con las tensiones con la patronal, la dirigencia sindical y el Estado junto a la resistencia frente a la racionalización. Esto último permitió, junto a otros estudios (Izquierdo, 2008), desacoplar la asociación exclusiva de los planes de productividad al proceso post 1955 y ligarlos también al período previo.

El renombrado estudio de Daniel James (1990) aunque se enmarcó entre las décadas de 1940 y 1970 hizo especial foco en el período de proscripción del peronismo. La investigación desconoce la tradición organizativa de la clase obrera al punto de considerar que “en un sentido importante, la clase trabajadora misma fue constituida por Perón” (James, 1990: 56). Para nuestros intereses, su principal aporte fue el análisis del rol de las comisiones internas frente al avance racionalizador y productivista de la burguesía argentina. A partir de la fábrica, pero incluyendo ámbitos que le permitieron reparar en elementos de la identidad cultural peronista, la investigación constituyó un partearguas en los estudios obreros por su perspectiva analítica y su heurística. El historiador británico realizó una mayor contribución en la observación del rol de las instancias de base en su relación con el capital que en su vinculación con las cúpulas gremiales. Asimismo, subvaloró la presencia de las fuerzas políticas de izquierda en el proceso histórico. En este sentido, resulta pertinente destacar a Alejandro Schneider (2005) ya que exhibió la presencia de la izquierda en las fábricas y empresas. Su libro también colaboró en matizar las visiones sobre la renovación de la dirigencia sindical durante la autodenominada Revolución Libertadora y la ausencia de conflictividad obrera con posterioridad a 1959.

Los trabajos de James Brennan y Mónica Gordillo sobre el movimiento obrero cordobés colocaron en un lugar central el rol de las bases. El libro conjunto de estos autores (2008) sintetizó de modo general las argumentaciones que habían elaborado por separado. Con eje, no exclusivo, en los sindicatos de la industria automotriz y de mecánicos su preocupación fue ahondar sobre el clasismo, el Cordobazo y la singularidad del proletariado cordobés. Si bien no reconstruyeron específicamente el desempeño de las comisiones internas, sus estudios indudablemente ayudaron a comprender la dinámica de la base obrera tanto estructural como políticamente. Los planteos más discutibles de estos autores son

aquellos que señalan que la elección por parte de los obreros de las direcciones sindicales clasistas no implicó una adscripción a los preceptos de la izquierda ya que lo hicieron por motivos “culturales” o por principios de “honestidad y eficiencia”. Según estos autores, cuando las bases eligieron dirigencias clasistas lo hicieron conservando su identidad peronista pero priorizando la decencia, honestidad, etc.; mientras que cuando designaron conducciones peronistas expresaban su conciencia. Este tipo de razonamiento contiene el peligro de considerar a la clase obrera ontológicamente reformista.

Para los años 70 sobresalen dos investigaciones publicadas en los últimos años. El trabajo de Werner y Aguirre (2009) encaró el ciclo abierto por el Cordobazo, los conflictos huelguísticos en torno al Pacto Social impulsado por el tercer gobierno peronista y las “Jornadas de junio y julio de 1975” a la luz del accionar de las coordinadoras interfabricales de Capital Federal y el Gran Buenos Aires nutridas por las comisiones internas y cuerpos de delegados. El estudio pretendió, además, realizar un balance de la izquierda en la lucha de clases de la década de 1970 y el rol de los organismos de base en dicho proceso. La misma coyuntura afrontó Hector Löbbe (2009) pero haciendo eje en la Coordinadora Interfabril de la Zona Norte del Gran Buenos Aires de la que concienzudamente detalló sus antecedentes, la composición social y sus luchas. Ambas obras conceptúan a las coordinadoras interfabricales en tanto sus potencialidades políticas y allí resultan importantes, por su empatía, las referencias a los análisis de Antonio Gramsci sobre los consejos obreros y de Adolfo Gilly para el caso argentino (Gilly, 1980 y 1986). Las dos investigaciones tienen el valor de ponderar el rol de la izquierda en el proceso de luchas de la época, camino señalado previamente por Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (2000), entre otros.

Para este período también se encuentra el análisis sobre las luchas de los obreros metalúrgicos en la ciudad de Villa Constitución, provincia de Santa Fe (Andújar y Santella, 2007). En este trabajo, la mirada general sobre el proceso incluye a las comisiones internas y cuerpos delegados que desempeñaron un significativo rol. Federico Lorenz (2006) narró la historia de los obreros de Astarsa, principal astillero de San Fernando y Tigre. Sobre la base de entrevistas, el trabajo recorre los años 70 acercándonos a la complejidad de las relaciones entre trabajadores de base, estructuras sindicales y organizaciones político-armadas. Específicamente sobre la última dictadura militar y la organización gremial en la fábrica vale destacar la obra de Pablo Pozzi (1988). Esta investigación permitió otorgarle un rol activo a los trabajadores y sus luchas frente a la pasividad con la que la historiografía había caracterizado al proletariado hasta ese momento. Pozzi reflejó el accionar de las comisiones internas y los cuerpos de delegados de diversos gremios en un contexto

de avance de la burguesía sobre las condiciones de trabajo. Más allá de las conclusiones del autor sobre el balance del período, nos interesa destacar la resistencia desde la organización de base al “Proceso de Reorganización Nacional”.

No debe extrañar que la producción con eje en la organización en el lugar de trabajo sea más nutrida en referencia a los años setenta ya que el activismo obrero en las fábricas se desarrolló en estrecha relación con el surgimiento del clasismo, la lucha contra la burocratización sindical y la radicalización del proceso histórico.

Desde hace algunos años, luego de la ofensiva del capital durante la década de 1990, la organización sindical asistió a un fortalecimiento con la particularidad que implicó la revitalización de las bases obreras. Algunos estudios repararon en el análisis de esta dinámica gremial con epicentro en los lugares de trabajo (Montes Cató y Ventrici, 2010; Varela, 2009; Lenguita, 2009; AAVV, 2002). El protagonismo de los cuerpos de delegados y comisiones internas en este contexto formó parte de un posicionamiento frente al avance patronal, constituyó una estrategia para conquistar y defender derechos laborales y, en algunos casos, representó un cuestionamiento a cúpulas sindicales que se vieron amenazadas. La emergencia de este proceso, aún en marcha, impulsó investigaciones que emparentaron el activismo en la fábrica con las luchas ocurridas en los barrios y en las calles en el período previo. También evidenciaron el modo en que las nuevas identidades y formas de organización surgidas al calor de la crisis del 2001 se oponían, y efectivamente chocaron, a las rígidas y burocratizadas estructuras de larga data del sindicalismo argentino.

Este somero repaso abarcó los estudios más representativos que hicieron foco en el trabajo de base del movimiento obrero en la Argentina aunque los aportes no se resumen a los textos mencionados. Sólo pretendemos dar cuenta del estado general de la historiografía y enunciar las principales contribuciones para quienes estudiamos a los trabajadores con la intención de reducir la escala de análisis y observar su desempeño en el sitio de producción.

Las corrientes políticas y la organización del sitio laboral

Desde principios del siglo XX, y quizá con anterioridad, pueden encontrarse menciones de la existencia del delegado gremial en el lugar de trabajo en la Argentina aunque esta situación permanece en gran parte inexplorada por la historiografía. Como nuestra prioridad es reflexionar acerca de las estructuras colectivas de representación en las plantas industriales, la década del veinte se presenta como el momento

en donde los primeros síntomas de organización de esta índole se hicieron evidentes.

Ya ha sido señalada la fase ascendente del movimiento obrero a partir de 1917 destacando la apertura de un ciclo huelguístico de gran envergadura. La novedad de esta nueva etapa de conflictividad fue el dinamismo en el proceso de organización y confrontación de los gremios industriales. En este sector se sucedieron una serie de huelgas de gran repercusión: entre 1917 y 1918 los obreros frigoríficos produjeron violentos conflictos en Zárate, Berisso y Avellaneda; la huelga metalúrgica de 1919 iniciada en los talleres Vasena; en 1918 existieron diferentes huelgas de magnitud en la provincia de Córdoba en los gremios del calzado, gráficos, madera y construcción; entre otras. En este escenario, el comunismo, el *sindicalismo*, el anarquismo y el socialismo encararon el trabajo gremial con particularidades y desarrollaron políticas específicas que repercutieron en la perspectiva de análisis que proponemos.

En el sector de transportes y servicios, se puede registrar la existencia de organizaciones de base como las comisiones de reclamos ferroviarias o los denominados consejos de personal entre los trabajadores de las empresas Harrods y Gath y Chaves. El caso de los empleados de comercio de estas empresas se destaca porque en marzo de 1921 designaron un consejo de personal en el cual sorprende la claridad de la definición de las funciones, roles, designaciones, presencia de cargos renovables y cupo femenino, entre algunas de sus características.¹ También vale aclarar que existió un acuerdo con las empresas para la constitución de este consejo y, precisamente, este elemento es el que denota suspicacias ya que la política de conformación de estructuras sindicales “amarillas” era una táctica patronal extendida. Asimismo, en diciembre de 1917 una comisión de 28 miembros (dos por sección) inició las primeras gestiones del pliego de condiciones con la patronal en los talleres de la metalúrgica Vasena a un año del inicio del conflicto que desembocó en la denominada Semana Trágica. Pero, en este caso, sólo se formó para la negociación específica y no podemos registrar su permanencia en el tiempo.

El cierre del ciclo de huelgas en 1921-1922 dejó una central obrera, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) IX Congreso, bajo conducción del *sindicalismo* pero con serias disputas internas con el socialismo y el comunismo. Reconvertida en Unión Sindical Argentina (USA) en 1922, su orientación *sindicalista* se acentuó con el correr de los años. Durante la década del veinte no se vislumbra una política de parte

1. Departamento Nacional del Trabajo, *Crónica mensual 1918-1922*, Año IV, N° 42, junio de 1921, pp. 679-681.

de esta corriente política de impulso al trabajo de base en los gremios de su influencia aunque resta profundizar acerca de su labor en transportes y servicios. Existió alguna preocupación en el Sindicato Obrero de la Industria del Mueble, uno de los más importantes de la USA, por organizar a los trabajadores en los talleres a través del nombramiento de delegados e incluso la aspiración de conformar estructuras colectivas. Pero esto no constituyó en ningún caso una política sistemática. La fragmentación política del mundo obrero, junto a la endeblez programática del *sindicalismo*, permitió la aparición de numerosos grupos al interior de la USA que enarbolaron propuestas para obtener mayor presencia en la industria e insertarse en los sitios de trabajo.

El heterogéneo campo del anarquismo durante los años 20 tuvo entre sus filas a una agrupación específica conformada en enero de 1923. La Alianza Libertaria Argentina (ALA) fue fundada por un núcleo de anarco-bolcheviques convencidos de la necesidad de construir una estructura al margen de la FORA V Congreso. La ALA editó el periódico *El Libertario. Decenario Anarquista* del cual se publicaron 109 números hasta 1932. Al año de su aparición, el núcleo principal aliancista inició su viraje ideológico al anarco-sindicalismo (hecho que conllevó una escisión para 1925). Uno de sus objetivos principales fue actuar al interior de la USA para conformarse en su vanguardia hacia posiciones revolucionarias. Entre sus principales integrantes se encontraban Enrique García Thomas, Juan Lazarte y Sebastián Ferrer, entre otros (para un desarrollo pormenorizado de este grupo ver: Doeswijk, 1998). La ALA postulaba entre sus principios “propagar los sindicatos de industria, los consejos de fábrica, aconsejando el uso de las armas de la acción directa, prefiriendo las acciones de conjunto para la obra revolucionaria del anarquismo”.² En la práctica, se fusionó con la USA pero no queremos dejar de señalar la existencia programática de una corriente al interior del *sindicalismo* (o anarco-sindicalismo) que propugnaba la necesidad de insertarse en los sitios de producción. La ALA fue, quizá, el único sector dentro de esta corriente que propició, al menos en sus inicios, una política específica con la base trabajadora.

Luego de 1930, y tras la creación de la Confederación General del Trabajo (CGT), tampoco se desplegaron esfuerzos organizativos en los lugares de trabajo. Hacia 1937, en la reflatada y debilitada USA, los *sindicalistas* impulsaron la creación de instancias de base en la industria del tabaco. Aunque en este sector minoritario de la economía,

2. Enrique García Thomas, *Comentarios a la Primera Conferencia Regional de la Alianza Libertaria Argentina*, Ediciones de la Agrupación Libertaria “El Trabajo”, ALA, volumen I, 1924.

existieron con cierta regularidad comisiones internas, en particular en la fábrica Piccardo.

Además de la escasa presencia en los sectores industriales, existieron otras razones que provocaron la pérdida de influencia entre los obreros. Cabe preguntarse si la escasa presencia en los lugares de trabajo no debilitó las posiciones de esta corriente. Más allá de conducir la CGT desde su creación hasta 1935 no imprimió a su práctica un interés por la conformación de instancias de base como modo de solidificar posiciones. Al menos desde nuestra perspectiva de análisis, el *sindicalismo* pareció una expresión gremial de cúpulas y esto se evidenció con mayor claridad en la década del treinta.

Indudablemente el Partido Socialista (PS) constituyó un factor determinante en la vida política y cultural argentina desde finales del siglo XIX. La cuestión a tratar sigue siendo la incapacidad (¿desinterés?) de elaborar una estrategia definida, homogénea y consecuente en el mundo sindical (Camarero, 2005). Desde su fundación, el PS mostró, aunque con debate interno, su voluntad de escindir la política gremial de la partidaria. En la práctica, esto implicó una predilección por la lucha electoral en detrimento de poseer una estrategia en el movimiento obrero. Esto dificultó su desarrollo uniforme en el mundo del trabajo. La autonomía de las dirigencias sindicales entre sí y respecto del Partido dificultó durante este período el grado de coordinación de las fuerzas socialistas. En consecuencia, en el socialismo existió una ausencia notoria de un programa respecto a los trabajadores. Los intentos por reconciliar el plano político y sindical finalizaron con choques con la estructura partidaria, este fue el caso del Comité Socialista de Información Gremial, o con rupturas, tal fue el caso del Partido Socialista Obrero (PSO), por mencionar algunos.

Más allá de esta cuestión, en algunos sindicatos dirigidos por socialistas existieron experiencias de militancia en los lugares de trabajo. Enrique del Valle Iberlucea señalaba la necesidad de fomentar estructuras de control de la producción en el régimen capitalista que sirvieran como cimientos de la sociedad futura.³ Desde los inicios de la década del veinte el proyecto con mayor definición fue el de la industria del calzado. En el periódico del sindicato socialista pueden observarse los intentos por conformar los consejos obreros en la fábrica. En un primer lugar cumplirían funciones de vigilancia y mejoramiento de condiciones de trabajo aunque se vislumbraba la necesidad que se prepararan para ejercer el control de la producción. Algunas de las funciones que se

3. Enrique Del Valle Iberlucea, "La doctrina socialista y los consejos obreros", Buenos Aires, Agencia Sudamericana de Libros, s/f, [c. 1920].

planteaban para estas instancias eran la representación proporcional, relación con el sindicato, composición por secciones y negociación con la patronal. Los consejos se impulsaron en las principales fábricas de calzado, con éxito dispar, pero no parecieron mantener la estabilidad. Durante la década de 1920, se conformaron efimeros consejos obreros en las empresas Bermolen y Noel y Gouvet pero, incluso durante los años treinta, el sindicato mayoritario de la industria intentaba obtener su funcionamiento efectivo y concreto. No se abandonó el reclamo por el control sindical en el sitio laboral pero con escasa capacidad de materializar la intención programática de modo extendido y duradero en el gremio. Casi como una excepción en los años 30 los trabajadores de Grimoldi nombraron un consejo de delegados. Los consejos obreros en la industria del calzado tuvieron presencia en los estatutos del sindicato pero no lograron plasmar en concreto su funcionamiento de modo amplio y sostenido en el tiempo.

Durante la primera mitad de la década de 1930 el sindicato socialista se denominó Federación Obrera Textil y luego de 1934 cambió su nombre por Unión Obrera Textil. En esos años se desarrolló un definido proceso de funcionamiento de comisiones internas en los lugares de trabajo. Especialmente en dos grandes empresas del barrio de Barracas, Salzmán y Piccaluga, los socialistas construyeron su base gremial e impulsaron el funcionamiento y reconocimiento de comisiones internas. Esto también se extendió a fábricas de menor dimensión como La Textilía, en la localidad de Quilmes, y tuvo presencia en los estatutos gremiales. Entre 1936 y 1939, los socialistas compartieron el sindicato con los comunistas. Más allá de las disputas entre ambos, durante esta breve unificación se registró una expansión y un desempeño cotidiano y efectivo de las comisiones internas en el gremio.

Un último caso por señalar es el del gremio gráfico. Con una tradición que se remonta a fines del siglo XIX constituyeron uno de los núcleos más organizados del movimiento obrero. A partir de su fundación en 1907, la Federación Gráfica Bonaerense (FGB) se estructuró como la institución más importante. Durante las décadas del 20 y del 30 casi la totalidad de las corrientes políticas tuvieron presencia en la FGB, en algunos años incluso la conducción sindical estuvo en manos del PSO, pero la mayoría socialista en el sindicato no se vio afectada de manera significativa. En la segunda mitad de los 30, las principales empresas gráficas contaban con comisiones internas de funcionamiento cotidiano, reconocido y extendido. Las fábricas Rosso, Fabril Financiera y Estampa (luego comentaremos que aquí parecieron influir los anarquistas), entre otras, contaban con su organización gremial de base.

Los casos de la industria del calzado, los textiles y los gráficos muestran el trabajo de base en los sindicatos socialistas pero por el momento

resulta apresurado concluir la existencia de una política sistemática de esta corriente en los gremios en los que tenían una influencia significativa. Sin desconocer los procesos mencionados, la disociación entre la política partidaria y la gremial junto a la escasa homogeneidad de la dinámica socialista en el movimiento obrero dificultan adjudicarle una estrategia específica generalizada en favor de la militancia en los sitios de producción. Más bien parecieron esfuerzos ligados y circunscriptos a cada uno de los sindicatos que una política partidaria de fomentar la organización en el sitio laboral. Quizá la carencia de una labor metódica y coordinada de esta fuerza sea la causa por la cual resulte dificultoso observar una regularidad en las experiencias narradas.

Luego de la represión de 1910 la situación para el anarquismo se fue agravando cada vez más. El avance del *sindicalismo* fue sólo uno de los motivos de su tendencial pérdida de influencia entre los trabajadores. Indudablemente también influyó la incapacidad de la institución más representativa de la corriente, la FORA V Congreso, de adaptarse a los cambios en el sistema productivo impuestos por la creciente relevancia de la industria en los años veinte. Esta inadecuación forista abrió paso para el surgimiento de nuevas propuestas dentro del anarquismo. Ya mencionamos el caso de la ALA que, surgida desde el anarquismo, planteó su accionar dentro de la USA dado su rechazo a las prácticas de la FORA. En la década infame existieron dos propuestas alternativas dentro del anarquismo: la Alianza Obrera Spartacus (AOS) y la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA). La FACA surgió oficialmente a fines de 1935 aunque su desempeño debe enlazarse a la creación del Comité Regional de Relaciones Anarquistas durante 1932 que fue la estructura que la precedió e inspiró. Presumiblemente la AOS se conformó durante 1934 y entre sus fundadores y militantes más destacados se encontraba Horacio Badaraco. El punto de partida en el que confluyeron ambas organizaciones fue que estimaron caducos ciertos principios “clásicos” del anarquismo argentino. Nuevas lecturas sobre la realidad argentina les permitieron desechar la organización por oficios e impulsar los sindicatos por rama. También consideraron que el nuevo escenario industrial había convertido a la fábrica en un lugar central. La concentración en grandes establecimientos colaboró para que estos grupos optaran por focalizar los esfuerzos en obtener representación al nivel de las fábricas, empresas y talleres. En la misma dirección, tanto la AOS como la FACA extendieron su acción sindical más allá de los sindicatos anarquistas.

La FACA estimuló el trabajo fabril como consecuencia, en parte, del cierre de los locales sindicales luego del golpe de Estado de 1930 y tuvo incidencia en algunos gremios de la construcción, los gráficos, ferroviarios, industria del pescado, entre otros. Por ejemplo, la rama juvenil de

la FACA, las Juventudes Libertarias, tuvo injerencia en la conformación del Sindicato Obrero de la Industria del Pescado en la ciudad de Mar del Plata en donde fomentaron la creación de comisiones de control en las fábricas (Nieto, 2011). Asimismo, los fauquistas integraron hacia 1943 una corriente en la FGB que se denominó Agrupación Sindical Gráfica desde la cual incentivaron el desarrollo de las comisiones internas. En particular, en la ya mencionada instancia de base de la fábrica Estampa cumplieron un rol destacado los hermanos Fernando y Floreal Quesada junto a Luis Danussi, todos ellos integrantes de la FACA. En cambio, la AOS arribó al convencimiento de priorizar la militancia de base como consecuencia de la formulación de lo que denominaron “Pacto Obrero”. A grandes rasgos, la propuesta giraba en torno a establecer relaciones entre las diferentes corrientes de la izquierda con presencia gremial para construir nexos organizativos que permitieran a cada uno de los grupos mantener su estructura compartiendo información, programas y apoyos con el resto. El lugar de trabajo era el corazón del “Pacto Obrero” y para concretarlo había que procurar afianzarse sindicalmente en todos los sitios de producción. Spartacus tuvo presencia en algunos sectores pero fue en el gremio de pintores en donde logró construir una mayoría que le permitió concretar comisiones de fábrica en las principales empresas.

La FACA sostenía que la tarea gremial debía realizarse en la clandestinidad dado que el movimiento obrero había sido colocado en dicha situación. Se referían tanto a la ilegalidad formal como a la represión en tiempos de supuesta normalidad constitucional. Spartacus rechazó esta postura por considerar que debilitaba la organización obrera y, en contraposición, estimuló la búsqueda de espacios de legalidad en coyunturas favorables. Pero, además, el diagnóstico sobre la necesidad de organizar a los trabajadores en las grandes fábricas sobrellevó la dificultad de toparse con la presencia nutrida y activa de los comunistas en los principales gremios. Spartacus fomentó el trabajo mancomunado mientras que la FACA cuestionó los métodos comunistas por centralistas y reformistas. Estas corrientes lograron desandar gran parte de las inadecuaciones foristas pero, al mismo tiempo, chocaron con la presencia comunista, mucho más gravitante, que había construido durante la década previa una experiencia en los gremios industriales con una política que incluía, entre otros puntos, desarrollar un entramado organizativo en la base obrera.

Hernán Camarero (2007) ha destacado que los primeros años del PC en la Argentina estuvieron caracterizados por una débil relación con el movimiento obrero. Esos lazos frágiles comenzaron a revertirse a mediados de la década del veinte con la estrategia de “proletarización” y “bolchevización” que los llevó a priorizar el trabajo en los gremios industriales en donde existían peores condiciones laborales y mayor

debilidad organizativa. En lo que a nosotros nos concierne, este cambio implicó la conformación de sindicatos únicos por rama industrial y la implantación de células partidarias junto a comités de fábrica y lucha con la intención de obtener presencia en los sitios de producción. Este interés específico por la militancia en el lugar de trabajo impulsó a los comunistas en la segunda mitad de los años 30 a promover las comisiones internas de fábrica en los principales sindicatos industriales (Ceruso, 2010). Pero no debemos olvidar que las células construidas por el comunismo durante la década de 1920 fueron estructuras exclusivamente partidarias. Asimismo, se encontraban ligadas al PC directamente y, generalmente, permanecían en la clandestinidad. Las comisiones internas no sólo permanecían visibles sino que buscaban ser reconocidas por la patronal y el Estado, y estaban compuestas por los obreros integrantes de la fábrica o empresa sin importar su pertenencia partidaria. Además, su relación estructural e institucional era con el sindicato. Los objetivos de las comisiones internas diferían de los de las células. Mientras que éstas tenían funciones ligadas a la inserción y consolidación partidaria en el ámbito gremial, las comisiones enfocaron su labor en las prácticas cotidianas relacionadas con las mejoras en las condiciones de trabajo. Nuestra creencia es que aún queda mucho por indagar acerca de estas modificaciones estratégicas en torno al trabajo de base de los comunistas.

Nos inclinamos a pensar que entre el trabajo de las células y el de las comisiones internas existió en los sindicatos comunistas una experiencia de base escasamente analizada. Desde finales de 1927, tras la definitiva supremacía de Stalin en las estructuras del comunismo soviético y de la Internacional Comunista se propició la idea de un cambio de etapa a nivel mundial ya que, superado el período de estabilidad, se iniciaba un “tercer período” de crisis final del capitalismo. En este marco, la colaboración del comunismo con las fuerzas socialdemócratas era inviable y se impuso la estrategia de clase contra clase que inhibió acuerdos con las fuerzas políticas “burguesas” y “reformistas”. Esta orientación sectaria y aislacionista conllevó la creación de “sindicatos revolucionarios” y dejó como única posibilidad de trabajo mancomunado la construcción del frente único por la base y con aquellos obreros que desconocieran a sus dirigencias ajenas a los preceptos del comunismo. Sostenemos que durante los primeros años de la década del 30, y frente al éxito de implantación celular previo, los comunistas impulsaron estructuras de trabajo de base en las fábricas y empresas que incluyeron la apertura a la participación del conjunto de los trabajadores. Asimismo, estas instancias de representación comenzaron a debilitar su vinculación directa con el PC para establecer lazos dentro de la estructura sindical prioritariamente. Denominadas de diversas maneras (comités de fábr-

cas, comités de empresas, grupos sindicales, secciones sindicales, entre otros), la mayoría de ellas cumplían la misma función y tenían similares características: eran estructuras en el lugar de trabajo que incluían a todos los obreros, ligadas orgánicamente al sindicato de industria, elegidas por los trabajadores, afincadas en las secciones internas de las fábricas, por mencionar algunas. Aunque esto no implicó el abandono total del trabajo en células.

Creemos que el comunismo gradualmente priorizó el trabajo de base en estructuras que incluyeron a todos los obreros de la fábrica y con vinculación dentro del sindicato. El desarrollo más extendido de esta experiencia se produjo en la construcción pero también en textiles, metalúrgicos, frigoríficos, madera e industria del vestido. Por ejemplo, en la preparación y el desarrollo del conflicto de la huelga de la carne de 1932 los comunistas enfatizaron la conformación de instancias gremiales en las secciones internas de las empresas. Esta tarea, aunque circunscripta a los frigoríficos Anglo y La Blanca de Avellaneda, evidenció un momento de transición en la estrategia comunista. El mismo proceso emprendió en 1934 la célula comunista de la metalúrgica Klockner cuando advirtió la necesidad de comenzar a publicar el periódico de empresa bajo la órbita del “grupo sindical” con la intención de incluir al resto de los trabajadores.⁴

En igual dirección pareció guiarse la experiencia de las escisiones del PC en este momento. El Partido Comunista Obrero, conocido como “chispismo”, tuvo en los últimos años de la década del veinte una incidencia limitada. También tuvo lugar la ruptura capitaneada por José Penelón que encarnó el Partido Comunista de la Región Argentina (luego de la República Argentina). Ambos casos, de modo restringido y circunscripto a la Capital Federal y sus alrededores, lograron incidir en ciertas fábricas textiles y metalúrgicas e impulsar una política de base similar a la descripta para el PC oficial.

En consecuencia, encontramos en el comunismo una política sistemática y específica de trabajo de base que se inició con las células, que luego de modo gradual y transicional se desplazó hacia estructuras más inclusivas como los comités de fábricas y secciones sindicales, para finalizar en el desarrollo e impulso de las comisiones internas fabriles. Puede observarse el modo en que un Partido sometido a los designios de Stalin y con políticas que fueron desde el sectarismo y aislacionismo al frentepopulismo sin escalas, desarrolló una política exitosa en términos de obtener mayor presencia en el movimiento obrero industrial

4. “Aclaración”, *Klockner* (“Órgano de los obreros del establecimiento metalúrgico Klockner S.A.”), núm. 9, abril de 1934, p. 3.

y desplegó una incesante labor al nivel de planta. Resulta imperioso distinguir entre una política gremial eficaz que, promovida de modo paulatino y perenne, le permitió al comunismo convertirse en dominante al interior del sindicalismo en el marco de un Partido sometido al arbitrio estratégico estalinista y con una estructura uniforme e inflexible. Ambas variables, la efectividad entre los trabajadores y el desvarío de la camarilla partidaria, deben converger en un análisis cabal acerca de su devenir.

Comentarios finales

Nos interesa dirigir nuestra atención hacia dos aspectos que se desprenden de este artículo. En primer lugar, hemos profundizado el conocimiento sobre la experiencia organizativa del movimiento obrero con anterioridad a la irrupción del modelo sindical peronista. En segundo término, destacamos la existencia de una multiplicidad de estructuras gremiales en el lugar de trabajo durante el período observado.

Las comisiones internas y los cuerpos de delegados tuvieron un rol destacado en el mundo del trabajo en la Argentina, principalmente en la segunda mitad del siglo XX. Ya sea en los primeros gobiernos peronistas, como núcleo de resistencia frente al avance productivista y racionalizador en la década de 1960 o como contrapeso del fenómeno burocrático en los setenta, su relevancia parece incuestionable. Pero esto no debe impedirnos reparar en la presencia de otras instancias previas. Durante las décadas del 20 y 30 funcionaron diversas estructuras en el sitio de producción: consejos obreros, células, grupos o secciones sindicales, comisiones internas y comités de fábricas. Entendemos que para la segunda mitad de la década infame la comisión interna primó dentro del campo sindical y ejerció distintas funciones: representación obrera frente a la patronal, vigilancia en los lugares de trabajo, control de las condiciones laborales, comunicación con el sindicato, organización y fomento de la afiliación sindical, entre otras características. En este momento, los trabajadores no parecieron impulsarlas con la intención de dotarlas de un cariz antiburocrático, como pudo generalizarse en la década de 1970 o en experiencias de la actualidad, aunque de manera marginal los anarquistas lo señalaron. Todavía debemos progresar en la investigación para desentrañar con mayor precisión este proceso pero indudablemente la organización en el lugar de trabajo durante estos veinte años no debe asociarse exclusivamente a las comisiones internas de fábrica.

Usualmente se afirmó que: "... la mayoría de los comités preperonistas no eran parte integrante de la estructura sindical y, de hecho, muchos fueron creados por la patronal para alentar «una conciencia de

comunidad de intereses» entre el patrón y sus obreros» (Doyon, 1984: 211). Nuestra investigación evidencia otra situación y se dirige en otro sentido ya que en varios gremios industriales las estructuras en el sitio de producción eran parte integrante del sindicato y fueron impulsadas por los obreros como mecanismos de representación. No observamos en los casos mencionados, de modo general y extendido como marcaba la historiadora canadiense, que las instancias hayan sido creadas por la patronal. Tampoco puede afirmarse que el modelo sindical peronista haya introducido las comisiones internas. En otros estudios lo habíamos descartado para el gremio de la construcción, los textiles y los metalúrgicos, y el avance de la investigación se encamina a considerar que, con posterioridad a mediados de los 30, también formaban parte de la estructura sindical de los gráficos, madereros, trabajadores del vestido y tabaco.

Señalar las continuidades no debe impedirnos marcar que luego del golpe de Estado de 1943 existieron cambios. En primer lugar, el apoyo de la Secretaría de Trabajo y Previsión a la organización de los trabajadores repercutió en las fábricas y empresas. Las comisiones internas se masificaron y consolidaron en esos años como una herramienta central para el cumplimiento de las normativas establecidas en los convenios colectivos. El Estado ya no se asociaba automáticamente a las políticas antisindicales de los empresarios y eso provocó un aumento en la cantidad de fábricas organizadas al nivel de planta. Pero no debemos generalizar el apoyo ya que durante el peronismo numerosas fuentes demuestran que la identificación política de sindicatos y comisiones internas determinaba si el Estado amparaba o reprimía sus prácticas. Además de lo cuantitativo existieron modificaciones cualitativas. Las comisiones afianzaron sus funciones y su nexos con el sindicato. Pero también se introdujeron cambios en sus actividades y se avanzó en su reglamentación. Por ejemplo, entre los metalúrgicos se buscó que controlaran aspectos del proceso productivo y ejercieran funciones de control disciplinario con sus compañeros. (Schiavi, 2012).

La tendencia a organizar el sitio de producción aumentó en un período en donde la gran industria predominó en el proceso de trabajo. La proliferación de grandes establecimientos estructuralmente favoreció la conformación en instancias colegiadas mientras que los pequeños y medianos talleres, dada la cantidad de obreros que ocupaban, tendían a encontrar la representación en la figura individual del delegado. Además, esto se enlazaba a la necesidad de superar la fragmentación interna en las fábricas provocada por la división en secciones y la consecuente desconexión entre los obreros; el ejemplo paradigmático era el frigorífico.

Los comunistas fueron los más dinámicos en desplegar estrategias

de organización que incluyeran la ramificación hasta las unidades de producción. Esto contribuyó, junto a otros factores, en su entronización como la fuerza política más dinámica en el sindicalismo en la segunda mitad de la década infame. En la misma línea, la carencia por parte de los *sindicalistas* de una política de este tipo coadyuvó a su gradual retracción en el mundo del trabajo. El caso de los socialistas se inscribe en su lógica difusa y sinuosa respecto del movimiento obrero. Señalamos que en algunos sindicatos socialistas existieron experiencias destacables pero no parecieron producto de una política específica partidaria sino, más bien, arrestos limitados a personajes o gremios puntuales. El caso del anarquismo navega entre las luchas intestinas de los años veinte y su esfuerzo por elaborar propuestas remozadas de cara al movimiento obrero en los treinta; todo enmarcado en su pérdida de influencia entre los trabajadores. Aunque es destacable que los grupos ácratas de la década de 1930 y los comunistas fueron los únicos en desarrollar, con distinto impacto, una política sindical sistemática para obtener presencia en el sitio laboral.

Indudablemente el panorama de la organización del trabajo de base se modificó luego del golpe de Estado de 1943. Pero el desempeño del movimiento obrero durante los veinte años previos dejó huellas que se retomarían con posterioridad. El modelo sindical peronista se cimentó sobre una nutrida y variada experiencia anterior. Con potencialidades y formas disímiles, las corrientes políticas con presencia en el campo gremial en las décadas del 20 y del 30 identificaron a la militancia de base como una herramienta para solidificar posiciones. La importancia que cada una le otorgó, y en el momento que lo hizo, influyó, junto con otros elementos, en la robustez de sus estructuras sindicales.

Bibliografía

- AA.VV. (2002), *De eso no se habla: organización y lucha en el lugar de trabajo*, Buenos Aires: Cuadernos del Taller de Estudios Laborales.
- Andújar, Andrea y Agustín Santella (2007), *El Perón de la fábrica éramos nosotros. Las luchas metalúrgicas de Villa Constitución. 1970-1976*, Buenos Aires: Desde el Subte.
- Basualdo, Victoria (2008), *Los delegados y las comisiones internas en la historia argentina. Una mirada de largo plazo, desde sus orígenes hasta la actualidad*, Buenos Aires: DGB Bildungswerk/Ebert Stiftung/CTA/Fetia.
- (2010), *Labor and structural change: Shop-floor organization and militancy in Argentine industrial factories (1943-1983)*, tesis de doctorado, New York: Universidad de Columbia.
- Brennan, James y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: Editorial de la Campana.

- Camarero, Hernán (2005), "Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920", en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 185-217.
- (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana.
- Ceruso, Diego (2010), *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción de 1935 hasta el golpe de estado de 1943*, Vicente López, PIMSA-Dialektik.
- Doeswijk, Andreas (1998), *Entre camaleones y cristalizados: los anarcobolcheviques rioplatenses, 1917-1930*, tesis de doctorado, Campinas: Universidad de Campinas.
- Doyon, Louise (1984), "La organización del movimiento sindical peronista, 1946-1955", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 94, pp. 203-234.
- (2006), *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana.
- Gilly, Adolfo (1986), "La anomalía argentina", *Cuadernos del Sur*, n° 4.
- (1980), "Democracia obrera y consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia", en *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*, Puebla: Editorial Universidad Autónoma de Puebla.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2004), *La estrategia de la clase obrera, 1936* [2000], Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Izquierdo, Roberto (2008), *Tiempo de trabajadores. Los trabajadores de la industria del tabaco*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (1981), "Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 83, pp. 321-349.
- Lenguita, Paula (2009), "Gremialismo de prensa: el lado oculto de los medios de comunicación", *1º Congreso Nacional sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales*, Buenos Aires.
- Lobato, Mirta (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires: Prometeo/Entrepasados.
- (2002), "Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930", *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 6, Bernal, pp. 205-215.
- Löbbe, Héctor (2009), *La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976*, Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Lorenz, Federico (2006), *Los zapatos de Carlito*, Buenos Aires: Norma.

- Montes Cató, Juan y Patricia Ventrici (2010), “El lugar de trabajo como espacio de resistencia a las políticas neoliberales. Reflexiones a partir de las experiencias de los trabajadores telefónicos y del subte”, *Revista Theomai. Estudios Críticos sobre Sociedad y Desarrollo*, núm. 22, pp. 101-119.
- Nieto, Agustín (2011), “Activación obrera y democracia. Experiencias micropolíticas de un grupo subalterno: las obreras/os del pescado, Mar del Plata (1942-1966)”, *A Contracorriente. Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, vol. 9, núm. 1, pp. 175-202.
- Pozzi, Pablo (1988), *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires: Contrapunto.
- y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera. 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- Schiavi, Marcos (2012), *La dinámica sindical durante los dos primeros gobiernos peronistas (1946-1955). El caso de las industrias metalúrgica y textil en la Ciudad de Buenos Aires y sus alrededores*, tesis de doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Université Paris 8.
- Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Tarditti, Roberto (2009), *La formación de la clase obrera. Alcances y límites de la organización sindical de los obreros de frigoríficos durante la presidencia de Yrigoyen. Las huelgas de 1917 y 1918 en Avellaneda*, tesis de doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Varela, Paula (2009), *Mundo obrero en la Argentina actual. La fábrica y el barrio como escenarios de prácticas políticas en el norte industrial del AMBA*, tesis de doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2009), *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires: Ediciones IPS.

* * *

Resumen: Este artículo se refiere al trabajo sindical de base impulsado por las corrientes políticas con presencia en el movimiento obrero entre 1920 y 1940. Abordamos como prioridad el análisis dentro de los sectores industriales dado su dinamismo y tendencia a preponderar en la estructura económica argentina. El texto consta de dos partes: la primera, un balance de los principales estudios sobre la organización gremial en la planta industrial; en segundo lugar, analizamos las estrategias y el desenvolvimiento de las diferentes expresiones de la izquierda: anarquismo, sindicalismo revolucionario, socialismo y comunismo. Los interrogantes recorren diversos tópicos como la forma de esta militancia, los orígenes, el peso en los sectores productivos, la influencia de las corrientes políticas, entre otros.

Palabras clave: movimiento obrero – izquierda – sindicatos – trabajo de base

Abstract: This article refers to the trade union representation in the workplace promoted by the political currents presents in the labor movement between 1920 and 1940. We approach as priority the analysis inside the industrial sectors in view of its dynamism and trend to prevail in the Argentinian economic structure. The text is divided into two parts: first, a balance of the main studies on the trade organization in the industrial plant; secondly, we analyze the strategies and the development of the different expressions on the left: anarchism, revolutionary syndicalism, socialism and communism. Regarding this matter, diverse topics are considered such as the characteristics of this militancy, its origins, the importance in the productive sectors, the influence of the political currents, etc.

Keywords: labor movement – left – trade unions – shop-floor organization

Recepción: 2 de mayo de 2012 – **Aprobación:** 30 de mayo de 2012

Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera

Alicia Rojo

UBA

El trotskismo es una corriente de izquierda presente en la Argentina desde fines de la década de 1920, actuando en múltiples ámbitos de la vida política nacional. Los primeros trotskistas procuraron insertarse en la clase obrera, establecieron lazos con la intelectualidad, trataron de vincularse a la corriente internacional a la que pertenecían y delinearon posiciones teóricas y políticas alrededor del análisis de la estructura económica, los fenómenos políticos nacionales e internacionales y particularmente aquellos que involucraron a los trabajadores.

La permanencia de esta corriente en nuestro país es un hecho incontestable y, sin embargo, ha estado prácticamente ausente en la producción historiográfica. Ambos elementos, el peso relativo de esta corriente política y la escasa investigación sobre su historia, fundamentan la relevancia de nuestro objetivo: indagar en los orígenes del trotskismo argentino y en su ubicación frente al fenómeno político más importante que atravesó a la clase obrera nacional, el peronismo.¹

De conjunto, nuestra investigación apunta a demostrar que los trotskistas, lejos de conformar grupos ajenos a la realidad nacional, han ejercido una notable influencia en todos los ámbitos de la vida política, sindical e incluso intelectual,² soldando duraderos vínculos fundamen-

1. Las líneas de trabajo que presentamos aquí guían un programa de investigación que se encuentra en desarrollo y que se propone construir una historia del trotskismo en nuestro país. Hemos dado algunos pasos en esta propuesta expresados en una serie de trabajos realizados en el marco del Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones "León Trotsky".

2. No está de más señalar la influencia que muchas de las elaboraciones de intelectuales de origen trotskista han ejercido entre referentes del ámbito académico, sea esta influencia reconocida o no. La reciente reedición de la obra de Milciades Peña, un reconocido militante trotskista, y su reivindicación como exponente de una concepción marxista de la historia argentina, es un buen ejemplo.

talmente con sectores de trabajadores, los cuales emergen en muchos de los fenómenos más significativos de la lucha de clases nacional.

Nos interesa destacar aquí los aportes realizados por los primeros trotskistas, así como los obstáculos que encontraron para constituirse en una alternativa política para el movimiento obrero en esta etapa; procurando establecer el balance entre las condiciones objetivas en que se dio su desarrollo y las potencialidades y los límites con que las enfrentaron. En este trabajo nos concentraremos en la década del 30 y los primeros años 40, haciendo un recorrido de la bibliografía existente sobre el tema, diseñando los principales núcleos problemáticos que se desprenden de su lectura y el relevamiento de fuentes realizado y planteando algunas hipótesis para encarar un estudio acerca de los orígenes del trotskismo argentino.

Los orígenes del trotskismo en Argentina

Tras la diferenciación y posterior ruptura del dirigente ruso León Trotsky con la tendencia dirigida por José Stalin dentro del partido bolchevique soviético y la Internacional Comunista, situaciones similares transitaron muchos de los partidos comunistas en distintos países. La Oposición de Izquierda se desarrolló en la Unión Soviética desde los años 20 y en distintos países del mundo; a lo largo de la década del 30 enfrentó el proceso de burocratización de la URSS y el afianzamiento del estalinismo en la IC. Lo hizo primero como fracción de esta última, rompiendo con ella desde 1933 y, a partir de 1938, asumiendo el carácter de nueva organización, la IV Internacional. En la Argentina, esta ruptura se expresó en la aparición de algunos referentes y grupos que se reconocieron solidarios con las posiciones de León Trotsky y su organización. Las principales líneas políticas se desarrollaron a lo largo de la década de 1930 y se fueron rearticulando en los años siguientes. Haremos aquí un breve recorrido por estos grupos con el solo objetivo de presentar aquellos que resultan necesarios para seguir los principales debates a los que nos referiremos en este trabajo.

El primer grupo argentino se nucleó alrededor de un militante inglés, Roberto Guinney, y su hijo que coincidieron con el obrero español Camilo López –miembros del PC (RA), una ruptura de Partido Comunista, dirigida por José Penelón– vinculándose con las ideas de la Oposición de Izquierda Internacional a partir de 1929 y editando el primer número de su periódico *La Verdad*. Este grupo se acercó a dos intelectuales argentinos: Héctor Raurich y Antonio Gallo, el primero proveniente de una ruptura del Partido Comunista y el segundo vinculado al Partido Socialista.

Hacia 1935 Raurich y Gallo se unificaron con Pedro Milesi, dirigente

municipal expulsado del PC y formaron la Liga Obrera Internacionalista, sección argentina, a la que adhirieron grupos de Córdoba y La Plata, mientras se consolidaban otros en Rosario. Hacia 1936 Liborio Justo, conocido como Quebracho, rompió con el PC declarando su adhesión a la Oposición de Izquierda.

Entre 1937 y 1938, implementando la táctica del “entrismo”, a la que nos referiremos en este trabajo, se decidió la entrada de varios militantes en un ala izquierda del Partido Socialista que rompió con él formando el Partido Socialista Obrero, el PSO. Como resultado de esta experiencia, Mateo Fossa, dirigente del gremio de la madera proveniente del PS, adhirió al trotskismo. Él será quien se entrevistó con León Trotsky en México en esos años. A fines de 1941 una serie de agrupamientos fundaron el Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), que entró en declinación poco después.

Cuando el peronismo emerge, varios serán los grupos trotskistas. El Grupo Obrero Marxista (GOM) dirigido por Nahuel Moreno, surgió a partir de la elaboración de su primer documento en diciembre de 1943, editó desde fines de 1946 *Frente Proletario* y a fines de 1948 fundó el POR, Partido Obrero Revolucionario. El Grupo Cuarta Internacional (GCI) dirigido por Homero Cristalli, conocido como Posadas, publicó *Voz Proletaria* a partir de 1947. Octubre, fundado por Jorge Abelardo Ramos publicó una revista del mismo nombre entre 1945 y 1946. Por último, *Frente Obrero*, impulsado por Enrique Rivera y Aurelio Narvaja, publicó sólo dos números de su periódico en septiembre y octubre de 1945 y la Unión Obrera Revolucionaria (UOR) dirigida por Miguel Posse, publicó *El Militante* desde 1943.

Como dijimos, el tema de este trabajo ha sido objeto de poca atención por parte de los investigadores, particularmente en los ámbitos académicos. Dos son los estudios dedicados específicamente a la historia del trotskismo argentino. Uno de ellos es el trabajo de Osvaldo Coggiola (1985). El otro, coordinado por Ernesto González (1995), aborda la historia de la corriente fundada por Nahuel Moreno. Ambos autores son representantes de dos corrientes políticas pertenecientes al movimiento trotskista.

Otros trabajos que toman el tema lo hacen en función de objetivos más amplios. Norberto Galasso (1991) analiza la evolución de las corrientes políticas de izquierda en nuestro país en relación con la problemática de la liberación nacional y sus tareas; con este objetivo, dedica cinco capítulos al tema que nos interesa. Robert Alexander (1973, 1991) realiza dos extensos trabajos en los que la historia del trotskismo argentino ocupa un lugar, siendo sus objetivos, en un caso, reseñar la evolución de los partidos trotskistas en el mundo, en el otro, profundizar su desarrollo en América Latina; sus planteos son fundamentalmente

descriptivos y no ofrecen una interpretación global. Pierre Broué, por su parte, dedica un número de su revista *Cahiers León Trotsky* al movimiento trotskista latinoamericano, en el cual incluye al argentino. Sin ser objeto específico de su investigación, y en el marco de un estudio sobre Milcíades Peña y Silvio Frondizi, Horacio Tarcus (1996) realiza una valoración de los grupos trotskistas desde el punto de vista de su participación en los debates teóricos y políticos.

Por último, hemos publicado tres trabajos sobre el tema: uno de ellos enfoca los debates que entablaron los grupos en la década del 30 en torno a la consigna de “liberación nacional” y una política específica de construcción: el “entrismo” (2001, 2010). Otro trabajo desarrolla los análisis en relación a la definición del fenómeno peronista y el papel de la clase obrera y sus organizaciones (2002). Finalmente, otro estudio se propone analizar las políticas implementadas hacia la clase obrera y los sindicatos durante los primeros años de gobierno peronista (2004).

Además, encontramos artículos que toman aspectos parciales de la política de algunos de los grupos trotskistas a partir del estudio de uno de ellos, el “morenismo” y sus publicaciones, a los que nos referiremos más adelante.

Tras este panorama general de los estudios sobre el tema, nos detendremos en los análisis de los autores señalados acerca de los principales ejes que cruzan los primeros años del trotskismo en nuestro país.

Sobre la década del 30

Coggiola se propone un análisis de las posiciones políticas y teóricas de los primeros grupos trotskistas, particularmente la problemática de la “liberación nacional” y en consecuencia el carácter de la revolución en Argentina y sus tareas. Analiza fundamentalmente dos procesos por fuera de esta discusión teórico-política: el “entrismo” en el Partido Socialista Obrero, al que nos referiremos más adelante, y la relación de los grupos argentinos con la dirección de la IV Internacional.

Coggiola considera que los primeros quince años de historia de la corriente “lo marcarán de un modo singular, y alumbran muchas de sus vicisitudes posteriores” y se propone discernir por qué “los trotskistas llegan al viraje político del 4 de junio de 1943 (que prepara el gran viraje de Octubre de 1945: nacimiento del peronismo) de un modo muy distinto al del burocratizado PC y el esclerosado PS” (Coggiola, 1985:11). La etapa aparece definida entonces, explícitamente como clave para explicar la evolución posterior del movimiento. Efectivamente este punto de vista nos parece indicado para abordar el estudio de la historia del trotskismo en la Argentina: el análisis de la etapa de su formación nos

permite echar luz sobre el desarrollo posterior, especialmente cuando se avecinaba un fenómeno político que marcaría las siguientes décadas de la historia nacional.

En cuanto al debate sobre la liberación nacional en Argentina, Coggiola lo define como “una verdadera novedad en el movimiento trotskista”, pero poco más adelante lo califica como “una notable involución política, tanto más lamentable cuanto que prácticamente todas las energías de los trotskistas se dispersaron en este debate hasta 1945”; para volver a definirlo como “la lucha ideológica... más rica dentro del movimiento trotskista latinoamericano de los años 30” (Coggiola, 1985: 8-11).

El trabajo coordinado por Ernesto González estudia, como dijimos, el desarrollo de la corriente que se ha llamado “morenismo” a la que define desde el título del libro como “el trotskismo obrero e internacionalista en Argentina”. Al referirse en las primeras páginas a los años previos a la aparición del GOM, plantea:

Aunque la historia de nuestra corriente comienza hacia 1943, resulta inevitable iniciar, aunque fuera de manera sintética, desde el surgimiento del trotskismo como tendencia diferenciada. Los fundadores del GOM no surgieron de la nada. Por lo tanto, comenzamos con lo que se podría considerar su “prehistoria”: el desarrollo de la Oposición de Izquierda Internacional y la fundación de la Cuarta Internacional, y la actividad de los primeros grupos trotskistas en la Argentina. (González, 1995: 18)

Se hace aquí una primera definición en la evaluación de la etapa que estudiamos, que es considerada como la prehistoria del trotskismo argentino, lo cual implica no sólo una valoración de los primeros años del movimiento sino también de la importancia de la corriente morenista. Creemos que estos años son más que la “prehistoria” del trotskismo en Argentina, no sólo por lo que en ellos transcurre sino también en la medida en que su comprensión nos permite iluminar buena parte de la evolución posterior.

Indudablemente, el balance de esta etapa de la historia del trotskismo argentino, el análisis y la caracterización acerca del debate sobre la consigna de la liberación nacional, serán dos de los núcleos problemáticos que enfocaremos en nuestro estudio.

Norberto Galasso realiza un análisis de las posiciones políticas de los primeros trotskistas, resaltando, junto con el esfuerzo de explicación de la realidad, “la óptica alienada en los hechos externos”, haciendo hincapié en el carácter “sectario” de sus análisis. Así, por ejemplo, buena parte de estos planteos “sectarios” (tales como no ver la posibilidad del

surgimiento de movimientos antimperialistas conducidos por direcciones no socialistas) es atribuido por el autor a la “falta de inserción que aqueja a estos reducidos grupos de izquierda” (Galasso, 1991: 54).

Este balance nos introduce en otro nudo problemático: la relación con la realidad nacional de los grupos argentinos y la valoración de los vínculos con la corriente internacional a la que pertenecían, tema que se relaciona estrechamente con las posibilidades de inserción de los trotskistas en el movimiento obrero.

Por el contrario, Horacio Tarcus rescata la contribución de los trotskistas “a que los sectores más politizados del movimiento obrero no cayeran en la estrechez localista o en las ilusiones nacionalistas, difundiendo análisis políticos concebidos de acuerdo a una matriz mundialista. Sus periódicos informaban pues, mucho más que cualquier otra corriente política de la época, sobre los avatares de la revolución española, la situación de la clase obrera alemana, los preparativos para la guerra, la industrialización en la URSS o la política de la Internacional Comunista” (Tarcus, 1996: 86). Esta evaluación de los primeros años del movimiento trotskista argentino nos permite pensar en los aportes que efectivamente realizaron estos grupos tanto a la izquierda como al movimiento obrero. Y, aunque esto interesase menos a Tarcus (lo que seguramente influye en su valoración positiva), estos elementos deben ponerse en diálogo con los esfuerzos por insertarse en la clase obrera, perspectiva central a considerar a la hora de evaluar la relevancia de un grupo de izquierda, más allá del éxito concreto de estos intentos.

Núcleos problemáticos, hipótesis exploratorias y líneas de investigación

Podemos delinear algunos núcleos problemáticos que nos permiten elaborar hipótesis exploratorias para abordarlos.

La valoración de la importancia de los primeros años del movimiento trotskista antes del surgimiento del peronismo nos enfrenta al menos a dos cuestiones, por un lado, el aporte que constituyeron las elaboraciones y polémicas teórico-políticas que desarrollaron los grupos en estos años; por otro lado, las posibilidades reales y las políticas que se dieron para insertarse en el movimiento obrero. Considerando su carácter de grupos iniciales, el esfuerzo desarrollado por los primeros trotskistas para delimitarse de las posiciones del resto de los partidos de izquierda ofrece una primera justificación a las energías empleadas en estas discusiones. El esclarecimiento de las propias posiciones y la diferenciación con el resto de los agrupamientos políticos existentes constituyó un momento necesario de la constitución de la propia corriente. Asimismo, la problemática debatida implicaba profundizar en un aspecto clave de la estrategia política de grupos que se consideraban revolucionarios: los

sujetos y las tareas de la revolución en la Argentina. El referente político y teórico de estos grupos, León Trotsky, ha desarrollado extensamente estos temas, abordando la especificidad de los países atrasados en tanto se plantea en ellos la necesidad de considerar las tareas “democráticas” –entre las que se cuenta la liberación del país de la dominación imperialista– como un motor de la revolución socialista, estableciendo el rol hegemónico que debía asumir el proletariado en esta lucha y el papel del partido revolucionario. Creemos entonces que poner en diálogo las posiciones de los trotskistas argentinos con los análisis desarrollados por Trotsky es un punto de partida ineludible para una evaluación de estos debates (véase Trotsky, 2000 y 2007).

Así, la polémica en torno a la “liberación nacional” puso en primer plano la caracterización del país, su grado de dependencia del imperialismo, las posibilidades de las clases dominantes nativas de encabezar una lucha por la liberación de la dominación extranjera, la relación entre la lucha contra la burguesía nacional y el enfrentamiento con el imperialismo, el papel de las direcciones de la clase obrera en estos procesos, el rol de los propios trabajadores y su relación con los demás sectores y clases sociales.

La consideración de la importancia de estos debates se fortalece al ponerlos en relación con la lucha política que la Oposición de Izquierda Internacional entablaba en la Internacional Comunista; los trotskistas argentinos procuraban construirse como alternativa revolucionaria frente al proceso de “estalinización”. Las discusiones alrededor de las concepciones políticas de la IC en sus diferentes virajes se proponían enfrentar las consecuencias políticas locales de estas líneas adoptadas por el PC argentino poniendo el acento en la necesidad del frente único³ y la crítica de la política de alianza con sectores de la burguesía. Se apuntaba entonces a cuestiones clave para el proletariado argentino.

Al mismo tiempo, este punto evidencia que, contrariamente a lo que plantean algunos autores, no se trataba de grupos ajenos a la vida nacional; realizaron, por el contrario, un esfuerzo notable por aplicar las herramientas teórico-políticas provistas por la corriente trotskista a nivel internacional, particularmente la “teoría de la revolución perma-

3. En respuesta a los virajes políticos implementados por la Internacional Comunista y su expresión en el PC argentino, los trotskistas discutieron contra la política secretaria de los comunistas hacia las organizaciones sindicales de masas, planteando la necesidad del frente único de los trabajadores. Posteriormente, cuando la IC imponga a los partidos nacionales la política de alianzas con sectores burgueses a través de los frentes populares, los trotskistas defenderán una posición de independencia de clase.

nente” desarrollada por Trotsky (ver, por ejemplo, Gallo, 1933 y 1935; Quebracho, 1939a y b).

Los análisis realizados a comienzos de la década del 30 evidencian el objetivo de explicar los fenómenos políticos que transcurrían, comenzando por el golpe militar; sin embargo, cuando se operaban importantes cambios en la estructura económica y social del país, una primera revisión de los análisis de los trotskistas evidencia la falta de una adecuada actualización de la caracterización, particularmente de la relación del país con el imperialismo y el reforzamiento de los lazos de dependencia, así como el impacto de estas transformaciones en las relaciones entre las clases.

Este límite irá demostrando su importancia a lo largo de la década. Así, por ejemplo, la reafirmación del carácter capitalista del país les permitía enfrentar la concepción del tipo de revolución planteada por el PC para la Argentina y afirmar el carácter socialista de la misma y la hegemonía del proletariado. Pero mientras se sostenían los principios en torno a la necesidad de mantener la independencia de la clase obrera de los distintos sectores de la burguesía y el carácter socialista de la revolución, se agudizaba la confusión en torno al papel de las tareas democráticas⁴ y particularmente la necesidad de impulsar la lucha por la liberación nacional. El debate se intensificó alrededor de los planteos que otorgaban igual jerarquía a la lucha contra la burguesía nacional y contra el imperialismo, subestimando la particularidad de los países atrasados en los cuales la lucha por la liberación de la nación de la dominación imperialista otorga a la dinámica de la revolución características específicas. El afán por afirmar la diferenciación con los partidos de la izquierda que impulsaban alianzas con sectores de la burguesía, opacaba la visión de la perspectiva de la aparición de movimientos de masas que ofrecieran algún grado de resistencia al imperialismo y la reflexión en torno a la ubicación de los revolucionarios en estos procesos. Esta última debilidad se vuelve mucho más evidente a fines de la década, cuando el surgimiento de movimientos nacionalistas en América Latina planteaba la necesidad de un adecuado análisis de su carácter y de la política que los revolucionarios levantarían frente a ellos. Fue precisamente en estos años que Trotsky realizó sus elaboraciones acerca

4. Para los trotskistas, son tareas democráticas pendientes aquellas que, por la época histórica, la burguesía ya no está en condiciones de concluir quedando su resolución en manos del proletariado hegemonizando la alianza con campesinos y sectores populares. Son tareas democráticas la liberación de la nación de la dominación imperialista y la reforma agraria y también la defensa de libertades elementales de los trabajadores, como el derecho a la organización sindical.

de estos fenómenos: frente al cardenismo, por ejemplo, como proceso latinoamericano, profundizó su categoría de “bonapartismo sui generis de izquierda” y definió la ubicación de los revolucionarios frente a estos regímenes a partir de la consideración de los aspectos de resistencia al imperialismo y manteniendo la independencia de las propias organizaciones frente a ellos. Estos análisis son tomados en forma fragmentada por Liborio Justo y su grupo, pero ignorados por el grupo liderado por Antonio Gallo.⁵

La problemática en torno a la inserción en el movimiento obrero involucra toda una serie de cuestiones que hacen a las condiciones objetivas y a las posibilidades subjetivas para vincularse a los trabajadores. La ligazón directa con el movimiento obrero resulta particularmente difícil para pequeños grupos iniciales. La implementación de tácticas políticas que permitan influir sobre sectores de trabajadores es una forma de sortear algunas de estas dificultades, a la vez que procuran fortalecer las propias organizaciones partidarias.

Hacia fines de la década, los trotskistas argentinos pusieron en práctica una táctica sugerida por Trotsky y su organización internacional para distintas secciones nacionales: el trabajo sobre las alas izquierdas que surgían al interior de los Partidos Socialistas. Esta táctica, también conocida como “giro francés”, formaba parte de las políticas destinadas a impulsar la construcción de partidos revolucionarios a mediados de la década del 30; en el marco de los procesos de masas que se desarrollaron en esta época, Trotsky planteó la perspectiva del surgimiento de sectores que giraran a izquierda y se radicalizaran. Este proceso impactaría en los partidos reformistas, particularmente en los socialistas, en el que podrían surgir alas izquierdas con las que los revolucionarios pudieran confluir. La política de ingresar en estos partidos mientras estos sectores giraran a izquierda, tenía el objetivo de ganar elementos revolucionarios en ellos.

Los trotskistas argentinos implementaron esta táctica sobre la ruptura que se produjo en el PS, el Partido Socialista Obrero, el PSO. Esta escisión se dio en enero de 1937 y se trató de una ruptura “por izquierda”, aunque no homogénea, que, en términos generales cuestionaba el abandono de una perspectiva revolucionaria por parte de la dirección del PS (véase Iñigo Carrera, 2006; De Lucía y Mereles, 2006; Martínez, 2008; Herrera, 2006). Fue precisamente en función de esta falta de homogeneidad y de una serie de críticas progresivas a la dirección de partido, además de un tipo de funcionamiento que permitía la integración de variados grupos en la organización, que los

5. Hemos realizado un análisis pormenorizado de estas posiciones en Rojo, 2010.

trotskistas ensayaron el “entrismo” en el PSO. La discusión sobre la implementación de esta táctica generó diferencias, aunque la mayoría terminó ingresando; algunos lo hicieron primero, fundamentalmente sectores estudiantiles de La Plata y de Córdoba, que publicarán *Frente Proletario*; otros más tarde, entre ellos Antonio Gallo, quien inicialmente se opuso al ingreso, publicaron *Izquierda* y llegaron a controlar el centro del PSO en Liniers.

Es de utilidad retomar el balance de los principales estudiosos sobre este tema. Coggiola, aun resaltando las condiciones de “confusión teórica” en que se realizó esta experiencia, afirma que les “permitió sacar relativamente a los trotskistas de su aislamiento” y “ponerlos más en contacto con los problemas del movimiento obrero”; constatando que “al PC llegó a preocuparle esta actividad dirigida esencialmente contra la alianza estratégica con la burguesía materializada en la política del Frente Popular” (Coggiola, 1985: 24), y considera como un importante resultado de la experiencia la consolidación de Mateo Fossa como militante trotskista. Este último aspecto es igualmente destacado por Ernesto González. Efectivamente, la integración de Fossa, que fue uno de los dirigentes de la huelga de la madera de 1934 y cumplió un rol destacado en la de la construcción de 1935-1936, fue uno de los logros más relevantes de la década para los trotskistas argentinos, vinculado a esta experiencia “entrista”.

Cuando se trata de hacer una evaluación de los esfuerzos de inserción de los trotskistas en la clase obrera y la realidad nacional, debe considerarse la puesta en práctica de esta política que implicó el intercambio con militantes de tradición en una organización de izquierda, el debate de posiciones y el involucramiento en torno a temas clave en la vida política del país, y el esfuerzo por ligar militantes de origen obrero a la organización.

Por otro lado, podemos plantear una segunda hipótesis sobre esta experiencia en relación con las posiciones con las que se llevó adelante la discusión política al interior del PSO. Sin estar en condiciones de realizar aún un análisis del conjunto de la política durante el entrismo, notamos que la problemática de la “liberación nacional” vuelve a plantearse ahora en debate con la izquierda del PS, evolucionando hasta la negación de esta lucha en los países atrasados. Así, sin evidenciar una ruptura con las posiciones establecidas por sus antecesores, las publicaciones editadas durante el entrismo muestran un salto hacia una visión más mecanicista y esquemática. Si bien debemos evaluarlas considerando la lucha que estos militantes entablaban al interior del PSO –en función de la cual se esforzaban por asentar una política de independencia de clase frente a una dirección que se hacía cada vez más “frente-populista”–, podemos arriesgar que, con un análisis poco

riguroso de la estructura económica y social del país, con las debilidades de las elaboraciones previas y con la presión de la militancia dentro de un partido reformista, la experiencia del entrismo en el PSO no se asentó en los aspectos más fuertes de las anteriores elaboraciones sino que profundizó los más débiles, agudizando la confusión, particularmente en torno a la utilización de la consigna de liberación nacional.

Ambos aspectos del balance reconocen como telón de fondo una serie de condiciones objetivas y subjetivas que constituyen una hipótesis central a la hora de explicar las dificultades de inserción de los trotskistas en el movimiento obrero y de hallar una síntesis adecuada de las diferencias políticas. Debemos considerar una combinación de problemas políticos comparables, en muchos casos, con los que sufrían otras secciones de la Oposición de Izquierda y la IV Internacional. Las condiciones objetivas instalaron a los primeros trotskistas en una época de abierto enfrentamiento entre procesos revolucionarios agudos y fenómenos de reacción y contrarrevolución. Estos tuvieron su expresión en la Argentina, en el transcurso de la “década infame” y favorecieron la situación de aislamiento en el grupo, sometido, como la mayor parte de la izquierda, al control estatal de sus actividades. A esto debe agregarse la persecución que sufrían los trotskistas por parte del estalinismo: la dirección del Partido Comunista no sólo ejercía un método de control burocrático al interior del partido, sino que, particularmente con la consolidación de la dirección estalinista a nivel internacional, impuso una persecución en todos los ámbitos de discusión política o de actuación sindical en que los militantes trotskistas pudieran coincidir con los comunistas. Y era en este contexto donde los trotskistas debían delimitarse teórica y políticamente del estalinismo. En este marco, las características que tendían al sectarismo, al mecanicismo de las posiciones o a la prevalencia de los personalismos, pudieron verse reforzadas.

El surgimiento del peronismo

Los trotskistas y el carácter del peronismo

En la introducción de este trabajo reseñamos los distintos grupos argentinos presentes a comienzos de la década del 40. Aquí elegimos concentrarnos en el Grupo Obrero Marxista (GOM) y el Grupo Cuarta Internacional (GCI). La elección de estos grupos se debe tanto a su permanencia dentro del movimiento trotskista como a la influencia política que ejercieron: el grupo de Moreno dio origen a una de las corrientes de mayor peso en la Argentina; el de Posadas se constituyó en una tendencia importante del trotskismo latinoamericano en la década de 1950.

Tomando ahora como ejes la caracterización del nuevo fenómeno

político y la inserción del trotskismo en el movimiento obrero durante los primeros años peronistas, consideraremos, como en el apartado anterior, los planteos generales de la bibliografía sobre el tema y delinearemos algunos núcleos problemáticos e hipótesis exploratorias.

El trabajo de Coggiola estudia las posiciones de los cinco grupos reseñados más arriba. Los análisis más extensos los dedica al GOM, desarrollando una interpretación manifiestamente contraria a las posiciones de la corriente "morenista": "En materia de entroncar con el anti-peronismo liso y llano, ningún grupo trotskista superó al GOM, liderado por Nahuel Moreno" (Coggiola, 1985: 98-99). En cuanto al GCI, "no cae en el sectarismo atroz del GOM o la UOR en relación a las movilizaciones peronistas, pero sí en la perogrullada: los obreros obrarían 'llevados por su instinto anticapitalista'. El peronismo sería la 'expresión instintiva' de los obreros (y conciente de la burguesía)" (Coggiola, 1985: 102). Como balance general, para este autor, "las posiciones de los diversos grupos trotskistas en el momento del surgimiento del peronismo no se diferenciaban claramente de las dos corrientes fundamentales en que se había dividido la sociedad argentina: peronismo y antiperonismo." (Coggiola, 1985: 103).

Si, como dijimos, los análisis de Coggiola están teñidos por su contraposición a los planteos de la corriente morenista, González parte de su ubicación como integrante y protagonista de esta corriente. Reconoce la dificultad del GOM para analizar correctamente el fenómeno del 17 de octubre: "En su artículo «¿Movilización antiimperialista o movilización clasista?» Moreno, polemizando con otros dos grupos trotskistas, la UOR y el GCI, decía cosas de las que después él mismo y el partido se autocriticaron por unilaterales" (González, 1995: 120)

Se refiere al trabajo en el que Moreno caracterizaba a la movilización del 17 de octubre como "lucha de camarillas", en la que "el proletariado atrasado salió a defender el orden burgués contra la propia burguesía" y que "en ningún momento el proletariado dejó de ser utilizado." Sin embargo, González rescata que

el GOM, a diferencia de las otras corrientes, fue adonde estaban los obreros peronistas, y educó a sus militantes y simpatizantes en que el respeto a la voluntad de la base era una cuestión decisiva de la democracia obrera, tan importante como su independencia de los patrones y el Estado. (González, 1995: 119)

Por su parte, las conclusiones de Norberto Galasso están impregnadas por sus valoraciones positivas acerca del fenómeno peronista, definiendo la ubicación de los grupos de uno u otro lado "de la barricada". Esto se advierte claramente en su balance general cuando opina que tanto

al GOM como al GCI “se les escurre una clase trabajadora que realiza una experiencia valiosísima, que no se engaña en el 45 pues opta por el bando históricamente más progresivo y lleva a cabo importantísimas conquistas... en un proceso de revolución nacional que debilita profundamente el enemigo principal”(Galasso, 1991: 207).

Horacio Tarcus tiene especial interés en los trabajos teóricos del GOM, tales como las “Tesis agrarias” o las “Tesis industriales”. Acerca de su argumentación sobre el peronismo destaca que fue

mucho más sofisticada y sutil que la de socialistas y comunistas, pero llegaba a muchas conclusiones políticas similares a las de éstos y corría muchos de sus riesgos políticos... Pero cierta ductilidad política que siempre caracterizó a esta corriente le permitió muchas veces jugar en la práctica un margen de maniobra que no siempre toleraba el discurso. Es así que los militantes trotskistas del GOM persistirán en su obstinado trabajo sindical en los años del peronismo, aún en los gremios integrados en la CGT. (Tarcus; 1996: 108)

Asemejar las diferencias políticas entre los dos principales grupos trotskistas a las líneas de enfrentamiento peronismo-antiperonismo, como concluye Coggiola, implica simplificar extremadamente las posiciones y divergencias entre ellos, además de opacar la visión de las contradicciones que al interior de los mismos grupos se dieron entre sus líneas y sus prácticas políticas.

El GOM caracterizó al peronismo como “agente” inglés en tanto expresión de los intereses del sector más fuerte de la burguesía argentina, los terratenientes. Este sector ofrecía cierta resistencia frente al avance de la influencia del imperialismo norteamericano que afectaría a la economía en su conjunto, tradicionalmente ligada al capital británico; en este sentido forzó la unidad de las clases explotadoras y la colaboración con el imperialismo inglés. Así, el GOM subestimaba los rasgos nacionalistas del régimen, que implicaron la creación de condiciones de relativa autonomía del imperialismo en la etapa (desarrollo de la industria, política de nacionalizaciones, fortalecimiento del mercado interno, etc.). Por otro lado, al analizar las características de la clase obrera, para el GOM resultaban centrales tres elementos: la situación de “reflujo” de los trabajadores, el rol jugado por las direcciones “reformistas” del movimiento obrero y la utilización que el peronismo hizo del proletariado, en un marco general de prosperidad económica. Estas condiciones permitieron que el proletariado haya servido al plan demagógico del gobierno y fuera desviado de los métodos de lucha revolucionarios y de sus objetivos de clase, sin constituirse en una fuerza capaz de determi-

nar cambio político alguno. En este marco, el proceso de estatización de los sindicatos respondía a estos objetivos y obedecía a las necesidades del conjunto de la burguesía y del imperialismo de reforzar el control sobre la clase obrera. Así, el GOM parte del error de absolutizar el estado de desmovilización del movimiento obrero (sin ver las tendencias que expresaban por ejemplo, la conformación del Partido Laborista) y no advierte que la “utilización” del proletariado como base de apoyo social del peronismo se basaba en la fortaleza objetiva del proletariado como clase, que explica en buena medida el logro de importantes conquistas.⁶ Hacia 1948-1949 el partido introdujo modificaciones en esta visión de la situación de una clase obrera pasiva y desmovilizada, pero no todavía en su caracterización global del fenómeno peronista.

El GCI definió al gobierno de Perón como representante de la “burguesía industrial nacionalista” y consideraba que ésta, en función de sus intereses de desarrollo de la industria y el mercado interno, se oponía al imperialismo y a la oligarquía terrateniente. Para el GCI, esta burguesía nacionalista se sirvió de la lucha entre los imperialismos norteamericano y británico, para disputarle a ambos parte de la plusvalía que extraían del proletariado. Definía la relación del régimen peronista con la clase obrera a partir de la necesidad de la burguesía industrial de obtener una base social de apoyo para llevar adelante su política industrialista y “negociar” en mejores términos su relación con el imperialismo. Desde el punto de vista del apoyo brindado por el proletariado al peronismo, para el GCI los trabajadores respaldaban a Perón en función de sus propios “intereses revolucionarios”, intereses que la burguesía utilizó en su beneficio pero que, al mismo tiempo, la obligaron a hacer concesiones a las masas. Esta visión del GCI de la burguesía industrial argentina encerraba una sobrevaloración de su “independencia” y de la profundidad de su enfrentamiento con el imperialismo, y lo llevará, en términos políticos, a una “adaptación” al peronismo como representante político de esa burguesía y como dirección “real” de la clase obrera. Aunque reparó tanto en los rasgos nacionalistas del peronismo como en su necesidad de constituir a la clase obrera en base social de apoyo y el rol de las concesiones en este proceso, al no profundizar en los mecanismos de cooptación de la clase y burocratización y estatización de sus organizaciones, este grupo hizo hincapié en la “experiencia” que los trabajadores hacían con el peronismo adaptándose al estado de conciencia de la clase obrera en esta etapa. El acento puesto en la

6. No podemos desarrollar aquí una visión del peronismo, en un trabajo anterior hemos desarrollado nuestro análisis sobre este fenómeno político incorporando la categoría de “bonapartismo sui generis” planteada por Trotsky y retomada por historiadores como Ernesto González (Rojo, 2002).

“experiencia” que la clase obrera estaba realizando no le permitía ver el proceso que impedía que esa experiencia cristalizara en organizaciones independientes.

Si bien la caracterización del GOM resulta parcial e incluía elementos “sectarios”, para tomar el término utilizado por Galasso, en relación al carácter del fenómeno peronista, profundiza en el proceso de burocratización, estatización de las organizaciones sindicales y la cooptación de amplios sectores del movimiento obrero. Así, el GOM pudo alertar sobre otro proceso que se estaba produciendo y que tendría profundas consecuencias para la clase obrera: la burocratización y estatización de los sindicatos. Asimilar esta visión a una variante del “antiperonismo” creemos que obstaculiza un adecuado análisis de los mecanismos que esta corriente intentará implementar para ligarse a sectores del movimiento obrero, apelando a tendencias profundas en la clase que apuntaban al protagonismo de las bases, aún a contramano de sus análisis más generales. Más adelante retomaremos este punto.

En cuanto al GCI, éste sobreestima los aspectos “progresivos” del peronismo al evaluarlo como una “oportunidad” para profundizar la experiencia de la clase obrera. Sin embargo, sus argumentos distan mucho de las corrientes políticas que adhieren al peronismo en tanto sostiene la denuncia del fenómeno como movimiento burgués y las implicancias de este carácter. En cualquier caso, los mecanismos por los cuales, el posadismo desarrolla en el corto plazo una dinámica política de adaptación al peronismo merecen un análisis más profundo.

Estas consideraciones discuten también con los planteos de Galasso que evalúa la ubicación de los trotskistas frente al peronismo en tanto no se integraron en este movimiento al que considera progresivo, calificándolos de “sectarios” de conjunto. No le interesa, en consecuencia, reparar en las diferencias entre los grupos trotskistas ni preguntarse sobre las políticas que desarrollaron hacia la clase obrera, en la medida en que los ubica sin más en la “barricada” incorrecta.

Por su parte, como planteamos, González reconoce la dificultad para analizar el peronismo pero rescata el esfuerzo de vinculación con la clase obrera. Creemos que éste es precisamente un punto a profundizar. Qué relación se estableció entre los análisis teórico-políticos del fenómeno peronista y las políticas desarrolladas para ligarse a una clase obrera mayoritariamente peronista es un interrogante válido para encarar el estudio de la inserción de los trotskistas entre los trabajadores y los límites que encontraron.

Desde un punto de vista, Tarcus nos hace pensar en este aspecto al señalar la contradicción que plantea que la caracterización política del morenismo sobre el peronismo no le impidió dirigirse a los trabajadores adjudicando esto a la “ductilidad política que siempre caracterizó

a esta corriente”; consideramos que este aspecto amerita una mayor reflexión.

Finalmente, los artículos de Barton y Castelo intentan explicar la “construcción de partido” del morenismo adjudicando sus deficiencias a una concepción política que “subdesarrolla” la función intelectual dirigente del partido, cediendo a la espontaneidad de las masas. No haremos aquí un análisis de la metodología aplicada por los autores para arribar a las conclusiones mencionadas, pero nos parece que se trata de fundamentar una interpretación que pretende encontrar un problema “genético” en el morenismo, una “idea” que guiaría toda su construcción, que lo llevaría a devaluar el rol intelectual del partido. Aunque, como dijimos, nos parece fundamental encontrar la relación entre las concepciones teórico-políticas y las prácticas de una corriente que se propone construirse en la clase obrera, creemos que tenemos que alejarnos del método a-histórico de buscar relaciones automáticas entre ambas sin ponerlas en diálogo con las condiciones de militancia, los objetivos propuestos, los obstáculos que se encontraron y los logros obtenidos.

Los trotskistas y su política hacia la clase obrera

Afianzado el peronismo en el poder y consolidada su posición como dirección del movimiento obrero, el trabajo de los militantes de izquierda sobre la clase obrera se tornó extremadamente difícil. La bibliografía acerca del peronismo y su papel en el sindicalismo es muy amplia y encontramos múltiples elementos para explicar el proceso de control que el peronismo ejerció sobre los sindicatos, el enorme salto en la burocratización de las organizaciones obreras y la persecución a las corrientes de la izquierda; esto se combinó con un proceso de adhesión política de los trabajadores al peronismo sustentado en inéditas conquistas materiales para las masas, así como en la profusa difusión de la ideología de armonía de clases en explícita condena a la prédica tradicional de la izquierda.

Frente a un fenómeno nacionalista de las dimensiones del peronismo, el objetivo de desplegar una política revolucionaria entre los trabajadores creemos que extremó las contradicciones contenidas en las caracterizaciones políticas de la situación, el gobierno y la clase obrera. Al mismo tiempo, seguramente, una mayor justeza y precisión en los análisis del proceso que presenciaban hubiera puesto a los trotskistas en mejores condiciones de establecer un diálogo con sectores de trabajadores y avanzar en la consolidación de grupos revolucionarios. Plantearemos algunos elementos que ayuden a sustentar estas hipótesis.

La inserción de los trotskistas, acorde con las condiciones que des-

cribimos brevemente más arriba, fue débil. Sin embargo, las características que asumía la militancia de izquierda en la época permitían a los activistas insertos en una estructura obrera ejercer una influencia que superaba frecuentemente la cantidad de militantes efectivos. Así, sin ser nuestro objetivo en este trabajo realizar un análisis de la inserción obrera de los trotskistas, un recorrido por las fuentes permite advertir cómo la actividad de un militante en una fábrica destacada podía multiplicar la influencia de su agrupación política en la rama o el sindicato, a través de variadas tácticas de intervención.

El GOM logró implantación en establecimientos fabriles de la rama metalúrgica como Siam y Tamet o la Fábrica Militar de Acero y en fábricas como Ferrum y Colgate. Las principales posiciones sindicales del GCI se consolidaron en los gremios textiles y metalúrgicos, en fábricas como Alpargatas y Siam. Así, ambos grupos otorgaron una importancia central a insertarse en áreas claves de la economía y en estructuras de importancia sindical estratégica.

En cuanto a sus avances entre los trabajadores, Coggiola plantea en relación al GOM que “pudo progresar durante este período pues, si bien planteaba la lucha contra la CGT, no se negaba a militar dentro de los sindicatos ‘creados por Perón.’” Para este autor, la política del GCI se limitaba a “ayudar a las masas’, ‘comprender a los obreros’, toda la lucha política del GCI se diluía en medio de esas declaraciones de intención” (Coggiola, 1985:107).

Ambos grupos, siguiendo los lineamientos de la corriente trotskista internacional, se planteaban la necesidad de trabajar en los sindicatos para insertarse en la clase obrera y lo hacían guiados por una política general que apuntaba a la lucha por la democracia sindical y la independencia de los sindicatos del Estado (Trotsky, 2000 y 2010).

En este marco, el GOM planteaba una política de organización dirigida a los trabajadores. Partiendo de la denuncia de las traiciones de las direcciones y los reclamos sindicales insatisfechos, impulsó tácticas que iban desde el llamado a formar “comisiones internas revolucionarias”, “sindicatos revolucionarios”, hasta la consigna más ampliamente agitada: la formación de “oposiciones sindicales”, “con todo obrero honrado y luchador que quiera que su sindicato sea libre, democrático y anticapitalista”.

El GCI desarrolló fundamentalmente una política de propaganda de su programa y de exigencia a las direcciones sindicales estructurada alrededor del llamado “Programa de Transición”, el programa de la Cuarta Internacional elaborado por Trotsky en 1938. Este era “ofrecido” por el GCI para la discusión a los trabajadores en las fábricas. En función de este planteo es que se hacía un llamado a la formación de “agrupamientos”, “núcleos” o “comisiones” que en las fábricas y lugares

de trabajo discutan el programa. Esta política se acompañaba en cada caso con la exigencia a las direcciones (comisiones internas, sindicatos o CGT) para que impulse la lucha en situaciones concretas o el llamado al proletariado para que “imponga” este programa a esas direcciones.

El GOM tuvo un crecimiento mayor en este período; a pesar de los límites de su caracterización del peronismo como régimen, logró cierta inserción en la clase y acercar algunos cuadros obreros. A modo de hipótesis a profundizar, podemos pensar en el sentido de la crítica que esboza Andrés Delgado, como miembro de la organización: “habíamos superado nuestro propagandismo, pero nos emborrachábamos de sindicalismo” (Coggiola, 1985: 106). Si bien su visión del carácter del peronismo les obstaculizaba, con toda seguridad, el diálogo con trabajadores peronistas, las tácticas específicas en cada empresa les permitió ligarse con obreros que si veían la necesidad de fortalecer y radicalizar el trabajo sindical para conseguir o mantener las conquistas laborales, e incluso transformar las organizaciones en herramientas de lucha más eficaces. Probablemente una “separación” entre la política general, que podemos definir de “sectaria” en relación al peronismo –y hacia la clase obrera en tanto ésta consideraba al peronismo su gobierno y a la CGT y los sindicatos como sus organizaciones–, y las tácticas específicas en los establecimientos en los que se insertaba, le permitía al GOM ligarse con elementos de la clase que se oponían a los delegados o comisiones internas o advertían las “traiciones” de la CGT; pero no necesariamente comprendían a fondo el carácter de clase del gobierno peronista y su movimiento, las tareas de la revolución o la necesidad de la militancia en un partido revolucionario. Al mismo tiempo, seguramente, una comprensión más ajustada del proceso de burocratización de las organizaciones sindicales le permitió al GOM apuntar su construcción hacia las tendencias más vitales de la clase obrera que desarrollaran experiencias de democracia de base desde las comisiones internas y los cuerpos de delegados. De conjunto, esta política pudo facilitar su crecimiento circunstancial y afianzarse como experiencia política –fundando una nueva agrupación a fines de 1948, el POR–, pero no fortalecerse en el largo plazo en algún sector de la clase para transformarse en una alternativa hacia fines del gobierno peronista, cuando el descontento obrero se profundizó. La comprensión de las debilidades de sus análisis y de sus políticas llevará al POR a modificar radicalmente su política a fines del gobierno peronista y ensayar, posteriormente, una experiencia de “entrismo” en el peronismo.

En el caso del GCI, su visión de una clase obrera que espontánea e instintivamente se orientaba hacia la revolución, y su apuesta al surgimiento de una vanguardia revolucionaria, le imprimió a su política un sesgo “propagandista” que se adjudicaba el papel de “consejero”, de

“aclarar” con el programa del trotskismo a la vanguardia que surgía y hacia su experiencia. Si bien tuvieron una política de dirigirse hacia los distintos gremios, el eje no estaba puesto en la organización sino en la apelación a la discusión del programa trotskista, en la exigencia a la central sindical y a los sindicatos y en el llamado a imponer este programa a las direcciones. Podemos ver esta devaluación de una política de organización independiente de los trabajadores en estrecha relación con el débil análisis del proceso de burocratización y estatización de las organizaciones sindicales y su visión más general del peronismo como expresión de un sector nacionalista de la burguesía. Podemos arriesgar que esta política no podía tener otro destino que el de diluir al grupo en un movimiento obrero que estaba lejos de romper con su dirección peronista.

Sintetizando, nos parece que indagar acerca de la relación entre las líneas políticas de los partidos de izquierda y su implementación en la inserción en la clase obrera permite iluminar el balance de los logros obtenidos en el mediano y en el largo plazo. Una concepción de tipo “sindicalista”, que separaba los análisis teórico-políticos de las prácticas políticas, pudo permitirle al morenismo una construcción en el corto plazo –en el marco de las condiciones objetivas a las que nos referimos–, pero obstaculizaron la construcción de una herramienta política revolucionaria para los trabajadores. Asimismo, el posadismo, que no definía claramente el alcance de los mecanismos con los que la clase dominante burocratizaba y estatizaba las organizaciones de los trabajadores y los efectos de este proceso sobre la subjetividad obrera, perderá de vista en el mediano plazo la necesidad de construir alternativas políticas de los trabajadores independientes del Estado y la dirigencia sindical para ceder a las tendencias que esperaba que cristalizaran en la clase obrera.

* * *

Creemos que un balance crítico de los orígenes del trotskismo en nuestro país permite valorar los aportes de esta corriente. Por un lado, hemos mostrado el desarrollo de un debate teórico-político que implicó la reflexión sobre las tareas de la revolución en la Argentina y la confrontación con los principales referentes de la izquierda nacional, demostrando no sólo el esfuerzo por responder a problemas políticos centrales sino también por insertarse en el medio nacional, manteniendo al mismo tiempo los vínculos con sus referentes internacionales. Esta constatación responde a la crítica –y en buena medida al prejuicio– sobre la falta de ligazón del trotskismo con el medio nacional en el que actuaban. Por otro lado, también es posible responder al cuestiona-

miento acerca del desinterés por la relación con los trabajadores y los problemas de construcción política; los trotskistas han ensayado formas de intervención en fenómenos políticos que les abrían posibilidades de debate y construcción.

En las condiciones objetivas que hemos señalado en este trabajo, y con los límites que analizamos, estos elementos pusieron las bases de agrupaciones políticas que asumirán una presencia permanente en la realidad nacional. Aún así, creemos que son precisamente algunos de sus límites los que les impedirán a los trotskistas allanar el camino a la construcción de organizaciones revolucionarias de peso tras el fenómeno político de magnitud que constituyó el peronismo.

Como hemos desarrollado, esto se debió a la combinación de una serie de elementos como las dificultades en la aplicación de herramientas teóricas y políticas provistas por la corriente internacional a la que pertenecían, los problemas para caracterizar un fenómeno que involucraba a los trabajadores y a sus organizaciones y diseñar por tanto una política que los vinculara en forma revolucionaria –tales eran sus objetivos políticos– con esos obreros que adherían al peronismo. Aún así, los lazos que pudieron forjar les permitieron, en términos generales, lograr una notable permanencia como corrientes políticas, aunque no constituirse como alternativa de dirección para los trabajadores argentinos.

Por supuesto no hemos desarrollado aquí una multitud de aspectos ligados con la reflexión de procesos internacionales, la caracterización de distintos fenómenos de la vida nacional y de la clase obrera, la respuesta a cuestiones teóricas y políticas de diversa índole, que pueden rastrearse en las fuentes disponibles sobre esta etapa. Hemos desarrollado sólo algunos ejemplos que consideramos centrales y que nos permitían dialogar con ciertos planteos de la producción historiográfica existente.

Una historia del trotskismo argentino en todas sus variantes está aún por hacerse; como quedó claro, la producción en torno a este tema es escasa. Como obras generales sólo contamos con los trabajos de Coggiola y el estudio coordinado por González que comparten, a la vez que un interés histórico, un objetivo político. Si bien las razones de esta ausencia son seguramente complejas, no puede soslayarse el aislamiento sufrido por esta corriente política a nivel mundial tras la consolidación de la burocracia soviética. La falsificación construida por el estalinismo en torno a la figura de León Trotsky y su corriente tras el objetivo de eliminarla como alternativa política, fines sin duda funcionales a los intereses de las clases dominantes, ha impactado también sobre la producción historiográfica y los análisis políticos. Encarar el estudio desde una perspectiva marxista de la historia del trotskismo es una tarea que, desde nuestro punto de vista, implica no sólo hacer justicia con una de las tradiciones políticas revolucionarias de mayor

peso en la historia del movimiento obrero internacional, sino también recuperar junto con ellas herramientas fundamentales para la lucha de los trabajadores hoy día; tal es, para nosotros un rol clave de la intelectualidad y esperamos poder aportar a ello.

Bibliografía

- Alexander, Robert (1973), *Trotskyism in Latin America*, California: Hoover Institution Press, Stanford University.
- (1991), *International Trotskyism. 1929-1985. A documented analysis of the movement*, Duke University Press.
- Barton, Alejandro (2002), “Para un análisis de la estrategia morenista sobre la construcción del partido. Apuntes en torno al primer documento del GOM”, *Razón y Revolución*, n° 9.
- Broué, Pierre (1982), “El movimiento trotskista en América Latina en 1940”, *Cahiers León Trotsky*, n° 11.
- Castelo, Fernando (2002), “Clase y partido bajo el peronismo. El GOM (1946-1948)”, *Razón y Revolución*, n° 9.
- Coggiola, Osvaldo (1985), *El trotskismo en la Argentina (1929-1960)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- De Lucía, Daniel Omar y Elizabeth Mereles (2006), “Relaciones curiosas: trotskismo y socialdemocracia (1929-1956)”, en Hugo E. Biagnini y Arturo A. Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, tomo II: *Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires: Biblos.
- Galasso, Norberto (1991), *Liberación nacional, socialismo y clase trabajadora*, Buenos Aires: Ed. Ayacucho.
- Gallo, Antonio (1933), *Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista*, Buenos Aires: Claridad
- (1935), *¿Adónde va la Argentina? ¿Frente popular o lucha por el socialismo?*, Rosario: Ediciones Mariátegui
- González, Ernesto (coord.) (1995), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Herrera, Carlos M. (2006), “Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, I, 2, abril-mayo, pp. 127-153.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2006), “Alternativas revolucionarias en los 30: la Alianza Obrera Spartacus y el PSO”, en Hugo E. Biagnini y Arturo A. Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, tomo II: *Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires: Biblos.
- Martínez, Ilana (2008), “Un acercamiento a la izquierda del Partido Socialista a través de su prensa periódica. La revista *Izquierda. Crítica y Acción Socialista*, 1934-1935”, *Papeles de trabajo*, revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la UNGS, año 2, n° 3, Buenos Aires, junio

- Quebracho (1939a), *Por el socialismo revolucionario y por la Cuarta Internacional*, Buenos Aires: Ediciones Acción Obrera
- (1939b), *La revolución mundial y la traición stalinista*, Buenos Aires: Ediciones Acción Obrera.
- Rojo, Alicia (2001), “Los trotskistas argentinos frente a la Segunda Guerra Mundial”, *Cuadernos del CEIP*, Buenos Aires: Ediciones CEIP.
- (2002), “El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo”, *Cuadernos del CEIP*, Buenos Aires: Ediciones CEIP.
- (2004), “El trotskismo argentino y la clase obrera durante el primer gobierno peronista”, II Congreso de Sociología - VI Jornadas de Sociología de la UBA.
- (2010), Los orígenes del trotskismo argentino, una aproximación a sus elaboraciones teórico-políticas, *Boletín Electrónico del CEIP León Trotsky*, n° 13, www.ceip.org.ar.
- Tarcus, Horacio (1996), *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.
- Trotsky, León (2000), *La teoría de la revolución permanente*, Buenos Aires: Ediciones CEIP
- (2007), *Escritos Latinoamericanos*, Buenos Aires: Ediciones CEIP.
- (2010), *Los sindicatos y las tareas de los revolucionarios*, Buenos Aires: Ediciones CEIP.

* * *

Resumen: En este trabajo nos proponemos abordar los orígenes del trotskismo argentino planteando una serie de núcleos problemáticos que surgen del debate con los estudios existentes sobre el tema y el análisis de un conjunto de fuentes de los principales grupos de esta corriente. Recorreremos algunos de los debates teóricos y políticos más importantes que se llevaron adelante a lo largo de la década del 30 y los primeros años 40, especialmente alrededor de la cuestión de la “liberación nacional”. Nos detenemos particularmente en los análisis desarrollados por los grupos trotskistas frente al surgimiento del peronismo y las políticas diseñadas para vincularse con la clase obrera durante estos años, enfocándonos en dos de las agrupaciones que se conocerán como el “morenismo” y el “posadismo”.

Palabras clave: trotskismo argentino – liberación nacional – peronismo – morenismo – posadismo

Abstract: In this paper we will address the origins of Argentine Trotskyism, discussing a number of core problems arising from existing studies on the subject and from the study of a set of sources produced by the main groups belonging to this tendency. We will deal with some of the theoretical debates and political issues raised by this current during the 30’s and early 40’s, especially around the issue of “national liberation”. We will particularly deal with their analyses of the rise of Peronism and with their attempts to link with the working class over

the years, focusing on two groups known as “Morenoism” and “Posadism”, after the pseudonyms of their main leaders, Nahuel Moreno (Hugo Bressano) and J. Posadas (Homero Cristali).

Keywords: Argentine Trotskyism – national liberation – Peronism – Morenoism – Posadism

Recepción: 15 de julio de 2012 – **Aprobación:** 8 de agosto de 2012

Artículos

El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920)

Constanza Bosch Alessio y Daniel Gaido

(UNC y UNC-CONICET)

Los marxistas “ortodoxos” y los sindicatos

Ya desde la controversia revisionista de 1898-1903, Rosa Luxemburg llevó adelante una polémica constante con los funcionarios de los sindicatos alemanes “Libres” (es decir, socialdemócratas). En su folleto de 1899 contra Eduard Bernstein, *¿Reforma social o revolución?*, Luxemburg escribió un pasaje ya célebre, señalando que “las condiciones objetivas de la sociedad capitalista transforman las dos funciones económicas de los sindicatos [la defensa de la fuerza de trabajo (como mercancía) contra el sistema social basado en la ganancia, y la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores] en un trabajo de Sísifo” (Luxemburg, 1970). Kautsky apoyó este punto de vista, por ejemplo en su artículo de 1906, “El Partido y los sindicatos”, donde escribió que, a diferencia del objetivo final del Partido Socialdemócrata, “el trabajo sindical, indispensable y beneficioso como es, puede equipararse al trabajo de Sísifo, no en el sentido de un trabajo inútil, sino en el sentido de un trabajo que jamás concluye, y que debe ser reiniciado desde cero cada vez”, a fin de preservar las conquistas obtenidas por la lucha de los sindicatos (*Die Neue Zeit*, 24, 2, 1906). Esta metáfora tuvo tal impacto que, en fecha tan tardía como la de 1910, la Comisión General de Sindicatos Libres de Alemania la utilizó para realizar su crítica del libro de Kautsky *El camino al poder* (Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands, 1910).

La Comisión General de Sindicatos Libres de Alemania (*Generalkommission der Freien Gewerkschaften Deutschlands*), la federación de sindicatos socialdemócratas, fue fundada entre el 16 y el 17 de noviembre de 1890 por una Conferencia de Dirigentes Sindicales que tuvo lugar en Berlín. El presidente de la Comisión fue, durante treinta años, desde su fundación en 1890 hasta su desaparición en 1920, Carl Legien, un miembro del ala derecha del Partido Socialdemócrata Alemán. Legien

tuvo una influencia capital en la política de la Comisión General en tanto editor de su periódico oficial, el *Correspondenzblatt*, cuyo primer número apareció en 1891. Ya en 1893, en el Congreso de Colonia del SPD (el Partido Socialdemócrata Alemán: *Sozialdemokratische Partei Deutschlands*), Legien sostuvo que, en su opinión, el partido y los sindicatos eran “igualmente importantes”. El vocero del Ejecutivo del Partido, Ignaz Auer, lo acusó de intentar separar a los sindicatos del partido y de convertirlos en un poder rival a este. Utilizando una metáfora un tanto curiosa, Auer advirtió a Legien contra su adhesión al ejemplo del líder de la federación sindical norteamericana Samuel Gompers: “El movimiento obrero alemán”, dijo, “no es la clase de terreno donde el maíz de Gompers y sus socios puede crecer” (Varain, 1956: 16). Treinta años después, en 1906, Werner Sombart establecía la misma analogía: “...el presidente de la Federación Norteamericana del Trabajo, cuyo equivalente en Alemania sería Carl Legien” (Sombart, 1976: 86).

Además de su puesto en la Comisión General, Legien ocupó una serie de importantes cargos políticos: diputado del Reichstag (1893-1898 y 1903-1920), Secretario de la Oficina Internacional de Sindicatos Socialistas (1902), y presidente de la Federación Internacional de Sindicatos (1913) (Schneider, 1991: 86).

Ya en 1900, Kautsky había hecho sonar la voz de alarma al señalar que los líderes sindicales peleaban por su independencia del partido bajo la consigna de “neutralidad” (*Die Neue Zeit*, 18, 2, 1900: 388-394, 429-433, 457-466, 492-497). El *Correspondenzblatt* respondió que “aún contra Kautsky, debemos aferrarnos a la visión de que la táctica de los sindicatos estará determinada únicamente por las resoluciones de los congresos sindicales, antes que por aquéllas formuladas en los congresos partidarios” (citado por Varain, 1956: 30).

La Revolución Rusa de 1905 y el “revisiónismo sindical”

Luego del debate revisionista, formalmente ganado por la mayoría marxista “ortodoxa” del SPD, los líderes de esta corriente sintieron que sus pronósticos revolucionarios se veían confirmados por los vivificantes acontecimientos de la primera Revolución Rusa, que comenzó en el “Domingo Sangriento” (9 de enero de 1905). Todos los aspectos del pensamiento de Kautsky experimentaron una considerable radicalización bajo la influencia de Rosa Luxemburg, quien, dada la ignorancia de Kautsky del ruso, sirvió como su principal intérprete de los acontecimientos revolucionarios.

En mayo de 1905 los sindicatos congregados en la Comisión General de Sindicatos Libres de Alemania sostuvieron su quinto congreso en Colonia, donde rechazaron categóricamente la utilización de la huelga

política de masas –una demanda inspirada fundamentalmente por los eventos revolucionarios de Rusia. El vocero de la Comisión General sobre esta cuestión, Theodor Bömelburg, presidente del Sindicato de los Trabajadores de la Construcción, atacó no sólo al ala izquierda del SPD sino también inclusive a Eduard Bernstein (quien veía en la huelga general no un medio revolucionario para superar el reformismo parlamentarista, sino un medio de defensa del parlamento y de los derechos democráticos frente a los ataques de la reacción), argumentando que “a fin de expandir nuestra organización, necesitamos paz y tranquilidad (*Ruhe*) en el movimiento obrero” (citado por Grunenberg, 1970: 346-354).

La resolución adoptada por el Congreso Sindical de Colonia rechazó la huelga de masas como táctica política y prohibió siquiera la “propagación” (v.gr., la propaganda o discusión) de este medio de lucha. Argumentaba además que la huelga de masas era defendida por “anarquistas y personas sin ninguna experiencia en las luchas económicas”, y advertía a los trabajadores organizados “que eviten ser distraídos de su trabajo cotidiano de fortalecimiento de las organizaciones obreras por la adopción y promoción de tales ideas” (Luxemburg, 1972a).

Cuando Kautsky criticó esta resolución (*Die Neue Zeit*, 23, 2 1905: 309-316), el órgano central del SPD, el *Vorwärts*, bajo dirección de Kurt Eisner, lo acusó de ser un ideólogo doctrinario, predicador de la utopía neoanarquista de conquista del poder político a través de la huelga general. En octubre de 1905, Eisner y otros cuatro editores fueron cesanteados y un nuevo comité editorial proveniente del ala izquierda tomó el control del *Vorwärts* (Salvadori, 1979: 96-97).

En noviembre de 1905 Kautsky sostuvo que, justo cuando se había hecho evidente la bancarrota del revisionismo teórico y político (el misionarismo),

ha surgido un nuevo revisionismo, el *revisionismo sindical*, apoyado en una parte de la burocracia sindical. Este revisionismo ha predicado, bajo la bandera de la neutralidad, un rechazo de la Socialdemocracia. No le importa la Socialdemocracia en tanto partido de la clase obrera, la concibe como un partido cualquiera. No como el partido que *unifica* al proletariado, sino como uno de los partidos en los que el proletariado se encuentra *dividido*. La Socialdemocracia ha sido vista como un factor que perturba la unidad organizacional del proletariado. Si se pretende unificar a los trabajadores católicos, conservadores y liberales con los socialdemócratas en un mismo sindicato, entonces esta unión ha de llevarse a cabo, no a través de la demostración de la utilidad y la necesidad de la Socialdemocracia, sino a través del renunciamiento por parte del sindicato

al espíritu socialdemócrata con el que había nacido. (*Die Neue Zeit*, 23, 2, 1905: 309-316, subrayado en el original)

En el Congreso de Jena del SPD, llevado a cabo en septiembre de 1905, August Bebel, el dirigente histórico del SPD, criticó la hostilidad de los líderes sindicales hacia la huelga política de masas, calificándola de “sindicalismo puro y simple” (citado por Grunenber, 1970: 356-378). Frente a la resolución del Congreso Sindical de Colonia, el Congreso de Jena adoptó una resolución apoyando la utilización de la huelga política de masas en la lucha por los derechos democráticos y electorales; sin embargo, esta medida fue descrita, ante la insistencia de Bebel, como una táctica defensiva ante el esperado asalto de la burguesía sobre las conquistas progresivas del movimiento socialista (*Die Neue Zeit*, 24, 1, 1905; Luxemburg, 1972b). El *Correspondenzblatt* rechazó aún esta versión diluida de la huelga general. Informó que “Legien llamó a la propaganda por la huelga política una inoportuna concesión a los anarquistas” agregando que, aunque “la moción de Legien y sus camaradas fue rechazada y la resolución de Bebel adoptada por 288 votos contra 14”, era “imposible para el partido imponer forzosamente sus resoluciones sobre los sindicatos. La única solución factible, por lo tanto, es alcanzar un acuerdo sobre esta cuestión” (citado por Stern, 1961: 715).

Y esto es lo que finalmente sucedió: en una conferencia secreta del ejecutivo del SPD y la Comisión General, mantenida el 16 de febrero de 1906, el ejecutivo del partido abogó por “intentar evitar, en la medida de lo posible, una huelga de masas”. Si ésta sin embargo se desencadenaba, el partido asumiría por sí mismo la responsabilidad de su conducción: los sindicatos no participarían oficialmente en ella, acordando únicamente “no apuñalarla por la espalda”.

La polémica de Kautsky con la dirección sindical

En abril de 1906 Kautsky fue forzado a salir en defensa de Rosa Luxemburg, atacada por un órgano de prensa sindical. El *Zeitschrift für Graveure und Ziseleure* escribió que tenía “testigos de carne y hueso que sostenían que la camarada Luxemburg había «parloteado» en una asamblea en Berlín acerca de los sindicatos, considerándolos como «un mal»”. Kautsky respondió que “no había sido la camarada Luxemburg quien socavaba las relaciones entre el partido y los sindicatos, sino aquellos funcionarios sindicales y editores que habían tomado a Rexhäuser como modelo”. Ludwig Rexhäuser era el líder del sindicato de impresores y editor de su periódico: *Correspondent für Deutschlands Buchdrucker und Schriftgießer* (citado por Stern, 1961: 1555-1559). Kautsky rechazó las acusaciones de los sindicatos como falsas, y agregó:

Aún nuestros adversarios burgueses, al menos los más decentes –que ciertamente no son muchos– han evitado atacar a la camarada Luxemburg. Los órganos de la prensa sindical van de la mano en este asunto con los más infames y vergonzosos lacayos del capitalismo y con la aristocracia (*Junkertum*) en la prensa. (Citado por Stern, 1961: 1548-1549)

El órgano de la Comisión General, el *Correspondenzblatt*, consideró “chocante” la adopción de este tono por el “proclamado primer teórico del Partido” y preguntó de manera retórica si la desfachatez era el producto necesario de una educación académica (citado por Friedemann, 1978: 1550). Kautsky contestó preguntando por qué los sindicatos no fueron capaces de identificar a aquéllos presuntos “testigos de carne y hueso” opositores a Rosa Luxemburg (citado por Stern, 1961: 1555-1559).

Entre los Congresos del SPD de Jena y Mannheim, en agosto de 1906, Kautsky escribió su trabajo fundamental sobre las relaciones entre el partido político y los sindicatos, donde argumentó contra la neutralidad política de los sindicatos y demandó su subordinación al liderazgo revolucionario del partido. El artículo señalaba que, dependiendo de las circunstancias políticas, los sindicatos podrían convertirse en la élite de la clase trabajadora, o en una aristocracia estrecha de miras de trabajadores especializados organizados; es decir, en un medio para la lucha de clases o en un impedimento a esta lucha. Los sindicatos representaban los intereses económicos momentáneos de sus miembros, mientras que el partido revolucionario representaba los intereses del proletariado en su conjunto, así como la meta final de su lucha: la conquista del poder político por parte de la clase trabajadora. Atacaba a los “sindicalistas puros” tanto como los funcionarios sindicales rechazaban a los “políticos puro”. Para muchos líderes sindicales, el partido aparecía como una amenaza a su paz y tranquilidad y como el heraldo de catástrofes políticas que podrían arruinar a los sindicatos. El artículo de Kautsky denunciaba la “búsqueda de una nueva teoría sindical” entre los funcionarios de los sindicatos que se sentían constreñidos por la “teoría del partido” de la lucha de clases (*Die Neue Zeit*, 24, 2, 1906: 718). Con la ventaja que da una mirada retrospectiva, está claro que la cálida recepción acordada cuatro años antes al evangelio del sindicalismo “puro y simple” de Samuel Gompers por parte de la Comisión General de Sindicatos Libres en general y por parte de Karl Legien en particular, no fue tanto una cuestión de un “sindicalismo de negocios” norteamericano corrompiendo a los funcionarios sindicales marxistas alemanes; se trató más bien de un funcionariado sindical alemán en abierta rebelión contra el programa del partido, buscando apoyo en los líderes sindicales de pensamiento similar al otro lado del océano.

Kautsky recordó cómo los funcionarios sindicales ingleses en la Primera Internacional “sintieron el liderazgo de Marx como un «autoritarismo» crecientemente insoportable y no dudaron en unirse ellos mismos a los «románticos revolucionarios» de la fracción Bakunin, tan pronto como la tendencia de Marx al establecimiento en Inglaterra de un partido político independiente de los trabajadores se volvió clara”. Y lo hicieron debido a que “sintieron instintivamente que esto hubiese sido crear un poder que habría puesto fin a su dominio autocrático. De la misma manera, no existen en los Estados Unidos enemigos más venenosos del Partido Socialdemócrata que las masas de los funcionarios sindicales, con Gompers a la cabeza” (*Die Neue Zeit*, 24, 2, 1906: 750).

De manera interesante, en su respuesta al artículo de Kautsky el *Correspondenzblatt* señaló correctamente que “la lucha de Kautsky no está dirigida contra las *organizaciones* sindicales, sino contra los *líderes* y *editores* sindicales... a fin de socavar la confianza de los miembros de los sindicatos en los líderes de sus organizaciones” (citado por Friedemann, 1978: 527, subrayado en el original).

El Congreso de Mannheim del SPD (1906)

La polémica continuó en el congreso del SPD sostenido en septiembre de 1906 en Mannheim. En su discurso al congreso, Kautsky planteó abiertamente la cuestión de la burocratización creciente del propio partido y llamó la atención sobre el peligro de la formación de un bloque conservador entre el aparato del partido y los aparatos sindicales:

Si ahora los sindicatos quieren paz y tranquilidad, qué perspectivas se abren para nosotros si éstos se unen al ya voluminoso aparato del partido, incrementando así su inercia.
(Citado por Stern, 1961)

Kautsky comparó la falta de disciplina partidaria de los funcionarios sindicales con la de los miembros parlamentarios socialistas franceses. Legien, a su vez, señaló que los anarquistas habían considerado la resolución de Jena como una adopción culposa de sus propias ideas sobre la huelga general, y que, aún dentro de las filas de la Socialdemocracia, mucha gente había entendido a partir de ella que el partido estaba listo para utilizar la huelga política de masas en el futuro cercano, en especial para obtener el sufragio general en Prusia. Frente a esta actitud, Legien recordó que “por más de dos décadas, nosotros en Alemania fuimos educados en la concepción de Auer de que la «huelga general es un sinsentido general»”. Legien enfatizó las tácticas reformistas del SPD: “En el partido se enseñó por diez años que las revoluciones en el

viejo sentido no son ya posibles. Siempre hemos dicho que prosperamos mejor en el marco de la legalidad. Hemos dicho una y otra vez que podemos organizar una resistencia no violenta”. Concluyó: “Considero peligrosa la discusión sobre la huelga política de masas” (citado por Grunenberg, 1970: 402).

El panfleto de Rosa Luxemburg sobre la huelga de masas

Fue en reacción a esta actitud en los círculos principales de los sindicatos Socialdemócratas alemanes que Rosa Luxemburg publicó, en el mismo mes en que tuvo lugar el congreso de Mannheim (septiembre de 1906), su famoso folleto *La huelga de masas, el partido político y los sindicatos*, en el que defendía la idea de la huelga política de masas como lección fundamental de la primera Revolución Rusa para la clase obrera alemana, sopesando la iniciativa revolucionaria espontánea de las masas trabajadoras frente a las políticas conservadoras de los líderes obreros (acerca del congreso de Mannheim, ver Luxemburg, 1972b).

La resolución del congreso de Mannheim, cuyo borrador fue nuevamente redactado por Bebel, representó una victoria histórica de la burocracia sindical ante los revolucionarios en el SPD. Aunque no rechazaba a la huelga general en principio, la resolución de Mannheim establecía que el ejecutivo del partido no podría llevar a cabo acciones sin la aprobación de los sindicatos, dándoles así a éstos efectivamente un poder de veto sobre las decisiones del partido. El periódico radical *Leipziger Volkszeitung* sacó de la resolución del congreso de Mannheim la amarga conclusión de que diez años de lucha contra el revisionismo habían sido en vano, “ya que el revisionismo que hemos aniquilado en el partido se eleva de nuevo con gran fuerza en los sindicatos” (Schor-ske, 1970: 52).

Kautsky se engañó a sí mismo al pensar que, en lo relativo a “la cuestión central de la conferencia, la relación entre el partido y los sindicatos”, los resultados de la conferencia de Mannheim habían sido satisfactorios, ya que “los líderes sindicales aceptaron los puntos de vista del partido sobre las cuestiones del Primero de Mayo y de la huelga de masas” – soslayando, de hecho, la contradicción entre las resoluciones de Jena y Colonia. Pero Kautsky reconoció que “el discurso de Bebel en Mannheim dio la impresión de representar un paso atrás en comparación con el Congreso de Jena, como si él considerara hoy que la posibilidad de aplicación de la huelga general en Alemania es mucho más remota que un año atrás”. Kautsky concluyó que “el congreso del partido en Dresden significó el fin del revisionismo teórico, aunque nuestros adversarios ponen grandes expectativas en el «revisionismo práctico» de los sindicalistas” (*Die Neue Zeit*, 25, 2, 3, 1906: 4-10).

La capacidad de los líderes sindicales para imponer su línea al SPD derivó de dos fuentes principales: la gran cantidad de miembros de los sindicatos y sus aún mayores recursos financieros en comparación con los del partido. De 215.000 miembros en 1892, la afiliación de los Sindicatos Libres Socialdemócratas creció a más de 1 millón cien mil en 1904, y a 2 millones y medio el año anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial, dejando atrás a los sindicatos liberales de Hirsch-Duncker y a los sindicatos cristianos con, respectivamente, 106.000 y 218.000 miembros en 1913 (Schneider, 1991: 70,75). En 1906, cuando el SPD realizó su primer censo, resultó que su afiliación era de 348.327 personas, contra 1.689.709 de los Sindicatos Libres. En 1913, la relación era aún de dos y medio a uno a favor de los sindicatos. Además, el ingreso del partido durante el año fiscal 1906-1907 fue de 1.191.819 marcos; el de los sindicatos, de 51.396.784 marcos – es decir, cerca de cincuenta veces más (Schorske, 1970: 13, 93). De manera nada sorprendente, la proporción de funcionarios sindicales en la bancada del SPD en el Reichstag creció del 11,6% en 1893, al 32,7% en 1912 (Schneider, 1991: 92).

La polémica de Kautsky con la dirección sindical norteamericana

En mayo de 1909, Kautsky publicó su libro *El camino al poder*, que fue considerado por Lenin como “el último y mejor de los trabajos de Kautsky contra los oportunistas”¹ (Kipnis, 1952: 342). Utilizando estadísticas de la Oficina del Trabajo de los Estados Unidos, Kautsky argumentaba que, a pesar de todas las luchas industriales de los trabajadores norteamericanos, el poder adquisitivo de los salarios en los Estados Unidos se encontraba estancado desde hacía más de una década debido especialmente al crecimiento de los trusts y asociaciones patronales. Los sindicatos se verían, de este modo, obligados a ingresar a la arena política y a entrar en estrecha colaboración con el Partido Socialista, si es que deseaban estar en condiciones de soportar la presión de la patronal y de defender los niveles de vida de sus afiliados (Kautsky, 1909). Este análisis condujo a un violento intercambio con los órganos de prensa de la derecha sindicalista del SPD, en especial con el *Grundstein* y el *Correspondenzblatt*, que acusó a Kautsky de ser

1. “Lenin consideraba a Kautsky como su maestro, cuestión que remarcaba cada vez que podía. Hablando sobre el menchevismo como ala oportunista de la Socialdemocracia, Lenin comparó a los mencheviques no con el kautskismo, sino con el revisionismo. Más aún, consideraba al bolchevismo como la apariencia rusa del kautskismo que, desde su mirada en aquel período, era idéntico al marxismo” (Trotsky, 1973:132).

“un oponente de la organización sindicalista” que “menospreciaba e infravaloraba” el trabajo de los sindicatos. Robert Schmidt escribió una serie de artículos en el *Correspondenzblatt*, bajo el título de “El camino a las ilusiones: ¿trabajo de Sísifo o logros positivos?,” que acusaba a Kautsky de querer transformar “las conquistas previas de los sindicatos en fracasos futuros” y de estar “muy poco calificado para mostrarnos el camino al poder” (citado por Varain, 1956: 63). El *Correspondenzblatt* alabó el éxito de los sindicatos norteamericanos en el acortamiento de la jornada laboral en casi un 5 por ciento desde 1898 hasta 1907 y acusó a Kautsky de anarcosindicalismo: “A Kautsky no le importa la evolución de los sindicatos como organizaciones económicas poderosas... No tiene en mente otra cosa que el [anarco]sindicalismo francés” (*Correspondenzblatt*, 1909: 626).

Kautsky respondió a las acusaciones del *Correspondenzblatt* sosteniendo que las luchas industriales podían elevar los salarios en un momento dado, pero que no determinan su evolución en el largo plazo, la cual depende de procesos económicos más profundos. Dada una tendencia alcista, los sindicatos podrían acelerar la suba de los salarios; dada una tendencia a la baja, podían desacelerar su disminución. Pero los sindicatos no podían controlar estas tendencias a voluntad, como sostenían los reformistas. Los sindicatos eran capaces “de mantener los salarios en un nivel *relativamente más* alto del que éstos habrían de otro modo de alcanzar, pero no pueden garantizar una suba ininterrumpida de los salarios en términos absolutos” (*Die Neue Zeit*, 27, 2, 1909: 523). Si deseaban estar capacitados para hacer frente al poder concentrado de los capitalistas y de su Estado, estaban obligados a politizarse cada vez más y a estar preparados para utilizar su arma más poderosa, la huelga política de masas. Kautsky confiaba en que, al igual que en los casos de Gran Bretaña y Austria, también en Alemania “las grandes luchas hacia las que marchamos unificarán estrechamente al partido y los sindicatos convirtiéndolos en una poderosa falange, cuyas partes no se entorpecerán mutuamente; por el contrario, se alentarán y fortalecerán la una a la otra para la pelea”. Su objetivo al redactar *El camino al poder* había sido el de “alentar este proceso, destacando esos grandes logros que sólo pueden ser conseguidos a través de una lucha en común por parte del partido y los sindicatos y acentuando la creciente impotencia a la cual el aislamiento condenará a ambos”, pero sus argumentos habían desatado una tormenta de controversias por parte de sus críticos del *Correspondenzblatt*. Kautsky los acusó de “haberse alineado junto a Rexhäuser y Gompers” (*Die Neue Zeit*, 27, 2, 1909: 832).

La polémica de Kautsky con la dirección sindical alemana en torno a las estadísticas norteamericanas se agudizó en ocasión de la visita de Samuel Gompers, el líder de la Federación Norteamericana del Trabajo

(AFL) a mediados de 1909. Para ese entonces, la AFL tenía más de un millón y medio de afiliados en Europa y Alemania.

Samuel Gompers y la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL)

Samuel Gompers fue presidente de la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL)² desde su fundación en 1886 hasta su muerte, en 1924, con la excepción de un único año, 1894, cuando fue temporalmente derrotado por el candidato populista John McBride. Inicialmente un discípulo de los marxistas germano-estadounidenses, Gompers se volvió cada vez más conservador hacia finales del siglo diecinueve. Gradualmente, Gompers comenzó a oponerse también al sindicalismo industrial y a la formación de un partido de los trabajadores, para terminar aceptando políticas racistas y apoyando a la nueva política exterior imperialista inaugurada por la guerra hispano-norteamericana de 1898. Gompers se declaró públicamente contra el socialismo en la convención de 1903 de la AFL.

El pánico de 1893, una de las peores crisis económicas en la historia de los Estados Unidos, y la ola de militancia obrera resultante, dieron origen a la creación en 1900 de la Federación Cívica Nacional (NCF), una institución que promovía la colaboración de clases. Gompers se unió a la nueva organización en calidad de vicepresidente y, como tal, apoyó la posición de los empleadores contra los sindicatos en dos huelgas en las cuales el empleador era a la vez Presidente del Departamento Industrial de la NCF. La NCF se opuso no sólo al socialismo sino al sufragio femenino. Luego de la Primera Guerra Mundial, militó en contra del reconocimiento diplomático de la Unión Soviética, y luchó contra las jubilaciones estatales, considerándolas “socialistas”. Después de la represión desatada por la histeria anticomunista que siguió a la Revolución Bolchevique, la NCF entró en decadencia.

El 31 de julio de 1909 se celebró en Berlín una reunión en honor de Gompers. Fue en este marco en el cual Kautsky publicó, el 13 de agosto de 1909, el artículo contra Gompers. La crítica de Gompers escrita por Kautsky era una proyección de la lucha contra la burocracia sindical alemana llevada a cabo por el ala revolucionaria de la Socialdemocracia. Posteriormente, las críticas de Lenin al liderazgo sindical alemán habrían de retomar las de Kautsky (ver, por ejemplo, su artículo sobre Legien: Lenin, 1970).

2. La AFL fue instituida como una asociación de sindicatos estadounidenses en 1886.

En su artículo contra Gompers, Kautsky argumentaba que el entonces presidente de la AFL representaba no sólo un opositor al socialismo en Estados Unidos, sino también un enemigo de la clase proletaria en general. A fines de refutar el concepto de armonía de intereses entre capital y trabajo que Gompers defendía, Kautsky demostró que la calidad de vida de la clase obrera estadounidense había declinado, mientras que la de los trabajadores alemanes había mejorado: “Precisamente durante la década en la cual el movimiento obrero norteamericano estuvo dominado por el señor Gompers, la mejora en la situación de la clase trabajadora norteamericana se ha estancado” (citado por Gaido, 2007: 46). Kautsky sostenía que Gompers necesitaba engañar a los trabajadores europeos para continuar engañando a los estadounidenses, ya que especulaba con aprovechar el apoyo que obtendría del proletariado europeo –fruto de su internacionalismo–, para transformarlo, tras su regreso a Estados Unidos, en defensa de la armonía entre el capital y el trabajo y en descrédito hacia los socialdemócratas norteamericanos. Kautsky concluía alertando a los trabajadores que sólo dispondrían de poder político en su propio partido y que cada aplauso hacia Gompers constituía una verdadera “bofetada en la cara de nuestro partido hermano estadounidense, el cual no tiene enemigo más peligroso y venenoso que Samuel Gompers”.

Dos meses y medio después de la publicación de su artículo sobre Gompers, Kautsky redactó una secuela al mismo titulada “La Federación Cívica”, donde defendía al órgano principal de la sección alemana del Partido Socialista de Norteamérica. El *New Yorker Volkszeitung* había sido acusado por el *Correspondenzblatt* de abogar por una división en las filas de la AFL. Kautsky respondió citando un artículo del *New Yorker Volkszeitung* donde los editores negaban que la publicación apoyase “cualquier movimiento en particular contra la Federación, dado que para nosotros la unidad de la organización sindical de nuestro país está por sobre cualquier otra cosa”. Los editores del *New Yorker Volkszeitung* admitían que combatían “contra el espíritu gompersiano de la Federación, pero la AFL en tanto unidad del movimiento sindical norteamericano no cuenta con partidario más firme que nuestro periódico” (*Die Neue Zeit*, 28, 1, 1910: 132-137). Kautsky concluía calificando a la Federación Cívica como “una banda de nuestros más sucios y encarnizados enemigos”, y se preguntaba cómo Legien puede considerarse a sí mismo un amigo de Gompers (*Vorwärts*, 256, 2, 1909: 137). Por más de tres meses la controversia sobre Gompers y la Federación Cívica Nacional continuó llenando las páginas de la prensa socialdemócrata alemana (*Die Neue Zeit*, 28, 1, 1910: 253-254; *Correspondenzblatt*, 1909).

El viaje europeo de Gompers fue retribuido tres años más tarde, cuando Carl Legien hizo un viaje de tres meses a Estados Unidos. Legien

escribió un libro sobre sus experiencias en América, en el cual argumentó que “no debe hablarse de un funcionariado corrupto en los sindicatos americanos, como se hace a menudo” (Legien, 1914: 151-153).

Los sindicatos y la escisión entre el ala izquierda y el centro del SPD (1910)

El artículo de Kautsky contra Gompers fue el canto de sirena de su carrera revolucionaria. Como hemos podido ver, el temor tradicional de los líderes del SPD había sido que Legien y sus compañeros funcionarios sindicales se separaran del partido y que, bajo la bandera de la neutralidad política, transformaran a la Comisión General en un poder independiente y opuesto a él. El desarrollo histórico concreto resultó en proceso exactamente opuesto. Luego de emprender una guerra de desgaste contra el ala revolucionaria del partido y contra la idea de la huelga general política por más de una década, la burocratización creciente del propio partido creó una comunidad de intereses entre el liderazgo sindical y la mayor parte de los 4.000 funcionarios rentados partidarios, de manera que las posiciones reformistas de los sindicatos llegaron a controlar el Ejecutivo del partido, convirtiendo así a los funcionarios sindicales en promotores de la disciplina y la unidad partidarias y al ala izquierda del SPD en defensora eventual de una escisión en el Partido Socialdemócrata. Si este proceso no fue advertido por muchos observadores cercanos del SPD, como Lenin y Trotsky, eso se debió en gran medida al papel jugado por Kautsky desde 1910, cuando éste rompió con Rosa Luxemburg para convertirse en el ideólogo principal de la fracción de “centro” dominante en el SPD.

En fecha tan tardía como la del 26 de septiembre de 1909, Kautsky se quejaba en una carta dirigida a Víctor Adler del “crecimiento excesivo del burocratismo, el cual corta de raíz cualquier iniciativa y acto de audacia”. Kautsky creía que “sólo cuando la acción venga de las masas será posible contar con el ímpetu y entusiasmo necesario” pero que “en Alemania las masas han sido instruidas para esperar órdenes de arriba” y que la dirigencia había sido “tan absorbida por las necesidades administrativas del enorme aparato, que ha perdido toda perspectiva general, todo interés por cualquier asunto que esté fuera de los asuntos del propio funcionariado. Nosotros lo hemos visto primero en los sindicatos, ahora lo vemos también en la organización política” (Adler, 1954: 501).

Pero cinco meses más tarde, bajo presión del aparato partidario cuyo creciente conservadurismo él había señalado, Kautsky rechazó publicar un artículo de Rosa Luxemburg en el cual la revolucionaria polaca llamaba a la huelga general con el fin de alcanzar el sufragio universal

en Prusia y planteaba el slogan de la república como demanda de transición, con el objeto de convertir el problema de la reforma electoral en un canal para la acción revolucionaria. Esto resultó en un furioso *round* de polémicas, en el curso de las cuales Kautsky se convirtió en el teórico principal de los centristas del SPD, desarrollando la así llamada “estrategia del desgaste”, en oposición a la “estrategia de derrota” del enemigo sostenida por Rosa Luxemburg (*Die Neue Zeit*, 28, 2, 1910: 332-341, 364-374, 412-421; Luxemburg 1973c; *Die Neue Zeit*, 28, 2, 1910: 652-667; Luxemburg, 1973d).

De acuerdo con su mejor biógrafo, Marek Waldenberg, Kautsky consideró que el aspecto positivo de su polémica con Rosa Luxemburg era la posibilidad de tomar cierta distancia de su imagen extremadamente impopular en el entorno de la burocracia sindical (Waldenberg, 1980: 673-674). En una carta dirigida a Riazanov, fechada el 16 de junio de 1910, Kautsky escribió que las posiciones de Rosa Luxemburg sobre la huelga general suscitaron un gran antagonismo entre los líderes sindicales:

Me irritó que mi influencia entre los sindicalistas esté paralizada por el hecho de que he sido confundido con Rosa. Me parece que, a fin de entablar buenas relaciones entre los marxistas y los sindicalistas, es importante mostrar que sobre este punto existe una gran distancia entre Rosa y yo. Esta es para mí la cuestión más importante. (Citado por Laschitza, 1969: 264 y Waldenberg, 1980: 673)

Sin embargo, las esperanzas de Kautsky de congraciarse con la derecha sindicalista para ganar su apoyo, de manera que el liderazgo del SPD permaneciera en manos de la fracción de centro, terminaron en el fracaso. Al interior del propio partido, el poder estaba cambiando rápidamente de mano, desde el “centro” kautskista a la derecha chauvinista y abiertamente reformista. En palabras de Zinoviev, al momento del Congreso de la Internacional Socialista de Copenhague (del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1910):

los oportunistas (es decir, los futuros social-patriotas) tenían la mayoría en la Socialdemocracia Alemana (...) los verdaderos amos eran ya no [el centrista] Ledebour o aún Bebel, sino Legien, Sudekum y David. (Zinoviev, 1970: 232)

El giro a la derecha en el Ejecutivo del Partido fue tan marcado que “Legien podría declarar en el congreso sindical de 1911 que no había diferencias con el partido, sino con algunos escritores individuales del

partido” (Varain, 1956: 62). Esta amalgama del partido y las burocracias sindicales allanó el camino para la debacle del 4 de agosto de 1914 –momento en que la fracción del SPD en el Reichstag votó a favor de los créditos de guerra– y para el colapso de la Segunda Internacional como una organización revolucionaria de la clase trabajadora.

La traición (1914-1920)

El 2 de agosto de 1914, ante el estallido de la Primera Guerra Mundial, los sindicatos suscribieron con la patronal un acuerdo prescribiendo huelgas y lock-outs y prolongando todos los convenios colectivos mientras durasen las hostilidades (Broué, 2005: 46). Resulta significativo el hecho de que los sindicatos actuaran incluso con anticipación al partido a la hora de neutralizar la oposición al Estado y a la patronal. Luego de haber aprobado los créditos de guerra, el SPD abandonó el eslogan que lo caracterizaba –“a este sistema, ni un hombre ni un penique”– por el de “a la hora del peligro, no traicionaremos a la patria” (Schorske, 1970: 285).

La Primera Guerra Mundial generó una ola de patriotismo que fue aprovechada por el régimen para proclamar la suspensión voluntaria de todos los enfrentamientos políticos entre los partidos o contra el gobierno, conocida como la “tregua” (*Burgfrieden*). Los líderes del movimiento obrero asumieron la tarea de disciplinar al proletariado, a los fines de someterlo a los intereses del Estado. De acuerdo a Carl Schorske, suscribir a la *Burgfrieden* tuvo tres efectos principales sobre el movimiento obrero alemán: en primer lugar, acortó la brecha psicológica entre los líderes sindicales y los grupos dominantes; en segundo lugar, acrecentó la importancia de los dirigentes del movimiento, al confinar la acción política y económica exclusivamente a la esfera de la negociación; y, por último, obligó al SPD a tomar definitivamente un curso reformista (Schorske, 1970: 293-294).

En este contexto, el ala izquierda del SPD, aislada, mantenía las esperanzas de devolverle al partido su rol opositor al gobierno. El 2 de diciembre de 1914 sólo Karl Liebknecht votó en contra de la aprobación de nuevos créditos de guerra, quebrando la disciplina partidaria. Fue ampliamente atacado en el seno del partido, puesto que, frente a las circunstancias que imponía la *Burgfrieden*, mantener la unidad del SPD requería un fuerte disciplinamiento de sus miembros.

El 21 de diciembre de 1915, 33 miembros del SPD del Reichstag votaron en contra de nuevos créditos de guerra. La división en el seno del partido devino inevitable en enero de 1916. Luego de la expulsión de Karl Liebknecht y del resto de los diputados de la delegación socialdemócrata que habían votado en contra de los créditos, el ala izquierda agrupada

alrededor del grupo *Die Internationale* (así llamado por el título de su órgano teórico), adopta en una conferencia nacional el 7 de enero de 1916, las tesis propuestas por Rosa Luxemburg desde la cárcel, Surge así, en el seno de la oposición a la política oficial del SPD, una división entre el ala centrista y el ala izquierda, constituyendo éstos últimos el grupo que sería conocido como Espartaco por las *Spartakusbriefe* o “Cartas de Espartaco” que publicó ilegalmente durante la guerra. Nucleado alrededor de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, la Liga Espartaquista lanzó un llamado a la lucha de clases en plena Guerra Mundial.

A comienzos de 1917 el partido pone en práctica una verdadera purga de las minorías en su seno. Como consecuencia de ella, aún sin una resolución unánime al respecto, la oposición se escinde del SPD, conformando en Gotha en abril de 1917 el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD: *Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*), bajo consignas antiburocráticas y anticentralistas. El nuevo partido constituía una amalgama de elementos revolucionarios –nucleados alrededor de la Liga Espartaquista– y de líderes centristas y aún revisionistas prominentes como Kautsky y Bernstein, que adhirieron al USPD con la intención de ejercer un contrapeso al grupo Espartaco y limitar su influencia. Las escisiones que surcaban a la oposición del SPD se reprodujeron en el nuevo partido: mientras que la derecha reformista del USPD se nucleó en torno a Karl Kautsky, la mayor parte de los dirigentes como Ledebour y Haase, oscilaron entre el espartaquismo y el reformismo.

El fracaso de la revolución alemana

Tras el estallido de la Revolución Rusa de febrero de 1917, las autoridades imperiales temen que la ola revolucionaria repercuta en Alemania. Con el apoyo de los líderes sindicales, pretenden desarmar a la clase obrera y contener la agitación de la Liga Espartaco a favor de la huelga de masas. En abril de 1917, con motivo de la reducción de la ración semanal de pan, 300 mil obreros se declaran en paro. Las autoridades militares calificaron a los huelguistas como “los peores enemigos entre nosotros” (Broué, 2005: 96). En consonancia con esta declaración, los sindicatos adoptaron un posicionamiento similar: “Las huelgas deben ser evitadas... sólo un aumento de la capacidad de resistencia de Alemania puede conducirnos a una paz rápida” (Broué, 2005: 96).

El peso de la dirigencia sindical en la escena política alemana, se tornó particularmente evidente a partir del ascenso de la combatividad obrera como resultado de la Revolución Rusa de octubre de 1917. Aunque en el USPD no hubo unanimidad sobre la postura a adoptar frente a la Revolución de Octubre, en enero de 1918, Espartaco convoca a la huelga

general. En las asambleas generales previstas en todas las fábricas, los delegados revolucionarios obtienen aplastantes mayorías.

Durante el motín de los marineros de Kiel en octubre de 1918, los revolucionarios pertenecientes al ala izquierda del USPD organizan huelgas en apoyo a los marinos, presidiendo Consejos (*Räte*) en ciudades alemanas. El SPD, por su parte, se declara en contra de la utilización de métodos bolcheviques en Alemania y a favor de la democracia. Los dirigentes del viejo partido intentan asegurar que los sindicatos “empleen toda su autoridad para apaciguar a los obreros” (Broué, 2005: 131).

Luego de un interregno caracterizado por el poder dual, el Secretario General del SPD y presidente del Consejo Revolucionario de Delegados del Pueblo, Friedrich Ebert, “el Stalin de la Socialdemocracia” según el historiador Karl Schorske, acepta el cargo de Canciller del Reich. El 7 de noviembre de 1918, Ebert había advertido que si el emperador no abdicaba, la revolución social sería inevitable. Finalmente, el SPD consiguió desarticular el movimiento revolucionario gracias a la disolución de las reformas obtenidas luego de la Revolución de Noviembre y a la concentración del poder en la figura de Ebert. De este modo, las clases dominantes y el SPD –junto a sus sindicatos–, llevaron a cabo una contrarrevolución democrática que conservó tanto el aparato del Estado como el sistema capitalista.

Precisamente en el marco de su preocupación por desarticular la revolución social, el líder de la burocracia sindical, Carl Legien, junto a Hugo Stinnes, representante de las grandes industrias, firmaron el 15 de noviembre de 1918 un acuerdo que les otorgaba a los obreros la jornada de ocho horas, convenios colectivos de trabajo, el reconocimiento de los representantes de los sindicatos en cada lugar de trabajo y la elección de comités en todas las empresas industriales para supervisar junto a la patronal los convenios colectivos. Como contrapartida, los trabajadores debían entregar las armas, desarticular el movimiento de Consejos y renunciar a proclamarse como una alternativa al poder del aparato del Estado. El acuerdo Stinnes-Legien demostró que la burocracia sindical se posicionaba, a todas luces, en contra de la profundización y expansión de la revolución.

La inexistencia de un verdadero partido revolucionario también clausuró la posibilidad de fortalecer a los Consejos de obreros y soldados. Los líderes de la derecha del USPD, Haase y Robert Dittmann, adoptaron posiciones semejantes a las del SPD, contribuyendo a desarticular el movimiento consejista en Alemania. La Liga Espartaco, por el contrario, consideraba necesario permanecer en el interior del partido con el objetivo no aislarse del movimiento de masas.

El 15 de diciembre de 1918, en la Conferencia de Berlín del USPD, Rosa Luxemburg acusó a Haase de haber empujado a las masas a

apoyar al gobierno de Ebert debido a su propia participación en el mismo. Luxemburg apeló a la “fe democrática” que parecía profesar el partido, para que se convocase a un Congreso extraordinario en el que los militantes decidirían si deseaban seguir formando parte de la coalición gobernante. La propuesta de la Liga Espartaquista fue rechazada, sellándose así la escisión en el seno del USPD. El 29 de diciembre de 1918, un Congreso de la Liga Espartaco resolvió formar una nueva organización: el Partido Comunista Alemán (Espartaco) [*Kommunistische Partei Deutschlands (Spartakus)*]: KPD(S)]. El hecho de que el número de militantes del USPD que se une a ellos haya sido una minoría pequeña y que hayan prevalecido en su seno tendencias de extrema izquierda, hace cavilar a Luxemburg que la escisión podría haberse producido de manera prematura.

En enero de 1919 estalló la Revuelta Espartaquista en Berlín. Al cabo de una semana, el levantamiento es finalmente derrotado y Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, sumidos en la clandestinidad, son ejecutados el 15 de enero de 1919 por los Cuerpos Libres (*Freikorps*) –grupos armados paramilitares de extrema derecha–, en complicidad con el ala derecha del SPD, dirigida por Gustav Noske. A un mes de su creación, el KPD(S) pierde a sus líderes principales. La sangría continuó con la represión de la república de los consejos bávara, en la que es asesinado Eugen Leviné.

Ante la amenaza revolucionaria, la derecha, agrupada alrededor de los Cuerpos Libres decide avanzar para contener un nuevo brote revolucionario. Entre el 13 y el 17 de marzo de 1920, Wolfgang Kapp y Walther von Lüttwitz dirigen un golpe de estado contra el gobierno de Ebert. Cuando el *putsch* parecía un hecho consumado, Carl Legien, como presidente de la Federación Sindical Socialdemócrata, convocó a una huelga general por tiempo indeterminado. Con el país paralizado, los golpistas debieron desistir. La medida adoptada por la dirigencia sindical permitió la supervivencia de la República de Weimar, lo que implicaba preservar su propio aparato burocrático. No obstante ello, luego de la derrota del golpe de Estado, cientos de miles de obreros militantes concretaron su afiliación al KPD(S).

Las 21 condiciones de la Comintern y el Congreso de Halle del USPD

Del 19 de julio al 7 de agosto de 1920 se reúne el II Congreso de la Internacional Comunista, a los fines de precisar las condiciones de admisión de los partidos que desearan afiliarse a la Internacional Comunista. Algunos de los 21 puntos que se fijan reflejan la necesidad de la Internacional Comunista de protegerse frente a la amenaza que repre-

sentan los elementos reformistas y social-pacifistas que aún sobrevivía en el seno de los partidos simpatizantes (Aricó, 1973: 109-110):

La Internacional comunista no puede admitir que reformistas reconocidos como Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, MacDonald, Modigliani y otros, tengan el derecho de ser considerados miembros de la III Internacional y estén representados en ella. (Ídem: 112)

Las condiciones de admisión a la Internacional Comunista reflejaban también una tenaz preocupación por resquebrajar los cimientos de la Internacional de Ámsterdam:

Todo partido perteneciente a la Internacional Comunista debe combatir con energía y tenacidad a la «Internacional» de los sindicatos amarillos fundada en Ámsterdam. Deben difundir constantemente en los sindicatos obreros la idea de la necesidad de la ruptura con la Internacional amarilla de Ámsterdam. (Ídem: 112)

Esta inquietud por el rol de los sindicatos se vio replicada durante el Congreso del USPD en la ciudad de Halle, durante el cual fueron discutidas las “21 condiciones” de admisión a la Comintern. Entre el 12 y el 17 de octubre de 1920, unos 392 delegados debatieron intensamente acerca del futuro del movimiento obrero alemán. Dos “partidos” estuvieron presentes en Halle, cada uno de ellos liderados por un “Secretario General”: Otto Brass (izquierda) y Wilhelm Dittmann (derecha). Fueron dos las controversias fundamentales las que surcaron el Congreso. En primer lugar, la polémica sobre la conveniencia de formar parte de la Internacional Comunista. En segundo lugar, se discutiría una posible fusión con el KPD(S), teniendo en cuenta que implicaría la pérdida de autonomía del partido (Lewis y Lars, 2011: 8). A la postre, ambas mociones resultarían aprobadas.

Las facciones en pugna contaban con la presencia de líderes internacionales que habían llegado para afianzarlas, dos de ellos provenientes de Rusia: por un lado, Julius Martov, líder de los Mencheviques Internacionalistas, cercano a las posiciones del ala derecha del USPD, y por el otro, Grigory Zinoviev, Presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, quien, a pesar de sus debilidades como teórico y líder político, se distinguía por su habilidad como orador (Lewis y Lars, 2011: 29). En su discurso de cuatro horas, puso su conocimiento del alemán al servicio del ala izquierda del USPD. En un artículo suyo reseñando el Congreso, Zinoviev daba cuenta de las divisiones del

partido y de los vínculos contrarrevolucionarios del ala derecha con la burocracia sindical:

Aunque Hilferding es el líder espiritual de la derecha del USPD, su líder práctico es el Sr. Dissmann. Este Dissmann es el actual Presidente del Sindicato Alemán de Trabajadores Metalúrgicos (...). Como Legien, es el santo patrón de la burocracia sindical contrarrevolucionaria de Alemania. De hecho, Dissmann ya es la mano derecha de Legien (...). Dissmann nos recuerda a Noske, dicen varios de nuestros camaradas de izquierda. (Lewis y Lars, 2011: 70-73)

Aludiendo a la defensa de la Internacional de Ámsterdam adoptada por la oposición durante el Congreso, Zinoviev advertía que “los líderes de derecha no tienen ni pueden tener otra base de masas que no sea la que le proporciona el grupo sindical” (Lewis y Lars, 2011: 72). El juicio de Zinoviev sobre esta fracción fue apodíctico: “Los líderes de derecha de los sindicatos alemanes constituyen el soporte principal de la contrarrevolución burguesa” (Lewis y Lars, 2011: 72).

Conclusión

En este trabajo hemos documentado el surgimiento y consolidación en Alemania de un estrato social –la burocracia sindical– que, aunque tuvo su origen en el seno del partido revolucionario de la clase obrera, con el tiempo adquirió privilegios e intereses que la llevaron a defender posiciones diametralmente opuestas a las tradiciones revolucionarias de esta clase. Dicho estrato social identifica, ya durante la controversia revisionista, a Rosa Luxemburg como su principal enemigo dentro del partido, y articula sus posiciones durante el debate sobre la huelga de masas, que tuvo lugar en la socialdemocracia alemana, como consecuencia del movimiento de masas ocasionado por la Revolución Rusa de 1905. Luego de la amalgama entre dicha casta y el funcionariado del partido –un proceso que no fue lineal ni exento de contradicciones, simbolizado por el acceso a la dirección del partido de Friedrich Ebert, el “Stalin de la socialdemocracia”–, la burocracia consigue marginar a los revolucionarios en el seno del movimiento obrero alemán e imponer dos políticas fundamentales:

1) Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, el partido socialdemócrata alemán vota a favor de los créditos de guerra, es decir, abandona el internacionalismo proletario y lo reemplaza de hecho por el nacionalismo como su ideología oficial, argumentando que “a la hora del peligro, no puede traicionar a la patria”. Esta adaptación al imperialismo lleva

a la crisis de la Segunda Internacional y a la eventual conformación de la Internacional Comunista en 1919.

2) Durante la crisis revolucionaria que se abre en Alemania luego de la derrota de sus ejércitos a fines de la guerra y que se prolonga desde noviembre de 1918 hasta octubre de 1923, la burocracia sindical y partidaria consigue desarticular al movimiento consejista (*Rätebewegung*) que surge espontáneamente luego de la revuelta de los marineros de Kiel, e impedir la consolidación de un sistema soviético alemán, imponiendo en cambio una salida parlamentaria centrada en la asamblea constituyente reunida en Weimar, es decir, un modelo de contrarrevolución democrática. Ya Engels había predicho, en su carta a Bebel del 11 de diciembre de 1884, que, cuando llegase el momento de la revolución, “la democracia pura” se convertiría en “la última tabla de salvación de todo régimen burgués e incluso feudal. En momentos revolucionarios como esos, toda la masa reaccionaria se aferra a ella y la refuerza; todo lo que solía ser reaccionario pasa por democrático”.

La obra histórica de la burocracia en Alemania, iniciada y dirigida por la dirección sindical, quedó reflejada con claridad meridiana en la evolución del término “socialdemocracia”, que de denotar a un partido obrero revolucionario basado en un programa marxista – un partido que fue además la columna vertebral en torno a la cual se articuló la Segunda Internacional– pasó a designar, según el Diccionario de la Real Academia Española, una “Disidencia del marxismo, consistente sobre todo en rechazar la orientación revolucionaria de la lucha de clases, y en propugnar una vía democrática hacia el socialismo”.

Referencias

- Adler, Friedrich (ed.) (1954), *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky: Sowie Briefe von und An Ignaz Auer [et al.]*, Parteivorstand der Sozialistischen Partei Österreichs, Wien: Verlag der Wiener Volksbuchhandlung.
- Aricó, José (dir.) (1973), “Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista”, *Cuadernos de Pasado y Presente*, n° 43, Siglo XXI: Buenos Aires.
- Broué, Pierre (2005), *The German Revolution 1917-1923* (1971), Leiden-Boston: Brill.
- Correspondenzblatt* (1909), “Immer noch Civic Federation”, *Vorwärts*, 23 de noviembre.
- Cyphers, Christopher J. (2002), *The National Civic Federation and the Making of a New Liberalism, 1900-1915*, Westport, Conn.: Praeger.
- Day, Richard B. y Gaido, Daniel (2007) *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden: Brill Academic Publishers.
- Debs, Eugene (1905), *Industrial Unionism: Speech delivered at Grand Cen-*

- tral Palace, New York, Sunday, December 10, 1905*, Chicago: Charles H. Kerr & Company.
- Die Neue Zeit* (1900-1910), órgano del Partido Socialdemócrata Alemán, disponible en <http://library.fes.de/nz/>.
- Evans, Richard (2005), *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona: Península.
- Fricke, Dieter (1959), "Der Reichsverband gegen die Sozialdemokratie von seiner Gründung bis zu den Reichstagswahlen von 1907", en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 7: 237-280.
- Friedemann, Peter (ed.) (1978), *Materialien zum politischen Richtungsstreit in der deutschen Sozialdemokratie, 1890-1917*, Frankfurt: Ullstein, 2 vols.
- Gaido, Daniel (2003), "The American Worker and the Theory of Permanent Revolution: Karl Kautsky on Werner Sombart's *Why Is There No Socialism in the United States?*", *Historical Materialism*, 11, 4: 108-115.
- (2007), "El marxismo y la burocracia sindical. Karl Kautsky, Samuel Gompers y los Sindicatos Alemanes Libres", *La Bastilla*, vol. 1, n° 0, Córdoba: Ferreyra Editor, pp. 15-53.
- Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands (1910), *Sisyphusarbeit oder positive Erfolge? Beiträge zur Wertschätzung der Tätigkeit der deutschen Gewerkschaften*, Berlin: Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands.
- Gompers, Samuel (1910), *Labor in Europe and America: Personal Observations from an American Viewpoint of Life and Conditions of Working Men in Great Britain, France, Holland, Germany, Italy, etc.*, Nueva York: Harper & Brothers.
- Grunenberg, Antonia (ed.) (1970), *Die Massenstreikdebatte: Beiträge von Parvus, Rosa Luxemburg, Karl Kautsky und Anton Pannekoek* Frankfurt: Europäische Verlagsanstalt.
- Hillquit, Morris (1971), *History of Socialism in the United States* (1910), Nueva York: Dover Publications.
- Kaufman, Stuart B., Peter J. Albert y Grace Palladino (eds.) (1999), *The American Federation of Labor under Siege, 1906-1909: The Samuel Gompers Papers*, vol. 7: *The American Federation of Labor under Siege, 1906-1909*, Urbana: University of Illinois Press.
- Kautsky, Karl (1909), *The Road to Power: Political Reflections on Growing into the Revolution*, Chicago: Bloch, en <http://www.marx.org/archive/kautsky/1909/power/index.htm>
- Kipnis, Ira (1952), *The American Socialist Movement, 1897-1912*, Nueva York: Columbia University Press.
- Laschitzka, Annelies (1969), *Deutsche Linke im Kampf für eine demokratische Republik: der Kampf der deutschen Linken für eine demokratische Republik und die Anwendung des politischen Massenstreiks in Deutschland; zur Entwicklung der deutschen Linken als politisch-ideologische Strömung in der deutschen Sozialdemokratie (1909-1910)*, Berlin: Dietz.

- Legien, Carl (1914), *Aus Amerikas Arbeiterbewegung*, Berlín: Verlag der Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands.
- Lenin, Vladimir I. (1970), "What Should Not Be Copied from the German Labor Movement" (1914), en *Collected Works*, Volumen 20, pp. 254-258, Moscú: Foreign Languages Publishing House, en <http://www.marx.org/archive/lenin/works/1914/apr/00.htm>
- (1972), *The State and Revolution* (1917), en *Collected Works*, Volumen 25, Moscú: Foreign Languages Publishing House, en <http://www.marx.org/archive/lenin/works/1917/staterev/index.htm>
- (1974), "In America" (1912), en *Collected Works*, Volumen 36, Moscú: Foreign Languages Publishing House. Reimpreso en *Lenin on the United States: Selected Writings*, Nueva York: International Publishers, 1970, pp. 56-57, en <http://www.marx.org/archive/lenin/works/1912/dec/07.htm>
- Lewis, Ben y Lars, T. Lih (2011), *Martov and Zinoviev: Head to head in Halle*, Londres: November Publications.
- Luxemburg, Rosa (1970), *Reform or Revolution* (1910), en Mary-Alice Waters (ed.), *Rosa Luxemburg Speaks*, Nueva York: Pathfinder, en <http://www.marx.org/archive/luxemburg/1900/reform-revolution/index.htm>
- (1972a), 'Die Debatten in Köln' (1905), *Sächsische Arbeiter-Zeitung*, Nr. 140 (21 de junio de 1905), reimpreso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 1, parte 2: 580-586.
- (1972b), "Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom 17. bis 23. September 1905 in Jena" (1905), *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 1, parte 2: 595-604.
- (1972c), 'Was Weiter?' (1910), en *Dortmunder Arbeiterzeitung*, 14-15 de marzo de 1910, reimpreso en Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 289-299.
- (1973a), 'Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom 23. bis 29. September 1906 in Mannheim' (1906), *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 171-176.
- (1973b), 'Die zwei Methoden der Gewerkschaftspolitik' (1907), *Die Neue Zeit*, 25, 1: 134-137, reimpreso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 182-187.
- (1973c), 'Die Theorie und die Praxis' (1910), *Die Neue Zeit*, 28, 2: 564-578, 626-642; reimpreso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 378-420.
- (1973d), 'Das Offiziösentum der Theorie' (1913), *Die Neue Zeit*, 31, 2, septiembre de 1913: 828-843; reimpreso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 300-321.
- (2006), *La crisis de la Socialdemocracia* (1916), Madrid: Fundación Federico Engels.
- Mandel, Bernard (1963), *Samuel Gompers: A Biography*, Yellow Springs, Ohio: Antioch Press.
- Salvadori, Massimo (1979), *Karl Kautsky and the Socialist Revolution, 1880-1938*, Londres: NLB.

- Schneider, Michael (1991), *A Brief History of the German Trade Unions*, Bonn: J. H. W. Dietz.
- Schorske, Carl E. (1970), *German Social Democracy, 1905-1917: The Development of the Great Schism*, Nueva York: Russell & Russell.
- Sombart, Werner (1976), *Why Is There No Socialism in the United States?* (1906), Londres: Macmillan.
- Stern, Leo (ed.) (1961), *Die russische Revolution von 1905-1907 im Spiegel der deutschen Presse*, Berlin: Rütten & Loening, 5 vols.
- Trautmann, William E. (ed.) (1905), *Proceedings of the Founding Convention of the Industrial Workers of the World: Founded at Chicago, June 27-July 8, 1905*, Nueva York, N.Y.: New York Labor News Company, en <http://www.marxists.org/history/usa/unions/iww/1905/convention/index.htm>
- Trotsky, León (1973), "Hands off Rosa Luxemburg", en *Writings 1932*, Nueva York: Pathfinder Press.
- Varain, Heinz Josef (1956), *Freie Gewerkschaften, Sozialdemokratie und Staat: Die Politik der Generalkommission unter der Führung Carl Legiens (1890-1920)*, Düsseldorf: Droste.
- Waldenberg, Marek (1980), *Il papa rosso: Karl Kautsky*, trad. de Maria di Salvo, Roma: Editori Riuniti, 2 vols.
- Zerzan, John (1974), 'Understanding the Anti-Radicalism of the National Civic Federation', *International Review of Social History*, 19: 194-210.
- Zinoviev, Grigory (1970), 'La II° Internationale et le problème de la guerre. Renouçons-nous a notre héritage (octobre 1916)' (1916), en Lenine, N. y Zinoviev, G., *Contre le courant*, París: F. Maspero, 2 volúmenes.

* * *

Resumen: Este trabajo reseña las polémicas llevadas a cabo por el ala revolucionaria de la socialdemocracia alemana contra el reformismo de los dirigentes sindicales ligados al partido, particularmente en torno a la consigna de la huelga política de masas, levantada como resultado de la Revolución Rusa de 1905. El artículo describe también el rol de dichos dirigentes en la conformación del ala de centro liderada por Karl Kautsky a partir de 1910, en el abandono del internacionalismo en 1914 y en la consolidación de un régimen de contrarrevolución democrática en Alemania, a partir de noviembre de 1918. Se demuestra cómo la burocracia sindical y partidaria desarticuló políticamente a la clase obrera alemana, sentando así las bases para dos de las más grandes derrotas históricas del proletariado mundial: el colapso de la Segunda Internacional y el fracaso de la Revolución Alemana de 1918-1923.

Palabras clave: burocracia sindical – socialdemocracia alemana – marxismo

Abstract: This paper reviews the polemics carried out by the revolutionary wing of German Social Democracy against the reformism of the trade union leaders linked to the SPD, particularly around the slogan of the political mass strike –a watchword raised as a result of the Russian Revolution of 1905. The article also

describes the role of the union leaders in shaping the center wing led by Karl Kautsky after 1910, in the abandonment of internationalism in 1914 and in the consolidation of democratic counter-revolution in Germany from November 1918 onwards. It shows how the union and party bureaucracy distorted the formerly revolutionary political outlook of the German working class, thus laying the groundwork for two of the greatest historical defeats of the world proletariat: the collapse of the Second International and the failure of the German Revolution of 1918-1923.

Keywords: trade union bureaucracy – German social democracy – Marxism

Recepción: 16 de mayo de 2012 – **Aprobación:** 29 de junio de 2012

Flora Tristán: su papel en la constitución del socialismo y de la clase obrera francesa

Hernán M. Díaz

UBA

Introducción

El solo hecho de que una mujer esté presente entre los fundadores del socialismo, antes de la aparición fulgurante de Marx y Engels y antes de la Primera Internacional, ese solo hecho, repetimos, debiera llamar la atención acerca de la estrecha relación que une al socialismo con una reivindicación de un nuevo estatus de la mujer con respecto a la sociedad masculina que la oprime. Recíprocamente, coloca al socialismo muy por encima de todas las doctrinas políticas liberales, que enarbolaban consignas de igualdad y libertad, pero sólo a regañadientes, y tras penosas luchas, le fueron concediendo a la mujer los derechos que le correspondían. Si alguna mujer ocupó en su época un lugar preminente dentro del liberalismo, lo hizo en el ámbito peyorativamente femenino de la “literatura”: desde Madame de Staël hasta George Sand, en Francia, o desde Mary Shelley hasta George Elliot, en Inglaterra.

Flora Tristán no solamente fue una mujer que escribió y creó ideas nuevas en el naciente socialismo francés de la década de 1840, sino que además, y fundamentalmente, condensó en su pensamiento las mejores concepciones que habían elaborado sus antecesores, le acercó a los obreros franceses la experiencia más importante de organización proletaria que era el cartismo inglés, planteó la necesidad de una constitución política de la clase obrera y desplegó un enorme esfuerzo militante por poner en práctica esta idea en una veintena de ciudades de Francia. Flora Tristán no fue una socialista revolucionaria. Al contrario, su idea de constitución de la clase obrera la entendía dentro de una política pacifista y reformista, y afirmó reiteradas veces (sobre todo en su libro *La unión obrera*) que su intención era “impedir las revoluciones, porque las revoluciones son contrarias a la libertad y a los verdaderos intereses del pueblo” (Tristán, 1993: 178). Pero

podemos afirmar que hizo mucho más por poner en pie el movimiento obrero francés e internacional que aquellos que buscaban despertar al pueblo “desde afuera”, con insurrecciones elaboradas en un laboratorio clandestino.

El socialismo maduro de Marx y Engels tiene, desde el punto de vista político, dos orígenes diferentes: una fuente son los grupos insurreccionalistas, ateos y comunistas, que parten de Graco Babeuf y se continúan con Filippo Buonarroti y, en Francia, con Auguste Blanqui. Se trata siempre de pequeños grupos conspirativos, alejados de las luchas concretas de la clase obrera de carne y hueso, con un basamento ideológico muy pobre (la acción era todo y la teoría era considerada diletantismo) y poco diferenciados del revolucionarismo democrático pequeño burgués. La otra fuente son los grupos reformistas que evolucionaron desde un intento de reforma de la sociedad capitalista hasta la elaboración de una vasta concepción político-histórica que justificaba la emancipación obrera y popular a través del socialismo. Se trata de las grandes elaboraciones, contradictorias y en permanente evolución, de Saint-Simon, Fourier, Owen y sus múltiples seguidores. En este segmento debemos incluir a Flora Tristán, quien transitó las diferentes vertientes del socialismo reformista cuando éste ya se encontraba en decadencia y en dispersión. La síntesis de esas dos fuentes fue realizada por Marx y Engels, tomando el impulso revolucionario del primer grupo pero recuperando los aspectos críticos y analíticos más significativos de los ideólogos reformistas.

En ese marco incluiremos el análisis de algunas ideas específicas de Flora Tristán. No podemos obviar al principio referir algunos breves apuntes biográficos, ya que su obra está íntimamente ligada a las circunstancias que le tocó vivir. Luego nos abocaremos a un análisis de sus propuestas y qué significado le asignamos en la historia del socialismo, del feminismo y en la constitución del movimiento obrero francés. Pero al analizar las concepciones de Flora Tristán, tanto sobre el socialismo obrero como sobre la emancipación de la mujer, nos remontaremos a los antecedentes que subyacen a sus ideas. Nuestra preocupación será poder identificar a Flora como el punto en una trama, que se está desarrollando desde dos décadas atrás y que tendrá su eclosión en la revolución de 1848.

Acercamiento al socialismo y al feminismo

Flora Tristán nació en París en 1803, hija de Thérèse Laisney y de Mariano Tristán, general del ejército español nacido en Perú, hermano a su vez de Pío Tristán. Este último combatió a las fuerzas independentistas de Belgrano y Güemes, en el norte argentino. Mariano Tris-

tán, paradójicamente, fue amigo de Simón Bolívar, quien frecuentaba a la familia en París hasta que aquél murió tempranamente, cuando Flora tenía cinco años, hecho que dejó a su mujer y a su huérfana en la ruina.

Ya en la adolescencia, Flora aprendió dibujo y entró a trabajar en un taller de grabado, y al poco tiempo se casó con su patrón, André Chazal, con quien tuvo tres hijos: un varón que vivió pocos años, Ernest y Aline. Pero Chazal resultó ser alcohólico, golpeador y jugador, y Flora, antes del nacimiento de su tercera hija, se separa, lo cual la lleva a una larga situación de constante acoso judicial y personal por parte de su marido, que culmina en un intento de homicidio: Chazal le dispara a su ex mujer en plena calle, hiriéndola de gravedad. Flora se recupera y su marido es condenado a veinte años de trabajos forzados. Recién entonces se le concede la tenencia de sus hijos.

Los largos años de disputa judicial y personal con André Chazal (desde 1825, cuando se divorcia, hasta el atentado a su vida en 1838) fueron, para Flora, años de aprendizaje. Viajó reiteradas veces a Inglaterra, Suiza e Italia, como dama de compañía o institutriz; realizó un viaje a Perú de dos años, intentando infructuosamente que su tío la reconociera como heredera, y plasmó esta aventura en un libro, *Peregrinaciones de una paria*. Un tema recurrente del libro eran los infortunios que padece una mujer divorciada en una sociedad prejuiciosa y conservadora. Esta publicación le dio cierto nombre literario en París, que ella aprovechó para publicar una novela, algunos folletos (uno de ellos proponiendo una ley de divorcio) y frecuentar los salones de moda, en especial los de ambiente republicano y democrático. Pero estos años significaron, sobre todo, el encuentro paulatino con dos corrientes ideológicas donde Flora dejará una huella personal: el socialismo y el feminismo. Estando convaleciente del parto de su tercera hija en 1825, lee *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft, y *Del sistema industrial*, del Conde de Saint-Simon.

En los años siguientes, Flora estuvo atenta al desarrollo de estos movimientos y tuvo la posibilidad de leer y conocer a sus principales dirigentes, tanto de Francia como de Inglaterra. En 1829 conoció a Prosper Enfantin, “padre” de la religión sansimoniana después de la muerte del maestro. Visitó también a Charles Fourier, teórico de la otra gran corriente de pensamiento socialista de la época, antes de su muerte en 1837. Fue muy amiga de su sucesor, Victor Considerant, más político y mejor organizador de esa corriente que Fourier. Considerant publicó en su periódico, *La Phalange*, un extracto de la propuesta de unión obrera de Flora Tristán. También podemos señalar que Flora conoció a las pocas feministas que abogaban por la emancipación de la mujer, como Jeanne Deroin, Pauline Roland y Hortense Allart. Por último, fue

amiga de Agricole Perdiguier, dirigente del *compagnonnage*,¹ que fue la base sobre la que trabajó Flora para su unión obrera.

Sus contactos no se limitaron a Francia. En 1840 entrevistó a Robert Owen en una visita que éste hizo a París. Trabajando en Inglaterra de dama de compañía, fue amiga del matrimonio de William Thompson y Anna Wheeler, economistas y fourieristas, quienes publicaron en 1826 un famoso opúsculo feminista: “Llamado a la mitad de la raza humana, mujeres, contra las pretensiones de la otra mitad, hombres, de mantenerlas en la esclavitud política, civil y doméstica”. Por último, en un viaje a Londres en 1839 conoció al cartismo, organización amplia de la clase obrera inglesa, y participó en una reunión de su comité central. También asistió a una sesión del parlamento, donde escuchó las palabras de Daniel O’Connell en defensa del pueblo irlandés. Esta última experiencia la relata en *Paseo por Londres*, publicado en Francia en 1840. En definitiva, Flora se nutrió con lo mejor del pensamiento socialista y feminista de su época y desde comienzos de la década de 1840 se consideró socialista, sin adscribir específicamente a ninguna de las diversas doctrinas que había conocido.

A partir de esa definición política, Flora Tristán estrecha sus vínculos con los círculos obreristas de todo tipo, en especial con Victor Considerant, líder del fourierismo, y con Pauline Roland, vinculada al feminismo sansimoniano. La misma publicación de *Paseo por Londres* es concebida como un acto de proselitismo. En ese libro se traza un panorama de la situación económica, social y política de Inglaterra y hay un largo capítulo relatando la presencia de la autora en una reunión del comité central del cartismo. Por otra parte, hay una descripción de la terrible situación económica de la clase obrera inglesa, que anticipa tanto la *Situación de la clase obrera de Inglaterra* de Engels (de 1844) como las pinturas homólogas de Marx en *El capital* (1867). De este libro se vendieron tres ediciones en pocos años.

En un intento por insertarse de manera definitiva en el ambiente

1. El *compagnonnage* era una especie de organización de artesanos para el aprendizaje de los oficios: cada obrero, para especializarse en una disciplina, viajaba por distintas ciudades de Francia, donde era hospedado por otros miembros de la hermandad para aprender los secretos de su tarea. Una vez cumplido este *cursus honorum*, ya podía considerarse oficial y hasta abrir su propio taller. El *compagnonnage* no fue una organización estable a nivel nacional, sino que en rigor se trataba de una red de vínculos interurbanos de obreros del mismo oficio. Esta red, hacia mediados del siglo XIX, estaba ya en decadencia y los diferentes grupos que lo integraban no podían superar sus rivalidades, ideológicas y económicas, pues cada uno representaba a un sector artesanal diferente. El *compagnonnage* tenía vínculos con la organización de los masones, con quienes Flora también estaba relacionada.

literario de la época, Flora abre un salón en su casa los domingos, donde recibirá tanto a escritores como a ideólogos y obreros de todo tipo. Allí mismo concurrió Arnold Ruge, quien planificaba publicar junto a Karl Marx sus *Anales franco-alemanes*. El proyecto anunciado en el título era combinar la filosofía alemana con el socialismo francés, pero los intentos de Ruge por asociar alguna pluma francesa fracasaron ante la negativa de todos los contactos en Francia por participar en la publicación. Flora fue una de ellas, seguramente poco dispuesta a asociarse a un grupo ateo y revolucionario. Aun así, Marx y Engels, en *La sagrada familia*, defendieron dos años después sus planteos, en un capítulo de discusión con Edgar Bauer.²

La constitución de la clase obrera

En estos años, Flora Tristán va consolidando la idea de que la clase obrera francesa debe “constituirse”, así como se ha constituido la clase obrera inglesa. En *La unión obrera*, libro que publica en 1843, Flora propone que los trabajadores se organicen en un solo cuerpo, en una especie de institución única, mezcla de partido y de sindicato, que le permita defender su estándar de vida y poder tener una voz en la política francesa. En esta gran unidad obrera, los trabajadores y las trabajadoras aportarían cada uno 2 francos al año con un doble objetivo: el primero, construir “palacios obreros”, donde se pueda cuidar de los enfermos y los ancianos e instruir a los niños en oficios útiles para su vida adulta; el segundo, poder rentar a un hombre “de corazón y de talento” para que defienda en el parlamento las reivindicaciones de la clase obrera.

La idea de una autoorganización integral de la clase trabajadora es una traducción que realiza Flora de lo que observa en la clase obrera inglesa, donde los cartistas han logrado unir detrás suyo al conjunto de sindicatos y sociedades obreras existentes. Inglaterra es el país donde la revolución industrial se ha desarrollado más y, en consecuencia, la clase trabajadora también se ha alejado más de sus orígenes campesinos y artesanales. Pero también es verdad que Francia es el país del desarrollo ideológico por excelencia: aquello que los ingleses han hecho de manera práctica y empírica, los franceses lo sentencian por la vía de sus planteos teóricos. Con Marx podríamos agregar que los alemanes lo consuman de manera filosófica, y ya tenemos una realidad “europea” propia de los prolegómenos de la revolución de 1848.

Las funciones que cumplirían los palacios obreros que propone la

2. El prólogo de esta obra de Marx y Engels está fechado en septiembre de 1844, dos meses antes de la muerte de Flora, y el libro se publicó al año siguiente.

pensadora francesa prefiguran, en cierta manera, lo que más tarde serán las organizaciones mutuales, las jubilaciones y la educación pública. Con ellos, la organización de los trabajadores cubría tres aspectos en los que el Estado liberal abandonaba a su suerte a la familia obrera y así, indirectamente, se buscaba defender una parte del salario obrero. Es inevitable pensar que, con esta propuesta, es el propio proletariado el que se hace cargo de los gastos que ocasionarían la salud, la educación y el salario tras el retiro de la vida laboral. Su virtud radica en que la propuesta es realizada como parte de la conformación de un movimiento político de la clase obrera y, por ello mismo, se empieza a considerar la posibilidad de una toma de posición al respecto.

La idea de una unión de los trabajadores franceses, y eventualmente de todos los obreros de Europa, como plantea Flora, es una novedad radical en el ambiente del movimiento socialista francés. Y aunque la idea fuera tomada de la organización del cartismo inglés, también es una novedad para el proletariado europeo, ya que la unión de los trabajadores ingleses se había dado de hecho, pero no como una conclusión teórica necesaria para la emancipación del proletariado.

El proletariado, en las diferentes teorías que van a conformar el socialismo, aparece primero como *objeto*, y se va transformando en *sujeto* muy paulatinamente. Es Saint-Simon, en la década de 1820, el primero que toma la mejora de la situación del proletariado como el único objetivo al que deben concurrir los esfuerzos del Estado: “Toda la sociedad debe trabajar en la mejora de la existencia moral y física de la clase más pobre” (2004: 67). Esta clase, “la más numerosa y más pobre”, según su reiterada definición, es *objeto* de una política, nunca *sujeto*. Son los gobiernos primero, el propio movimiento sansimoniano después, los que deben desarrollar una política para erradicar tanto la pobreza como las guerras. Pero ni en las obras de Saint-Simon ni en las de sus discípulos inmediatos, Prosper Enfantin o Saint-Amand Bazard, se encuentra una preocupación por que los obreros se organicen *separadamente* y detrás de fines propios, en función de su emancipación.

Pero la historia no es lineal: el mero hecho de que se haya tomado como objeto al proletariado, hace que los trabajadores, después de la revolución de 1830, se vuelquen masivamente a las filas sansimonianas, porque observan que el nuevo Estado liberal gobierna sólo para los burgueses y desprecia toda preocupación por la vida de los proletarios. Los sansimonianos crean entonces comités de trabajadores (llamados “grado de los industriales” o “de los obreros”) en varios barrios de París, y reciben el apoyo entusiasta de cientos de obreros y obreras que ven en la “religión sansimoniana” un mensaje de redención y de superación de su situación (Picon, 2002: 112-127; Rancière, 2010: 181-211; Démier, 2004). El sansimonismo estalla en 1832 por disensiones internas que

no detallaremos ahora, pero deja un legado: ha inculcado en cientos de trabajadores la idea de que su emancipación es posible y que deben tomar ellos mismos la iniciativa para conquistarla. El obrero seguía siendo *objeto* en el terreno de las ideas, pero ahora ya participaba en cierta manera como *sujeto*. Todavía no se visualizaba la necesidad de una organización *de clase*, pero la clase ya aparecía organizada dentro de una doctrina que la tenía como protagonista.

Del sansimonismo se desprenden varias corrientes teóricas que llevan la doctrina por andariveles no previstos por los iniciadores. Philippe Buchez busca desarrollar un obrerismo católico y, a instancias suyas, se crea en 1840 la revista *L'Atelier*, escrita exclusivamente por obreros manuales. Esta revista profesa una doctrina pacifista, reformista, y subordina la emancipación del trabajador a la conquista previa del sufragio universal, consigna que levantan ahora los demócratas republicanos. En cierta manera, para *L'Atelier* el obrero es ahora el centro de toda organización, pero con objetivos meramente defensivos: mutualismo, defensa de las condiciones de trabajo y de salario, etc. Desde el punto de vista teórico, empiezan a depender del auge de las ideas del liberalismo radical.

Otro sansimoniano, Louis Blanc, encuentra en la “organización del trabajo” la gran tarea de la época. En resumen, consiste en superar la desocupación y la miseria del trabajador a través de la propuesta de creación de fábricas estatales en cada rama de la producción para competir con la industria privada y forzar los precios a la baja. Su prédica tiene un éxito enorme, al punto de que cuando se produce más tarde la revolución de 1848, Blanc forma parte del gobierno provisional y los obreros, encabezados por banderas rojas, le reclaman al nuevo gobierno que cumpla con aquella consigna: la “organización del trabajo”. Estamos nuevamente en presencia de una idea donde la clase obrera sólo está organizada en la medida en que el Estado lo permite, detrás de una institución económica controlada paritariamente.

Flora Tristán es la primera pensadora socialista que desarrolla la idea de que son los mismos obreros los que están llamados a protagonizar su liberación. “Hermanos, unámonos”, consigna que Flora enarbola en su obra dirigiéndose a los trabajadores, ha sido considerada la anticipación de “Proletarios del mundo, uníos” (Marco, 1993), lema de la Asociación Internacional de Trabajadores. Su intención declarada es “constituir la clase obrera”, y esto significa que la constitución del proletariado no es su instalación económica como oferente de trabajo libre, es decir una constitución como clase en sí, sino que se trata de una constitución política, consciente, con un destino propio y en lucha contra quienes la oprimen. Ya hemos sugerido que la lucha que plantea Flora Tristán es una lucha internacionalista (idea que proviene directamente de Saint-

Simon). Así, afirma que la unión “no debe hacer ninguna distinción entre los obreros nacionales y los obreros y obreras pertenecientes a no importa qué nación de la tierra. Así, para todo individuo considerado extranjero, los beneficios de la Unión serán absolutamente los mismos que para los franceses” (Tristán, 1993: 137). También afirma que la unión obrera deberá extenderse a toda Francia y todas las ciudades europeas que quieran asociarse.

En el resumen con el que finaliza su libro *La unión obrera*, el primer punto expresa: “*Constituir la clase obrera* por medio de una *unión compacta, sólida e indisoluble*”. A diferencia de lo que observamos hoy, en el siglo XXI, cuando la idea misma de “clase obrera” es cuestionada desde diversas ideologías, cuando se intenta disolver la existencia de los asalariados en un sinfín de pequeños grupos sin homogeneidad y sin proyecto, Flora Tristán defendía la necesidad de que el proletariado se constituya como clase para lograr su emancipación política y económica. La clase obrera no estaría constituida por el mero hecho de dejar de ser artesanos o campesinos (proceso que en Francia llevaría todo el siglo XIX), sino a partir de tener conciencia de su rol histórico y de buscar la emancipación por sus propios medios. Con Flora Tristán el trabajador pasa a ser el centro de la lucha política y, para ello, debe constituirse como clase en forma diferenciada del resto de las clases sociales: “Es necesario absolutamente que el pueblo sólo cuente consigo mismo, si él confía sus intereses a los burgueses estará perdido” (Tristán, 1973: 79).

Agregaremos algo más: discute la famosa definición de Saint-Simon de la clase obrera como “la clase más numerosa y más pobre”. Para Flora, debe hablarse de “la clase más numerosa y más útil” (1993: 81), porque la pobreza, afirma, no es una cualidad, en cambio la utilidad es lo que verdaderamente muestra el rol social del proletariado. Aunque no lo desarrolla con una explicación marxista, está aquí prefigurando la idea de que la clase obrera es la clase revolucionaria por el papel que desempeña en la producción, y no por ser la clase más pobre, ya que otras clases (por ejemplo, el campesinado) pueden ser más pobres que la clase obrera en muchos países y momentos diferentes. La “utilidad” de Flora significa que el proletariado es el creador de toda la riqueza social, y que esa utilidad es la que lo pone en un papel central en el liderazgo del resto de clases explotadas por el capital.

Todavía la idea de “emancipación” (tanto de los trabajadores como de las mujeres) permanece en una nebulosa indiferenciada en el futuro y no se sabe cómo se conseguirá ni qué implicancias precisas puede llegar a tener, pero se ha dado el primer paso: concebir que la clase obrera debe constituirse como clase, separarse de las otras clases sociales, lograr una voz propia y tener presencia política en el ámbito de Francia y de

Europa. Los tiempos estaban llamados para que el proletariado hiciera irrupción en la sociedad, Flora fue la primera en plantearlo.

La gira por Francia

La propuesta de Flora Tristán no fue un proyecto teórico ni esperó que el tiempo la consumara. A los 40 años, en 1843, empezó a relacionarse con diversos círculos proletarios y socialistas, publicó su libro *La unión obrera* (que tuvo varias ediciones en los años siguientes) y salió a realizar una gira por toda Francia para ganar adeptos para su causa. Recorrió una veintena de ciudades de su país, entre las que se destacaron las adhesiones logradas en Lyon, Marsella y Toulouse. Tuvo serios problemas con la policía, que le incautaba papeles, le prohibía reuniones o la invitaba a abandonar el pueblo, y muchas veces la prensa burguesa del lugar hacía comentarios ofensivos hacia su obra y, más generalmente, hacia su persona. Nunca faltaban el sarcasmo sexista y la mentira lisa y llana, y en Lyon un diario liberal la acusó de agente del gobierno. Por otra parte, en cada pueblo visitaba las librerías donde se podían vender sus libros: muchos los aceptaban, otros los rechazaban por “peligrosos”. Un librero, en Bordeaux, le confiesa que ha vendido 30 ejemplares y no quiere más, porque su negocio se llena de gente “de blusa y gorrito”, y eso no es de buen tono.

En general, a su llegada se vinculaba directamente con los círculos ya organizados del *compagnonnage*. Flora trataba de que se superaran las disensiones internas de este sector, pero la dificultad mayor consistía en que aquélla no era una organización política sino laboral. En sus reuniones estaba prohibido hablar de política, y Flora debió elaborar distintas estrategias para transmitir su mensaje. El vínculo con el *compagnonnage* es otro hilo más que Flora recoge de la trama deshilachada del movimiento social francés. Toma la organización *efectivamente existente* del semiproletariado artesanal de Francia e intenta transformarla en una organización indiferenciada de trabajadores, con un objetivo de emancipación política. Tuvo la virtud de no buscar la organización en los círculos de estudiantes o literatos sensibles a lo social, como hicieron otros grupos socialistas, sino que se basó en la organización real que todavía tenía el trabajador de oficio, trabajador que se estaba transformando aceleradamente en un ser “libre” que ofrece su trabajo “libre” en el mercado.

De todas formas, Flora no se quedó en los círculos de artesanos: éstos eran los que mejor y más pronto la recibían, pero también estuvieron entre los más reacios a encarar un trabajo político. En cada pueblo intentaba contactar a obreros sin partido, a otros grupos socialistas e incluso se entrevistaba con burgueses y eclesiásticos: Flora

insistía en que los trabajadores, para constituirse como clase, debían poder dialogar con todas las otras clases de la sociedad. Entre los más politizados, Flora se encontró con todos los grupos que actuaban en la Francia de la Monarquía de Julio: fourieristas, comunistas de Étienne Cabet, viejos sansimonianos, comunistas revolucionarios, y también con algunos republicanos, demócratas y radicales, cuyo único credo, según Flora, era tomar el fusil al primer llamado revolucionario y abogar por el sufragio universal.

La reacción más negativa la tuvo entre los fourieristas, a pesar de que ella era amiga de su máximo dirigente, Victor Considerant, y que éste le hubiera publicado un extracto de su obra en el periódico *La Phalange*. Pero el grueso del movimiento estaba conformado por burgueses, a la espera de que otros burgueses se unan al movimiento para poder financiar uno de los famosos falansterios rurales de Fourier. Tampoco se llevó bien con los comunistas de Cabet (llamados icarianos), a pesar de que tanto Flora como Cabet pregonan un socialismo pacífico y reformista. Pero los icarianos creen contar con un proyecto del mundo futuro mucho más acabado que el de Flora, quien sólo habla de una “emancipación” general de obreros y obreras, sin detenerse en la descripción detallada de la sociedad del porvenir. Entre los sansimonianos encuentra buenos partidarios, sobre todo porque tienen una similar sensibilidad por la emancipación de las mujeres. Aun así, la mayoría de éstos han quedado muy desmoralizados por el descrédito en el que cayó el sansimonismo después de la crisis de 1832, donde los principales dirigentes de París fueron ridiculizados públicamente, perseguidos y encarcelados. En cuanto a los comunistas revolucionarios, están más cerca de los radicales republicanos que de los socialistas en general: comparten con los radicales la pasión por las armas y la vacuidad teórica, pero desestiman la lucha por el sufragio y la reforma política.

Más allá de sus adscripciones políticas, Flora Tristán se entrevista con centenares de obreros. En cada ciudad logra organizar reuniones de 20, 30 y hasta 100 obreros. Se queja constantemente del atraso cultural y político del proletariado (salvo de los obreros de Lyon, que son buenos lectores de temas sociales), pero insiste en explicar pacientemente la necesidad imperiosa de que los trabajadores y las trabajadoras se organicen unificadamente en forma nacional. Las reuniones se realizan en casas de obreros, en talleres, en locales de instituciones de diverso tipo. Algunas son prohibidas por la policía, pero en general se pueden desarrollar sin problema. En París se va a fundar un periódico de corta vida, *L'Union*, que seguirá desarrollando las ideas de Flora Tristán. En Lyon, Marsella y Toulouse se crean pequeños grupos de seguidores, siendo el de Marsella el más importante. Toda esta tarea queda en parte truncada por la temprana muerte de Flora, en noviembre de 1844, en la

ciudad de Bordeaux, cuando todavía le quedaban varias ciudades por visitar.³ Su prédica será continuada por quienes la conocieron en vida, en particular por su seguidora más fiel, Eléonore Blanc, a quien Flora conoce en Lyon, y sobre todo por Pauline Roland, quien en medio de la revolución de 1848 organizará y dirigirá el sindicato de maestros.

Pero aunque su vida haya sido corta y sus pensamientos circularan en unos pocos libros, los conceptos quedaban planteados. Algunos dirigentes, grupos de obreros en diversas ciudades, retomarán esas ideas, que entroncarán provisoriamente en el mar de luchas que lleva a la revolución de 1848. Y cada concepto se va convirtiendo en un eslabón más de la cadena ideológica que va construyendo el socialismo y, a la vez, va constituyendo al movimiento obrero como tal.

Feminismo y socialismo

El segundo gran aspecto que debemos analizar entre las ideas de Flora Tristán es su feminismo socialista. Ya hemos dicho que prácticamente se inició en el pensamiento político tras la lectura del libro de Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos de la mujer*, al mismo tiempo que leía a Saint-Simon. En los quince años siguientes, asistió a la eclosión que significó el planteo de emancipación de la mujer por parte de los diferentes grupos socialistas, mientras el liberalismo, en todas sus vertientes, rechazaba cualquier tipo de modificación en la situación legal y social de las mujeres.

El planteamiento generalizado de la situación de inferioridad de la mujer comienza con la revolución francesa. Olympe de Gouges y Condorcet en Francia (Gouges, 2007), Mary Wollstonecraft en Inglaterra (Wollstonecraft, 1998), Theodor von Hippel en Alemania (Evans, 1980: 9), marcan el primer momento en que surge la temática de los derechos de la mujer y un replanteo acerca de la “naturaleza” femenina. El significado de esta primera ola de reflexión sobre la situación de la mujer consiste en un *planteo general* y en cierto modo *abstracto* de los derechos femeninos, concreta y completamente negados tanto por la sociedad que moría como por la que estaba naciendo. “Los derechos de la mujer”, de Olympe de Gouges (2007: 111), denuncia que el varón

3. No están claras las causas de la muerte de Flora Tristán. Desde el comienzo de su periplo, en abril de 1844, Flora se queja en su diario de jaquecas, malestares digestivos y disenteria, a lo que se une el sobreesfuerzo y la mala alimentación. Finalmente cae postrada a fines de octubre de ese año y es alojada en casa de una pareja de ex sansimonianos, donde muere el 11 de noviembre. Eléonore Blanc conservó el diario de esta gira, que recién fue publicado en 1973.

opreme a la mujer, sostiene en forma algo ambigua que ésta debe estar representada en la Asamblea Nacional y reivindica su derecho a “la libertad, la propiedad, la seguridad y, sobre todo, la resistencia a la opresión” (ídem: 115).

El marqués de Condorcet, mucho más avanzado que Olympe de Gouges, propone específicamente la concesión de los derechos cívicos a las mujeres (Condorcet, 2007: 201), en un texto donde destruye, con una lógica arrasadora, todos los argumentos y prejuicios que se oponen a ello.

Mary Wollstonecraft, por su parte, del otro lado de la Mancha, recoge las ideas libertarias de la revolución francesa y reivindica sobre todo el derecho de la mujer a la educación, la cual, afirma, demostrará que la supuesta “naturaleza femenina” no es más que el producto del estado de sometimiento, que la reduce al estado de un animal doméstico y un juguete del hombre (Wollstonecraft, 1998: 10 y 40).

Estos textos *denuncian* la situación de la mujer, pero también hay que tomar en consideración que, en los sucesos revolucionarios, las mujeres tuvieron una participación destacada. Claire Lacombe y Théroigne de Méricourt, por ejemplo, estuvieron en la izquierda jacobina, y la primera dirigió la Sociedad de Mujeres Republicanas Revolucionarias, organización que fue reprimida e ilegalizada por Robespierre.

Pero estas reflexiones, al calor de la revolución en Francia y su contagio al conjunto de Europa, no convirtieron a los liberales en abogados del feminismo ni generaron algún tipo de movimiento más extenso por los derechos de la mujer. Como afirma Pierre Rosanvallon (1992: 136): “A pesar de su ardiente individualismo, los hombres de 1789 no consideran a las mujeres como «verdaderos individuos». Éstas permanecen para ellos encerradas en la esfera de la actividad doméstica, exteriores a la sociedad civil”. El liberalismo mostró en este tema su verdadera cara: más que un planteo abstracto y universal sobre la libertad de los individuos, se evidenció como una doctrina para la libertad exclusiva de los propietarios varones blancos. Ningún grupo liberal planteó (hasta muy avanzado el siglo XIX) la igualdad legal entre varones y mujeres, ni el sufragio femenino, y ese honor le correspondió al socialismo.

Fourieristas y sansimonianos no solamente plantearon la necesidad de una “emancipación de la mujer” sino que además ofrecieron algunas soluciones y generaron un movimiento de mujeres del cual surgió, pocos años después, la palabra “feminismo”, en francés. El primero de todos es Charles Fourier, quien vinculó la situación de la mujer a la evolución social: “Los progresos sociales y cambios de período se operan en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad; y las decadencias de orden social se operan en razón del amenguamiento de libertad de las mujeres. [...] La extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general

de todos los progresos sociales” (Fourier, 1946: 243). Es decir que la opresión de la mujer era (es) el índice que nos permite medir el grado de civilización y de progreso de una sociedad.⁴

Pero más importante que las derivaciones dentro del fourierismo fueron las elaboraciones que se realizaron en el otro grupo protosocialista francés, el de los sansimonianos. Prosper Enfantin, uno de los líderes de este grupo tras la muerte del maestro en 1825, lee a Fourier y, a partir de 1831, reivindica para las mujeres, dentro de su movimiento, un papel similar y al mismo nivel que los varones, abogando a la vez por la “emancipación de la mujer” y por la “rehabilitación de la carne” (Charléty, 1969: 135).⁵ El sansimonismo planteó que, a diferencia del catolicismo, encabezado por un “padre”, la religión sansimoniana debía estar dirigida por un “padre” y una “madre”. A partir de esta reivindicación, el sansimonismo fue el primer grupo político que incorporó mujeres tanto en sus organismos de base como en los niveles de dirección. Entre las más conocidas, podemos nombrar a Claire Bazard, Eugenie Niboyet (una de las que lideraba los grupos proletarios), Euphrasie Rodrigues, Cécile Fournel, Aglaé Saint-Hilaire.

Pero un grupo de mujeres, particularmente, toma estas ideas para darles un curso concreto y empieza a publicar un periódico quincenal, *La Femme Libre*, que desde el primer número debe cambiar su nombre por *L’Apostolat des Femmes*, y al año siguiente *Tribune des Femmes*. Lo dirigen Marie-Reine Guindorf, Suzanne Voilquin y Désirée Veret y aparece entre 1832 y 1834. En su primer número, realizan un “Llamamiento a las mujeres”:

Cuando todos los pueblos se agitan en nombre de la *Libertad*, y el proletario reclama su liberación, ¿nosotras, las mujeres, seguiremos pasivas frente a este gran movimiento de emancipación social que se opera frente a nuestros ojos? ¿Nuestra suerte es tan feliz, que no tenemos nada que reclamar? La mujer, hasta el presente, ha sido explotada, tiranizada. Esta tiranía, esta explotación, debe cesar. Nacimos libres como el hombre, y la mitad del género humano no puede ser, sin injusticia, sometida al otro. Comprendamos nuestros derechos; comprendamos nuestro poder; tenemos el poder de atracción, el poder del encanto, arma irresistible, sepamos emplearlo. Re-

4. Ya comentamos más arriba el folleto de William Thompson y Anna Wheeler, fourieristas ingleses, sobre la emancipación de la mujer.

5. La “rehabilitación de la carne” implicaba una crítica al rechazo de la carnalidad y la sensualidad por parte de la iglesia católica.

chacemos por esposo al hombre que no sea lo suficientemente generoso como para aceptar compartir su poder; no queremos más la fórmula: «Mujer, sé sumisa a tu marido». Queremos el matrimonio según la igualdad... ¡Es mejor el celibato que la esclavitud!» (N° 1, pp. 1-2, traducción propia).

Vemos aquí que la liberación de las mujeres es puesta en relación directa con la emancipación de los trabajadores. Incluso ambos procesos no son vistos como contemporáneos sino que el movimiento femenino debiera preceder al movimiento proletario. El n° 3 está encabezado por un lema que lo aclara: “Con la liberación de la mujer vendrá la liberación del trabajador”.⁶

Este grupo de sansimonianas siguió activando, en la medida de sus posibilidades, por la emancipación femenina, aunque su periódico no duró más de dos años. Superaron en muchos aspectos a las teorías nacidas con la revolución francesa: la mujer ya no sólo tenía derechos abstractos y universales sino que además debía superar los innumerales aspectos en los cuales era legal y realmente inferior al hombre. Las ideas en torno a la igualdad de género no se planteaban como una idea lanzada en el seno de una elite ilustrada sino que se buscaba generar un *movimiento de las propias mujeres* en lucha por cada uno de los aspectos donde no era satisfecha esa igualdad. En el mismo primer número se lo plantea claramente: “Nuestro objetivo es la asociación. Como las mujeres no han tenido hasta ahora ninguna organización que les permita entregarse a algo grande, no han podido ocuparse más que de pequeñeces individuales que las han confinado al aislamiento” (n° 1: 6-7, traducción propia).

Por otra parte, el problema de la mujer es planteado ahora como un problema *político*, y no individual. Quieren para las mujeres el lugar que les corresponde “en el templo, en el Estado y en la familia” (n° 1: 6), consigna que será enunciada repetidas veces en esta publicación. No es un problema de la redacción de la constitución, como en Olympe de Gouges o, en última instancia, también en Condorcet, ni como un problema educativo, como en Wollstonecraft. El sometimiento de la mujer con respecto al varón es un problema que concierne *al conjunto de la sociedad*, y se denuncia al Estado y a los poderes que se cobijan

6. Esta consigna, a nuestro entender, no debe ser considerada con un matiz actual “conservador” (no luchar por la liberación de los trabajadores si no se consigue antes la liberación de las mujeres) sino en un sentido potenciador: la liberación de los obreros está dificultada por el tradicionalismo femenino, combatir este último es ayudar en la emancipación general del pueblo.

en éste como los sostenedores de esa situación. Desde este punto de vista, la emancipación de la mujer es presentada como un objetivo por el cual luchar y que está vinculado estrechamente a otras situaciones de otros grupos sociales que también sufren privaciones, discriminación o explotación. No podemos dejar de anticipar aquí que en 1848 las primeras feministas estadounidenses, en Seneca Falls, unieron la problemática de la mujer al problema de la discriminación racial y la esclavitud (Evans, 1980: 49).

La revolución de 1848 encontrará a casi todas las feministas sansimonianas en la primera línea de batalla por las reivindicaciones de la mujer. Désirée Veret propone una ley de divorcio y participa en la dirección de los talleres nacionales. Pauline Roland es elegida para dirigir la Unión de Maestros y Maestras, por lo cual es encarcelada en 1850 por Luis Bonaparte, y muere al año siguiente por el maltrato sufrido en prisión. Eugénie Niboyet y Jeanne Deroin fundan *La Voix des Femmes* en 1848, y Deroin y Véret sacan a luz un diario, *La Politique des Femmes* (después de dos números, obligadas a cambiar el título por *L'Opinion des Femmes*). Jeanne Deroin, además, denuncia el “sufragio universal” instaurado por la revolución como un “sufragio universal masculino”, siendo la primera que utiliza esa expresión, y en 1849 se presenta como candidata a diputada, a pesar de que las mujeres no tienen permitido ser electoras ni elegibles. Sufre el rechazo no solamente de los poderes y del partido del orden sino también de algunos de sus compañeros de militancia, entre ellos George Sand, temerosos de “hacer el ridículo” frente a la sociedad.

Pero nos hemos adelantado, hablando de la revolución de 1848, que Flora Tristán no conoció. Desde fines de los años 30, Flora se constituye como continuadora de estos planteos: fue amiga de Pauline Roland, a través de la cual conoció a Jeanne Deroin, y tuvo contacto directo con George Sand y con Hortense Allart. Pero sus planteos fueron más allá que el de las iniciadoras sansimonianas.

Discute en primer lugar las teorías discriminatorias sobre la mujer en Aristóteles, en la Biblia cristiana, en el islamismo y en el hinduismo (Tristán, 1993: 110-111). La iglesia, afirma, identificó a la mujer con el pecado, el legislador la sacó de la legislación, el filósofo la tildó de irracional (ídem: 114). “Por lo tanto, se la ha educado para ser una *graciosa muñeca* y una esclava destinada a *distrarla a su dueño y a servirle*” (ídem: 115). Frente a este pensamiento retrógrado, Flora reivindica el gran paso adelante que significó el socialismo para llegar a un planteo de emancipación de las mujeres, retomando las ideas de Enfantin y de Fourier para darles una perspectiva más amplia.

El obrerismo de Flora no la enseguece en cuanto a la situación de la mujer en la clase trabajadora. La miseria genera las peores discordias

en el hogar, empeora aún más la dependencia de la mujer con respecto al marido y generalmente hace de ellas esclavas domésticas. En ese sentido, las mujeres son “la clase más oprimida” (ídem: 103), ya que a la vez que es explotada como trabajadora, es oprimida por el sexo masculino. Esta doble explotación que sufren las mujeres no determina que se las pueda identificar como una clase social aparte: su lucha, aunque sea por el reconocimiento de derechos individuales (y, en ese sentido, una lucha democrática), sólo tiene sentido en el marco de la lucha por la liberación de todos los trabajadores. Sostuvo que “la emancipación de los obreros es imposible en tanto que las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento” (ídem: 130), retomando la idea que ya habían esbozado en *L’Apostolat des Femmes*: la liberación de las mujeres es concebida como una condición de la emancipación obrera. Y no idealiza a las mujeres a las que convoca con su mensaje:

Estas pobres criaturas [...] se enfurecían con el marido y conmigo porque el obrero perdía algunas horas de su tiempo ocupándose de ideas políticas y sociales. [...] Estas mismas mujeres me detestan, hablan horrores de mí y, sin el miedo a la cárcel, serían capaces de llevar su celo hasta el punto de venir a injuriarme a mi casa y pegarme, y todo esto porque yo cometo el gran crimen, dicen, de meter en la cabeza de sus hombres ideas que les obligan a leer, a escribir, a hablar entre ellos, todas ellas cosas inútiles que hacen perder tiempo. (Tristán, 1993: 130-131)

Por eso incluyó en su libro *La unión obrera* un capítulo especial dedicado a las mujeres y, en todo momento, sus propuestas iban dirigidas a los dos géneros. En ese sentido, debemos señalar que es la antecesora de un tipo de enunciación, hoy mucho más extendido, que se preocupa por recordar constantemente la interpelación a los dos géneros (“todos y todas”, “los obreros y las obreras”, etc.), expresión frecuente tanto en sus publicaciones como en el diario de su gira por Francia.

Esta primera época de feminismo socialista no fue pródiga en la elaboración de consignas específicas para el género femenino, pero por su situación personal Flora Tristán fue una firme defensora del derecho al divorcio, tema al que le dedicó un folleto, famoso en su momento. El problema del sufragio quedaba relegado, en su generación y también en Flora, a una reforma política que podría abarcar tanto a varones como a mujeres. Pero la mayoría de los socialistas de la época eran renuentes a involucrarse en la lucha por el sufragio universal (incluso masculino) o en la defensa de derechos individuales o de minorías. Se estaba tratando de denunciar la espantosa miseria en la que estaba sumida el

proletariado y todo tipo de reivindicación democrática era sentida como superflua y burguesa. En ese marco, los derechos de las mujeres eran doblemente silenciados: en parte porque no se comprendía su lucha democrática, en parte porque esa lucha democrática para el mismo género masculino era vista como improcedente. Debieron pasar varios decenios hasta que las feministas socialistas de comienzos del siglo XX procuraron arrebatarle a las sufragistas “burguesas” el estandarte de las reivindicaciones específicas.

Balance

En Flora Tristán se agitan las aguas que van formando la corriente poderosa del socialismo, que tomará una forma sustancial con la Asociación Internacional de Trabajadores. Al igual que sucede con todos los pensadores anteriores a Marx, podemos ver en ella elementos contradictorios, inconclusos, abstractos, en referencia a la gran síntesis que realizó el pensador alemán. Cuando nos acercamos a analizar esta época, nos vemos impelidos a realizar constantes contextualizaciones, de manera de reponer a ojos de los lectores el verdadero cuadro de situación que presenta la época. De otra forma, las ideas son entendidas en marcos teóricos ajenos y extemporáneos y se les puede otorgar una coherencia que en su momento no tuvieron. Esta prevención nos lleva a realizar algunas puntualizaciones.

Como ya se ha dicho, Flora Tristán no era una socialista revolucionaria. Buscó afanosamente que la clase obrera se constituya en un marco pacífico y alejada de las asonadas y los alzamientos. Esta idea, que animaba a la mayoría de las corrientes del socialismo originario, provenía de una experiencia negativa de la clase obrera francesa: en todas las revoluciones los obreros fueron su principal fuerza y su primera víctima, pero jamás habían podido gozar de sus beneficios. Sin embargo, la idea de que los trabajadores deben constituirse como una clase separada del resto de las clases sociales, para poder elaborar su programa propio y con instituciones diferenciadas, en función de una emancipación general de la sociedad, resulta, en su momento, mucho más revolucionario que los intentos insurreccionales dirigidos por una minoría, en desconocimiento total del verdadero proletariado.

Este pacifismo también lo podemos vincular a su admiración por las luchas del pueblo irlandés, en la figura del miembro del Parlamento inglés Daniel O'Connell. Por un lado, Flora Tristán tuvo la perspicacia política (que otros miembros de su generación no tuvieron) de apoyar la lucha de los irlandeses por su liberación, lo cual nos presenta otra faceta de su internacionalismo. Por el otro, no se puede dejar de observar que apoyaba a un representante del reformismo y del gradualismo

independentista, que mantuvo cierta coexistencia amistosa con el poder imperial de Londres.

Flora enmarcaba su prédica en un cristianismo elemental, y su militancia la entendía en términos de apostolado y sacrificio. El ateísmo que prevaleció en el socialismo desde Marx y Bakunin no debe impedirnos observar que todas las corrientes iniciales del socialismo eran cristianas, en alguno u otro sentido, aunque rechazando de plano a las iglesias constituidas (Díaz, 2003). Para Saint-Simon, su doctrina no era más que la aplicación de los preceptos del cristianismo a la política. Fourier desarrolla la “demostración” de la necesidad de una utopía de abundancia (que llama “Armonía”) en la misma bondad de Dios. Las invocaciones a Dios y, sobre todo, a Jesús (que se convierte en una nueva bandera de lucha en los años 40, retomada más adelante por los anarquistas), son frecuentes en Robert Owen, Louis Blanc, Etienne Cabet y Pierre-Joseph Proudhon, sólo por nombrar los más significativos. Flora Tristán no escapaba a esta tendencia. Incluso podríamos agregar que sólo esa concepción de apostolado, donde la persona se sentía llamada a una tarea que superaba las fuerzas del hombre común y donde las adversidades (la falta de medios, las críticas, las burlas, las persecuciones) eran soportadas bajo la forma de un martirologio similar al que debió tolerar Jesús, le permitía a los primeros socialistas difundir su palabra sin caer en la resignación. Fue la “forma” religiosa lo que le permitió a los sansimonianos extenderse por toda Francia, Bélgica, Italia y el occidente de Alemania. La difusión del owenismo en Inglaterra sólo fue posible con el envío de “misioneros” a todas las ciudades de la isla.

Otro aspecto importante a señalar es que las ideas de Flora Tristán no son en absoluto “utópicas”, ni creemos que haya que catalogarlas, más por comodidad que por caracterización, dentro del “socialismo utópico”. Si definimos el utopismo como una teoría que, ante determinados objetivos generales y complejos, plantea soluciones demasiado simples y, por ello mismo, abstractas e infantiles, Flora evidentemente no cabe dentro de ese esquema. Más que plantearse alguna elucubración de máxima envergadura sobre la emancipación de los trabajadores y de las mujeres, centró su accionar (que ella llamó apostolado y nosotros podemos denominar “militancia”) en la constitución del proletariado como clase y su organización a partir de pequeños grupos que abogaran por una unidad firme y cerrada de la totalidad del proletariado, para ir preparando su liberación. Si consideró que su objetivo podía ser rápidamente consumado no fue por “utopismo” sino por ver, del otro lado de la Mancha, que la clase obrera inglesa ya había podido constituirse de esa manera, a través de una serie de luchas teóricas y prácticas, contra la burguesía y su Estado.

La década de 1840 fue un momento muy particular de la historia

de Europa. Las grandes teorías socialistas, de Saint-Simon, Fourier, Owen, ya se habían estrellado contra el muro de la realidad y sus restos, dispersos, conformaban una miríada de grupos que intentaban encontrar un sendero para que el proletariado saliera de la miseria y la ignorancia. Con la gran burguesía liberal en el poder, había surgido un activo movimiento republicano y democrático, que abogaba por el sufragio universal y la democracia representativa, generalmente con el método de la asonada y el motín armado. Otro sector socialista actuaba en consonancia con este último grupo republicano: los blanquistas, los herederos de Babeuf y los incipientes grupos “comunistas”. Conspirativos, revolucionarios y radicales en sus planteos metodológicos, carecían sin embargo de profundidad teórica y tuvieron poco contacto con el proletariado de carne y hueso.

La gran concepción del socialismo moderno estaba naciendo en esa misma década, retomando las mejores tradiciones de los movimientos anteriores. Cada pensador, cada grupo, aportaba su visión unilateral de los fenómenos, para confluír en una corriente común que esperaba a sus ideólogos y a sus organizaciones específicas. Recorrer las huellas dejadas por esos antecesores es la mejor manera de comprender cuánto de novedad y de continuidad hay en la obra de Marx y Engels. A Flora Tristán le cabe un lugar significativo en ese periplo.

Bibliografía

- Armand, F. y R. Maublanc (1996), *Fourier*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Bebel, Augusto (1941), *La mujer y el socialismo*, Buenos Aires: Problemas.
- Charléty, Sébastien (1969), *Historia del sansimonismo*, Madrid: Alianza.
- Claudín, Fernando (1985), *Marx, Engels y la Revolución de 1848*, Madrid: Siglo Veintiuno.
- Cole, G.D.H. (1980), *Historia del pensamiento socialista*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Condorcet (2007), “Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía”, en Olympe de Gouges, ob. cit.
- Démier, Francis (2004), “Les saint-simoniens à la rencontre des ouvriers parisiens au tournant des années 1830”, en Pierre Musso (dir.), *L'actualité du saint-simonisme. Colloque de Cerisy*, París: PUF.
- Díaz, Hernán (2003), “Saint-Simon, del liberalismo al socialismo”, *Razón y Revolución*, 11.
- Dolléans, Édouard (1960), *Historia del movimiento obrero*, tomo 1, Buenos Aires: Eudeba.
- Evans, Richard J. (1980), *Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia, 1840-1920*, Madrid: Siglo Veintiuno.

- Fourier, Charles (1946), *El falansterio*, Buenos Aires: Intermundo.
- Fraisse, Geneviève (1998), "Féminisme", en AA.VV., *Les notions philosophiques*, París: PUF, vol 1.
- Gamba, Susana (2009), *Diccionario de estudios de género y feminismos*, Buenos Aires: Biblos.
- Gouges, Olympe de, *et al.* (2007), *Cuatro mujeres en la Revolución Francesa*, Buenos Aires: Biblos.
- Jardín, André (1998), *Historia del liberalismo político*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Kupchik, Christian (1999), "Flora Tristán", en *El camino de las damas*, Buenos Aires: Planeta.
- Marco, Yolanda (1993), *Feminismo y utopía*, México: Fontamara.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1959), *La sagrada familia y otros escritos* [1845], México: Grijalbo.
- (1979), *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Marx, Karl y Arnold Ruge (1970), *Los Anales Franco-Alemanes*, Barcelona: Martínez Roca.
- Mayer, Gustav (1979), *Friedrich Engels. Biografía*, México: Fondo de Cultura Económica.
- McMillan, James F. (2011), *The Development of Women's Movements, 1789-1914*, University of Strathclyde, <http://www.keele.ac.uk/history/currentgraduates>.
- Mehring, Franz (1967), *Carlos Marx. Historia de su vida*, Barcelona: Grijalbo.
- Picon, Antoine (2002), *Les saint-simoniens*, París: Belin.
- Ranciére, Jacques (2010), *La noche de los proletarios*, Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rosanvallon, Pierre (1992), *Le sacre du citoyen*, París, Gallimard.
- Saint-Simon, Claude Henri conde de (2004), *Nuevo cristianismo* [1825], Buenos Aires: Biblos.
- Sazbón, José (2007), "Figuras y aspectos del feminismo ilustrado", en Olympe de Gouges (2007), *ob. cit.*
- Stuart Mill, John y Harriet Taylor Mill (1973), *Ensayos sobre la igualdad sexual*, Barcelona: Península.
- Tristán, Flora (1946), *Peregrinaciones de una paria* [1838], Lima: Cultura Antártica.
- (1972), *Paseos en Londres* [1840], Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- (1993), *La Unión Obrera* [1843], en Yolanda Marco, *Feminismo y utopía*, *ob. cit.*
- (1973), *Le tour de France* [1844, edición póstuma], París: Tête de Feuille, notas de Jules Puech.
- Vidal, Malena y Adela Reck (2006), "Flora Tristán", en Andrea D'Atri (ed.), *Luchadoras. Historias de mujeres que hicieron historia*, Buenos Aires: IPS.

Wollstonecraft, Mary (1998), *Vindicación de los derechos de la mujer* [1792], Buenos Aires: Perfil.

* * *

Resumen: El artículo analiza el papel cumplido por Flora Tristán en la elaboración de conceptos centrales del socialismo, como son la lucha para que la clase obrera se constituya como clase organizada y consciente de su rol en la política francesa, y la necesidad de un avance en la liberación de las mujeres, como parte de la lucha política por la emancipación general de la sociedad. Para ello se analiza, por un lado, la propia obra escrita de Flora Tristán y, por el otro, se vincula su pensamiento con la trama abierta por las corrientes socialistas y feministas de Francia y de Inglaterra, desde la Restauración de 1815 hasta las vísperas de la revolución de 1848.

Palabras clave: Flora Tristán – feminismo – socialismo premarxista – Francia – siglo XIX

Abstract: The article analyzes the role played by Flora Tristan in the development of central concepts of socialism, such as the fight to constitute the working class as an organized and conscious force in French politics, and the need to promote a step forward in women's liberation as part of the political struggle for general emancipation of society. We examine, on the one hand, Flora Tristan works, and, on the other, the links between her thought and socialist and feminist currents in France and England, from the Restoration of 1815 until the eve of the 1848 revolution.

Keywords: Flora Tristán – feminism – premarxist socialism – France – Nineteenth century

Recepción: 21 de junio de 2012 – **Aprobación:** 3 de agosto de 2012

PERFILES

David Montgomery (1927-2011)

Ludmila Scheinkman

El pasado 2 de diciembre fallecía, a los 84 años de edad, el historiador David Montgomery, eminente representante de la *New Labor History* norteamericana. El presente artículo se propone analizar su trayectoria político-intelectual así como sus principales trabajos, señalando aquellos aspectos de su obra, escasamente difundida en nuestro país, que consideramos de vigencia, actualidad y relevancia tanto en lo metodológico, como para reflexionar sobre la agenda de investigación. Junto a sus planteos e hipótesis específicas sobre la historia de los trabajadores y el movimiento obrero norteamericano de fines de siglo XIX y principios del XX, pretendemos destacar aquí la envergadura de su empresa teórico-intelectual y política.

Los años en la fábrica y en el PC

Nacido en 1927 en Bryn Mawr, Pennsylvania, Montgomery sirvió en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército durante la Segunda Guerra Mundial. Asistió luego a Swarthmore College en Pensilvania donde se graduó en 1950 con los más altos honores con un título de pregrado en Ciencias Políticas. Como él mismo señala en una entrevista, refiriéndose a sus años de juventud, no provenía de una familia de izquierda pero siempre tuvo un interés político, razón por la cual estudió ciencias políticas con la idea de que allí podría aprender “algunas formas en las que se pudiera transformar este mundo. Desde la infancia, me había acosado la antigua pregunta: ¿por qué los que trabajan más duro son los que menos ganan?” (Buhle y Naison, 1980: 47).¹ Sin embargo, lejos de con-

1. Las traducciones de toda la bibliografía en inglés son nuestras. Una versión de esta entrevista fue publicada en una compilación por The Radical Historians Organisation (MAHRO), véase Abelove *et al.* (1984).

tinuar una carrera académica, los años 50 lo encuentran trabajando como maquinista, destacándose como activista en la organización de base en las fábricas. Se involucró en la actividad sindical como miembro activo del Sindicato de Trabajadores Eléctricos Unidos y la Asociación Internacional de Maquinistas y ocupó numerosos cargos gremiales, entre ellos delegado sindical, miembro del comité legislativo y miembro del comité ejecutivo local.

También fue por estos años, en 1951, que ingresó en el Partido Comunista (PC) de los Estados Unidos, si bien era una época de decadencia y conflicto interno en el seno del mismo. Las posiciones del PC sobre asuntos internacionales, justicia racial y sindicalismo lo impulsaron a integrar sus filas, en las que encontró un espacio político desde donde mantener una actividad vinculada al trabajo cotidiano a nivel de la fábrica, para intervenir y lograr una influencia sobre los trabajadores, más allá de las políticas del partido (Buhle y Naison, 1980: 39), si bien serían estas últimas las que lo llevarían a distanciarse.

El historiador Jon Wiener, en el obituario que escribió para *The Nation*, señala que fue la fuerte represión macartista la que llevaría a Montgomery a abandonar las fábricas y dedicarse a la historia. Tras las persecuciones del FBI y los despidos sufridos, “Finalmente (...) el único trabajo que pude conseguir era en un taller donde sólo trabajaba un obrero. Lo incorporé a la unión, pero en este punto me di cuenta que me habían derrotado, así que renuncié y me convertí en historiador” (Wiener, 2011). Fue así que trabajando de maquinista se encontró cada vez más interesado en la historia (Buhle y Naison, 1980: 47).

Esto coincide también con su alejamiento del PC, junto a muchos otros militantes que rompen en el congreso partidario de 1957, a raíz de la invasión a Hungría del año anterior, pero también por un descreimiento ideológico, coincidente con la decadencia del papel y la influencia del partido entre los trabajadores. Si bien este proceso fue análogo al que experimentaban por esos años en Inglaterra los historiadores vinculados al PC británico, en Estados Unidos, por el contrario, aquellos que se alejaron del partido no continuaron ligados como grupo con publicaciones o elaboraciones teóricas en común, sino que siguieron derroteros individuales (Buhle y Naison, 1980: 42). Al igual que sucedió con muchos de sus pares norteamericanos y británicos, la etapa más rica y creativa de su trabajo intelectual comienza a partir de su alejamiento del PC, ya que la vida intelectual oficial del mismo era “sofocante”.

Pero a diferencia de otros decepcionados con el PC, Montgomery se mantuvo en el marco de la izquierda, incluso frente a los embates del posmodernismo y el giro lingüístico. La defensa de los trabajadores como sujeto histórico de transformación, la vigencia de la clase como categoría explicativa de la realidad, el papel del socialismo en esta trans-

formación y la necesidad de la intervención política se sumaron a su acción militante contra la guerra y el armamento nuclear, a los talleres de historia en los sindicatos y a su participación y apoyo en las huelgas universitarias. En suma, mantuvo una amalgama entre compromiso político y trabajo erudito.

Tanto la experiencia en el comunismo como su trabajo en las fábricas influyeron en la elección de su objeto de estudio y su interés por indagar el radicalismo en el movimiento obrero, aspectos que van a recorrer el conjunto de su carrera académica.

Fue así que, expulsado de las fábricas, regresó a la universidad, donde obtuvo su doctorado en historia en la Universidad de Minnesota en 1962. Ejerció como docente 14 años en la Universidad de Pittsburgh y luego en Yale a partir de 1979, habiendo recibido premios a la enseñanza en las dos instituciones. En ambas ciudades siguió apoyando activamente a los sindicatos locales y fue un orador frecuente y participante activo en las movilizaciones contra la guerra de Vietnam. Su tesis doctoral fue la base del primero de sus libros y de más de 85 artículos y capítulos de libros que publicó tanto solo como en coautoría, a la vez que se destacó formando e incentivando a estudiantes y futuros historiadores.

De la historia del movimiento sindical a la historia de los trabajadores: la *New Labor History*

Los años 60 verán en la historiografía norteamericana, como parte de un movimiento más amplio, el ascenso de las ciencias sociales y el surgimiento de una historia social que se propondrá como alternativa a la “vieja” historia política. Mientras que una de sus vertientes se volcó fuertemente hacia la cuantificación y la historia serial, la que nos interesa aquí estuvo más bien inspirada por los desarrollos de los historiadores marxistas británicos y los *annalistas* ocupados en la historia de las mentalidades.

La *labor history* comenzó en los Estados Unidos a inicios del siglo XX de la mano de economistas que impulsaron el estudio de las relaciones laborales en el contexto de la profesionalización de la ciencia económica. Particularmente influyentes fueron los trabajos de John R. Commons y su joven colega, Selig Perlman, quienes entre otros conformaron la “Escuela de Wisconsin”. Ésta se dedicó al estudio de la negociación colectiva y las organizaciones sindicales, es decir a una historia de las instituciones del movimiento obrero. A partir de esto, comenzó a elaborarse una interpretación donde las organizaciones norteamericanas, a diferencia de sus pares europeas, radicales y politizadas, eran vistas como conservadoras y economicistas, orientadas a atemperar los aspectos más duros del capitalismo más que a combatir al sistema en sí.

Estos sindicatos tenían una “conciencia laboral” (*job-consciousness*), pero no una conciencia “socialista”, puesto que rechazaban el marxismo (Norrell, 1990). Implícita en el fondo de estas preocupaciones, estaba una respuesta a la vieja pregunta del sociólogo alemán Werner Sombart de 1905: “¿por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?”.

Frente a esta historiografía es que una generación, la primera de historiadores propiamente dichos, va a proponer en los '60 una “nueva” *labor history*, centrada no ya en el estudio del “movimiento sindical” sino de los “trabajadores”. El cambio no era tan sólo de énfasis. En un artículo seminal, David Brody, uno de sus principales referentes, señalaba que uno de los puntos aglutinantes de la corriente era su crítica a una historia puramente institucional, centrada en el estudio de las organizaciones pero que no tenía en cuenta también a los obreros mismos. (Brody, 1979: 111). Los análisis multi-causales, la interdisciplinariedad y el acercamiento a las ciencias sociales permitieron estos enfoques novedosos, y una explosión de trabajos en el área. El énfasis en el estudio del radicalismo de los trabajadores y la identificación con las eras de insurgencia del pasado (Fink, 1991: 420) llevaron, asimismo, a cuestionar muchos de los presupuestos sobre el “anti-radicalismo” del movimiento obrero norteamericano dando una respuesta novedosa a la paradoja de Sombart, reinterpretaando el significado político de las luchas de los siglos XIX y XX y haciendo énfasis en el radicalismo y valores de la cultura obrera (Kimeldorf y Stepan-Norris, 1992: 513).

La *New Labor History* pasó a ocupar un lugar central en la renovación de la disciplina histórica de la mano de la historia social, plasmada en el acceso de sus historiadores a cargos centrales en las instituciones académicas y la apertura de departamentos dedicados al tema.

Brody identifica dos influjos poderosos de los que se nutrió la corriente. Uno fue político: la radicalización de los años 60 y la vinculación de muchos de estos jóvenes historiadores con la Nueva Izquierda.² Este movimiento operó un desplazamiento en la importancia central otorgada por la izquierda al movimiento obrero, para centrarse en un sujeto disperso –los “nuevos movimientos sociales”– y en iniciativas “contraculturales”. De hecho una línea historiográfica dominante en la *New Labor History* va a ser la trazada por Herbert Gutman, con un enfoque fuertemente cultural que, en lugar de ampliar la mirada, en muchos casos simplemente dejó de lado el estudio de la política y las

2. Esta corriente estuvo conformada mayormente por estudiantes universitarios blancos más o menos radicales o liberales, unidos en la defensa de la democracia, los derechos civiles, los movimientos de reforma universitaria y las protestas contra la Guerra de Vietnam. Conformaban una organización “suelta”, dispersa y sin un programa político aglutinante, por oposición a la “vieja izquierda” partidaria.

organizaciones sindicales. Ésta no fue, no obstante, la línea de Montgomery y otros historiadores, como David Brody y Melvyn Dubofsky, que mantuvieron el foco y el interés en las organizaciones del movimiento obrero. En el caso de Montgomery, su interés por el estudio de los trabajadores se vincula a su ya señalado paso por el PC. Fue crítico de la Nueva Izquierda por su indiferencia hacia el movimiento obrero y su rechazo al papel de los liderazgos políticos (Buhle y Naison, 1980: 51).

En segundo lugar, Brody detalla el fuerte impacto de la obra del historiador británico Edward P. Thompson y del grupo de historiadores vinculados inicialmente al PC británico, con su innovadora propuesta metodológica y la apertura de una nueva agenda de indagación. Ésta se hace sentir fuertemente en el ensayo pionero de Herbert Gutman (1976), "Work, Culture and Society in Industrializing America", uno de los primeros intentos por trascender los límites de la historia sindical (Brody, 1979:111).

Dubofsky (1977) señala también la influencia de la escuela francesa de los *Annales* y su interés por el rol activo de la "gente común" en la historia, por las mentalidades populares, los rituales y el comportamiento colectivo.

Pero debemos destacar que hay elementos particulares que distinguen a la tradición norteamericana. La dirección que estaba tomando la historiografía en otros campos de estudio, en una búsqueda por recuperar la agencia de los hombres y mujeres que habían sido pasados por alto por la historiografía anterior, influyó fuertemente: "La historiografía americana en general estaba «descubriendo» a las mujeres, los negros y las minorías étnicas" (Norrell, 1990: 231), en un dinámica que no puede dejar de vincularse con el auge de los movimientos feministas y por los derechos de los negros. Por eso una de las características de la *New Labor History* va a ser su mayor sensibilidad por los distintos clivajes identitarios que influyeron en la conformación de la clase obrera y sus organizaciones.

Este cruce entre clase, género y etnicidad cobra gran relevancia en la obra de David Montgomery. Los estudios de la comunidad, como en el trabajo pionero de Gutman y el énfasis en los análisis de los trabajadores de base y sus luchas por el "control obrero" en el lugar de trabajo, impulsados por Montgomery, son, según Brody (1979), otras de las particularidades que distinguen a la *New Labor History*. Sus historiadores se preocuparon por dar cuenta de una realidad más compleja, pero tratando de no caer en la fragmentación en tópicos excluyentes (historia urbana, historia de la familia, historia de las mujeres, etc.) como fue común en la "nueva historia" social, sino buscando conservar "la unidad que es esencial para entender la naturaleza humana" (Dubofsky, 1977: 250).

Sin embargo, este peligro estaba presente sobre todo en los enfoques culturales que relegaron la experiencia laboral para centrarse en la comunidad y la cultura: el de caer en una serie de historias particulares –de inmigrantes, de negros, de mujeres, de la comunidad, etc.– que en última instancia serían la historia de aquellos factores que dividieron a la clase obrera (Dubofsky, 1981: 245). Esta línea, exacerbada, lleva implícita una pregunta de fuertes implicancias metodológicas: vistas las múltiples y profundas líneas que dividieron a los trabajadores, ¿es posible seguir hablando de clase obrera? ¿Qué es lo que les dio unidad? Aquí es que nuevamente la experiencia laboral en el lugar de trabajo, las huelgas, la política y los sindicatos entran en el relato. Stanley Aronowitz ha señalado que, si bien el capital divide a los trabajadores de muchas maneras (“cualificados” y “no cualificados”, “intelectuales” y “manuales”, raza, género y sexualidad), una de las intervenciones cruciales del sindicalismo de masas fue insistir en la unidad basada en los intereses comunes de aquellos forzados a trabajar por un salario (1990: 172).

La obra de Montgomery

Los trabajos de Montgomery se orientaron fundamentalmente a reconceptualizar la historia de la clase obrera norteamericana durante el siglo XIX y principios del XX. En su primer libro, *Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans, 1862-1872*, de 1967, aún no se habían hecho sentir los influjos renovadores de la historia social. Se trata de un análisis que combina la historia política con la historia del movimiento obrero, en un intento de aprehender el papel de los trabajadores en la escena nacional moderna, en vinculación con las tensiones raciales y regionales. Allí explora el movimiento obrero durante la etapa de la Reconstrucción posterior a la Guerra Civil y sus efectos sobre los alineamientos políticos del período, con el objetivo de reinterpretar al Republicanismo Radical a partir de este prisma novedoso. A raíz de esto concluye que el avance y desarrollo de la organización obrera y la capacidad de negociación colectiva de los trabajadores conllevó una crisis para los radicales y sus principios, como se muestra en el ejemplo de la lucha por la jornada de ocho horas. El planteo de igualdad ante la ley en una nación unificada no era suficiente para los trabajadores movilizados, quienes, en sus demandas, fueron “más allá de la igualdad”. “Fue en el conflicto de clases, en otras palabras, donde los sueños radicales encallaron y naufragaron” (Montgomery, 1967: X).

Diversos aspectos de esta tesis han sido discutidos. Varios autores han marcado que se trata de un planteo sumamente aventurado y original, para el que falta, sin embargo, cierto sustento empírico, ya que el grueso del libro se dedica al movimiento obrero, pero no profundiza en

el análisis de los “republicanos radicales”: quiénes eran, cuáles eran sus principios e ideas respecto de los trabajadores, etc. (Mandel, 1968; Cox, 1968; Current, 1968). No obstante, se destaca la validez metodológica de una aproximación que pretendió integrar a los trabajadores en el escenario mayor de la política. Como señala Montgomery en la entrevista a la *Radical History Review*: “Si bien mi especialidad es la historia de la clase obrera, el tema que intento abordar es la historia del capitalismo (...) *Beyond Equality* se centró en la etapa de la Reconstrucción porque esa época me ofrecía una entrada para aprehender el impacto de los trabajadores norteamericanos en las corrientes principales de la vida política nacional. Éste ha sido mi interés central desde entonces” (Buhle y Naisson, 1980: 48).

Montgomery se colocará ya en la órbita de la historia social a partir de su estadia en Inglaterra. Entre 1967 y 1969 enseñó en la Universidad de Warwick, donde colaboró con E. P. Thompson para establecer el Centro para el Estudio de Historia Social, y fue profesor de historia de Norteamérica entre 1986 y 1987 en Oxford. Viró entonces su interés hacia el ascenso y caída de la militancia laboral a fines de siglo XIX y principios del XX. En *Workers' Control in America* (1979) analizó cómo distintos grupos de trabajadores industriales cualificados –obreros metalúrgicos y mineros, entre otros– trataron de “controlar” la naturaleza y ritmos laborales, y cómo su poder en el lugar de trabajo fue gradualmente erosionado por la mecanización y la introducción de sistemas burocratizados de administración en las fábricas. Esta obra, uno de sus trabajos más importantes, reviste especial importancia para los lectores locales ya que se halla traducida al español, editada en 1985 bajo el título *El control obrero en Estados Unidos: estudios sobre la historia del trabajo, la tecnología y las luchas obreras*. Montgomery se centra aquí en los conflictos y las luchas –a veces silenciosas y veladas, otras abiertas, como en las huelgas– de los trabajadores con tradiciones de oficio a fines del siglo XIX frente a los embates de los empresarios. Los trabajadores cualificados habrían enfrentado al individualismo burgués, consumista y competitivo con un “código moral” igualitario.

Esta hipótesis ha sido discutida entre otros por Dubofsky (1981) quien ha planteado el interrogante de cómo ponderar hasta qué punto este código moral era mayoritario entre los trabajadores, puesto que en su mayoría no se habían incorporado a las uniones y sindicatos donde este ideal “colectivista” habría primado. Crítica similar realiza el autor respecto de la “resistencia al capitalismo” entre los inmigrantes. ¿No habrían estado, en su mayoría, más preocupados por aumentar sus salarios y adquirir propiedades (particularmente viviendas)? (Ver también Patterson, 1982: 744 y Perlman, 1980: 658).

La influencia de la obra de Harry Braverman, con su atención al

proceso de trabajo y el análisis del espacio laboral, sale a la luz cuando Montgomery analiza la inserción, a principios del siglo XX, de los trabajadores inmigrantes –e incluso las mujeres– en los trabajos menos cualificados y más mecanizados. Los intentos patronales de quebrar un estilo de vida esencialmente rural para conformar una fuerza de trabajo capaz y disciplinada muestran que ésta, no obstante, desarrolló también una tendencia a la huelga, una resistencia al trabajo y una actitud poco “cooperativa” con la patronal. El autor trabaja luego la década del 20, cuando se logra finalmente imponer esta nueva racionalidad en las fábricas y el poder de las organizaciones sindicales disminuye. Los trabajadores, desprotegidos, logran de todos modos expresar a través de distintas estrategias su disconformidad con el sistema fabril. Este orden de cosas se vería transformado sustancialmente a raíz de la depresión económica y el *New Deal*, que conllevó un importante papel para las acciones de los trabajadores en los 30.

Montgomery introduce aquí la importancia central de la acción (o inacción) del Estado en las relaciones entre trabajo y capital. La acción coercitiva en los 20, “el último bastión de defensa” del poder de las patronales (Montgomery, 1979: 158), se va a transformar en los 30 para garantizar la emergencia de un sindicalismo estable y seguro en las industrias de producción masiva; esto, en último término, aquietó y desmovilizó al movimiento obrero. Es que a partir del *New Deal* y en la segunda posguerra el Estado va a aparecer con una fuerte intervención para garantizar la “armonía”. El diagnóstico de Montgomery es, de todos modos, optimista: los trabajadores debían tornar a la acción política para defenderse y avanzar en sus intereses. Frente a visiones pesimistas que destacaban el conservadurismo de la clase obrera (Brody, 1993), nuestro autor confiaba, de forma un poco ilusa, en que los impulsos radicales de los trabajadores hacia el control del lugar de trabajo y los sindicatos llevarían a una ruptura con la fórmula del *New Deal* (Montgomery, 1979: 175). Ruptura que no obstante no se produciría.

The Fall of the House of Labor: The Workplace, the State and American Labor Activism, 1865-1925 es sin duda su obra principal, lamentablemente no traducida al español. Candidato finalista al Premio Pulitzer en la categoría de no ficción en 1989, en este trabajo Montgomery amplía su rango de análisis para incluir no sólo a los trabajadores cualificados, sino también a los operarios, los jornaleros y los trabajadores manuales no cualificados que construyeron los ferrocarriles, los subterráneos y los sistemas de alcantarillado en la época. Se trata también de una obra no tanto de los sindicatos y conflictos laborales, como de los hombres y mujeres en el lugar de trabajo: trabajadores cualificados, masculinos y nativos (particularmente en las industrias del hierro y el acero), jornaleros inmigrantes y afro-americanos, operarias mujeres en la industria

textil y del vestido. Allí recorre no sólo la experiencia de la American Federation of Labor (AFL) sino las otras “mansiones” o “casas del trabajo” de los obreros norteamericanos (socialistas, católicos y anarquistas) desde 1880 hasta los años 20, cuando con la asistencia del Estado nacional, las patronales lanzaron un feroz asalto contra las prerrogativas de los trabajadores. En la década de 1920, concluye, la América moderna había sido creada por las protestas de sus trabajadores.

Diferentes aspectos de la obra han sido comentados o criticados por varios autores. Leon Fink (1989) señala que Montgomery asume la visión convencional de la victoria de la administración científica y la “pacificación” del movimiento obrero en los años 20, en lugar de explorar las resistencias. William Lazonick (1989), por su parte, ha advertido que, en un esfuerzo por enfrentarse al determinismo tecnológico de muchos trabajos, Montgomery minimiza el impacto del cambio técnico y no tiene en cuenta sus determinantes sociales (las necesidades del capital). Así, reduce las transformaciones en los medios de producción a cambios en la forma de administración del trabajo (la administración científica propuesta por Taylor) sin analizar los cambios en los medios de producción.

Sin embargo, tanto sus críticos como sus defensores han señalado que esta obra es una referencia ineludible para cualquier estudioso del período. En una narrativa compleja, combina una historia social de la experiencia de los trabajadores en el sitio de trabajo con las interacciones y conflictos con las patronales y el estado. Asimismo, busca vincular este análisis con el marco más amplio de las relaciones entre los centros industriales y las periferias, como parte de la teoría del sistema mundo de Immanuel Wallerstein. Se trata de un relato sensible a las diferencias de género, étnicas y nacionales que operaron como factores de diferenciación interna, y en ocasiones como trabas a la unidad de clase. Tal es así cuando recorre la organización sindical en la industria del hierro, regida por un código ético de conducta que, si por un lado planteaba un desafío al control patronal del lugar de trabajo y una defensa del control obrero, por el otro se definía en términos “masculinos”, étnicos y raciales, ya que aplicaba al hombre blanco, cualificado y nativo. Aunque la mirada de Montgomery es empática, no omite ni evade los aspectos desagradables del movimiento obrero norteamericano, si bien tampoco los profundiza. Señala, por ejemplo, la resistencia de la *Amalgamated Association of Iron and Steel Workers* a admitir a los trabajadores negros, finalmente aceptados por su creciente peso numérico (Montgomery, 1987:27), lo que de todos modos no soluciona el problema del racismo. Otro tanto puede decirse de la discriminación a los trabajadores inmigrantes (ubicados en los peores trabajos, menos cualificados y peor pagos) por sus propios pares; éstos se resistían y oponían también al

ingreso de las mujeres en la industria (ya que a medida que avanzaba la mecanización no era necesaria ni la fuerza ni la destreza), con el argumento de que “robaban” el trabajo a los hombres. De todos modos Montgomery logra mostrar los intentos por superar aquellas divisiones en pos de configurar una unidad de la clase obrera sobre la base de una experiencia común en los lugares de trabajo.

En *Citizen Worker...*, profundiza la paradoja que, para los trabajadores norteamericanos, significó la ampliación de la ciudadanía política en el siglo XIX (la democracia) junto a la libertad de mercado: lejos de reforzarse mutuamente, fueron en desmedro una de otra. Mientras los trabajadores adquirían derechos cívicos, se restringía su poder colectivo, se constreñía su acción política a la participación electoral y se reforzaba el poder coercitivo policial tanto dentro como fuera del lugar de trabajo.

Ha sido señalado que tanto la fuerza como la debilidad del libro se halla en la poderosa exposición de esta paradoja constitutiva de la economía política de la democracia burguesa. Mientras Olivier Zunz (1995: 399) considera que el relato es unicausal, ya que responsabiliza exclusivamente por esta situación al capitalismo y sus cosificadas y abstractas “fuerzas del mercado” (restando agencia y responsabilidad a los mismos trabajadores por su racismo y sexismo), Bryan D. Palmer considera que se trata de un cuestionamiento “a la vez elegantemente simple y tentador que lo abarca todo” (1995: 234).

Los límites de la *New Labor History*

Estos enfoques, con todo lo que han aportado, también han sido objeto de críticas que han señalado algunos de sus límites. La crítica “externa” ha provenido de investigadores, tanto de izquierda como de derecha, que no compartían sus presupuestos (Bogue, 1986: 143). En el primer grupo podemos mencionar las críticas a Montgomery por parte de Mark Perlman, economista especializado en el estudio del movimiento obrero y no casualmente hijo de Selig Perlman. Este acusa a Montgomery y a los historiadores de la “nueva” *Labor History* (a la que considera ni nueva ni renovadora) de “predicadores” que realizan análisis “prescriptivos” y románticos sin la suficiente base empírica y con una evidente “inclinación por la defensa”, más que por el análisis (Perlman, 1980). Rowland Berthoff, por su parte, en “Writing a history of things left out”, señala que las “nuevas” historias revisionistas, tratando de cubrir los “baches” en los relatos de la historia norteamericana, han trasplantado conceptos e ideas de otros contextos (particularmente, de los historiadores marxistas británicos) con escasa base empírica para sostenerlos y han tenido grandes dificultades en armar un relato coherente con los

elementos y producciones dispares y disyuntivos que han “traído a la luz”. El autor descarta de plano los intentos incoherentes de la “Nueva Izquierda jeffersoniana-anarquista-marxista-maoísta y radical” (Berthoff, 1986: 11) de encontrar un proletariado “marxista” a la europea en norteamérica, ya que “seis décadas de recurrente depresión y desempleo no fueron suficientes para convertirlos [a los trabajadores] a la solución marxista. (...) No sorprende que su historia resista cualquier revisionismo que insista en la lucha de clases” (Berthoff, 1986: 14). La empresa intelectual pasa, al contrario, por reconstruir la ideología “igualitarista” propiamente norteamericana, dejando de lado los conceptos foráneos y los métodos populistas de la “historia de abajo hacia arriba”.

Desde la izquierda, Elizabeth Fox-Genovese y Eugene Genovese han señalado, en 1976, que la fascinación por lo “popular” hizo a estos historiadores perder de vista el problema principal: el del poder político. Lawrence Mc Donnell, por su parte, indicaba que tanto Gutman como Montgomery subestimaban el poder del capital, y Gavin Wright la insuficiente atención prestada a los problemas económicos y el mercado de trabajo.³

Por otro lado, podemos destacar la crítica “interna” de los propios *New Labor historians*. Ellos han sido los primeros en señalar su propia incapacidad de elaborar, a partir de las distintas investigaciones realizadas, una síntesis integral que pudiera reemplazar las grandes narrativas de Commons-Perlman. Si bien este diagnóstico era compartido, las divergencias surgían en torno al carácter de la síntesis: ¿debía tratarse de una “nueva” historia del movimiento obrero, como sostenían Brody y Montgomery, o de una “nueva” historia nacional que los incluyera (Gutman)? ¿Debía esta historia partir de los aspectos económicos (Brody) o de las clases y sus luchas (Montgomery)?⁴ Apartarse de los claros marcos narrativos de la historia sindical conllevaba la complejidad de elaborar dicha síntesis a partir de la miríada de estudios locales y la variabilidad de la experiencia obrera traídas a la luz por esta historiografía (Brody, 1979: 122).

Otra crítica importante, frente al peligro de caer en un culturalismo al estilo de Gutman, se refiere a la necesidad de reincorporar al sindicalismo y la política al análisis. Howard Kimeldorf (1991) lo ha puesto de relieve en “Bringing the Unions Back In (Or Why We Need a New Old Labor History)”, y Gerald Friedman ha criticado a Gutman por impulsar el estudio de los trabajadores centrándose en las cambiantes actitudes populares pero sin tener en cuenta su involucramiento en

3. Una reseña de este debate se encuentra en Norrell (1990: 232-233).

4. Ronald Schatz (1984) ha sintetizado este debate.

estructuras sindicales formales u otras instituciones (Friedman, 2001: 228). Peter J. Rachleff ha señalado que Gutman entiende el conflicto de clases como un choque de expectativas y valores, más que un conflicto de intereses materiales (Rachleff, 1989: 187). Si algunos historiadores de la *New Labor History* han criticado este culturalismo, otros, por el contrario, abogaron por una profundización en el giro cultural (Buhle y Buhle, 1988).

Otro rango de críticas ha provenido de aquellos especialistas en disciplinas particulares que han acusado, alternativamente a uno u otro autor, de no analizar suficientemente los problemas raciales (ver por ejemplo la crítica de Herbert Hill [1988] a Gutman), el género (ver la crítica de Ileen A. DeVault [1995] a Brody), las divisiones dentro de la clase obrera en general (por ejemplo, la reseña de Olivier Zunz [1995] sobre Montgomery), o de soslayar el peso del racismo y el nativismo, “incómodos” para estos investigadores empáticos con su objeto de estudio (Aronowitz, 1990: 181).

Robert J. Norrell (1990) ha marcado la dificultad de conjugar los marcos analíticos de Montgomery-Gutman para los historiadores del siglo XX y en particular la historia reciente, por el contraste entre el quietismo y conservadurismo del movimiento obrero del presente con las luchas “heroicas” del pasado. Asimismo, ha puntualizado el “romanticismo” de enfoque en que han caído muchas veces. Estas y otras críticas muestran que, si el debate en torno a la *New Labor History* está lejos de cerrarse, tampoco lo está la vigencia de muchas de las líneas de análisis impulsadas bajo su órbita.

Sosteniendo las barricadas

En una entrevista realizada en 1997 titulada sugestivamente “¿Cuál es la importancia de la clase trabajadora hoy en día?”, Montgomery señalaba categóricamente, en un período de retroceso del marxismo académico en general, que él seguía considerando a la clase obrera como un agente importante de cambio histórico, y de allí la necesidad de estudiarla. Cuando, frente a los embates del paradigma del giro cultural, la crisis de la historia social ya era patente, muchos científicos sociales abandonaron el barco pasándose a enfoques culturalistas, particularistas, descreídos de las “grandes narrativas”, fragmentando y diversificando a los “actores” de la historia en una miríada de categorías sin jerarquías ni preeminencias. Sin embargo, Montgomery defendió el estudio de la clase obrera como agente del cambio histórico, entendiendo su propio destino como ligado a la clase de la que siempre se sintió parte. Como señala en la entrevista a la *Radical History Review*: “Nunca tuvimos la más mínima sensación de que estuviéramos escribiendo para

el pueblo trabajador. Nosotros *éramos* los trabajadores de Minnesota escribiendo sobre nosotros mismos” (Buhle y Naisson, 1980: 46).

Si este solo hecho merece destacarse, queremos señalar asimismo su defensa de la compatibilidad entre el compromiso político y el trabajo erudito, de lo cual su propia obra es ejemplo (Abarca, Elisalde y Pozzi, 1997: 38). Su compromiso militante no decayó cuando se hallaba ya lejos de las fábricas y bien posicionado en la institución académica. Siempre fue un organizador de trabajadores, de grupos de derechos civiles, y se destaca particularmente su apoyo a la huelga de los administrativos de Yale de 1984 por el reconocimiento del sindicato, para quienes operó como líder inspirador (Wiener, 2011). El historiador Eric Foner lo recuerda como lo opuesto al académico sentado en la torre de marfil (Foner, 2011): cuando los trabajadores de la empresa Colt de armas de fuego en New Haven (donde se encuentra la Universidad de Yale) entraron en una huelga prolongada, Montgomery se unió a la línea de piquete. En el año 2000, como presidente de la Organización de Historiadores Americanos, trasladó las sesiones de la reunión anual en St. Louis desde el hotel que era sede de la reunión hacia una universidad local, como un acto de solidaridad con los litigantes negros que estaban demandando a la cadena hotelera por sus prácticas discriminatorias.⁵

No sólo es el compromiso, sino también la obra de Montgomery que consideramos valiosa para una historiografía periférica como la nuestra, en particular para aquellos interesados en la historia social del movimiento obrero y los trabajadores. La búsqueda de un enfoque de totalidad, donde se vincule a los trabajadores con las transformaciones en la industria, la administración, los cambios en la estructura empresarial y la organización patronal, y con el desarrollo global del capitalismo, parece una agenda desafiante y digna de tenerse en cuenta. Más allá de las críticas (y autocríticas) de los *New Labor historians* a su incapacidad de producir una obra de síntesis, la aspiración a explicar los “grandes problemas” e integrar la historia de los trabajadores en la

5. Esto no debe opacar, sin embargo, el agudo aislamiento de los “radical historians” respecto del movimiento obrero, aspecto que ha sido señalado repetidamente (Aronowitz, 1990; Brody, 1993; Norrell, 1990). Es que, “paradójicamente”, la búsqueda de la *New Labor History* por recuperar los antecedentes del radicalismo y las luchas del movimiento obrero del pasado se daba en un contexto de fuerte quietismo y conservadurismo del movimiento obrero norteamericano. David Brody señala que esta búsqueda se hallaba relacionada, probablemente, con la necesidad de encontrar en el pasado ciertas claves que permitieran a estos historiadores comprometidos con una política radical “tener algo que decir que pudiera ayudarnos” a solucionar las crisis del presente: por ejemplo, Montgomery desarrollaba sus investigaciones sobre el “control obrero” justamente en oposición a las formas de negociación colectiva de ese entonces (Brody, 1993: 14-17).

historia más general de la nación y el “sistema mundo” en su conjunto es una preocupación constante en la obra de Montgomery.

Lo mismo puede decirse de la atención prestada al proceso laboral, al análisis del sitio de trabajo y las experiencias “de base”, que son también hoy líneas vigentes de trabajo, fructíferas en la historiografía local. La sensibilidad en el enfoque hacia las diferencias de cualificación, raza, género y nacionalidad nos parece por demás fundamental, teniendo en cuenta que se pretende realizar una historia de “los trabajadores”, donde se destaca aquello que les dio unidad y cohesionó (aquello que permite identificar y estudiar a este conglomerado humano como un “grupo social”, es decir una clase), pero también los obstáculos en ese camino. No se trata de una historia de las mujeres, ni de una historia de los inmigrantes, ni de una historia de los afro-americanos. Como señala Bryan D. Palmer, el autor se sumerge en las texturas de la vida obrera, pero “no va a satisfacer a todos: en su implacable foco en la clase, hay muchos que ven a las mujeres desplazadas, al género dejado de lado con demasiada facilidad, y la raza y la etnicidad acomodadas a las solidaridades del trabajo. Sin embargo, la comprensión de Montgomery es más abierta a estos aspectos de la identidad de clase que lo que sus críticos reconocen, y si su definición de clase tiene sus raíces en el lugar de trabajo, no menosprecia los hogares, calles, barrios y escuelas. Reconoce que todas estas esferas están realmente interconectadas. Y deja hablar a muchas voces en el relato” (Palmer, 1995: 234).

A diferencia de la tradición norteamericana, donde estos aspectos han adquirido grandes desarrollos e incluso una autonomía temática propia, nuestra historiografía local ha sido reacia a incorporarlos, y esto es particularmente así en el caso de los historiadores del movimiento obrero, los trabajadores y las izquierdas. Si en los Estados Unidos, por el vigor de estas tradiciones intelectuales, estos clivajes no podían –ni querían– ser soslayados por la historia obrera, aquí ésta ha sido fuertemente reactiva, y la crítica no ha tenido tal intensidad, siendo ignorada en la mayoría de los casos.

De todos modos, la visión excesivamente empática de Montgomery se torna por momentos condescendiente, con un cierto sesgo populista y una tendencia a ceder a la “clase en sí”; no son menores las críticas que señalan que subestima el peso de las divisiones en la clase obrera norteamericana al diluirlas en las “experiencias de la clase”, cuando estas divisiones actuaron (y actúan). El racismo y las diferencias étnicas fueron una política de la clase dominante para dividir a los trabajadores. Es un “fracaso” del sindicalismo norteamericano y de la mayoría de las direcciones de los trabajadores no haber superado en el plano sindical y político la división impuesta en las fábricas.

Asimismo, el peso puesto en el análisis de la experiencia de la clase

obrero, la vida en las fábricas, etc., no debe opacar la necesidad de explicar la interrelación, profunda hasta la Segunda Guerra, que establecieron los trabajadores con las corrientes políticas de la izquierda, así como el peso de las políticas estatales y patronales para dividir sus filas por medio de la discriminación y el racismo. Y, por lo tanto, los límites de las políticas de las corrientes que influyeron a los trabajadores para superar estas divisiones. Por esto mismo es sintomático que Montgomery no haya abordado en profundidad la influencia del *New Deal*, cuando la clase obrera se volvió más conservadora, sobre todo después de la Segunda Guerra. Es que, de hecho los trabajadores no “rompieron” con el *New Deal*, sino con los movimientos que cuestionaron al capital, con las tendencias a la militancia de base y los *sit-downs* de 1936-1937, hasta el surgimiento del CIO (Congress of Industrial Organizations). Las dos guerras moldearon al movimiento obrero en tanto pusieron a prueba su cooptación al régimen y al estado, y frente a la Segunda Guerra, la prueba no fue superada por las direcciones sindicales. Asimismo, el *New Deal* sentó las bases materiales para la adhesión de un sector de la clase obrera al “sueño americano” y la exclusión de las amplias masas; de esto se deriva la importancia del análisis de las corrientes que dirigieron a la clase obrera, y cuánto cedieron a este sector.

En un punto, entonces, la “paradoja de Sombart” aún merece ser explicada. La propuesta de Montgomery, a través de las luchas, los valores y la cultura de la clase obrera, debe ser puesta en relación con un análisis de las opciones políticas del movimiento obrero, su relación con los regímenes y con el Estado y los procesos de cooptación de las direcciones sindicales.

Por un lado, la rica tradición de crítica y debate de nuestros pares del norte nos parece de urgente necesidad en el medio local donde abunda la crítica elogiosa y escasea el debate fraterno y fecundo de ideas, posiciones y metodologías. Pero por otro lado nos parece que, si algunos aspectos del proyecto historiográfico de Montgomery tienen en la actualidad una vigencia evidente, otras cuestiones nos quedan planteadas como problemáticas a pensar no sólo desde la clase obrera norteamericana sino para la reflexión en el marco de la historiografía local.

Bibliografía

- Abarca Graciela, Roberto Elisalde y Pablo Pozzi (1997), “¿Cuál es la importancia de la clase trabajadora hoy en día? Entrevista con David Montgomery”, *Taller. Revista de Cultura, Sociedad y Política*, Vol. 2, n° 4, agosto, Buenos Aires: Asociación de Estudios de Cultura y Sociedad, pp. 30-44.
- Abelove, Henry, Betsy Blackmar, Peter Dimock y Jonathan Schneer (1984), *Visions of History*, New York: Pantheon Books-MAHRO.

- Aronowitz, Stanley (1990), "Writing Labor's History", *Social Text*, n° 25/26: Duke University Press, pp. 171-195.
- Berthoff, Rowland (1986), "Writing a History of Things Left Out", *Reviews in American History*, Vol. 14, n° 1, marzo, The Johns Hopkins University Press, pp. 1-16.
- Bogue, Allan G. (1986), "Systematic Revisionism and a Generation of Ferment in American History", *Journal of Contemporary History*, Vol. 21, n° 2, abril, Twentieth Anniversary Issue, Sage Publications, pp. 135-162.
- Brody, David (1977) "Review of *Work, Culture, and Society in Industrializing America: Essays in American Working-Class and Social History* by Herbert G. Gutman", *The American Historical Review*, Vol. 82, n° 1, febrero, The University of Chicago Press, pp. 195-196.
- (1979), "The Old Labor History and the New: In Search of an American Working Class", *Labor History*, Vol. 20, invierno, Routledge, pp. 11-26.
 - (1993), "Reconciling the Old Labor History and the New", *The Pacific Historical Review*, Vol. 62, n° 1, febrero, University of California Press, pp. 1-18.
- Buhle, Mary Jo y Paul Buhle (1988), "The New Labor History at the Cultural Crossroads", *The Journal of American History*, Vol. 75, n° 1, junio, Organization of American Historians, pp. 151-157.
- Buhle, Paul y Mark Naison (1980), "Once Upon A Shop Floor: An Interview With David Montgomery", *Radical History Review*, Vol. 23, primavera, Washington: Duke University Press, pp. 37-53.
- Cox, LaWanda (1968), "Review of *Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans, 1862-1872* by David Montgomery", *The American Historical Review*, Vol. 74, n° 1, octubre, The University of Chicago Press, pp. 300-301.
- Current, Richard N. (1968), "Review of *Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans, 1862-1872* by David Montgomery", *The Journal of Southern History*, Vol. 34, n° 2, mayo, Southern Historical Association, pp. 312-313.
- DeVault, Ileen A. (1995), "Review of *In Labor's Cause: Main Themes on the History of the American Worker* by David Brody", *The American Historical Review*, Vol. 100, n° 4, octubre, The University of Chicago Press, p. 1286.
- Dubofsky, Melvyn (1977), "The "New" Labor History: Achievements and Failures", *Reviews in American History*, Vol. 5, n° 2, junio, The Johns Hopkins University Press, pp. 249-254.
- (1981), "Hold the Fort: The Dynamics of Twentieth-Century American Working Class History", *Reviews in American History*, Vol. 9, n° 2, junio, The Johns Hopkins University Press, pp. 244-251.
- Fink, Leon (1989), "Review of *The Fall of the House of Labor: The Workplace, the State, and American Labor Activism, 1865-1925* by David Montgomery", *The American Historical Review*, Vol. 94, n° 3, junio, The University of Chicago Press, pp. 881-882.

- (1991), “«Intellectuals» versus «Workers»: Academic Requirements and the Creation of Labor History”, *The American Historical Review*, Vol. 96, n° 2, abril, The University of Chicago Press, pp. 395-421.
- Foner, Eric (2011), “David Montgomery Obituary”, *The Guardian*, December 11, <http://www.guardian.co.uk/books/2011/dec/11/david-montgomery>
- Gutman, Herbert G. (1976), *Work, Culture and Society in Industrializing America: Essays in American Working-Class and Social History*, Nueva York: Kunz.
- Friedman, Gerald (2001), “Review of *Hard Work: The Making of Labor History* by Melvyn Dubofsky”, *The Journal of Economic History*, Vol. 61, n° 1, marzo, Cambridge University Press on behalf of the Economic History Association, pp. 227-229.
- Hill, Herbert (1988), “Myth-Making as Labor History: Herbert Gutman and the United Mine Workers of America”, *International Journal of Politics, Culture, and Society*, Vol. 2, n° 2, invierno, Springer, pp. 132-200.
- Kimeldorf, Howard (1991), “Bringing the Unions Back in (Or Why We Need a New Old labor History)”, con respuestas de Michael Kazin, Alice Kessler-Harris, David Montgomery, Bruce Nelson y Daniel Nelson, *Labor History*, n° 32, pp. 91-129.
- Kimeldorf, Howard y Judith Stepan-Norris (1992), “Historical Studies of Labor Movements in the United States”, *Annual Review of Sociology*, Vol. 18, Annual Reviews, pp. 495-517.
- Lazonick, William (1989), “The Breaking of the American Working Class”, *Reviews in American History*, Vol. 17, n° 2, junio, The Johns Hopkins University Press, pp. 272-283.
- Mandel, Bernard (1968), “Review of *Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans, 1862-1872* by David Montgomery”, *The Journal of American History*, Vol. 55, n° 1, junio, Organization of American Historians, pp. 154-155.
- Montgomery, David (1967), *Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans, 1862-1872*, New York: Knopf.
- (1979), *Workers’ Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles*, New York: Cambridge University Press. [Hay trad. cast.: *El control obrero en Estados Unidos: estudios sobre la historia del trabajo, la tecnología y las luchas obreras*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.]
- (1980) “To Study the People: The American Working Class”, *Labor History*, Vol. 21, otoño, Routledge, pp. 485-512.
- (1987), *The Fall of the House of Labor: The Workplace, the State and American Labor Activism, 1865-1925*, Cambridge University Press.
- (1993), *Citizen Worker: The Experience of Workers in the United States with Democracy and the Free Market during the Nineteenth Century*, New York: Cambridge University Press. [Hay trad. cast.: *El ciudadano trabajador*:

democracia y mercado libre en el siglo XIX norteamericano, México: Instituto Mora, 1993.]

- Norrell, Robert J. (1990), "After Thirty Years of 'New' Labour History, There Is Still no Socialism in Reagan Country", *The Historical Journal*, Vol. 33, n° 1, marzo, Cambridge University Press, pp. 227-238.
- Painter, Nell Irvin (1989), "The *New Labor History* and the Historical Moment", *International Journal of Politics, Culture, and Society*, Vol. 2, n° 3, marzo, Springer, pp. 367-370.
- Patterson, James T. (1982), "Review of *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles* by David Montgomery", *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 12, n° 4, primavera, The MIT Press, pp. 743-744.
- Palmer, Bryan D. (1995), "Review of *Citizen Worker: The Experience of Workers in the United States with Democracy and the Free Market during the Nineteenth Century*, by David Montgomery", *The Journal of American History*, Vol. 82, n° 1, junio, Organization of American Historians, p. 234.
- Perlman, Mark (1980), "Review of *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles* by David Montgomery", *The Journal of Economic History*, Vol. 40, n° 3, septiembre, Cambridge University Press, pp. 656-659.
- Rachleff, Peter J. (1989), "Two Decades of the «New» Labor History", *American Quarterly*, Vol. 41, n° 1, marzo, The Johns Hopkins University Press, pp. 184-189.
- Schatz, Ronald W. (1984), "Labor Historians, Labor Economics, and the Question of Synthesis", *The Journal of American History*, Vol. 71, n° 1, junio, Organization of American Historians, pp. 93-100.
- Wiener, Jon (2011), "David Montgomery, 1927-2011", *The Nation*, December 2, <http://www.thenation.com/blog/164954/david-montgomery-1927-2011>
- Zunz, Olivier (1995), "Review of *Citizen Worker: The Experience of Workers in the United States with Democracy and the Free Market During the Nineteenth Century* by David Montgomery", *Contemporary Sociology*, Vol. 24, n° 4, julio, American Sociological Association, pp. 399-400.

Crítica de libros

Marcel van der Linden, *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History*, Leiden, Brill, 2008, 477 pp.

Workers of the World es una obra ambiciosa. Es, al tiempo que un extenso libro de investigación, la forma en que Marcel van der Linden presenta su propuesta programática para “reconstruir el barco de la historia del trabajo” (p. 359). Desde la introducción en adelante, el autor expondrá los argumentos empíricos y teóricos por los cuales concibe la *Global Labor History* (tal es el nombre de su Programa de Investigación) como la superación de lo que él considera los dos principales obstáculos epistemológicos que arrastran hasta nuestros días los abordajes de la historia del trabajo a nivel mundial: el nacionalismo metodológico y el eurocentrismo. Con esto refiere, por un lado, a la naturalización de considerar al Estado-nación como unidad analítica básica (y en general independiente) de la investigación histórica (*i.e.*, la clase obrera en Inglaterra); por otro, a la tendencia a considerar que las formas que asume la clase obrera de los países capitalistas desarrollados “muestran el camino” de lo que sucederá (o debería suceder) en los países de lo que él denomina *Global South*. Son estos dos pre-juicios los que han llevado, según van der Linden, a una subvaluación de las formas del trabajo y de la acción colectiva de los trabajadores de “the West and the Rest” y por ende, a un empobrecimiento de la historia del trabajo.

Dada esta pretensión de ser un verdadero nuevo punto de partida historiográfico, *Workers of the World* tiene la virtud de ofrecer un buen pantallazo de los principales puntos de llegada de la *Labor History* y de la trayectoria del propio autor. El libro retoma varios nudos temáticos e investigaciones empíricas que pueden encontrarse en trabajos previos como “*Peripheral Labour? Studies in the History of Partial Proletarianization*” (1997) escrito junto a Samir Amin, o en *Class and Other Identities: Gender, Religion and Ethnicity in the Writing of European Labour History*

–*International Studies in Social History*– (2002) publicado junto a Lex Heerma von Voss, o en *Trasnational Labour History –Studies in Labour History*– (2003) que es el único libro del autor editado en español (*Historia Transnacional del Trabajo*, Centro Francisco Tomás y Valiente Editores, Valencia, 2006). Asimismo, el libro es también el resultado del trabajo que van der Linden viene desarrollando en los años más recientes dentro del prestigioso Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, del que es Director desde 2005. La *Global Labor History* se presenta así, como mucho más que una propuesta intelectual del autor, es el programa de investigación en el campo laboral al que apuesta el IISG.

El camino que van der Linden elige para esta reconstrucción del barco de la historia del trabajo es una suerte de “deconstrucción” del concepto de clase obrera de origen marxista. En esta elección hay, al mismo tiempo, una crítica a lo que considera una estrechez del concepto, y un explícito reconocimiento a Marx debido que “su análisis todavía es el mejor que tenemos” (p.18). Así, van der Linden, se lanza a una reconstrucción de la definición de clase trabajadora basándose en la recopilación exhaustiva de centenas de casos empíricos tomados de un período de observación que no establece límites temporales ni geográficos.

Para recorrer este camino, dividirá el libro en tres bloques. El primero, “Conceptualizaciones” (que abarca los capítulos 2, 3 y 4), lo dedica específicamente al intento de demostración del carácter estrecho (y por ende, errado) del concepto de clase trabajadora en Marx, y a su reemplazo (y por ende superación) por lo que considera un concepto “amplio” plasmado en la noción de “trabajadores subalternos”. Su argumento central es que el conjunto de presupuestos de Marx para que exista trabajo asalariado (que el trabajador sea libre, que sea portador y poseedor de fuerza de trabajo y que no tenga más que eso para vender), se cumplen más como excepción que como norma en la historia del trabajo a nivel global. Por el contrario, lo que van der Linden encuentra en su recorrido histórico, que es de gran valor por la cantidad de ejemplos de todas partes del mundo recabados en la investigación, es que la fuerza de trabajo asume diversas formas de mercantilización en las que la *forma asalariada libre* es sólo una de las formas de valor. Esta variedad de formas que asume la mercantilización de la fuerza de trabajo, da origen a distintos tipos de trabajadores cada uno de los cuales presenta distintos grados de autonomía y heteronomía. Desde el trabajador asalariado libre, hasta el esclavo en sentido amplio (*chattel slave*), pasando por el siervo y el auto-empleado, e incorporando las trabajadoras de subsistencia, van der Linden realizará un trabajo de tipificación sistemática que tiene la virtud de presentar una serie de casos transitorios sugerentes para la reflexión. Como dice el autor, “lo anterior tiene implicancias de largo

alcance, si se piensa en profundidad. En verdad, hay una gran clase de personas dentro de la sociedad capitalista, cuya fuerza de trabajo es una mercancía de muchas maneras diferentes. Es por eso que me refiero a la clase de conjunto como trabajadores subalternos. Ellos conforman un grupo variado, incluyendo esclavos, aparceros, pequeños artesanos y asalariados. Es la dinámica histórica de esta «multitud» la que creo que los historiadores del trabajo deben tratar de entender” (p.32).

Dos preguntas surgen de la lectura de este primer bloque. La primera es por qué, si el punto de partida es Marx, van der Linden no referencia los numerosos ejemplos de estas “formas intermedias” que están presentes en diversos pasajes de *El Capital*. Tanto en lo que refiere a la existencia de coacción extraeconómica como forma de reducción del carácter “libre” del intercambio entre compradores y vendedores de fuerza de trabajo, como lo que refiere a formas no dinerarias de salario o combinación de formas dinerarias y no dinerarias, o la supervivencia de casos en que el trabajador posee algunos instrumentos de trabajo, o el análisis de la importancia crucial del trabajo doméstico (no remunerado) en la reproducción de la fuerza de trabajo, son elementos que Marx *no sólo reconoce en su existencia empírica, sino que analiza en su desenvolvimiento (contradictorio) como parte del proceso global de asalariación*. Lo interesante, en Marx y Engels, no es sólo el reconocimiento empírico de estas formas híbridas, sino su explicación teórica a partir de la comprensión de la *ley de desarrollo desigual* como concepto clave contra toda idea mecánica y linealmente evolutiva de expansión del capitalismo a nivel mundial. La ausencia de reflexión sobre este aspecto central de la teoría de Marx resulta en una debilidad teórica del libro, además que debilita claramente la estrategia de Van der Linden de mostrar la existencia histórica y contemporánea de estas “zonas grises” como refutación de tipo empirista del concepto de proletariado de Marx.

La segunda pregunta que surge de la lectura es: si existen estas múltiples formas de mercantilización de la fuerza de trabajo, entre las cuales las diferencias son sólo de grado (y no de calidad) ¿cómo se explica que en la “dinámica histórica de esta multitud” haya sido la *forma asalariada “libre”* (y no otra) la que se impuso de modo tal que hoy los asalariados “libres” son mayoría a nivel mundial? Dicho en términos del autor, si en el capitalismo no hay “preferencia intrínseca” hacia el trabajo asalariado “libre” frente a la esclavitud, ¿cómo se explica que haya sido la primera la que se impuso a nivel global? Es la propia elección teórica del autor la que vuelve imposible responder esta pregunta. Van der Linden decide (y así lo explicita) reflexionar y re-conceptualizar la noción de trabajadores a partir, *exclusivamente*, del ámbito de la circulación y el intercambio (separado del de la producción). De esa forma sucumbe a la indiferenciación entre la mercantilización del *producto del*

trabajo con la mercantilización de la *fuerza de trabajo*, diferenciación sustancial en Marx debido a que de allí surge el plusvalor sin el cual es inexplicable la acumulación de capital. Esta separación artificial entre circulación y producción, hace que la explicación de la imposición de la forma asalariada por el resto de las formas de mercantilización del trabajo quede reducida al argumento clásico de los límites de la esclavitud para el desarrollo de un mercado interno.

En el segundo bloque, compuesto por “Variedades de mutualismo” (capítulos 5 a 8) y “Formas de resistencia” (capítulos 9 a 12), el autor realizará un exhaustivo recorrido por las diversas formas de la acción colectiva de los trabajadores subalternos que se desplegaron en la historia. Al igual que en el bloque anterior, la descripción de múltiples modos de acción colectiva tiene el objetivo de combatir lo que aparecerían como conceptos “naturalizados” en la historiografía del trabajo ligados a la definición estrecha de trabajadores: 1) que el sindicato es la principal forma de organización de los trabajadores, 2) que la huelga es la herramienta de lucha correspondiente al trabajador asalariado “libre”. Contra estas “naturalizaciones”, el autor se sumerge en un rastreo que se destaca por la variedad de fuentes de la historiografía y la antropología que utiliza, y por el enorme esfuerzo de clasificación que realiza a partir de estos numerosos casos. El resultado es, por un lado, la elaboración de una tipología de mutuales que los trabajadores subalternos conforman a los fines de satisfacer diversas necesidades. Tres grandes categorías son señaladas: mutuales de servicios sociales, cooperativas de productores y cooperativas de consumidores. Coherente con el punto de vista de la circulación de mercancías que desplegó en el primer bloque, en éste, el análisis de la acción colectiva también será abordado desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades en el mercado. En lo que a formas de resistencia se refiere, van der Linden establece cuatro categorías principales: huelgas, protestas de consumidores, sindicatos e internacionalismo. Lo que se destaca en esta clasificación es el intento por mostrar que la huelga, lejos de surgir como herramienta de lucha propia del trabajo asalariado, es “una forma muy importante de lucha utilizada por todas las categorías de trabajadores subalternos (...) En cierto sentido, una huelga significa una salida colectiva –no con la intención de abandonar el trabajo para siempre, sino para ejercer presión temporal–. La transición entre «huir» y «luchar por mejores condiciones de trabajo» es en realidad bastante fluida” (p.179). En ese camino, van der Linden interpreta toda interrupción temporaria del trabajo (p. 182), desde la esclavitud hasta nuestros días, como una huelga, lo cual quita toda especificidad al concepto. Por otra parte, el esfuerzo en la búsqueda de variedad de casos en un amplio espectro de tiempo y espacio, termina operando en desmedro de la posibilidad

de establecer relaciones de determinación entre las distintas formas de producir riqueza, y las distintas formas de resistencia. Podríamos decir que si en otro importantísimo libro contemporáneo sobre los trabajadores, *Posición estratégica y fuerza obrera*, John Womack Jr. tiene la virtud de hacer el esfuerzo por establecer la relación entre lo que hacen los trabajadores en el trabajo y su particular fuerza social-colectiva (aunque con cierta tendencia a establecer una relación mecánica), en *Workers of the World* esa relación se diluye dejando la explicación de la acción colectiva librada a una suerte de “lógica interna” de la toma de decisiones de individuos que defienden sus intereses, es decir, una matriz explicativa del tipo de la teoría de la elección racional (*rational choice*) (p. 372).

El tercer y último bloque, “Aportes de disciplinas concomitantes” (capítulos 13 a 15), está dedicado a destacar las “tripulaciones de otros barcos” (*crews of other ships*) cuyos aportes resultaron claves para marcar el rumbo de una nueva Historia Global del Trabajo: la teoría del sistema-mundo de Wallerstein, la “Escuela de Bielefeld” en Alemania y los estudios antropológicos sobre los Iatmul en Papúa-Nueva Guinea. Además de resultar digno de celebración por el espíritu interdisciplinario en una academia aún fuertemente segmentada y con “celos disciplinares”, hay que destacar particularmente el rescate crítico que van der Linden realiza en el capítulo 13 de la teoría de Wallerstein. Es quizás ese capítulo en el que más se despliega un debate teórico en sí mismo. Allí el autor destaca lo que considera los puntos fuertes y los débiles de la teoría del sistema-mundo, al tiempo que recupera las críticas y observaciones de otros teóricos al respecto. En ese ejercicio, recupera la mirada global de Wallerstein respecto del capitalismo y su preocupación por relacionar sus diversos desarrollos, contraponiéndola a una mirada que tiende a ser provinciana o localista en la historiografía (motivo por el cual, como bien señala van der Linden, Wallerstein tiene mucho más peso en la sociología o ciencia política que en la historia), pero crítica, a su vez, lo que considera cierto mecanicismo economicista del autor estadounidense. Es interesante observar que uno de los principales desarrollos teóricos que van der Linden opone al economicismo de Wallerstein, es el de Ernest Mandel (autor desdeñado en la academia por su pertenencia al trotskismo), en la medida en que considera que el abordaje de Mandel sobre el capitalismo abre la puerta a la esfera de la política (la lucha de clases), como esfera de determinación del proceso histórico, por lo que la historia se presenta como un proceso “relativamente abierto” (*relatively open-ended process*). Es en esta discusión, hacia el final del libro, que se explicita una tensión que sobrevuela todos los capítulos pero que no es problematizada abiertamente: la tensión entre lo que van der Linden considera el economicismo de la matriz marxista de las clases

sociales y, el politicismo o subjetivismo (por indeterminación) en que terminan cayendo las respuestas a dicho economicismo, que resultan tributarias, finalmente, del individualismo metodológico. Si esta tensión estuviera puesta de manifiesto como tal en el libro, ayudaría a tratar de equilibrar cierto desdén a las determinaciones económicas que recorre la obra, expresado paradigmáticamente en la subvaluación de la esfera de la producción para una teoría de las clases sociales, y su reemplazo (no combinación) por la esfera de la circulación.

Para finalizar quisiera hacer algunas observaciones generales. *Workers of the World* tiene la enorme virtud de su ambición. Primero, porque navega en las difíciles aguas de la combinación entre investigación empírica y crítica-elaboración conceptual. En una disciplina acosada por el empirismo esta propuesta de van der Linden, se distingue mostrando, además, gran erudición del autor. Segundo, porque la perspectiva de análisis internacional que propone es, *per se*, una crítica hacia unas ciencias sociales académicas cuyo afán por el localismo y el particularismo han derivado en la paradoja de una sumatoria de interpretaciones parciales imposibilitadas de explicaciones globales, justamente cuando la internacionalización de las relaciones sociales ha llegado a su máxima expresión. Tercero, porque su pretensión programática opera como invitación a la reflexión, desnaturalización y contrastación en un campo de investigación como el del desarrollo de la clase trabajadora y sus formas de lucha, en el que la “restauración burguesa” operada durante la década neoliberal, terminó introyectando una especie de “moral de resistencia” que extirpó la discusión estratégica de los estudios de la clase obrera. En un contexto internacional en que la crisis económica es, en buena medida, la crisis del pensamiento del fin de la clase obrera y la posibilidad de la reapertura del debate estratégico sobre sus programas y cursos de acción, la invitación de Marcel van der Linden a la revisión de los presupuestos teóricos de los abordajes de investigación, no puede sino ser celebrada.

Y es quizás, justamente esta “moral de resistencia” que dejaron los noventa y sus tesis anti-obreras, anti-marxistas y sobretodo, anti-revolución, lo que aún marca fuertemente la obra de van der Linden. Su esfuerzo, empírico y conceptual, parece haber caído preso de la operación ideológica que se volvió “sentido común” en la academia neoliberal: un dogmatismo antimarxista llevado adelante en nombre de la “batalla contra el dogmatismo del marxismo”. El concepto de “trabajadores subalternos” al que arriba, pareciera más bien el intento de justificar que los trabajadores existen y son mayoría, antes que de reflexionar sobre su especificidad y potencialidad actuales. El camino de construcción conceptual que elige, fuertemente empirista, redundo en una noción clasificatoria más deudora del individualismo metodológico que del ma-

terialismo histórico. De allí que su objetivo de ampliación de la noción de clase trabajadora se realice a costa de pérdida de determinación, y por ende, de pérdida de capacidad explicativa del concepto. Y de allí también que el concepto de “trabajadores subalternos” resulte en un cierto obstáculo epistemológico para pensar la acción política de esta clase ampliada. Si, como señala el propio autor, el *objetivo político* de la *Global Labor History* es extender la mirada más allá del trabajo bajo el capitalismo para precisar mejor la especificidad del desarrollo capitalista (p. 360), su resultado es, sin embargo, la dificultad que surge del propio concepto de “trabajadores subalternos” para precisar la especificidad del trabajo en el capitalismo y por ende precisar también las estrategias de acción para su destrucción.

Paula Varela (UBA-Conicet)

* * *

Dolors Marin, *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Barcelona, Ariel Historia, 2010, 490 pp.

El texto de Dolors Marin se nos presenta como un trabajo de síntesis en donde se estudian los aspectos menos grandilocuentes de la historia del anarquismo en España. Retomando explícitamente el aporte teórico-metodológico de E. P. Thompson la autora busca rescatar “los fenómenos culturales y vivenciales de los hombres y mujeres que formaron parte intrínseca de la Confederación [Nacional del Trabajo] (CNT)” (p. 11). De esta manera, el libro se encuentra estructurado, en su mayoría, de manera temática, priorizando los años prefranquistas. Nueve capítulos son dedicados a la construcción del anarquismo ibérico de fines del siglo XIX y primera mitad del XX, mientras que los dos restantes se centran en la segunda mitad de ese siglo. El final del libro viene munido con una batería de recursos valiosos, como ser un glosario de términos comunes de la militancia anarquista, una cronología y una decena de apéndices documentales (entre los que destacan la síntesis del acta fundacional de la Federación Anarquista Ibérica –FAI–, y los discursos de Ángel Pestaña y Salvador Seguí).

El análisis propuesto por la autora reúne los siguientes temas: el desarrollo de la CNT, las lenguas planificadas (esperanto e ido), las canciones y los versos, las experiencias socialistas utópicas, las cooperativas de producción y los grupos de afinidad. Los años posteriores a la Guerra Civil se tratan en dos capítulos: uno dedicado a las memorias militantes y otro en el que se sintetizan, para los años de la posdictadura, los temas tratados de manera extensa en las páginas anteriores.

En cuanto al corpus utilizado, la autora recurre a los recursos tradicionales de los historiadores (prensa escrita, memorias de militantes, diversos documentos oficiales como ser censos, etc.) y les adiciona un rico acervo de entrevistas orales realizadas con diversos militantes anarquistas. Esta variedad de fuentes, sumada al uso meditado de las diferentes producciones académicas, le permiten corregir datos mal consignados por diversos autores, como ser la fundación de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y, a la vez, mostrar hasta que nivel la práctica cultural más variada (y menos proletaria en apariencia) era realizada por importantes militantes anarquistas de la CNT.

Anarquistas... es un libro de lectura dificultosa por la exposición realizada por la autora y la estructura general del trabajo. Las ideas fuerza deben ser encontradas a través de una tarea de rastrillaje que obliga a varias relecturas. En este sentido, cada lector debe construir cuál es el objetivo general del libro. Para el que escribe esta reseña, la clave de *Anarquistas...* radica en reponer el entramado emotivo-cultural que permitió la acumulación de fuerzas bajo el ala del anarquismo que redundó en las experiencias revolucionarias vividas durante la Guerra Civil.

El aporte más interesante de *Anarquistas...* es la crítica epistemológica a los trabajos realizados hasta ahora en España. De esta manera, la gran mayoría de los investigadores que han estudiado el movimiento obrero español en general y el anarquismo en particular lo encaran desde una perspectiva netamente política que no llega a otros aspectos de esta experiencia: los emotivo-culturales.

No obstante, en general el trabajo sufre por el desfase entre la metodología invocada y el objeto utilizado. La historia social de raíz thompsoniana estudia la experiencia de una clase en oposición con otra, a través de las luchas sociales. Las tendencias político-sociales deben ser entendidas como diversas orientaciones en su seno, pero que no son, salvo por momentos que deben ser estudiados y de tal modo circunscriptos en el tiempo, expresión cabal de las clases. Marin comete el error de homologar, en demasiadas ocasiones, al anarquismo con la clase obrera. *Anarquistas* es un libro sobre una tendencia político ideológica que se arroga el mérito de estar estudiando a toda una clase, en este sentido vemos la contradicción entre método y objeto.

Un recurrente problema metodológico entre los investigadores sobre el anarquismo se basa en la amplitud de prácticas que se reconocen bajo su bandera. Esta dificultad no es única de los académicos sino que, de manera similar con otras corrientes ideológico-políticas, ha despertado polémicas dentro de las filas del anarquismo. Creemos que ante este problema el único camino válido para el historiador se basa en el estudio pormenorizado de los debates y disputas que atravesaban al movimiento anarquista del período analizado y cuáles fueron sus resultados. Un

enfoque que parta de un a priori construido por el investigador, no importa que tan exacto o justo parezca, no deja de ser una abstracción que deforma nuestra capacidad para entender la complejidad de la realidad estudiada. Este es el caso de Marin, quien opta por entender como anarquista a todo aquel que se reconozca “antiautoritario” (p. 13). Es importante entender que el anarquismo, más allá de algunas corrientes que intencionadamente crean la imagen de una armonía interna, ha conocido disputas intestinas de una fiereza solamente superada por las peleas interburguesas o por las que atravesaron al marxismo en las décadas pos revolución rusa. En este sentido, la labor del historiador es reponer este tejido convulsionado y contradictorio y, por tanto, no debe tomar opciones metodológicas que tiendan a ocultarlo. Un ejemplo de ello es la poca importancia otorgada en *Anarquistas...* a la ruptura *treintista* de la CNT, en la cual se apartaron de la misma algunos de los que fueron los militantes anarquistas más importantes de la década del 20, Ángel Pestaña entre ellos.

En síntesis, *Anarquistas...* se propone de esta manera como un aporte novedoso, ante un panorama historiográfico demasiado ligado a estudiar sucesos políticos y grandes organizaciones, centrándose al contrario en el nivel micro de los militantes de a pie, en las experiencias culturales y en la militancia de género. En este sentido, logra plenamente su objetivo de mostrarnos que los militantes anarquistas no se limitaban al ámbito de la producción o la discusión política, sino que se embarcaban con ahínco en diversas tareas culturales, como eran la difusión de las lenguas planificadas, la construcción de emprendimientos productivos cooperativos y la creación de una nueva literatura. Pero a la vez, *Anarquistas...* no problematiza el porqué estos mismos militantes, acérrimamente clasistas en el sindicato, compartían estas prácticas culturales en ambientes marcadamente policlasistas. El historizar los diversos anarquismos, en vez de unificarlos a todos en una definición amplia, hubiera podido avanzar en explicaciones para estas contradicciones. Por último, creemos que hubiera sido más rico para los objetivos thompsonianos de la obra el estudiar la cultura proletaria en su dimensión histórica, investigando a los diversos anarquismos en relación a su incidencia con el todo, pero también analizando los aportes del socialismo, el comunismo y los sectores de la burguesía, tanto progresista (que atisbamos en diversas prácticas culturales tratadas en la obra) como reaccionaria, en especial el sector hegemónico de la iglesia católica española. Concedemos que un trabajo así no hubiera podido titularse *Anarquistas...* pero habría constituido un aporte fundamental para la historia social española.

Martín Ariel Manuli (UBA)

Jean-Paul SALLES, *La Ligue Communiste Révolutionnaire (1968-1981). Instrument du Grand Soir ou lieu d'apprentissage?*, Presses Universitaires de Rennes, 2005, 424 pp.

La Liga Comunista Revolucionaria (LCR) ha sido uno de los agrupamientos más importantes del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, dirigida desde los años 60 por Ernest Mandel. Compartió escena en Francia con otras dos organizaciones trotskistas que durante muchos años la superaron en número: Lutte Ouvrière (LO) y el partido dirigido por Pierre Lambert, Organisation Communiste Internationaliste (OCI). En el año 2009 se autodisolvió para integrarse en el Nouveau Parti Anticapitaliste. El estudio de Salles comienza en el momento de su creación en 1968, cuando se logra la reunión de varios grupos dispersos tras la crisis del trotskismo de los años 50, y finaliza con la consolidación de un cierto giro político en 1981, cuando la Liga decide apoyar la unidad de comunistas y socialistas, que lleva al poder a François Mitterrand.

Es necesario aclarar, como lo hace el mismo autor, que Jean-Paul Salles fue militante de la Liga entre 1969 y 1979 y el estudio publicado forma parte de una reciente tesis doctoral en historia. Salles participa hoy de la revista *Dissidences*, dedicada a estudiar los movimientos revolucionarios y de extrema izquierda.

No estamos en presencia de un estudio cronológico de la evolución política de la Liga ni un análisis de sus propuestas programáticas o incluso ideológicas, que sólo aparecen tangencialmente en el trabajo. El texto apunta a una caracterización sociológica del agrupamiento y el eje del trabajo se va constituyendo más bien en las modalidades de militancia, lo que Salles denomina una “historia social y cultural de lo político”. Más allá de las especificidades programáticas e ideológicas del grupo estudiado, Salles se interroga sobre qué tipo de partido se conformó, qué tipo de militancia se puso en práctica, cuál fue la composición socio-ocupacional de la LCR.

Las fuentes utilizadas por Salles son, en primer lugar, el periódico de la Liga, *Rouge*, que entre 1976 y 1979 llegó a ser publicado en forma diaria; luego, las diferentes publicaciones “externas”, tanto internacionales como nacionales o locales; en tercer lugar, documentos internos a los que el autor ha podido acceder; por último, entrevistas orales. Es interesante el trabajo con diversos archivos que han recogido material impreso de la Liga, lo cual nos habla de una preocupación creciente en Francia por la conservación de las fuentes referidas a la historia reciente.

En una primera parte, se plantean las *modalidades* de la acción política, y allí se expone la organización por células, los criterios de una

militancia sin diletantismo, la utilización de seudónimos internos, la constitución de grupos de choque, los intentos fracasados de autodefensa obrera. Estos últimos aspectos son vinculados al fuerte guevarismo del grupo original de 1968, que los llevó, por un lado, a apoyar las acciones de lucha armada en América Latina y, por el otro, a realizar acciones de ataque violento a manifestaciones de extrema derecha, acciones que son desestimadas a comienzos de los años 70.

Una segunda parte se interroga sobre los *resultados* de las acciones. En primer lugar electorales, donde la LCR obtiene un muy bajo porcentaje de votos, por detrás de LO y de la OCI. Nacida fundamentalmente en los medios escolarizados (estudiantes y docentes universitarios), la Liga por otra parte encuentra dificultades para insertarse en medios obreros, ámbito donde Lutte Ouvrière lleva una gran ventaja. Los gremios donde la LCR logra establecerse son ferroviarios, automotrices, correos y, en general, gremios estatales, incluida la docencia. Pero la captación de obreros es siempre problemática en un partido donde las exigencias de militancia bolchevique generan tendencias centrifugas importantes.

Otros aspectos destacados son la extensión geográfica en toda Francia; el trabajo con los inmigrantes (lo cual permite abrir secciones hermanas en países africanos); una política pragmática con ciertas asociaciones regionalistas (Bretaña, Provenza, Córcega) que, sin embargo, no da grandes frutos; en fin, un trabajo sobre las fuerzas armadas, abogando por la democratización de la vida del soldado y contra el autoritarismo militar.

Mayor envergadura tiene el trabajo con respecto a la mujer: ante el surgimiento de un feminismo radical en Estados Unidos y Europa a fines de los 70, se pasa de una crítica de este movimiento (entendido como reformista y pequeño burgués) a una aceptación amplia de sus postulados. Se enarbolan consignas como el derecho al aborto, contra la violencia hacia las mujeres, contra la prostitución, se crean grupos de mujeres, se realizan reclamos sindicales específicos y se milita dentro de los grupos feministas. Este cambio (de un bolchevismo clásico a un feminismo militante) tendrá, según Salles, “consecuencias considerables sobre la organización” (p. 266).

Tras la aceptación de la lucha por la emancipación de las mujeres, surge también la lucha por los derechos de los homosexuales (donde también se pasó de una desconsideración del problema a asumirlo como un eje político), la crítica de la familia burguesa, una reconsideración de la infancia, la liberación sexual, la crítica de la situación en las prisiones, en los manicomios, en los hospitales. En todos estos tópicos se observan dos aspectos: por un lado, una mimetización de la Liga con respecto a las ideologías que empiezan a circular en los ámbitos universitarios de los 70 (aspecto no señalado por Salles); por el otro, una mayor preocu-

pación por redefiniciones teóricas generales, pero un descuido alrededor de reivindicaciones específicas de los sectores involucrados, cuestión que Salles puntualiza. Así, por ejemplo, en el ámbito de la salud la Liga trata de profundizar alrededor de una crítica de las instituciones que controlan al paciente, pero olvida las preocupaciones elementales de médicos y enfermeros, cuestión en la que Lutte Ouvrière aventaja largamente a las otras agrupaciones trotskistas.

La tercera parte analiza el “malestar” en la LCR y la crisis de lo que Salles llama “militantismo”. El malestar se evidencia en diferencias sociales observables al interior de la Liga: nacida como grupo de docentes y estudiantes universitarios a fines de los 60, la captación e integración de otros grupos sociales y generacionales se torna problemática. Exigencias monetarias, que pueden ser mejor cumplidas por los miembros de clase media; exigencias de tiempo, adecuadas para jóvenes sin hijos pero difíciles de llevar adelante por alguien con obligaciones familiares; exigencias culturales, que provienen de materiales políticos de difícil comprensión para sectores menos escolarizados: todos estos requerimientos llevan a una crisis, a mediados de los años 70, de un modelo de militancia propio de los estudiantes que tomaron las calles en mayo del 68 (incluso para estos mismos estudiantes, devenidos años más tarde “padres de familia”), pero problemático para otros sectores sociales.

Poco dado en general a sacar conclusiones, la última página recoge los problemas planteados y ofrece una estrategia futura: la Liga, ya en el siglo XXI, llega a ser “una organización escuchada, respetada. Su habilidad para captar el espíritu de la época le permite sobre todo expresar el descontento de una parte de la juventud. Pero si la Liga quiere seguir jugando ese rol, tendrá que proseguir su *aggiornamento*, alejarse todavía más del esquema bolchevique original, a riesgo de perder una parte de su identidad. Ése es sin duda el precio a pagar para inscribirse en forma duradera en el campo político como fuerza de contestación” (p. 353).

Como podemos observar, la descripción de los múltiples aspectos de la “historia social y cultural” de la LCR estaban al servicio de cuestionar la matriz “bolchevique” o el llamado “militantismo” de ese grupo político, haciendo abstracción de su ideología política y de sus propuestas programáticas. Si hay que abandonar el “bolchevismo” (el autor no se plantea la posibilidad de que la Liga no sea cabalmente bolchevique, o de que ese modelo de militancia sea poco coherente con el bolchevismo) no es por haber encontrado una ideología más adecuada para arribar al socialismo, sino porque eso “dificulta” la creación de un partido más grande, aunque no se diga en definitiva para qué se necesitaría ese partido.

La “historia social y cultural” de un movimiento o un partido sólo puede ser analizada en correlación con los objetivos políticos estratégi-

cos de ese agrupamiento, o bien se cae en la abstracción de tomar las formas de militancia como el único contenido observable. Si una forma de militancia no es adecuada para su objetivo político, sólo lo podrá ser para un “crecimiento” indeterminado o para mejorar una performance en el ámbito democrático. En este aspecto, como en muchos otros, vuelve a ser imprescindible la consigna hegeliana: “La verdad es el todo”.

Hernán M. Díaz (UBA)

* * *

José M. Aricó, *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo. Curso de El Colegio de México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-Colegio de México, 2012, 410 pp.*

Indébito hasta su publicación reciente, este libro da cuenta de la particular visión de José M. Aricó sobre el marxismo en tanto método de indagación de la realidad y de su ligazón fundamental con el proceso histórico, en particular, con el movimiento obrero. A través de un repaso de los distintos debates que atravesaron al marxismo desde sus orígenes, Aricó desmenuza lo que él denominaba la unidad esencial entre política y economía expresada en la naturaleza de lo social, la anatomía de la sociedad (o fenomenología de la sociedad burguesa) como forma de aprehensión de la totalidad social. Es menester tener en cuenta, asimismo, el contexto histórico en el cual Aricó impartió su curso en el Colegio de México. En efecto, rondaba el año 1977 y el autor se vio forzado al exilio en el país azteca, desde donde continuó su impresionante trabajo de edición y compilación al español de una gran parte de la bibliografía marxiana a la cual tenemos acceso hoy día, en estrecha colaboración con la editorial Siglo XXI.

Así, en cada una de las nueve lecciones, el marxista cordobés tratará de esbozar el contexto histórico general y los problemas teórico-políticos que discutían los socialistas (Lenin, Kautsky, Luxemburgo o Gramsci), señalando no sólo las distintas posiciones políticas sino (y aquí radica, sobre todo, su originalidad y unidad) las distintas contradicciones epistemológicas, es decir, las variadas formas de análisis de la realidad y la concepción particular del marxismo de cada autor. Se parte del racconto de una parte de la carrera intelectual de los fundadores del materialismo histórico, Marx y Engels, sentando así una de las primeras posiciones con respecto al enfoque general del curso: Marx fue, efectivamente, sólo un hombre –pese a lo extraordinario de su figura– y su trabajo global es tan sólo una parte de un proyecto de investigación mayor. En este sentido, la toma de posición de Aricó a favor de la hipótesis de Rosdol-

sky sobre la incompletitud de la obra marxista es el primer carro de asalto contra lo que se entiende como concepciones “deterministas” o “economicistas”; en particular, aquellas que reposan en *El capital* como escritura sagrada, estructura conceptual completa y totalizadora de la realidad social y, por ende, manual o dogma de enseñanza. En otras palabras, si *El capital* en tanto crítica de la economía política burguesa y crítica de las formas ideológicas del valor (crítica desde el “punto de vista burgués”, Marx *dixit*) sólo representa un momento (histórico) de la crítica radical (también histórica) a la totalidad social capitalista, aún quedarían varios cielos por asaltar y a los herederos del pensador alemán nos “restaría” por descubrir “todas las mediaciones existentes entre estos principios [de los núcleos conceptuales de la crítica de la economía política] y el conjunto de los elementos en torno a los cuales se despliega la sociedad burguesa”.

A su vez, y en términos expositivo-explicativos, vale la enumeración y descripción de las obras marxistas con que contaban cada uno de los autores, lo cual condicionaba, en muchos casos, el marco de las discusiones o sus posibilidades de resolución/superación. De esta manera, la adhesión del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) al *Anti-Dühring* de Engels como *opus sancta*, del estalinismo a la *Introducción a la crítica de la economía política* de 1857 o de Lenin al tomo II de *El capital*, explicarían, en parte, las peculiaridades –ergo los límites– de sus respectivos análisis (e incluso los términos en que se planteaban las distintas discusiones de época) o, al menos, lo que esta verdadera amalgama de autores podían llegar a entender por marxismo. No olvidemos que escritos fundamentales de Marx como los *Grundrisse* (1857-1858), los *Manuscritos económico-filosóficos* (1844), *La ideología alemana* (1846) o las *Tesis sobre Feuerbach* (1844) permanecieron ocultos en los archivos del SPD hasta bien entrado el siglo XX (recién en 1932 se dan a conocer públicamente estas obras, cuya traducción del alemán será bastante posterior, *circa* 1950).

Asimismo, este curso es, si se quiere, un repaso o, más bien, un balance tanto de las perspectivas que abre la revolución bolchevique de 1917 como de la época histórica determinada por la expansión imperialista de los países capitalistas “avanzados” y la intervención que lleva a cabo el movimiento obrero en este contexto, sobre la base de una profunda conexión con el marxismo. Sobre esta idea, la recuperación de la categoría histórica de *praxis* como aquel nuevo concepto de naturaleza que descubriera Marx en sus investigaciones (la naturaleza específicamente social del hombre propia del metabolismo de este con la naturaleza a través de la relación con otros hombres para su reproducción humana mediante la creación de su propio mundo) le permite a Aricó defender un análisis que, en su fundamento, es la unidad de

la teoría y la práctica, pensamiento crítico-revolucionario, práctica-revolucionaria en tanto la vida social es, esencialmente, práctica, y la teoría o las formas de pensamiento, de abstracción, de conceptualización de la realidad no son más que momentos de dicha praxis concreta. De este modo, la comprensión, al volverse necesariamente crítica, sienta las condiciones de posibilidad de la acción social consciente.

No obstante, si bien el abordaje de cada uno de los debates (desde “la teoría del derrumbe” entre Kautsky, Lenin y Luxemburg hasta la “revolución permanente” de Trotsky) es pormenorizado y riguroso, pensado de manera profunda y bien argumentada, de forma sumamente sintética (tengamos en cuenta que se trata de un curso que fue efectivamente dictado), existen, por otra parte, elementos del curso que dan cuenta de una concepción teórico-política que toma distancia de la teoría revolucionaria puesta en práctica por la revolución bolchevique y se acerca más al reformismo socialdemócrata. En efecto, esta revisión (y la estrategia de clase que trae aparejada) está expresada concretamente sobre el final del curso (lecciones 8 y 9), cuando Aricó aborda el análisis de la perspectiva gramsciana y su particular interés por la hegemonía en torno a los procesos históricos de transición –el socialismo como creador de una nueva cultura capaz de homogeneizar a las masas–, basado en una nueva concepción de la política, “... concebida no ya simplemente como organización de la lucha por la conquista del poder sino como fundadora de una reforma intelectual y moral”, en palabras del autor. Finalmente, el nudo conceptual de esta argumentación (o su contradicción constituyente y constitutiva) es la teorización sobre la naturaleza y el carácter histórico de la transición, no ya como pensaban Lenin, Trotsky o el propio Gramsci, esto es, como una etapa complementaria, inescindible del desarrollo de las crisis cada vez mayores inmanentes al movimiento histórico del capital en su lucha contra el trabajo (y, por lo tanto, etapa de agudización de las tensiones entre las distintas fuerzas sociales), sino que, para Aricó, y a través de él para Gramsci, las transiciones se caracterizan por ser períodos democráticos.

Ahora bien, profundizado este razonamiento hasta sus “últimas consecuencias”, la independencia política de la clase obrera no sería un eje esencial sobre el cual gravitaría la acción política sino, más bien, un resultado de la coyuntura particular. En otras palabras, la conciliación de clases o sea la integración de los trabajadores a un gobierno capitalista representaría parte de una estrategia necesaria a adoptar en momentos “democráticos” o “transicionales” como parte de una forma de construcción del socialismo y, por lo tanto, resultaría una coincidencia, una identidad de intereses sociales (o de clase) entre burguesía y proletariado, entre conservación y revolución del *status quo*, una tensión

que no acabaría por resolverse pues, en realidad, se habría esfumado en esta etapa peculiar. *Au fond*, Aricó retoma el debate sobre táctica y estrategia de clase (debate plenamente vigente hoy día) fijando posición a favor de la colaboración de clases, de la posible armonía entre capital y trabajo o, dicho de otra manera, que la lucha de clases, es un factor secundario, particular, coyuntural y no esencial o inherente al propio desarrollo social. Es en este punto donde el intelectual cordobés acaba por apartarse decisivamente del marxismo como método de análisis histórico, cuyo motor fundamental es la lucha de clases.

Resulta claro, entonces, que la reflexión de Aricó en 1977 no es un hito aislado sino que se inscribe como parte del proceso de adopción de una concepción teórica y política más general (el reformismo), lo cual explica por qué, años más tarde, éste se sumó al gobierno alfonsinista. A su vez, es evidente que la trayectoria seguida por el autor no es suya exclusivamente sino que abarca a toda una generación de intelectuales que terminaron abrevando en la reforma gradual y dejando de lado, de una u otra manera, la lucha por la revolución social.

Walter L. Koppmann (UBA)

* * *

Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011, 310 pp.*

Vera Carnovale se ha propuesto en *Los combatientes* estudiar el proceso de construcción identitaria y de la subjetividad colectiva del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Para la autora la dimensión del imaginario partidario contiene la clave explicativa fundamental de esta experiencia de la izquierda revolucionaria argentina y del destino último de sus militantes. La singularidad de su trabajo reside en la combinación de un análisis de las ideas de este grupo y sus formas de construcción política.

Los principales puntos de apoyo teórico, político e histórico y de legitimación en los que Carnovale asienta su estudio son los conocidos ensayos de Hugo Vezzetti sobre la violencia política y los trabajos del grupo de investigadores del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (Cedinci), sumamente críticos de la historia, experiencia y tradición de las organizaciones políticas y los partidos de izquierda en Argentina.

Las fuentes históricas principales que articulan su investigación son documentos y publicaciones periódicas del PRT y del ERP, entrevistas de propia factura y otras escogidas del archivo oral de la organización

no gubernamental Memoria Abierta, en ambos casos realizadas en la última década.

El libro se compone de cinco capítulos. El primero trata sobre los orígenes del PRT, a partir de la fusión llevada a cabo en mayo de 1965 de dos vertientes diferentes, una de carácter indigenista como el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular y otra de corte trotskista como Palabra Obrera. El segundo capítulo analiza la concepción estratégica de la guerra revolucionaria en la actividad político-militar del PRT-ERP a partir de la influencia del castrismo, el maoísmo y de la experiencia vietnamita desde su cuarto congreso partidario en 1968. Carnovale analiza esta etapa con el propósito de reconstruir el conjunto de formulaciones ideológicas que configuraron la identidad y la proyección imaginaria de la organización. Los capítulos tercero, cuarto y quinto, más abiertamente relacionados con el nudo central de sus argumentaciones, refieren a: la representación del enemigo político en tanto imagen especular y contraria de la identidad partidaria; los mandatos éticos y morales del hombre nuevo guevarista que impactaron fuertemente en la organización, y finalmente el control partidario sobre la militancia a partir del proceso de proletarianización y del disciplinamiento moral y sexual. Es en esta sección donde desde nuestro punto de vista gravita y se anuda lo más polémico de sus interpretaciones, al recuperar para el PRT-ERP la representación típica de los años 80, de que la guerrilla y las fuerzas armadas, compartían una cultura política bélica, basada en la disposición a matar y morir en una guerra permanente y total.

Una de las primeras cuestiones que estructuran la interpretación del trabajo es una crítica a los diferentes balances de carácter político realizados centralmente por ex militantes y dirigentes del PRT-ERP que han buscado identificar los errores, las desviaciones y esquematismos políticos para explicar la derrota y aniquilamiento de esta organización en los años setenta. Muchos de estos escritos han caracterizado que esa organización tuvo un proceso de creciente militarización. Carnovale considera que esta perspectiva instala necesariamente una impugnación prescriptiva que no contribuye con la comprensión del fenómeno histórico. Si bien es cierto que varios de esos escritos de los años 80 compartían una crítica de la militarización del PRT, no parecen configurar un punto de vista homogéneo para calibrar la trayectoria de la organización pues aportan elementos diferentes y en oportunidades hasta contradictorios. Este es un flanco que merecería haberse tratado con mayor especificidad histórica, justamente porque la autora se propone *comprender* las decisiones tomadas por los actores en aquél momento, apartándose de juicios políticos sostenidos en base a modelos ideales de intervención.

Si la perspectiva interpretativa que apunta a superar la mera identificación de errores o desviaciones puede resultar una contribución a los estudios sobre las organizaciones armadas revolucionarias, sin embargo, resulta sospechosamente llano aspirar a evitar cualquier juicio político sobre la experiencia del PRT-ERP. Por el contrario, Carnovale en nombre de una supuesta neutralidad valorativa realiza un balance negativo, aunque nunca explicitado, sobre la experiencia de esta organización. Un ejemplo de esto lo observamos en el capítulo denominado “Disciplinamiento interno. Moral y totalidad” donde se analiza el ingreso al PRT de los militantes, como un momento de pérdida de la individualidad y la autonomía por medio de una serie de mecanismos de homogeneización y control. Allí no se indaga, en qué medida un documento como *Moral y Proletarización*, que es tomado como una fuente articuladora de las ideas de este capítulo, regía e influía de modo efectivo en las prácticas de sus militantes, sin evaluar por otro lado, que éste texto fue escrito en 1972 con el fin de regular la vida cotidiana en las casas operativas y clandestinas del ERP, en un marco de creciente actividad represiva estatal.

Otro elemento en el que notamos un juicio negativo es que se señale directamente como causa de numerosos problemas de la experiencia del PRT-ERP al modelo leninista de organización. Un análisis histórico debería haber demostrado en qué forma este modelo organizativo afectó la práctica política del PRT ya que señalar su carácter leninista no resulta suficiente para negativizar la experiencia de la organización. Carnovale recupera con el propósito de ajustar sus argumentos, un artículo de crítica a la tradición de la izquierda partidaria, escrito por Horacio Tarcus (“La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo*, n° 9, 1998/1999), donde arremetía contra las diferentes expresiones políticas del trotskismo y del conjunto de la izquierda partidaria, definiéndolas como sectas políticas estériles y como una forma parcialmente secularizada de las antiguas sectas religiosas milenaristas y medievales. Si bien en este texto Tarcus no remite a la experiencia de la guerrilla de los años 70, Carnovale enlaza esta interpretación a su estudio sobre el PRT-ERP.

Asimismo, la estructuración del libro es crítica, ya que existe un importante desbalance en el tratamiento de la historia de la organización que tuvo un desarrollo de tan sólo doce años desde su creación en 1965 hasta su derrota política y militar en 1977. Mientras que son examinados los orígenes y la etapa de la derrota, los años intermedios, que la misma autora reconoce que se caracterizaron por un importante crecimiento y amplia actividad de la organización en el seno del movimiento de masas, no tienen el mismo grado de profundización analítica. No puede menos que resultar extraño que no se haya apreciado lo suficiente este período

donde el PRT-ERP adquirió gran vitalidad y creatividad política. Asimismo a pesar de la preocupación de Carnovale por comprender la violencia política, las prácticas político-militares y el ethos revolucionario de esta organización, resulta difícil reconocer cuál es la apropiación específica que hizo el PRT-ERP de la tradición política castrista y guevarista. En general, la lectura de los debates estratégicos y las crisis internas del PRT-ERP tienen un tratamiento inadecuado, pues no se construyen puentes entre las definiciones políticas y las prácticas efectivas que desarrollaban sus militantes. Hubiera sido significativo que algunas de las hipótesis que sostiene el trabajo se contrastaran con experiencias singulares del desarrollo partidario, como por ejemplo la que se desarrolló en Tucumán y Santiago del Estero entre los trabajadores de los ingenios azucareros, la actuación parlamentaria de los diputados obreros provinciales y su vinculación con la lucha de clases a nivel local, o su penetración en la clase obrera cordobesa. El haber desestimado el análisis de ciertas experiencias sociales del PRT-ERP y hacer descansar todo los argumentos en el plano de las creencias y el imaginario, no le permiten a Carnovale captar y ser sensible a los elementos que hicieron que esta organización fuera vista por el resto de los activistas por aquellos años, como un partido con aspectos *sui generis*. Precisamente porque el PRT-ERP llevaba adelante la lucha armada en combinación con un abanico de amplias propuestas políticas que interpelaban a obreros, artistas, jóvenes y mujeres, entre otros.

Justamente porque los conceptos de imaginario y subjetividad ocupan un lugar central en el libro y porque no son categorías que tienen un sentido autoevidente ni unívoco, hubiera sido asimismo ventajoso para los lectores y lectoras contar con alguna definición. Pese a esto parece operar de hecho la definición que utiliza Horacio Tarcus en el artículo anteriormente mencionado. Para este autor el imaginario de la secta política es el que otorga “*efectiva identidad y cohesión al grupo y dentro del cual juegan un rol decisivo los rituales y las ceremonias, la disolución del individuo en el todo grupal, la separación rígida entre el adentro y el afuera, entre el saber profano y el sagrado, el esotérico y el exotérico, la estratificación interna, el culto sacralizado del líder, la experiencia mesiánica, las figuras del heterodoxo, el desertor y el traidor...*”. Buena parte de estos elementos, como la pérdida de la subjetividad individual y de contacto con el mundo exterior, entre otros, son los que Carnovale esgrime en los capítulos 3, 4 y 5.

Mientras tanto el trabajo presenta una sucinta definición del concepto de *identidad* a partir de una afirmación de apariencia freudiana donde se coloca en un lugar central la construcción de un otro de signo contrario. En este caso, ese otro es el enemigo político: las fuerzas armadas y los capitalistas, que lleva a la autora a indagar en la única

práctica del PRT-ERP que merece un tratamiento sustancial, y que son los ajusticiamientos llevados adelante por la organización entre los años 1972 y 1977. Hubiese ganado en justeza un análisis que relacionara la lucha armada con otras prácticas políticas, sindicales y frentistas que desarrolló en las diferentes coyunturas el PRT-ERP.

Esta indagación creemos que no se lleva adelante porque Carnovale considera que el conjunto de creencias y valores que desarrolló la militancia del PRT-ERP resulta suficiente para examinar las formas que tomó la violencia política. De hecho cuando examina el tema de la lucha armada circunscribe su análisis al ideario sacrificial y al mandato de entrega total, inclusive ante la certeza de la muerte próxima. Es significativo que retome para este punto los trabajos de Ana Longoni donde la vitalidad de la militancia resulta fagocitada por la lógica bélica, convirtiéndose la muerte en una fuente de legitimación política de la organización. O en palabras de Hugo Vezzetti, cuando el valor supremo del combatiente pasa a ser la ofrenda de su propia vida confundiendo la figura del héroe con la del mártir. Carnovale asegura que *“el deber moral y el ser perretista se valieron, también, del disciplinamiento de los cuerpos y la colonización amparatoria de las almas”*.

Al finalizar el libro nos quedamos con un sinsabor. Las ideas que se despliegan dejan una imagen de los militantes del PRT-ERP centralmente reducida y caricaturizada. Se trata de personas que han perdido toda su subjetividad e individualidad para ser meros engranajes de un aparato autoritario, burocrático, jerárquico, disciplinador y moralizante, basado en mandatos y exigencias por parte de su dirección. La conciencia política, agencia e iniciativa de esos militantes han desaparecido por completo en esta interpretación.

Hemos planteado importantes diferencias con las ideas centrales del libro, tanto en torno a lo problemático de querer hacer historia desde una supuesta neutralidad valorativa, como en cuanto al rendimiento de interpretaciones despreocupadas del ejercicio de dotar de materialidad a la experiencia histórica. A pesar de esto consideramos que el libro contribuye con las condiciones de un debate todavía necesario de ciertos temas de la historia reciente argentina, tales como la forma que adquirió la militancia en la izquierda revolucionaria en una época en que, como sostiene la autora de *Los Combatientes*, violencia y política estuvieron fuertemente enlazadas.

Débora D'Antonio (UBA-Conicet) y Ariel Eidelman (UBA)

DOCUMENTOS

Karl Marx sobre la dictadura del proletariado y la revolución en permanencia. Dos documentos del año 1850

*Editados y traducidos por
Manuel Quiroga y Daniel Gaido*

(UNC y UNC-Conicet)

Los primeros usos documentados por parte de Marx de la expresión “dictadura del proletariado” (una consigna no incluida en el *Manifiesto comunista*) corresponden al año 1850 y son los siguientes:

- Karl Marx, “*Las luchas de clases en Francia, 1848-1850*” (enero-marzo 1850).
- *Règlement de la Société Universelle des Communistes Révolutionnaires* (abril 1850).
- Declaración a la *Neue Deutsche Zeitung* n° 158 (25 de junio de 1850).

En esta edición incluimos versiones españolas de los últimos dos documentos, traducidos de los originales en francés y alemán. Es interesante constatar que, en los tres casos antes mencionados, Marx utiliza la expresión “dictadura del proletariado” junto con la de “revolución en permanencia” –una estrategia sistematizada en el “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, escrito por Marx y Engels a fines de marzo de 1850 (Marx y Engels, 1850) con la intención de expresar las conclusiones políticas que ambos creían necesario extraer de la experiencia de las revoluciones de 1848–. En el primer momento de ese proceso revolucionario, la acción política de Marx y Engels en Alemania se había desarrollado como parte del ala izquierda de las organizaciones democráticas.¹ Esta estrategia incluso se había delineado en la primera

1. Engels explica su posición durante la revolución: “...nuestra bandera, al fundar en Alemania un gran periódico, no podía ser otra que la bandera de la democracia [...]. Si no hubiéramos procedido de este modo, [...] no nos hubiera quedado más remedio

versión del *Manifiesto comunista*: “En Alemania, el Partido Comunista lucha al lado de la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria” (Marx y Engels, 1848: 140). Sin embargo, la actitud de la burguesía (y de su órgano político, el parlamento de Frankfurt) durante la revolución hizo desaparecer cualquier expectativa de que ésta pudiera llegar a tener una conducta similar a la de la burguesía francesa en 1789. En diciembre de 1848 Marx escribió:

La burguesía alemana se había desarrollado con tanta languidez, tan cobardemente y con tal lentitud, que, en el momento en que se opuso amenazadora al feudalismo y al absolutismo, se encontró con la amenazadora oposición del proletariado y de todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas eran afines a los del proletariado. Y se vio hostilizada no sólo por la clase que estaba *detrás*, sino por toda la Europa que estaba *delante* de ella. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a *toda* la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. [...] inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad [...] tal era la *burguesía prusiana* cuando, después de marzo, se encontró al timón del estado prusiano. (Marx, 1848: 143)

Por otro lado, fuera de Alemania, la represión que el gobierno francés surgido de la revolución de febrero había desatado sobre el proletariado parisino en las jornadas de junio del 48 también impactó en el análisis de Marx a nivel continental.²

Al finalizar la revolución, el balance sobre la actitud de la burguesía como clase y de las organizaciones democráticas como tales, llevaron a Marx y Engels a buscar un nuevo programa que distinguiera radicalmente las organizaciones obreras de la “democracia” en general. Es

que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, una pequeña secta” (Engels, 1884a: 1176-1177). Las fuentes para la historia de la Liga de los Comunistas fueron reunidas en tres volúmenes (Hundt *et al.*, 1970-1984). La historia más detallada es la de Martin Hundt, solo disponible en alemán (Hundt, 1993).

2. “El proletariado de París fue *obligado* por la burguesía a hacer la insurrección de Junio.... Y sus reivindicaciones, desmesuradas en cuanto a la forma, pero minúsculas e incluso todavía burguesas por su contenido, cuya satisfacción quería arrancar a la república de Febrero, cedieron el puesto a la consigna audaz y revolucionaria: ¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!” (Marx, 1850a: 231).

en este marco donde surgen los nuevos conceptos programáticos de la dictadura del proletariado y la permanencia de la revolución, unidos a la intención política de “trazar una línea divisoria tanto ideológica como organizacional entre los exiliados socialistas y los no socialistas” –en otras palabras, de separar a los comunistas de los demócratas pequeñoburgueses (Lattek, 2006: 56)–.³ Este planteo aparece expresado en “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” (marzo de 1850) y fue una de las razones principales que llevaron a Marx y Engels a intentar fundar una corriente obrera internacional, que se expresa en el primero de los documentos aquí presentados.

El “Reglamento de la sociedad universal de los comunistas revolucionarios” fue un acuerdo programático firmado por dos refugiados blanquistas en Londres, Louis Adam y Jules Vidil, en representación de la *Société des proscrits démocrates socialistes*; por August Willich, Karl Marx y Friedrich Engels en representación del *Bund der Kommunisten* (Liga de los Comunistas); y por George Julian Harney, el director de *The Northern Star*, la publicación central del movimiento cartista. Este documento intentó ser la base programática que permitiera la unificación de las principales corrientes comunistas dentro del movimiento obrero europeo. Por supuesto, no todas estas corrientes tenían posiciones claramente comunistas ni clasistas desde antes: la expresión “última forma de constitución de la *familia humana*” en el “Reglamento” no corresponde a la terminología marxista, como tampoco “el principio de la fraternidad republicana”; ambas expresiones fueron concesiones hechas por Marx y Engels a los blanquistas.⁴

Lattek explica cómo continuó el intento de establecer la organización tras el primer acuerdo programático: “El 6 de mayo de 1850, sólo unas pocas semanas después de la fundación de la *Sociedad Universal de los comunistas revolucionarios*, Marx y Engels escribieron a François

3. Ver también Lattek, 2006: 46: “A principios de 1850 la línea divisoria había sido trazada, por lo tanto, entre los exiliados democráticos y los socialistas. Cada grupo tenía su propio club, su comité de asistencia, y, durante un tiempo, su propio periódico, agrupándose en torno al *Deutsche Londoner Zeitung* o bien a la *Neue Rheinische Zeitung-politisch-ökonomische Revue* de Marx. A pesar de los desacuerdos y los conflictos que pronto estallarían dentro de cada campo, se entendió que a partir de ahora la principal línea divisoria era la que separaba a los veteranos de la revolución del ‘48 socialistas y no socialistas”.

4. Siete copias del documento, firmadas de puño y letra por los signatarios, fueron producidas. El documento fue descubierto y publicado por primera vez por David Riazanov en 1928, en un artículo titulado “Sobre la cuestión de la relación entre Marx y Blanqui” (Riazanov, 1928). En una carta a Louis-Auguste Blanqui del año 1861, Marx lo llama “la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia” (Bernstein, 1975: 391).

Pardigon, secretario de la *Société des proscrits démocrates socialistes* blanquista en Londres, a su dirección en Rathbone Place, advirtiéndole en contra de una colaboración prevista con los demócratas alemanes en Greek Street [una referencia al Club Democrático alemán creado en Londres en abril de 1850 y situado en 22 Greek Street] y amenazando con cortar todos los lazos con la sociedad francesa, si esto ocurriera. Es evidente, por lo tanto, que la unión de Marx y Engels con los blanquistas efectivamente descansaba en un frente común contra los demócratas no-socialistas, y se convirtió en no válida en el momento en que esta alianza fue abandonada por los propios blanquistas” (Lattek, 2006: 56).

Este análisis coincide con las declaraciones del propio Marx, contenidas en una carta enviada a Engels el 13 de julio de 1851, acerca del famoso “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” de marzo de 1850: “El Mensaje a la Liga que escribimos conjuntamente [no era] en el fondo [sino] un plan de campaña contra la democracia”.⁵ En el mismo sentido se pronunció Engels en su *Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas*: “El Mensaje, redactado por Marx y por mí, tiene todavía hoy interés, pues la democracia pequeñoburguesa sigue siendo aún el partido que en la próxima conmovición europea, que no tardará en producirse [...], será, necesariamente, el primero en empuñar el timón de Alemania, como salvador de la sociedad frente a los obreros comunistas” (Engels, 1885: 198).

Este –en palabras de Fernando Claudín– “primer intento de «Internacional Comunista»” fue efímero: duró aproximadamente desde abril hasta octubre de 1850 (Claudín, 1985: 229). Lo que terminó de asestar el golpe mortal a la *Sociedad universal de los comunistas revolucionarios*, además del acercamiento de los refugiados blanquistas en Londres a los exiliados demócratas “progresistas” alemanes, fue la escisión en el seno de la Liga de los Comunistas el 15 de septiembre de 1850, entre el ala liderada por Marx y Engels y la tendencia dirigida por el grupo Willich-Schapper. De este modo, las difíciles condiciones políticas prevalecientes en Europa tras la derrota de las revoluciones del 48 hicieron abortar el desarrollo de una organización proletaria internacional. Una idea semejante tendría éxito recién en 1864 con la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en condiciones políticas muy diferentes. El documento fundacional de la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios es importante tanto por haber intentado expresar una nueva orientación programática para las organizaciones

5. “Dies die von uns beiden verfasste ‘Ansprache an den Bund’ – *au fond* nichts als ein Kriegsplan gegen die Demokratie” (Marx y Engels, 1965: 278).

proletarias de Europa, como por haber sido un primer intento de conformar una internacional obrera.

El segundo documento seleccionado es la declaración de Karl Marx y Friedrich Engels contra Otto Lüning, publicada en Frankfurt el 4 de julio de 1850. Otto Lüning (1818-1868), un representante del “socialismo verdadero” alemán, fue un político westfaliano, periodista y médico de los pobres, y por un tiempo miembro de la Liga de los Comunistas. Desde 1840 a 1850 trabajó en Rheda como médico, cirujano y obstetra. De 1845 a 1848 fue editor del periódico *Das Westphälische Dampfboot*. Entre 1848 y 1850, junto con su cuñado Joseph Weydemeyer, Lüning fue editor del periódico *Neue Deutschen Zeitung*, que era el órgano oficial de los diputados de izquierda de la Asamblea Nacional de Frankfurt. Tras la disolución de la Asamblea Nacional por las tropas prusianas, Lüning huyó a Suiza, donde vivió en Zurich hasta que su esposa murió en 1856. Luego regresó a Rheda, donde tomó nuevamente posesión de su cargo como médico. Desde 1862 hasta 1867 Lüning fue representante de una circunscripción de Berlín en la Cámara de Diputados de Prusia. Fue al principio miembro del Partido Progresista Alemán, y luego de su escisión en 1866 pasó a apoyar a los Nacional Liberales que secundaban la política de Bismarck. A partir de 1864, Lüning fue también editor del periódico *Westfälischen Zeitung* en Dortmund.

El motivo de la declaración de Marx fue una reseña que hizo Lüning en la *Neue Deutsche Zeitung* [Nueva gaceta alemana], n° 148-151, del 22, 23, 25 y 26 junio de 1850, de los cuatro números publicados hasta entonces de la revista editada por Marx y Engels, *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, y en especial de las obras *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, de Marx y “La campaña por la constitución alemana”, de Engels. En su declaración, Marx se opuso a la distorsión que hacía Lüning de su teoría de la dictadura del proletariado y de la abolición de las distinciones de clase, mientras que Engels, en una declaración adjunta, defendió su evaluación de la *Neue Rheinische Zeitung*, según la cual éste fue el único órgano de prensa que, durante la revolución alemana de 1848/49, representó consecuentemente la posición revolucionaria del proletariado.

Es interesante constatar que el cuñado y co-editor de Lüning, Joseph Weydemeyer (quien después del aplastamiento de la revolución alemana emigró a los Estados Unidos, llegando a Nueva York el 7 de noviembre de 1851), publicó el 1 de enero 1852 un artículo en la revista *New York Turn-Zeitung* titulado “La dictadura del proletariado”, defendiendo las concepciones de Marx (Weydemeyer, 1852). Es a este mismo Weydemeyer a quien Marx escribiría un par de años más tarde una famosa carta, que constituye su cuarta y más detallada referencia a la dictadura del proletariado:

Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la *existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción*; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la *dictadura del proletariado*; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la *abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases*. (Marx, 1852)

* * *

Reglamento de la sociedad universal de los comunistas revolucionarios (abril de 1850)

Fuente: «Règlement de la Société Universelle des Communistes Révolutionnaires» (en Marx y Engels, 1977: 568.)

Artículo primero: El objetivo de la asociación es el derrocamiento de todas las clases privilegiadas, el sometimiento de dichas clases a la dictadura del proletariado, manteniendo la revolución en permanencia hasta la realización del comunismo, que será la última forma de constitución de la familia humana.

Art. 2. Para contribuir a la realización de dicho objetivo, la asociación formará lazos de solidaridad entre todas las fracciones del partido comunista revolucionario, haciendo desaparecer, conforme al principio de la fraternidad republicana, las divisiones de nacionalidad.

Art. 3. El Comité fundador de la asociación se ha constituido en comité central; él establecerá, en todos los lugares donde sea necesario para el logro de su obra, los comités que mantendrán correspondencia con el comité central.

Art. 4. El número de miembros de la asociación es ilimitado, mas ningún miembro podrá ser admitido si no ha reunido un voto unánime. En ningún caso la elección podrá tener lugar mediante el escrutinio secreto.

Art. 5. Todos los miembros de la asociación se comprometen por juramento a mantenerse dentro de los términos absolutos del primer artículo del presente reglamento. Una modificación que pueda tener como consecuencia el debilitamiento de las intenciones expresadas en el artículo primero libera a los miembros de la asociación de su compromiso.

Art. 6. Todas las decisiones de la sociedad son tomadas por la mayoría de dos tercios de los votantes.

* * *

Declaración de Karl Marx al editor de la revista *Neue Deutsche Zeitung* [Otto Lüning] (4 de julio de 1850)

Fuente: “Erklärung an den Redakteur der *Neue Deutsche Zeitung*”, n° 158 del 4 de julio de 1850 (en Marx y Engels, 1973: 323-324.)

Al editor de la *Neue Deutsche Zeitung*:

Usted me ha reprochado en las páginas de vuestro periódico, el 22 de junio de 1850, que defendiera el gobierno [*die Herrschaft*: la dominación] y la dictadura de la clase obrera, mientras que usted, por el contrario, aboga por la abolición de las distinciones de clase en general. No entiendo esta corrección.

Usted sabe muy bien que el *Manifiesto del Partido Comunista* (publicado antes de la revolución de febrero de 1848), dice en p. 16: “Cuando en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye necesariamente en clase; cuando mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia de los antagonismos de clase y de las clases en general, y, por lo tanto, su propia dominación como clase”.

Usted sabe que he defendido la misma opinión en mi libro *Miseria de la filosofía* contra Proudhon, [una obra publicada] antes de febrero de 1848.⁶

Por último, se dice en el propio ensayo que critica, número 3, p. 32

6. Marx hace referencia a este pasaje de su libro *Miseria de la filosofía*:

“¿Esto quiere decir que después del derrocamiento de la vieja sociedad sobrevendrá una nueva dominación de clase, que culminará en un nuevo poder político? No.

La condición de la emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases, del mismo modo que la condición de la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados (del antiguo régimen) y de todos los órdenes.

En el transcurso de su desarrollo, la clase obrera sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluya a las clases y su antagonismo, y no existirá ya un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo dentro de la sociedad civil.” (Marx 1847, p. 121.)]

de la *Neue Rheinische Zeitung* [Nueva gaceta renana]: “Este socialismo (es decir, el comunismo) es la declaración de la permanencia de la revolución, de la dictadura de clase del proletariado como punto necesario de transición para la abolición de las diferencias de clase en general, para la supresión de todas las relaciones de producción en las que éstas descansan, para la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, para la subversión de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales.” (Marx, 1850a: 288.)

Karl Marx, 25 de junio de 1850

Referencias

- Claudin, Fernando (1985), *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Madrid: Siglo XXI.
- Bernstein, Samuel (1975), *Blanqui y el blanquismo*, Madrid: Siglo XXI.
- Engels, Friedrich (1884), “Marx y la *Neue Rheinische Zeitung*, 1848-1849”, *Der Sozialdemokrat*, 13 de marzo, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú: Editorial Progreso, 1974-1976, tomo III, pp. 174-183.
- (1885), *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú: Editorial Progreso, 1974-1976, tomo III, pp. 184-202.
- Hundt, Martin, Herwig Förder, Jefim Kandel y Sofia Lewiowa (eds.) (1970-1984), *Der Bund der Kommunisten. Dokumente und Materialien*, tomo 1: 1836-1849 (1970). Tomo 2: 1849-1851 (1982). Tomo 3: 1851-1852 (1984), Berlín: Dietz Verlag.
- Hundt, Martin (1993), *Geschichte des Bundes der Kommunisten 1836 bis 1852*, Frankfurt: Peter Lang.
- Lattek, Christine (2006), *Revolutionary Refugees: German Socialism in Britain, 1840-1860*, Londres-Nueva York: Routledge.
- Marx, Karl (1847), *Miseria de la filosofía: Respuesta a la filosofía de la miseria del señor Proudhon*, México: Siglo XXI, 1987.
- (1848), “La burguesía y la contrarrevolución”, *Neue Rheinische Zeitung*, nº 169, 11 de diciembre de 1848, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú: Editorial Progreso, 1974-1976, tomo I, pp. 141-144.
- (1850a), *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú: Editorial Progreso, 1974-1976, tomo I, pp. 190-306.
- (1850b), “Erklärung an den Redakteur der *Neue Deutsche Zeitung*”, nº 158 del 4 de julio de 1850, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, Berlín: Dietz Verlag, 1973, 5. Auflage, tomo 7, pp. 323-324.
- (1852), “Carta a Joseph Weydemeyer en Nueva York” (Londres, 5 de mar-

- zo de 1852), en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú: Editorial Progreso, 1974-1976, tomo I, p. 542.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1848), *Manifiesto del Partido Comunista*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú: Editorial Progreso, 1974-1976, tomo I, pp. 99-140.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels (1850), “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” (marzo de 1850), en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú: Editorial Progreso, 1974-1976, tomo I, pp. 179-189.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels (1965), *Werke*, Berlín: Dietz Verlag, tomo 27.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1973), *Werke*, Berlín: Dietz Verlag, 5. Auflage, tomo 7.
- Marx, Karl, Friedrich Engels, August Willich, Louis Adam, Jules Vidil, y George Julian Harney (1850), “Règlement de la Société Universelle des Communistes Révolutionnaires”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Gesamtausgabe: Werke, Artikel, Entwürfe, Juli 1849 bis Juni 1851*, 1977, 2 Bde.: Bd 10, Berlín: Akademie-Verlag.
- Riazanov, David (1928), “Zur Frage des Verhältnisses von Marx zu Blanqui”, *Unter dem Banner der Marxismus*, año 2, pp. 140-149.
- Weydemeyer, Joseph (1852), “The dictatorship of the proletariat”, en *Turn-Zeitung*, Nueva York, 1 de enero de 1852, reprod. en *Labor History*, 1962, vol. 3, n.º. 2, pp. 214-217.

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo en la semana de recepción la colaboración y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 60.000 caracteres con espacio (incluyendo las notas a pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacio.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o

tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), "La historia de los partidos comunistas", en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), "Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci", *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a al menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.